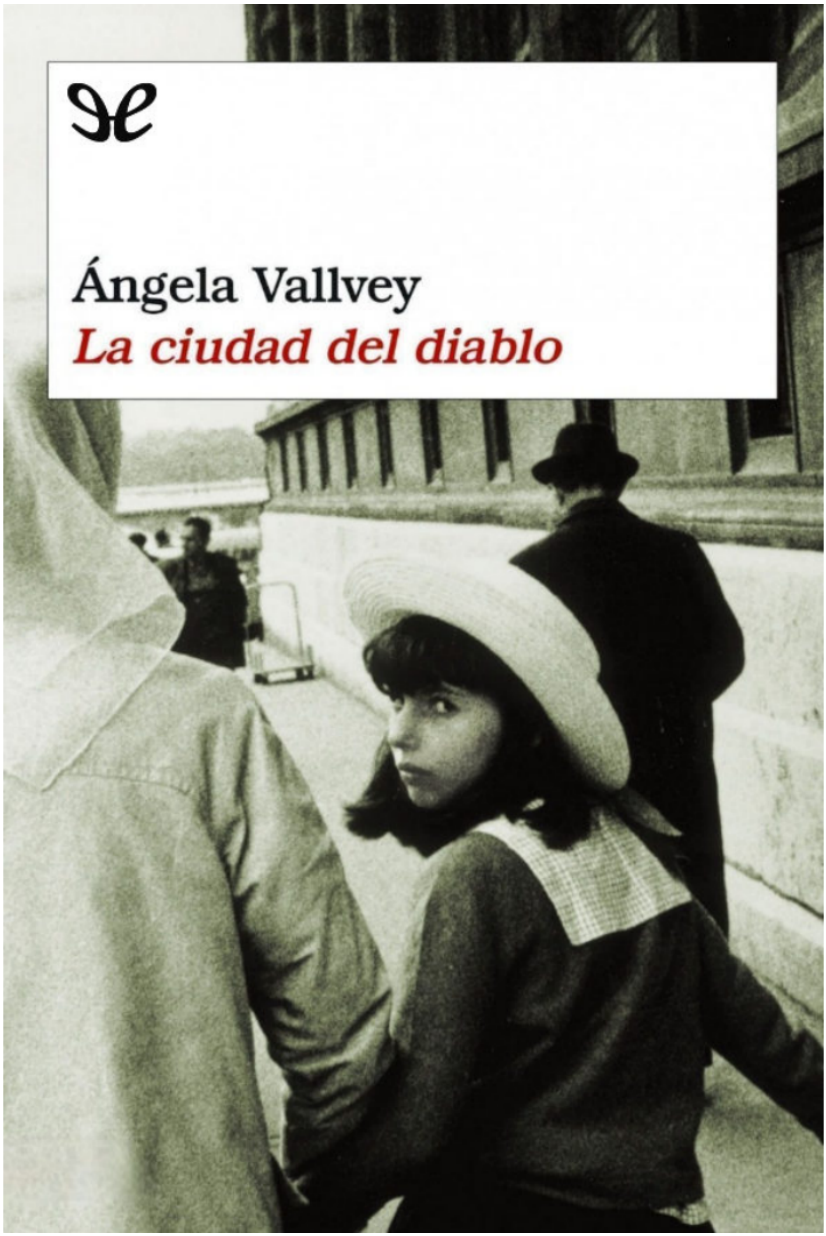
Ángela Vallvey

La ciudad del diablo



El joven cura del pueblo, don Alberto, se tropezó con su cuerpo yerto al amanecer. La mujer estaba desnuda y ensangrentada delante de la puerta de la ermita donde el cura tenía que oficiar misa un par de horas después. La noticia corrió como la pólvora, y pronto se convirtió en el principal chismorreo de la aldea. ¿Quién podía querer matar a aquella pobre mujer? La gente de San Esteban no estaba acostumbrada a las muertes violentas, y que la víctima fuera madre soltera y mujer de costumbres demasiado «liberales» para la época, añadía leña al fuego siempre vivo del verbo popular.

Con la ayuda de Jorge, un monaguillo de diez años, secreto enamorado de la hija de la asesinada, el sacerdote emprenderá su propia investigación para averiguar quién la mató, una labor que le llevará a enfrentarse a la insólita resistencia de algunos oscuros personajes del pueblo…

Ángela Vallvey Arévalo

La ciudad del diablo

ePub r1.0
Titivillus 14.06.2023

Título original: *La ciudad del diablo*
Ángela Vallvey Arévalo, 2005
Colección: Áncora Delfín,
n.º
1026

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Se llamaba «La ciudad del diablo» a la «otra España» en los términos de la dialéctica agustiniana de aquellos cardenales que contribuyeron a adornar, si no idearon, el imaginario de la Cruzada Franquista. Los personajes que aparecen en esta novela son de ficción. La historia transcurre en un lugar imaginario de la provincia de Toledo, una población que no existe ni, por supuesto, tiene ninguna relación con los pueblos que rodean a la bella capital manchega.

Más allá de las colinas que resplandecen diurnas
se extiende la tierra de los sueños,
hacia montes más oscuros y valles más umbrosos
y campos que florecen a los vientos celestes:
ésa es la morada del culpable deleite,
allí se agitan los espectros del temor
y voces bajas, mórbidas, que fluctúan en la noche,
susurran el pecado al inerme oído.
¡Oh muchacha de corazón leve, mira por dónde caminas!
¡Detente allí donde cae ese rayo del cielo!

WILLIAM CULLEN BRYANT

monaguillo: Servidor en el altar durante la Misa, Vísperas, y otras funciones litúrgicas. Hace algunas de las funciones del acólito pero sin haber recibido esta orden menor.

acólito: Etim. Griego *akolouthos*, seguidor que ayuda. El que acompaña.

1

Día 1 de noviembre de 1975, sábado

Algo tenía de extraño la mañana. Pronto sonaron campanadas a muerto que empaparon el ambiente como grandes manchas oscuras en medio del pulcro tejido del silencio matinal. El sonido que producían tenía un timbre de necesidad y destrucción, e impregnaba el ánimo de las gentes que lo escuchaban, e incluso los colores del aire.

Arrebujado en su cama como un cachorrito tembloroso, Ricardo Ortiz Villamediana escuchó las repiques con atención. «Otro viejo menos», pensó bostezando, «mientras no sea mi abuelo…». Dudó entre haraganear un rato más o levantarse y vestirse con la ropa del día anterior. Su madre sólo les permitía cambiarse de ropa cada tres días, así que él y su hermano se veían obligados a tener cuidado de no mancharse mucho. Echó un rápido vistazo a los pantalones de pana verde caqui, que colgaban bastante mustios de una silla situada en el rincón del cuarto, y que lucían unas rodilleras algo empolvadas a pesar de que aún les quedaban veinticuatro horas para poder ir a descansar al cesto de la ropa sucia. Le dio pereza volver a ponerse aquellos pantalones, que además no le gustaban: le apretaban en la cintura, y se le metían por el culo al andar. Los había heredado de su hermano Gonzalo, que, como era el mayor, tenía derecho a estrenar ropa nueva. Su hermana Macarena también estrenaba cosas, claro, pero es que tenía sólo cinco años, y era una chica. A su madre le resultaba difícil aprovechar la ropa de sus dos hijos para ella, de modo que era afortunada y se ponía ropa nueva a menudo.

En la penumbra de la habitación, Ricardo miró con desgana la prenda. Los pantalones estaban hechos un asco, en realidad. El día

anterior se había caído de bruces en una zanja húmeda mientras perseguía un balón de plástico medio abollado pero incontrolable, así que se los quitó rápidamente en cuanto llegó a casa, al anochecer, para que no se los viera su madre. Los sacudió torpemente y los colocó en la silla lo mejor que pudo. Luego se puso el pijama y la horrible bata de felpa, de cuadros escoceses rojos. Le insinuaría a su madre —aunque no se lo diría abiertamente para no mentir— que se había lavado. Sin embargo, no lo hizo. Tan sólo se mojó un poco el flequillo para dar verosimilitud al asunto de la ducha.

Bostezó mientras pensaba en lo frío que estaría a esas horas el cuarto de baño, y se dijo que tampoco tenía prisa por levantarse, al fin y al cabo. Había hecho los deberes la tarde anterior, ningún asunto urgente lo obligaba a enfrentarse al gélido ambiente de su casa, que a esas alturas del año parecía una nevera. Era temprano y, aunque a su padre no le gustaba que holgazanease (porque «nunca hay un motivo para vaguear», repetía machaconamente), seguro que no diría nada si se echaba otro sueñecito. Era sábado, y no debían ser ni las ocho de la mañana, pensó y cerró los ojos tratando inútilmente de atrapar el sueño perdido por el rebato a muerto.

Recordó que era un sueño agradable, y se disgustó al darse cuenta de cómo el sonido fúnebre del campanario le había hurtado aquella sensación de bienestar arrancándosela con violencia y desperdigándola estúpidamente por el mundo real. Ese mundo donde la gente moría porque nada impedía que la vida matara.

Cuando tocaban a muerto, él se preguntaba quién había sido en esa ocasión. Y siempre le sorprendía la respuesta. Especuló sobre quién habría sido esa vez. Probablemente lo conocería, aunque fuera superficialmente. Era raro conocer a la gente que se moría, porque eso significaba que también conocía a los muertos, tarde o temprano.

En ese momento, oyó el alborozo puro y preciso de las últimas golondrinas haciendo coro a las campanas. Pronto emigrarían en busca de climas más cálidos, y Ricardo no sabría reprochárselo. El invierno que se avecinaba sería duro en la meseta castellana. Si por él fuera, también echaría a volar el día menos pensado.

Por un instante, los trinos destacaron sobre el lamento metálico del campanario de la iglesia. El triunfo de los pájaros. Eso lo

tranquilizó, y volvió a dar una cabezada, tapándose con el embozo de las sábanas hasta las orejas.

Al cabo de lo que le pareció un segundo, volvió a despertarse sobresaltado. Las campanas seguían sonando, excitadas, violentas.

—¿Hasta cuándo pensarán estar tocando las dichosas campanas? —gruñó entre la intimidad de las mantas. Había algo enojoso en el furor de aquel martilleo metálico, como una voz severa y cargada de urgencia que le resonara en el pecho.

Su hermano Gonzalo, en la cama de al lado, se removió. Quizás también él se había despertado.

Las camas eran gemelas, de madera antigua y torneada, estrechas y demasiado cortas (a Gonzalo pronto le saldrían las piernas por entre los barrotes del piecero), un recuerdo de su abuela materna a la que Ricardo nunca conoció. Mirarlas no sólo daba sueño, sino que incitaba a rezar antes de acostarse, como si tuvieran alguna oración grabada con tinta invisible en el cabecero.

—¿Es que no sabes estarte quieto? —pidió Gonzalo, con la voz enronquecida de una niña que ha agarrado un terrible constipado. A su hermano le estaba cambiando la voz, pero no acababa de definirse, y habitualmente oscilaba entre lo varonil y lo frígido.

Gonzalo iba al instituto desde hacía dos años. Estaba en Segundo de BUP, y cada mañana se marchaba a Toledo, donde estudiaba, en coche con su padre. Su padre era profesor de Historia en el mismo centro donde seguía sus estudios Gonzalo y donde, con toda seguridad, estudiaría Ricardo dentro de pocos años.

—¡No he sido yo, listo! —se defendió Ricardo—. Son las campanas de la iglesia. Tocan a difuntos. Debe de haber muerto alguien…

—Todos. Han muerto todos… —rezongó Gonzalo.

—¡¿Cómo dices?! —Ricardo se sentó en la cama, sobresaltado. No le gustaban las bromas de su hermano. Era un sabelotodo adolescente. Lo intimidaba y lo acosaba con su pretenciosidad rebosante de acné y los dos palmos de estatura que destacaba sobre su cabeza pueril. Debía pensar, el cretino arrogante, que por ser cinco años mayor que él tenía derecho a asustarlo y confundirlo.

A veces, se sentía a su lado como una lagartija en manos de un niño perfectamente entrenado para ejercer el refinado arte de la tortura.

Pero su hermano también le fascinaba. Sus secretos masculinos. Su cara de «nada me importa». Sus enloquecidos poemas escritos con letra indescifrable en cuartillas arrugadas. Su mal interior, ese existencialismo un tanto conmovedor por ridículo, todavía infantil y desesperado. Sus dolores del crecimiento…

Era su hermano mayor. A Ricardo le hubiera gustado simplemente adorarlo, no temerlo.

—Digo que hoy es el día de Todos los Santos… —Gonzalo asomó una mata de pelo ceniciento entre las mantas. Tosió un poco. Fue una tos débil, que surgió en oleadas—. El día de todos los muertos. Deben estar celebrándolo. A los curas les encantan las cosas de los muertos. Si nadie muriera nunca, no existirían los curas. Si fuéramos inmortales, la religión no se habría inventado.

Ricardo pensó en el Más Allá, y se preguntó si de verdad habría un lugar para todos, donde cabrían todos los muertos, y los que aún no habían muerto pero lo harían algún día. Confiaba en que ese lugar, si es que existía, tuviese mejor temperatura que su casa, y durante todo el año.

—Creo que me he espabilado. Me voy a levantar —dijo.

Se acercó a la silla tiritando y cogió su ropa. Volvió de unas zancadas a la cama y se metió debajo. Se quitó el pijama y se vistió bajo las mantas. Así, además de estar calentito, evitaría que su hermano sacara la cabeza, lo viera en calzoncillos y se burlara de él.

—El día de Todos los Santos… —habló para sí mismo.

Entonces cesaron las campanadas, y para cuando acabó de vestirse, su hermano roncaba suavemente de nuevo.

2

Noviembre es el mes de Todos los Santos, el mes de la muerte. Pero aquel mes de noviembre del año 1975 lo fue más que nunca para San Esteban, un pequeño pueblo cercano a Toledo, situado a pocos kilómetros de la capital manchega, parte de los primeros ensanches realizados fuera de sus murallas a partir del siglo XV.

Mientras Francisco Franco agonizaba en El Pardo, la muerte seguía repartiéndose generosamente por el mundo, como siempre ha hecho, y fue magnánima con San Esteban: el sábado, día 1 de noviembre, apareció el cadáver de Clara. El joven cura del pueblo, don Alberto, se tropezó con su cuerpo acuchillado cuando amanecía. La mujer estaba desnuda y ensangrentada, tirada en el suelo igual que una muñeca rota. Sus restos mortales fueron la premonición de un tiempo nuevo que se avecinaba, en el que era probable que el caos no se aplicara en vano a los asuntos de la vida. La grotesca comedia humana escupía por fin libremente sus síntomas ensangrentados, su insolencia y su obscenidad, también su ridículo.

La noticia corrió como la pólvora, y pronto se convirtió en el principal chismorreo de la población —menos de dos mil almas asentadas en un pequeño valle—, empezó a saltar y a contagiar su mugre con la facilidad de un virus, de boca en boca. La gente de San Esteban no estaba acostumbrada a las muertes violentas. Allí se moría de otra manera, no como lo había hecho aquella mujer. En cada comentario, en cada rumor sobre su asesinato podía detectarse una especie de incrédulo reproche hacia la víctima. ¿Acaso se había visto antes algo semejante? ¿Cómo se atrevía *ésa* a aparecer desnuda y degollada delante de la sagrada puerta de la Ermita de San Roque? ¿Es que no había tenido bastante con sus escándalos mientras estaba viva, que ponía punto y final a sus días de una manera tan atroz, tan ordinaria, tan indecente?

En San Esteban no se moría así. Nadie se hubiera atrevido a hacerlo. Excepto Clara, por supuesto, pero ya se veía venir… Qué desfachatez, en San Esteban ésa no era una manera noble de morir, ni siquiera una manera a secas. Allí se moría en la cama, con los hijos y los nietos alrededor del lecho haciendo la despedida del mundo más cristiana y consoladora, ofreciendo con su presencia y sus lágrimas, por muy interesadas que fueran, una premisa menos dolorosa para la hora de partir del desgraciado agonizante. O bien se moría en el campo, trabajando. La vida no es más que trabajo, el trabajo dignifica. Quien no trabaja (por ejemplo, esa perdida de Clara, todo el mundo decía que era descuidada, que su hermana tenía que encargarse de su pobre madre por las dos…), quien no trabaja no tiene derecho a respirar. ¿Por qué respiran los vagos y los ociosos? ¿Acaso el aire es gratis? ¿Acaso no existe el aire porque Dios, el mismísimo Creador, hizo el mundo en siete días, como buen trabajador que es? ¿Acaso no existe el aire porque Dios hizo el mundo, y lo hizo rápido y bien, como hay que hacer las cosas? En San Esteban se moría así: de enfermedad o de trabajo. O, como mucho —y eso ya era tener la manga demasiado ancha—, uno se moría de viejo en la plaza, sentado de cara al duro sol de la meseta, mientras se hacía el repaso socarrón y apacible de una larga variedad de temas que iban desde la Marcha Verde a la enfermedad de Franco; de las últimas condenas a muerte, y posterior ejecución, de unos terroristas españoles, al teniente Calley, que fue indultado hacía un año pero cuyo tema aún coleaba (sí, aquel teniente norteamericano que tenía carita de buen chico a pesar de ser el responsable de la masacre de My Lai; para que luego dijeran que los bárbaros eran los españoles, con sus toros y sus guerras civiles); o del precio del trigo o —mucho más importante— mientras se hablaba de las jóvenes casaderas del lugar, de sus idas y venidas por las calles estrechas del pueblo, mientras se hacía recuento de carne en edad de procrear con el mismo cuidado con que el ganadero lleva un censo escrupuloso de sus reses preñadas.

Clara no era una joven casadera. A las madres solteras, ¿quién querría llevarlas al altar?

3

La ermita de San Roque, a cuyas puertas había aparecido el cuerpo sin vida de Clara, era en realidad una capilla funeraria que mandó construir un obispo del siglo VII, Ildefonso Aldaba, para que le sirviera de última morada una vez que su alma abandonase este mundo y se elevase hasta los cielos, tal y como él esperaba. Había sido edificada a las afueras de Toledo, en mitad del campo, cuando todavía San Esteban ni siquiera existía como arrabal de la capital, y siglos más tarde pasó a formar parte del territorio municipal de la pequeña localidad, aunque permanecía un tanto alejada de sus calles, a poco menos de un kilómetro en la misma dirección de la carretera que unía San Esteban con Toledo.

En su interior, y rodeando el sarcófago del obispo, el lado derecho del ábside central lucía unas pinturas que representaban a Cristo en toda su gloria, divina víctima de su amor por los mortales, acompañado de los cuatro evangelistas. En el lado siniestro de la tumba, la escena daba vida a lo que el anónimo artista, o artistas, supusieron que podría ser la Resurrección de los Muertos. Así, habían dibujado únicamente a los elegidos, aquellos que habían encomendado sus cuerpos a la custodia de los santos, presentándolos con los brazos elevados hacia la figura de otro Cristo salido del fin de los tiempos y que acunaba entre sus brazos *El libro de la vida*. En el siglo VII, el Juicio Final no tenía demasiada razón de ser para las conciencias de los creyentes, todo el mundo suponía que los malos, las almas descarriadas que se habían desviado del recto sendero de la fe, no despertarían del sueño eterno de su muerte. Por lo tanto, en el proscenio no había ni rastro de condena: el Segundo Advenimiento lograría que despertasen en el Paraíso de la Jerusalén celestial tan sólo aquellos que pertenecían a la Iglesia. Los malvados, los impíos, la escoria humana, ni siquiera tendría

acceso a la taquilla de entrada; sus almas y sus cuerpos perecerían, deshechos como manzanas demasiado maduras, en el extraño y escalofriante reino del no ser, del vacío, de la nada. La idea de Jesucristo como Gran Juez de los seres humanos no había triunfado aún en la cristiandad, y no lo haría hasta algunos siglos más tarde, de modo que el obispo Aldaba, que había mandado construir la preciosa capilla para albergar sus restos cansados durante la eternidad que dura el sueño de los muertos castos, seguía rodeado de una corte celeste que ni juzgaba ni condenaba a los infames, sino que se limitaba a acoger a los justos con la promesa de carne nueva desenterrada de entre las miasmas de los cementerios, de senderos de luz dirigidos hacia una nueva vida, de manos tendidas desde el paraíso. Nada más. Dios, por entonces, no era un espantoso juez del horror humano.

También la luz, aunque una clase diferente de luz, ardía en el suelo abriendo pequeños caminos en la tierra alrededor del cadáver de Clara aquella fría mañana del primer día de noviembre.

El cuerpo había sido encontrado por uno de los curas que daban misa en la capilla en ocasiones excepcionales, como el día de Todos los Santos. El resto del tiempo no se celebraba misa en la ermita, sino en la iglesia del pueblo, aunque la puerta permanecía abierta a los fieles, o a los curiosos del arte que, muy ocasionalmente, se detenían en San Esteban de camino hacia Toledo y sus grecos, sus espadas, sus alcázares y sus plazas, para admirar, aunque no fuese más que unos instantes, la recoleta belleza de San Roque, su desnudo y tímido esplendor.

El cura se había levantado temprano, como siempre. Era joven, y tenía tendencia a dejar que se le pegaran las sábanas. Sin embargo, estaba empeñado en mostrar su diligencia al mundo, y sobre todo a su superior, mucho más viejo y severo que él, con quien se repartía las labores de gobierno —aunque eso de *gobierno* era un decir, en muchos casos— sobre las almas que congregaba la única parroquia de San Esteban, exactamente mil cuatrocientas treinta y dos censadas.

Se llamaba Alberto Ferragut, y tenía veinticuatro años. Había salido del seminario hacía ocho meses, y era un hombre físicamente agraciado, aunque él no pareciera darse cuenta. Su objetivo en la vida se alejaba de la mundanidad y de la apariencia con la misma

franqueza, arrogante pero estoica, con que lo haría un anciano filósofo bajo el cielo de aquel día de noviembre, que derramaba con sereno descuido sus fríos tonos de porcelana sobre el pueblo, tal vez incluso sobre el resto del mundo.

Aunque, visto desde San Esteban, era difícil suponer que hubiera un *resto del mundo*, que las fronteras de la Tierra hubiesen conseguido extenderse más allá de los Montes de Toledo poblados de arbustos de tomillo y espliego, de cantueso y lavanda; unos montes que constituían cierta clase de fortín que contuviera, no sólo las vidas de los habitantes del pueblo, sino también sus pensamientos y sus conciencias.

Toledo estaba allí al lado, pero no podía vislumbrarse a simple vista, de modo que poseía todo el empaque de lo inalcanzable. Y la capital, Madrid, parecía tan lejana como la China comunista.

El joven había cantado misa en Salamanca, y su primer destino, después de ser ordenado sacerdote, fue San Esteban. El párroco titular, don Dionisio Fuentes, era demasiado mayor, y le vendría bien su ayuda, le dijeron en el obispado cuando le comunicaron su misión. Le hubiera gustado tener una parroquia para él solo, pero enseguida se conformó con su suerte. Tenía buen carácter, y creía firmemente en la bondad de los caminos del Señor, por insondables que fuesen.

Don Alberto —apenas si lograba acostumbrarse al tratamiento de *don*, se veía demasiado joven y lampiño para lucir la autoridad de ese título—, compartía casa con el otro párroco, don Dionisio, y él, pensaba Alberto, sí que tenía el *don* bien puesto. Ambos vivían en *la Casa del Cura*, como la llamaba la gente desde que los más viejos podían recordar, un caserón decimonónico lleno de estancias comunicadas las unas con las otras formando espacios de dudosa utilidad que ahora albergaban en su mayoría una rara colección de libros eclesiásticos antiguos, que habían ido juntándose y creciendo desde no se sabía cuándo, y que se habían transformado en la secreta pasión del joven sacerdote. Allí había, entre cientos de títulos polvorientos y ajados, una edición del *Synonimorum de lamentatione animae pecatoris*, de San Isidro; el *Libro de las contemplaciones*, del Beato Raimundo Lulio; o un ejemplar del siglo XIX, en piel de borrego con incrustaciones de pan de oro, de las *Cuestiones Personales*, de Juan de Torquemada.

La mansión estaba dotada de techos altísimos y manchas de humedad desparramadas sin orden por las paredes, como apariciones de otro mundo que mostraran un desdén empapado y solitario al paso de sus habitantes.

Don Alberto abrió la puerta principal de la casa y salió a la calle. El frío del amanecer, casi noche todavía, le golpeó la cara con la insolencia de los fenómenos naturales, siempre ajenos al placer o al dolor de los sentidos humanos. El día no sería apacible, o por lo menos a él no le daba la bienvenida.

Se había puesto un grueso jersey de lana marrón encima de la sotana, pero decidió volver a entrar en la casa y añadir un abrigo a su vestimenta. El abrigo era negro, de línea larga y severa. Había pertenecido al cura que ocupó el puesto de don Dionisio muchos años antes. En aquella casa no se tiraba nada. Él encontró el abrigo un día, en un baúl atestado de trajes absurdos, de origen desconocido, mezclados con la ropa de misa y de calle del difunto párroco, y opinó que aún podía resguardar a alguien de las heladas. Lo mandó lavar y planchar, y se dijo que le vendría bien cuando entrara el invierno. Tenía buen corte, uno de esos cortes que nunca pasan de moda, y el paño era recio, de tacto mantecoso y agradable a pesar de los menudos agujeros de polilla que adornaban el puño de una manga.

Aunque a él le hubiese gustado vestir *de paisano*, don Dionisio no se lo habría consentido, de modo que a diario se enfundaba la sotana con la resignación carente de voluntad de quien lleva un uniforme diseñado con un gusto más o menos incierto. Si bien, se decía a sí mismo, quizás la sotana sirviera para algo, para ocultarle a Dios todo aquello que lo hacía merecedor de su divino desprecio. Las partes pudendas, las piernas fuertes y masculinas, la sensibilidad al frío y al calor. La humanidad impúdica de la desnudez, su fragilidad de carne propensa al abandono, al deseo.

Una vez abrigado, volvió a abrir del todo la puerta de la calle, que había dejado entornada mientras recogía el abrigo de la percha de la entrada. Se estremeció un poco y se frotó las manos tratando de entrar en calor. Hacía una temperatura insólitamente baja. El invierno se había dejado caer sobre los montes como una gigantesca capa de hielo invisible.

Se santiguó cuando atravesó el umbral de la entrada, y anduvo

unos pasos hasta el portón de la cochera, donde dormían sus sueños metálicos dos coches, un Dos Caballos y un SEAT 1500 de color verde aceituna. Los movían poco. Don Dionisio no veía bien para conducir, ni de noche ni de día, y él prefería la bicicleta. No estaba obligado a recorrer trayectos demasiado largos, y el ejercicio era bueno para sus muslos y su corazón. Le gustaba comer, aunque procuraba tener bajo control su tendencia a la gula, como la llamaría el padre Fuentes, así que conseguía rebajar las grasas que ingería pedaleando en su vieja bicicleta por los campos manchegos incluso en invierno. El frescor del viento lo vivificaba, y le gustaba la sensación de cortar el aire con su peso.

Se recogió las perneras del pantalón negro de tergal con unas pinzas de madera para tender la ropa, y se enrolló como pudo la sotana y el abrigo de manera que le dejaran las piernas libres para mover los pedales.

La calle estaba oscura, ya se habían apagado las luces de las farolas, pero aún no había amanecido del todo. Quería llegar pronto a la ermita porque, aunque la misa empezaba a las ocho, así tendría tiempo de prepararla y darse un garbeo por los montes antes de oficiar. Los tonos pardos del verano toledano comenzaban a dejar paso, a regañadientes, a un verde que parecía estar fermentándose en el interior de la tierra, loco de ganas por reventar de ardor sobre los acebuches y las encinas.

Se daría un paseo hasta el huerto de Lucas, en la Cuesta de las Monjas, y probaría los membrillos, si es que había alguno maduro que llevarse a la boca. Así se espabilaría para cuando llegase la hora de la misa, desfogaría la energía que le sobraba por todas partes y la liberaría, mezclada con el sopor del sueño, en forma de sudor, de agradable cansancio.

No se cruzó ni con un alma durante su trayecto. Dejó atrás las últimas calles del pueblo y unos cuantos cigarrales dispersos por la colina. Imaginó a sus dueños sumidos aún en la perezosa fruición de los sueños de madrugada, solazándose en los tentadores demonios de la molicie inconsciente. Los imaginó arropados bajo un par de mantas, mujer contra esposo, cadera contra cadera, los pies de uno sobre los pies desnudos del otro, y sintió una oleada de rubor que le hizo pedalear más fuerte.

El pueblo dormía, o eso creyó él. Por unos instantes se sintió el

único habitante del planeta, sobreviviente de un holocausto nuclear, dueño absoluto de las estepas y los mares, pero incapaz de saber qué podía hacer con todo aquello, con la creación entera de su propiedad.

Tardó poco en llegar a la ermita. Era un paseo corto. Don Alberto necesitaba algo más que aquella ridícula marcha para niños tuberculosos si quería sentirse limpio y liberado para empezar bien el día.

La ermita estaba separada unos cien metros de la carretera, y se accedía a ella por un camino sin asfaltar, un carril lo bastante hollado como para que la tierra no desprendiese polvo siquiera.

«*Potser perquè són pocs dies i, a més*…», iba pensando en sus cosas.

Solía pensar y soñar en catalán, aunque no lo hablaba de forma natural si no era en compañía de sus padres y su hermano Jorge. *Jordi*, que al contrario que él, pecaba de impiedad y no iba a misa si podía evitarlo, el muy sarraceno.

Advirtió que había un coche parado en la cuneta, a poca distancia del desvío. Un Dyane 6 de color azul. Tenía las luces apagadas y no se veía a nadie en su interior. Disminuyó la velocidad de pedaleo y se acercó a mirar por la ventanilla, pero todo estaba aparentemente en orden. Las puertas permanecían cerradas, y también el maletero. Supuso que se trataba del coche de algún furtivo, aunque los cazadores clandestinos solían conducir viejos Land Rover arañados por las jaras del monte, de un color marrón o verde incierto. O podía ser el coche de un ganadero que se había bajado a dar una vuelta por las inmediaciones para hacerle una visita al pastor en caso de que anduviera cerca con las ovejas.

No le dio importancia, y se dirigió a su tarea.

No sabía que el coche pertenecía a Clara, y no conocía ni de vista a la mujer.

Al entrar en el camino que llevaba a la ermita, bajó de la bicicleta, a manotazos se colocó bien el abrigo y, aún con las pinzas sujetándole los pantalones, echó a andar empujando la bici mientras tarareaba un salmo.

—¡Cantaaaad al Señoooor un canto nueeeevo, pues maravillas ha heeeecho…! —elevó la voz, y un eco sordo que parecía reverberar de las retamas de los alrededores, le devolvió sus

palabras hermosamente entonadas—. ¡¡Tañeeeed para el Señooor con la cítara, con laaaaa cítara y al son de laaaa música. Con trompeta y sonido deeee cuernos, gritad ante la faz del Rey Señoooor… Coraaaazón que entre llaaaaamas y espiiiinas, con ansias diviiinas nos muestras tuuuu amoooor, yo quisiera que el muuundo, a porfía, cantaaaara este día un himnoooo en tu honoooo!!

Sí, don Alberto, o Alberto simplemente, era un espíritu joven y libre que encontraba placer en cantar, en correr por el campo y en recitar versos. El mundo, la sagrada obra de Dios, era para él una perturbadora maravilla, y daba gracias en todo momento por estar vivo, por haber sido elegido para poder contemplarlo.

—¡Dios mío, Dios mío! —se detuvo de repente y se llevó una mano a los ojos, mientras con la otra sostenía el manillar de la bicicleta. Se frotó los párpados como si quisiera enseñarles la doctrina de observar el mundo sin estupor y sin espanto, tal como es, en toda su perversa complejidad, con su secreto y su crimen cotidianos—. *Haec est clara dies clararun clara dierum*… —exclamó para sí mismo. Tenía el vicio del latín y del aire libre.

Dejó que la bici se cayera en mitad del camino sin pensar, como siempre hacía, en que podría romperse el manillar, o saltar en pedazos alguno de sus frágiles radios, y corrió hacia el bulto rojo y blanco pintado en el suelo, frente a la puerta de la ermita.

—¡Dios mío! —gimió, y notó la tibia humedad de una lágrima deshaciéndose por su mejilla sonrosada—. Perdóname por pronunciar tu nombre en vano. ¡Dios mío, Dios mío!… Perdónanos a todos, Dios mío…

Se hincó de rodillas frente al cadáver, al principio sin atreverse a tocarlo, mirando sin verla la desnudez teñida de sangre de la mujer que yacía muerta.

No sabía por qué, pero no era capaz de rezar. Era la primera vez que veía un cuerpo exánime. Sabía que la mujer estaba muerta porque no podía ser de otra manera: no se movía, no había signos de que respirara y, cuando por fin reunió valor y acercó los dedos temblorosos a su cuello, sólo encontró una piel fría bajo la que ya no palpitaba la vida.

Intentó recordar una oración, pero tenía la mente en blanco, ni siquiera recordaba el salmo cuyas notas hacía tan sólo unos

instantes había berreado alegremente en dirección al cielo, a los montes escarchados, al río Tajo que se adivinaba detrás de las colinas…

El día anterior había estado leyendo unos versos de Gustavo Adolfo Bécquer y entonces, mientras los leía, los murmuró para sí como si en realidad tratara de tragárselos, de incorporarlos a su espíritu a través de su estómago.

Despertaba el día
y a su albor primero,
con sus mil ruidos
despertaba el pueblo,
ante aquel contraste
de vida y misterios,
de luz y tinieblas,
medité un momento:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

«Qué solos se quedan los muertos», atinó a pensar ahora. «Qué solos se quedan…».

Clara estaba tumbada en un escorzo. Don Alberto, que no la reconoció —aún no conocía a toda la gente del pueblo, y aunque lo hubiera hecho la chica estaba irreconocible—, pensó que alguien la había llevado hasta allí en brazos, con mucho cuidado, igual que una macabra ofrenda que, en el último momento, habían arrojado al suelo quizás con desgana. O con asco, o con rabia. Como se tira al vertedero una brazada de escombros.

Se santiguó dos veces, y al hacerlo se dio cuenta de que tenía los dedos ensangrentados, los dedos que había apoyado en el cuello de la joven para comprobar si aún tenía pulso.

Se santiguó de nuevo y se puso en pie atropelladamente. Echó a andar de espaldas, sin poder quitar los ojos del cuerpo de Clara. Al cabo de unos metros, se dio la vuelta y se puso a correr con todas sus fuerzas en dirección al pueblo, sujetándose el abrigo a la altura de las caderas, y tratando torpemente de evitar que la sotana se le metiese entre las piernas y le entorpeciera el paso.

4

Jovita Villamediana, la madre de Gonzalo, Ricardo y Macarena, era una mujer madrugadora, llevaba ya un par de horas levantada cuando su hijo mediano bajó a desayunar a la cocina.

—Buenos días —dijeron el padre y la madre, al unísono.

—Buenos días —respondió el hijo. Bostezó y se rascó el cogote. Luego se acercó a darle un tímido beso a su madre.

Francisco, el padre, continuó desayunando en silencio después de ofrecer al niño una corta mirada apreciativa. Metía la cuchara en un tazón de leche caliente con
Cola-Cao,
y la sacaba llena de trocitos de galletas Marías, hinchadas como esponjas marrones de aspecto deprimente, derrotado.

Los padres oían la radio, cada uno concentrado con firmeza en su tarea, dejando escapar tan sólo esos suaves ruidos que son el producto de las tareas cotidianas, o del rozamiento de los ojos con un pensamiento ensimismado.

El Ministerio de Información y Turismo, dijo la radio, acababa de dar el parte diario sobre la salud del Generalísimo. Francisco Franco Bahamonde evolucionaba favorablemente. Su Excelencia, dijo el locutor, había conversado con sus familiares y oído la santa misa. Los españoles podían estar tranquilos. Incluso algunas personalidades de las que visitaban a menudo El Pardo habían comentado que el Generalísimo estaba muy bien, y que probablemente pronto se recuperaría del todo.

—Se llama Francisco Hermenegildo Paulino Teódulo Franco Bahamonde —dijo Ricardo, tomando asiento en la mesa de madera al lado de su padre. La cocina era el lugar más caldeado de la casa, gracias a una enorme chimenea que su madre mantenía casi siempre encendida en invierno, y el niño agradeció la sensación de calidez inmediata, el olor a hogar, a alacena abarrotada, a la

promesa de leche caliente y las manos tibias de su madre ordenándole el flequillo con los dedos—. El vejete que va a palmar se llama así, me lo ha dicho el abuelo Vicente. Dice que tiene un nombre tan largo y tan feo como su estampa.

—¿Qué es eso de «el vejete que va a palmar»? —Jovita levantó los ojos del puchero, se secó las manos contra el delantal y le lanzó una fría mirada a su hijo—. ¿Qué manera de hablar es ésa? Pareces el hijo de un gañán, no de un catedrático de instituto. Haz el favor de comportarte y de hablar bien. Siéntate derecho. Díselo tú, Francisco…

Su padre levantó una ceja con pesadez, como si hubiese tenido que esforzarse mucho para conseguirlo. No dijo nada, y siguió comiendo lentamente.

—Es lo que dice Gonzalo. Gonzalo dice «palmar», y más cosas que me callo —insistió el chico. Se acomodó y esperó a que su madre le pusiera delante un tazón rebosante de leche caliente.

Una señora llegaba a casa a llevar la leche por las mañanas, muy temprano, en una cántara metálica que a Ricardo no le parecía muy limpia. Pero su madre hervía la leche hasta que la espuma rebosaba por toda la cocina. Aseguraba que, después de hervirla, ningún bicho ni germen ni porquería por el estilo sería capaz de sobrevivir, y que la leche de Josefa la de los Fermines, era bastante buena y no estaba aguada, aunque su presentación no fuese demasiado higiénica.

Cada mañana, Ricardo miraba fascinado cómo la leche humeaba y parecía triplicar su tamaño, creciendo como el cáncer de un pequeño mar blanco. El sueño espumoso de un personaje de tebeo.

—¿Quién ha muerto? —preguntó mientras llenaba su tazón de galletas—. Si no ha muerto el viejo ese, ¿quién ha muerto? He oído las campanas. Me han despertado. Han tocado durante horas y horas… Gonzalo dice que tocan porque hoy es el Día de los Muertos.

Jovita se sentó a la mesa, con su propia taza de desayuno, llena tan sólo hasta la mitad.

—No, tocan porque se ha muerto alguien. Es esa desgraciada de Clara Domínguez. ¡Dios mío, qué tragedia! ¿Quién se hará cargo de la niña ahora? Esa criatura no tiene la culpa de nada. Cuando me la encuentro por la calle y le miro los ojitos… No sé, tan azules, tan

tristes… Demasiado tristes para una niña. Demasiado tristes para cualquiera.

Ricardo miró a su madre horrorizado.

—¿Que ha muerto Clara, la madre de Mercedes, la que va conmigo a la escuela…? —preguntó ansioso.

Era como si la realidad estuviese empañada por una gran llamarada de polvo ardiente que reducía a cenizas las cosas. Todas las cosas. ¿De qué estaba hablando su madre? Su madre estaba equivocada. Su madre solía estar siempre muy tensa y preocupada por insignificancias como la comida y la ropa y la limpieza de los zapatos, y por eso nunca se enteraba bien de nada.

No podía creerlo. Clara era todavía más joven que su propia madre, y para Ricardo resultaba inconcebible imaginar siquiera que alguien como su madre pudiese morir. No tanto por joven como por necesaria. Tenía hijos por criar. Macarena, Gonzalo, él mismo. No saldrían adelante sin su madre. Pensó en Merceditas, con una mezcla de adoración y de lástima. Sintió que le temblaban las rodillas, y dejó la cuchara en la mesa. Sentía arcadas. Se palpó con ansiedad el abdomen.

—¿Estás bien, Ricardo? —preguntó su padre. Se secó las comisuras de la boca con la servilleta. Lo hizo con cierta pesadumbre, como si al limpiarse los restos de comida también estuviera borrando de su rostro para siempre toda huella visible de su mejor cualidad.

—Sí… No… Tengo un poco de frío.

—Te tengo dicho que no te desarropes en la cama. Las noches son muy frías. —Su madre ladeó la cabeza como un pajarito, mirándolo con una curiosidad exigente y nerviosa.

¿Cómo podría decirle Ricardo a su madre que él estaba enamorado de Mercedes, la hija de Clara? ¿Cómo confesarle a una madre, y más cuando esa madre era tan recta como la suya, que él, Ricardo, su hijo, temblaba cada vez que veía a Mercedes, la hija de una mujer perdida —todo el mundo decía eso de Clara, que además era madre soltera—, y que Mercedes hacía que le subiera la sangre a la cabeza? ¿Cómo decirle que Mercedes lograba que se sintiera como si tuviese dentro de él una enorme burbuja dorada? ¿Cómo hablarles a los padres de amor? ¿Acaso los padres, algún padre del mundo, puede saber qué significa esa palabra?

—Creo… creo que voy al baño… —Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—Te prepararé unas cucharadas de sal de frutas Eno. —Su madre se puso en pie, y se acercó a la despensa.

—Gra… gracias —dijo Ricardo, y cerró con cuidado la puerta a sus espaldas.

Sí, mientras el *Ducem nostrum Franciscum*, como lo llamaría el cardenal primado Pla y Daniel, agonizaba en su palacio rodeado de sirvientes, médicos, familiares, aduladores y figuras de vírgenes que llegaban desde toda España (la Virgen de Chamorro, la Macarena, la Virgen de la Cabeza…), la muerte seguía repartiéndose generosamente por el mundo.

Ricardo no entendía bien cuál era el delicado hilo que separaba lo humano de su destino fatal, y mientras entraba tiritando en el baño, que a aquellas horas estaba tan gélido como un almacén de carne, se dio cuenta de que aún no sabía de qué había muerto la madre de Mercedes.

5

El niño salió de su casa y cerró la gran puerta de madera con cuidado tras de sí. Dio unos pasos rápidos y se cruzó con un gato solitario que le mostró sus fauces irritadas a pesar de que él apenas si le había prestado atención. La mirada del felino carecía de indulgencia, y un fuego hostil brilló en el fondo de sus ojos durante el instante en que se cruzaron sus miradas. Ricardo ni siquiera sintió ganas de espantarlo y molestarlo, como solía hacer cada vez que se cruzaba con un minino. Pasó de largo y siguió caminando, barruntando sus temores y sus pensamientos infantiles. Un pequeño gran hombre tratando de otorgarle sus bienes al mundo, su vigor, su persuasión y su inteligencia repleta de argumentos. ¡Ah, si él fuera un adulto, cuántas cosas buenas estaría en disposición de poder hacer!

El día tenía algo devorador e impaciente, como los ojos del gato, y en el aire flotaba una suerte de presentimiento aciago, como si todos los que se veían obligados a respirarlo estuviesen en peligro.

Ricardo sintió frío y se cruzó la chaqueta de fieltro marrón sobre el pecho. Metió el pie en un charco por descuido, y tuvo que restregarse la suela del zapato sobre el tranco de la puerta de la vecina para desprenderse del barro. No había nadie andando por la calle, y aunque era temprano la luz se desvanecía sobre los tejados con la delicadeza de una nube baja que se deshilacha al menor contacto con las copas de los árboles.

La cabeza de Ricardo estaba llena a rebosar sólo con dos palabras: Amor y Muerte.

Cuando llegó a la puerta de la casa de su abuelo, al final de su misma calle, en la esquina con la plaza del pueblo, cerró la mano y llamó con los nudillos, sin utilizar el grueso aldabón de hierro, forjado a la manera de una pequeña cabeza de león.

La voz del abuelo se oyó acto seguido.

—¡Ya voy! —dijo, gruñendo jovialmente, como era su costumbre—. ¿Quién coño llama así? ¿Es que quieren echarme la puerta abajo?

Ricardo sonrió. El abuelo Vicente utilizaba el lenguaje como un serrucho de mesa. Sus palabras podían ser a veces toscas, pero no había duda de que cortaban que daba gusto, alcanzando al momento sus objetivos.

Abrió la puerta y asomó una nariz grande y sonrosada sobre la que flotaban los ojos negros, juguetones, abrumadoramente jóvenes y llenos de burla.

—Ah, aquí está el báculo de mi vejez, que seguramente viene a comerse mis churros y a decirme luego que si te he visto no me acuerdo… —Agarró a Ricardo por una oreja y tiró de él hacia el interior oscuro y caldeado de la casa—. Pasa antes de que entre también el frío siberiano que hace en la calle. Deben haber abierto las puertas de Siberia para que baje hasta aquí todo el frío que les sobra a ellos. Lo hacen para fastidiar a Franco, incluso ahora que está a punto de espichar.

—¿Estás enfermo, abuelo? —le preguntó Ricardo.

—No, no estoy enfermo. Menuda manía tenéis los jóvenes. —Llevaba una bata de andar por casa tan gruesa como un abrigo, llena de pelotillas de lana, con alguna que otra pequeña quemadura adornándola—. Los jóvenes os creéis que los viejos estamos siempre enfermos. Pues bien, no estamos enfermos. Lo que ocurre es que somos viejos, y ya está. Ser viejo no es lo mismo que estar enfermo, para que te enteres, pollo…

—¿Ah, no?

—No —el abuelo Vicente tenía las greñas revueltas, y era evidente que aún no se había afeitado—. No, no es lo mismo que estar enfermo. Es mucho peor, por supuesto.

—¿Y por qué estás en bata todavía? ¿No está en casa la tita Rafaela?

—No, tu tía ha ido a misa —respondió el abuelo—. Tu tía ha asistido a más misas de las que yo habría podido oír aunque hubiese vivido varias vidas, todas ellas como monje benedictino. Tu tía ha oído muchas más misas en un día que tú, que eres monaguillo, en un año. Por cierto, no puedo entender que seas monaguillo, pero tu padre sabrá… En fin, que Dios se apiadará de mi alma cuando

abandone este mundo porque, aunque yo he huido de las misas como de la sífilis… tu tía se ha encargado de oírlas por mí, y por el resto de la humanidad, y luego me las ha contado.

El abuelo Vicente tosió un poco y se acarició el cuello con una mano, mientras con la otra se apoyaba en el hombro de su nieto.

Ricardo sintió la vieja mano nervuda estremeciéndose sobre su omóplato. Era ligera como la sombra de un pájaro.

—Tu tía va a misa y luego me cuenta todo lo que ha dicho el cura. De pe a pa. Como comprenderás, ¿para qué voy a asistir yo al santo oficio, si tengo una corresponsal de primera? Ni el Papa me daría tantos detalles si fuese hijo mío.

—Abuelo…

—En las casas de putas, Ricardo, se agarra la sífilis. O por lo menos se agarraba cuando yo estaba en edad de visitarlas. Y en las iglesias, dan misa. En las iglesias la infección que uno pilla se llama *misa en latín*. Yo he procurado evitar ambos establecimientos por igual. Iglesias y burdeles. Y no es que esté diciendo que sean la misma cosa, pero… tú ya me entiendes.

Recorrieron el pasillo hasta llegar a una salita donde había una chimenea encendida y una mesa camilla. Se sentaron alrededor de la mesa. Se oía la radio, que dejaba escapar un murmullo casi ininteligible, pero confortablemente arrullador. Ricardo pensó que su abuelo oía la radio porque así no se sentía solo. Pensó que, si él viviera con su tía Rafaela, probablemente se sentiría muy solo, pero que podría sobrellevar ese sentimiento de conmiseración hacia sí mismo oyendo la radio, como hacía su abuelo.

El hombre suspiró y se acomodó en un sillón de cuero.

—¿Qué? —preguntó con una sonrisa decidida, como si la sonrisa se le hubiese quedado pegada a los dientes—. ¿Me traes noticias del Sahara?

—No, abuelo. Pero la madre de Mercedes ha muerto. Me lo ha dicho mamá. La han apuñalado y luego la han tirado al monte, como si fuera un perro. —Sintió que una especie de temor extraño mezclado con ansia cristalizaba en su garganta. Se atragantó con él.

Contuvo las lágrimas a duras penas. No podía dejar de pensar en Mercedes. Ojalá pudiera hacer algo por ella. Consolarla como fuese. Compartir a su propia madre con la niña, ahora huérfana. Gastar la tristeza de Mercedes como si fuese un jaboncillo oloroso que se

frota contra la palma de la mano hasta que por fin desaparece disuelto en el agua tibia, tibia y sucia.

—Sí, lo sé, Ricardo. Lo sé… —El abuelo miró hacia el fuego. Se acercó al hogar y añadió un tronco de leña—. Sería estupendo que el horror fuera como un leño, ¿eh? Que uno pudiera meterlo en la chimenea, pegarle fuego y olvidarse de él. Incluso calentarse un poco mientras arde y desaparece.

—¿Quién habrá sido, abuelo? ¿Quién puede hacer algo así?

—No lo sé, hijo. No lo sé. Alguna bestia. El mundo de los hombres está lleno de bestias, por desgracia. —Se levantó de la mesa y se ajustó el cinturón del batín—. ¿Quieres un
Cola-Cao
calentito?

—Ya he desayunado.

—Pero tu madre no sabe hacer churros, y tu tía Rafaela, sí. Además de oír misa, lo que mejor hace tu tía son los churros. Te pondré un par de ellos que todavía están calentitos, y los mojas en el
Cola-Cao.

—Buuu… eno —murmuró Ricardo.

En ese momento comenzó a oírse el golpeteo sordo de la lluvia. Llovía con tanta fuerza que era como si las gotas hurgasen en el suelo, excavándolo y aporreándolo más allá de lo necesario, con un furor indignado. El abuelo se acercó a la gran ventana de la habitación y miró hacia la calle, acechando entre las altas rejas de hierro forjado.

—Va a caer una buena, muchacho. Ya está cayendo, mejor dicho…

—Sí.

—¿Vamos a la cocina?

Para llegar a la cocina tenían que atravesar el patio interior de la casa donde había un pozo cubierto por una gruesa plancha de metal y rodeado de macetas de flores (hortensias, helechos, lavanda, romero, geranios y claveles) apenas florecidas a esas alturas del invierno, que estaban siendo azotadas con violencia por el aguacero. Sus tallos se habían doblado como frágiles cuellos claudicando bajo la amenaza feroz de un hacha.

—Verás cómo se va a poner tu tía cuando vea la que se les ha

venido encima a sus macetas.

—Abuelo, si quieres puedo arrimar las plantas a la pared, para que no se estropeen.

—No, prefiero que se estropeen ellas a que te estropees tú. Si agarras un resfriado por mi culpa, tu madre me matará y no podré darme el gusto de montar el espectáculo para morirme yo solito. Quédate quieto, anda. Pega el trasero a la pared, camina pegado a la pared, bajo la marquesina, y entra rápido en la cocina. Deja la puerta abierta, que después voy yo.

—Vale, ya voy.

Cruzaron rápido, con precauciones, dando saltitos igual que un par de gorriones ateridos, pero el agua caía en todas direcciones, y no pudieron evitar mojarse un poco.

Una vez en la cocina, se sacudieron el agua, y el abuelo calentó la leche y sirvió otro enorme tazón a su nieto.

—Bebo tanta que, si en vez de ser leche fuera vino, me pasaría la vida borracho como una cuba —dijo Ricardo, y mojó uno de los churros antes de llevárselo a la boca.

—Mejor. Así serás un tiarrón alto y fuerte cuando seas mayor. Ser alto es mejor que ser bajito lo mires como lo mires.

—Tú eres más alto que papá, abuelo.

—Sí, y eso que estoy más encogido que un jersey viejo. Pero eso es porque yo comí bien en mi infancia y mi adolescencia, y a tu padre le tocó criarse en la posguerra. Cuando Francisco estaba en pleno crecimiento volvimos a España y aquí, por muy rico que fueras, la comida escaseaba y no era de buena calidad. Eran los años del estraperlo, de la escasez. Los años oscuros. Si tu padre hubiera tenido a su disposición una décima parte de la leche que tú bebes, otro gallo le hubiera cantado. Así es la vida. —Se sirvió un café y lo bebió a pequeños sorbos—. Entonces qué, ¿no me cuentas nada del Sahara?

—Yo no sé nada del Sahara, abuelo. Cuéntamelo tú.

—Parece que Kurt Waldheim, que es el secretario de la ONU, ha dicho que las partes tienen que llegar a un acuerdo. *Las partes* no son lo que tú te imaginas, sino los gobiernos de Marruecos, Mauritania y España. Pero Mauritania en realidad no tiene mucho interés en el asunto, así que ha renunciado. El problema está en Marruecos y en España. Hay un trasiego de ministros de aquí para

allá, que no solucionan nada, como suele ocurrir con los ministros. Las que sí consiguen cosas son las personas, Ricardo, las personas… Por eso lo de la Marcha Verde no es ninguna tontería. Marruecos se quedará con el Sahara, ya lo verás. Hassan no es tonto, y encima es moro. Sabe lo que se hace. Sabe que Franco se está muriendo, y se aprovechará de que el viejo es el único que entiende a los moros. Franco ha tenido una guardia mora durante toda su vida. Todo lo que ese capullo de Franco sabe, lo aprendió en Marruecos. Pero ahora tiene un pie en el otro barrio y Hassan ha mandado para allá a una multitud de famélicos moritos que no pararán hasta quedarse con la planta de fosfatos Fos
Bu-Craa.
No valdrá de nada que pongan una guardia armada alrededor de los yacimientos. ¡Y el viejo capullo mientras tanto va y se dedica a morirse…! —El abuelo aferró su taza con los dedos y miró de reojo hacia la lluvia que descargaba en el patio—. Debo decirte que no es bueno desear la muerte de nadie, Ricardo, hijo, pero en este caso, también debo decirte que yo me alegraría de que cascara el dictador. Ya va siendo hora. Aunque tampoco tengo muy claro que este señor no sea inmortal. Porque, de hecho, está enfermo, pero morirse no se muere, por más que nos gustaría. Y sin embargo… por otra parte, bien podía recuperarse un poco, digo yo. Sólo de manera temporal, claro. Lo suficiente como para poner a Hassan en su sitio e, inmediatamente después, estirar educadamente la pata. ¿O no?

Ricardo apenas había prestado atención a su abuelo, pero asintió con una sonrisa dulce.

La lluvia minuciosa caía sin piedad, casi inundaba ya el jardín secreto de la tía Rafaela. Aquel fragoroso derroche de agua era como una parábola de la vida, que cumplía su intención de naufragio en naufragio. De desgracia en desgracia.

Ciertamente, la turbia mañana no carecía de misterio.

6

Al día siguiente —domingo, día 2 de noviembre de 1975—, el mal tiempo continuó cerniéndose sobre San Esteban. El cielo extendía una úlcera de desconsuelo y niebla sobre los Montes de Toledo, era ajeno a los menesteres de lo humano, como siempre. Las nubes montaban guardia sobre la población, cargadas de húmeda impaciencia y de afán, hincando su luz lánguida en cada rincón de las calles hasta cubrirlas por completo con su color gris, como la capucha en la cabeza de un fraile ciego.

Aquel día se anunció una nueva muerte, la de Pier Paolo Pasolini. Sus películas estaban prohibidas en España, que sin embargo toleraba en el Teatro de la Comedia el desnudo casi integral de la actriz María José Goyanes, dando vida a la obra *Equus*, de Peter Schaffer; o la representación de *Enseñar a un sinvergüenza*, de Alfonso Paso; por no hablar de *Sé infiel y no mires con quién*, protagonizada por Pedro Osinaga, y gran éxito de taquilla durante años. Aunque los periódicos sufrían con frecuencia el azote de la censura franquista (ediciones de *El Norte de Castilla* y el *Diario de Barcelona*, por ejemplo, fueron secuestradas en aquellos días por el gobierno a través de la Delegación de Información y Turismo), la muerte del cineasta italiano no tenía ninguna connotación política digna de ser escamoteada a la opinión pública, de modo que, un día después de su asesinato, se conocieron con pelos y señales los escabrosos detalles del suceso, que tal vez las autoridades juzgaron aleccionador.

El cadáver de Pier Paolo Pasolini apareció en los alrededores de Roma. La última vez que lo vieron vivo estaba junto a una tasca de la que al parecer había salido en compañía de un jovencito de unos diecisiete años, Giuseppe Pelosi, más conocido como *el Rana* o *Pino*. No mucho antes, había llegado al lugar Pasolini conduciendo

un Alfa Romeo
GT
2000, de color gris metalizado, y le había hecho señas al *Rana* para que montase en el coche. Por lo visto, el chico se parecía mucho a Ninetto Davoli, el actor favorito de Pier Paolo. El joven Pino Pelosi, que estaba tomando unas cervezas junto a sus amigos, encandilado por el cochazo del director de *El evangelio según Mateo*, se montó a su lado.

Más tarde, Pasolini sería ferozmente asesinado, con brutal ensañamiento, por quien en España se denominó un *prostituto* al que había invitado a cenar. La cena, al parecer, había sido deliciosa, aunque Pasolini no llegó a hacer la digestión.

No había nada que impidiera al gobierno franquista dejar que la noticia se propagase en todo su horror. Al fin y al cabo, un maricón había muerto en las peores circunstancias. De no haber sido por su vicio, probablemente seguiría vivo.

Como Clara.

De no ser por su promiscuidad, de todos conocida, tal vez continuaría con vida. La carne era un medio, no un fin. La carne sólo debía ser utilizada para la perpetuación de la carne, pero siendo como era la cáscara del alma, iba contra las leyes de Dios y de los hombres priorizar sus anhelos impuros sobre la disciplina férrea del espíritu que la gobernaba.

Ésos al menos debían ser los pensamientos de don Dionisio Fuentes, el cura de San Esteban que, desde que había conocido la noticia de la muerte de la mujer, se mostraba abstraído y ausente, nervioso y más malhumorado que nunca. Para Alberto, su joven compañero en la misión de Cristo, don Dionisio parecía igual de preocupado que hacía meses, cuando a los pocos días de su llegada a San Esteban sorprendió al párroco trastornado por la noticia de que Franco, según se rumoreaba, mucho antes de caer enfermo ya *se levantaba a orinar en los Consejos de Ministros*.

—Eso es lo que se dice. Que se levantaba a orinar, ¡en un Consejo de Ministros nada menos! —negó, lleno de disgusto—. Si, antes de caer enfermo, nuestro Caudillo se levantaba a orinar en un Consejo de Ministros, es que el fin está cerca, Alberto, hijo… —le confesó al joven bajando la voz hasta el susurro—. Si Franco muere, este país irá derecho al caos, a la perdición. Nuestra Santa Cruzada

no habrá servido de nada. De nada en absoluto. Conozco este país. España necesita una mano firme que la dirija, y si esa mano flaquea o desaparece… esto se convertirá en Sodoma y Gomorra en poco tiempo. —Entornó los ojos, y Alberto tuvo la sensación de que se encontraba entre el éxtasis y la cólera—. Franco, Franco… *debemus imitari*.

7

Aquel día, don Dionisio estaba desanimado. Parecía encogido y más viejo que nunca. Alberto sintió un ramalazo de lástima que, al instante, se mezcló con un débil soplido de miedo en su interior.

El viejo cura lo impresionaba de la misma manera en que un niño se sentiría trastornado y temeroso si lograra pisar la Luna de repente. La Luna, pensó, es una de esas cosas que están hechas para ser contempladas por los hombres desde la distancia, por más que los hombres se empeñen en conquistarla, estudiarla, pisarla y profanarla. Una vez conquistada, como hacía poco lo había sido, dejaría de tener secretos maravillosos para empezar a dar miedo.

La cercanía no siempre es conveniente si se quieren mantener buenas relaciones entre las partes, se dijo Alberto mientras observaba a don Dionisio, mordía una tostada de pan frito y pedía perdón a Dios, un tanto tibiamente, por su buen apetito.

Desayunaban, después de haber oficiado misa, el uno junto al otro, en una de las enormes salas —ésta, acondicionada como comedor—, de la vieja casa que compartían. Observó al anciano. La amargura había cobrado vida en la comisura de sus labios resecos. La ira se había instalado cómodamente en su espíritu y lo había abrazado como una amante ansiosa.

—No puede ser, esa pobre pecadora… —dijo don Dionisio.

Alberto supo que se refería a Clara. Todo el pueblo hablaba de lo mismo. Ya nadie prestaba atención a la Marcha Verde ni a la agonía de Franco, si es que la habían prestado alguna vez. Sólo ansiaban saber quién era el asesino. Y a ninguno de ellos le cabía en la cabeza que en San Esteban viviera un criminal. Excepto, por supuesto, al propio asesino, pensó el joven.

—Sí. —Alberto masticó un poco más despacio y bajó los ojos hasta su tazón de café con leche—. Una lástima. Quien haya sido no tiene corazón. No es un cristiano.

—Quiero que me cuentes otra vez cómo la encontraste. —Don Dionisio miró al joven con los ojos rebosantes de súplica. Eran acuosos, como los de cualquier anciano, pero a diferencia de los de cualquier anciano podía leerse en ellos, con meridiana claridad, la certeza de que el cielo no había sido hecho para ser habitado, ni siquiera mirado, por todos los ojos de todos los seres humanos del mundo, sino tan sólo por los elegidos. En sus ojos anidaba el rechazo de forma natural, como la vanidad en un salón de té.

Alberto suspiró imperceptiblemente, armándose de paciencia, y volvió a contar cómo había descubierto el cadáver de Clara. Había repetido la historia cientos de veces, para la Guardia Civil y, sobre todo, para los perturbados oídos de don Dionisio, que no se cansaba de escucharla.

—Ella vivía en la Ciudad del Diablo, en la Ciudad del Diablo… Santa Ángela de Mérici aseguraba que los desórdenes de la sociedad provienen de los de la familia. Ahora podemos ver con meridiano esplendor que lo que la santa vaticinó es la pura realidad. Esa pobre pecadora, Clara, no tenía una familia como Dios manda, y esto es lo que ha resultado de sus desbarajustes y sus promiscuidades —consideró el cura, juntando las manos en actitud de rezo—. Pobre desgraciada. ¡Desgraciada, desgraciada!… —repitió como una letanía—. Señor, no somos dignos de entrar en Tu casa. Ella no es digna de entrar en Tu casa. Rezaremos un Padrenuestro, un Avemaría, y dos Glorias. Padrenuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre…

Alberto lo miró, aturdido esta vez él. Dejó la cuchara al lado del tazón, y se dispuso a acompañar los rezos del anciano.

En ocasiones tenía la sensación de que don Dionisio estaba perdiendo el juicio. No sería raro, al fin y al cabo ya era muy viejo, y esas cosas solían ocurrir.

Cuando terminaron de rezar, don Dionisio propuso continuar. Alberto sabía que no podía contradecirlo, sobre todo en cuestión de rezos, pero empezaba a aburrirse, y miró con pesar su tazón cada vez menos humeante.

—Recemos un rosario por el alma de Clara. Empecemos con los Misterios de Dolor.

—¿Los Misterios de Dolor? —murmuró tímidamente Alberto, aunque apenas se atrevía a contradecir a don Dionisio—. ¿No

deberíamos empezar por los Misterios de Gozo? ¿La Encarnación, la Visitación, el Nacimiento, la Purificación, el Niño Jesús perdido y hallado en el templo…?

—Para la desgraciada de Clara, sólo existen los Misterios de Dolor. —El cura apretó los labios en una mueca tozuda. Sus manos temblaban sobre los cubiertos dispuestos en la mesa como si su agitación fuera una forma de decir que no tenían consideración con las cosas y que no pensaban tenerla nunca—. La oración y agonía de Nuestro Señor Jesucristo en el huerto, la Flagelación de Nuestro Señor Jesucristo en la columna, la Coronación de espinas de Nuestro Señor Jesucristo, la Cruz que llevó a cuestas el Hijo de Dios, y la Crucifixión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Empezamos…

Alberto renunció a su desayuno y se dispuso a orar.

Entró en la estancia la criada, una mujer que andaba con dificultad debido a la eterna hinchazón de sus piernas. Don Dionisio la hizo sentarse en un rincón y sumarse a los rezos. La mujer obedeció sin rechistar, y miró con nostalgia los restos del desayuno sobre la mesa.

Afuera lloviznaba sin parar, pero menos intensamente que la víspera. Don Alberto sospechó que aquella mañana no podría dar su acostumbrado paseo en bici, o agarraría un constipado.

Mientras murmuraba maquinalmente las respuestas a las oraciones de don Dionisio, Alberto pensó en el cuerpo bello y destrozado de Clara, tirada tal y como él la encontró a la puerta de la ermita. No había podido borrar la imagen de su cabeza, a pesar de haberlo intentado con todas sus fuerzas. Aunque procuraba distraerse, comer, bregar de un sitio a otro como de costumbre, estudiar, leer y rezar, no lograba apartar de su cerebro ni un instante la estampa sangrienta que se había grabado en él, como cincelada a martillazos o a golpes de cuchillo.

Luego pensó en el asesino de Clara. Se preguntó quién sería, y qué estaría haciendo en ese mismo instante, mientras ellos rogaban por el alma de la infortunada víctima. Se imaginó su rostro macilento y sus manos, manchadas de sangre por toda la eternidad, y se dijo que le resultaría difícil darle la absolución, en el caso improbable de que él se la pidiera en confesión, aunque la Santa Madre Iglesia indicara que eso era lo que debía hacer un sacerdote

con cualquier pecador arrepentido de sus actos.

8

A pesar de que la muerte era el gran tema de aquellos días, Macarena Ortiz Villamediana, de cinco años de edad, estaba más interesada por la vida. Era una niña rubia y graciosa, que siempre parecía feliz, o al menos contenta con su suerte. Corrió hacia el salón y se sentó en la gruesa alfombra que su madre cuidaba con mimo. Cruzó las piernas y extendió los brazos hacia el techo.

Ricardo estaba sentado a la mesa, tratando de leer un libro, y escuchando en silencio a las dos mujeres de su casa. Era una presencia sin movimiento, una mariposa atrapada en la resina capaz de guardar la compostura eternamente.

—Mamá, ¿de dónde vienen los niños? —preguntó.

Jovita Villamediana arrugó el ceño, había preparado limonada, a pesar del mal tiempo. En ocasiones hacía cosas sólo por hacerlas. No sabía permanecer ociosa ni un minuto. Miró a la niña con incredulidad. No le gustaban ese tipo de preguntas. Sus dos hijos mayores no habían sido tan preguntones, quizás porque intuían que ella no era el tipo de madre que siempre encuentra la respuesta adecuada; pero con Macarena todo era diferente. La niña era más libre que el viento. No paraba de plantear cuestiones comprometedoras. Y estaba en la interminable edad de los porqués.

Se dijo que debía responderle con sencillez, sin dar demasiados detalles, sin insistencia ni mentiras. Un niño, a esa edad, encuentra normal cualquier revelación, pensó.

—Pues… —dijo, volviéndose hacia su hija, que había acomodado a una muñeca en su regazo, y le acariciaba el pelo con ternura—, cuando tú eras muy pequeñita dormías en el regazo de mamá y…

—¿Qué es un cedazo?

—Un regazo. La tripita. Tú dormías en mi tripita como si fuera una cuna. Los bebés comienzan a vivir en el cuerpo de las mamás

aquí. —Se señaló indeterminadamente hacia el vientre, pero quitó en el acto la mano, como si la hubiera metido en un lugar demasiado sucio o terrible—. Estabas muy calentita y muy abrigada. Entonces, Dios te dio un alma, que es lo que hace vivir a los niños, lo que les hace pensar y luego hablar.

—Yo no paro de pensar, y hablo mucho —asintió Macarena, muy seria.

—Cuando fuiste un poquito más grande, saliste de mi cuerpo y viniste al mundo —continuó la madre.

—¿Y por dónde salí? —La niña abrió los ojos y miró a su madre con curiosidad.

—Por una puertecita que hay en la parte baja de mamá.

—¿Dónde está esa puertecita? ¿Puedo verla ahora? —Macarena sonrió esperanzada—. ¿Es la misma puerta por la que salieron Gonzalo y Ricardo, o tienes varias?

—No, no. Es la misma.

—¿Y dónde está?

Jovita se señaló, aproximadamente.

—¿Quieres decir en la falda?

—Bueno… No exactamente.

—Pues mi amiga Tere dice que los niños salen por el chichi… —La niña continuó acariciando a su muñeca—. Pero yo creo que eso no puede ser, porque es demasiado pequeño y el bebé podría juntarse con el pipí, y todo sería un asco. Me parece mejor lo de la puerta que tú dices.

Jovita se dio la vuelta en dirección a la mesa del centro, aferró con dedos nerviosos la jarra de la limonada y se sirvió un vaso. Luego se lo bebió de un trago, sin respirar.

—Mamá, ¿me das un beso? —preguntó la niña.

La mujer se sintió turbada. Había aprendido que un niño educado con excesiva dureza, privado de besos y caricias, tiene inclinación a buscar con desesperación el placer cuando se convierte en adulto, pero que lo contrario es todavía más peligroso: una criatura besuqueada, acariciada, excitada y atiborrada de golosinas, está siendo orientada irremediablemente hacia la sensualidad.

Se acercó a su hija y le dio un rápido beso en la frente.

—Gracias —dijo la niña, como si de verdad valorase el esfuerzo

que su progenitora acababa de hacer.

Ricardo se deslizó calladamente a la habitación de al lado, desde donde podía oír pero también leer con tranquilidad.

Jovita dejó escapar una tosecilla y miró hacia la ventana que daba a la calle. Alguien pasaba, cubriéndose con un paraguas, dando pasos cansinos hacia cualquier lugar. No supo distinguir si era hombre o mujer, joven o viejo.

Se dijo que ya se había instalado el mal tiempo en la región. El invierno caería de golpe sobre la meseta.

9

Jovita, al contrario que su marido, no tenía estudios. A pesar de pertenecer a una familia rica del pueblo —sus padres no habían tenido más hijos que ella, y le habían dejado toda su herencia: cortijos y tierras, y la casa grande y destartalada en la que ahora vivía con su familia—, apenas si había terminado los estudios obligatorios en la escuela del pueblo. Pero había recibido una correcta educación católica. Los temas referidos a la carne la desconcertaban. No sabía demasiado bien cómo enfrentar el asunto con sus hijos.

Le habían enseñado todo lo referente a lo que *estaba bien* dentro del matrimonio a los ojos de Dios, pero carecía de indicaciones para valorar física o moralmente cualquier asunto sexual fuera de él. No entendía el placer sensual no sacralizado por la Iglesia. Sabía de las leyes morales del matrimonio, de las obligaciones mutuas que conllevaba, y eso era todo. Para ella, una cosa era buena y estaba permitida cuando no se apartaba del fin honesto al que iba ordenada. Como el fuego, una cosa es buena y útil cuando se mantiene dentro de los límites que se le han fijado, pero si los traspone puede originar auténticas catástrofes.

Aunque el hecho de que ciertas cosas estuviesen permitidas, tampoco significaba que fueran recomendables. Por ejemplo, ella sabía que estaba concedido a los esposos tener relaciones sexuales durante la menstruación de la esposa, pero le constaba que sólo un marido egoísta sería capaz de exigirlas. Afortunadamente Francisco, su marido, no era de ésos. Respecto al matrimonio, pensaba Jovita tal y como había aprendido de su difunta madre —una buena mujer, católica como la que más—, Dios se ha fijado dos fines: un fin principal, que es la procreación y educación de los hijos; y un fin secundario, la ayuda mutua natural y sobrenatural y la satisfacción legítima de la concupiscencia de la carne. Esos dos fines autorizan a

los esposos a llevar a cabo ciertos actos que podrían ser buenos en la medida en que estuvieran conformes con los fines del matrimonio y fuesen meritorios para el cielo y realizados por esposos cristianos que vivieran en gracia. De modo que el placer sexual, mientras no atentara contra dichos principios, estaba permitido.

Jovita sabía que la generación de una nueva vida, en el seno del matrimonio, requería tres cosas: la penetración del miembro viril en la vagina de la mujer, la efusión seminal dentro de la misma, y la retención por parte de la mujer del semen recibido. La falta voluntaria y deliberada de cualquiera de esas tres cosas, constituía un pecado mortal. Pero Francisco, después del nacimiento de su hija Macarena, se negaba a concebir más hijos. «Este siglo ya no da más de sí», decía ante el desconcierto de Jovita, que apenas sabía de lo que estaba hablando, «me niego a tener nada más de este siglo, y mucho menos otro hijo…».

Pero… para Jovita, el acto sexual, que iba acompañado lo mismo para el hombre como para la mujer de un placer sensual que entraba dentro de los planes de Dios, debía encaminarse a la concepción de una nueva vida, no a un placer vano y egoísta como única finalidad. El acto sexual poseía para ella una grandeza natural llena de belleza y significación que expresaba la unión de las almas a través de la unión de los cuerpos, ratificando el consentimiento y el pacto de amor y amistad otorgado por los esposos ante un altar y un ministro del Señor.

Jovita sabía que no debía negarle a su marido la realización del acto porque eso lo privaría injustamente de él, obligándolo quizás a cometer pecados solitarios, o a hacerlo con otra persona. Sabía que era lícito que Francisco quisiera mantener relaciones con ella, y que ella debía aceptarlas incluso en los casos de gestación, lactancia, menstruación o fiestas religiosas. Claro que Francisco era un hombre delicado, que había hecho uso del matrimonio con menos frecuencia en los últimos meses de sus tres embarazos, y siempre tomando las precauciones debidas para evitar dañar al feto (adoptando posturas menos peligrosas, por ejemplo).

La mujer había hecho un curso de preparación al matrimonio, y había leído libros, aunque no le gustaba la lectura en general. Le enseñaron que si la mujer tiene la satisfacción completa antes de que el hombre, su esposo, haya depositado el semen en su vientre,

se debe completar el acto y no hay ningún pecado en ello. Cuando la mujer no siente la satisfacción completa en el acto del matrimonio, le está permitido procurársela con tocamientos propios o de su marido para llegar al orgasmo (sin embargo, esos tocamientos sólo se pueden hacer inmediatamente después del acto matrimonial). Le enseñaron que la caridad le impone al hombre el deber de procurar que su esposa encuentre la satisfacción completa, en cuanto sea posible, durante el acto conyugal, porque son demasiados los que se procuran a sí mismos su placer sin preocuparse de la esposa, que queda privada de un placer al que tiene derecho y cuya ausencia puede afectar a su salud al no encontrar ningún descanso para sus nervios después de la tensión ocasionada por el acto conyugal. Sonrió con deleite al pensar en la suerte que tenía: Francisco, desde luego, no era de ésos, siempre se ocupaba de ella en primer término. Le habían dicho que había mujeres frígidas, o frías, que nunca llegan a la satisfacción completa durante el acto conyugal, y le habían advertido que, en el caso de que ella fuera una de ésas, no debía desesperar como si lo hubiera perdido todo en el matrimonio, sino que debía consolarse pensando que, a cambio de ese sacrificio, Dios le concedería otras gracias más grandes y duraderas, y que sobre todo, debería acudir a una consulta médica. Suspiró aliviada al darse cuenta de la suerte que tenía: ella tampoco había resultado ser de ésas.

Para Jovita sólo había unos casos específicos en los que se debía rehusar la consumación del débito conyugal: por adulterio, falta de uso de razón de uno de los cónyuges, por petición inmoderada (varias veces el mismo día), cuando hubiese riesgo para el feto, en las seis semanas posteriores al parto, cuando existiera peligro de escándalo (dormir en la misma habitación que los hijos)… Le constaba que las relaciones conyugales eran muy útiles para limar desavenencias, o para precipitar la reconciliación cuando había algún disgusto íntimo. *Que no se ponga el Sol sobre vuestra cólera*, decía San Pablo (Ef. 4, 26). De hecho, si no fuera por los actos sexuales, podría decirse que su relación con Francisco carecía de emoción. No hablaban mucho, pero él la buscaba casi cada noche en la cama. Excepto aquella temporada en que… No, no, pero mejor no pensar en eso. Mientras las cosas fueran como ahora, Jovita sabía que todo iba bien. Por eso se limitaba a rezar por el alma de

su marido, que se negaba una y otra vez a concebir más hijos, y le pedía a Dios que le llegara cuanto antes la menopausia, para así liberar a Francisco de sus pecados mortales. Sin embargo, tenía treinta y siete años, y ningún indicio de infertilidad a la vista, por lo que se temía que el asunto iba para largo. Se le secaría la boca de tanto rezar, mientras su útero continuaba alegremente vivo y activo.

Sus gustos y su mente eran sencillos. A veces no era capaz de pensar demasiado en todo aquello y simplemente lo dejaba correr. Los tiempos estaban cambiando, podía darse cuenta. No había más que ver la tele o leer los periódicos que traía Francisco a casa. A ella le aburría leer, pero pasaba algún tiempo frente al televisor, y en ocasiones echaba un vistazo a la prensa. Se preguntaba qué sería de sus hijos. Crecían en un mundo tan distinto al suyo que… No había más que ver ese crimen horrible del día anterior. Esa pobre muchacha, Clara, que dejaba una hija huérfana, de la misma edad que Ricardo. A Jovita le parecía que había algo oculto y maligno rondándolos, y sintió un estremecimiento que trascendió la sensación física y se le clavó como una aguja en la garganta. Algo vicioso los envolvía, un peligro con uñas, igual que una gran mancha de sangre.

10

Gonzalo entró en la habitación y se sentó en la alfombra, al lado de Macarena. La niña lo rodeó con los brazos y le dio un beso, que él recibió entre receloso y halagado. La pequeña agarró su muñeca y comunicó ceremoniosamente que se iba a la cocina, con su padre.

El chico se levantó del suelo, se frotó las manos y dijo que hacía frío.

—Esta casa es una nevera… —Se cruzó de brazos y dio unas vueltas alrededor de la enorme mesa. Barruntaba algo.

—Vete a la cocina, la chimenea está encendida —Jovita recordó que se les estaba terminando la leña y sería necesario comprar otra camioneta. Lo peor era apilarla en el corral, tendrían que hacerlo durante el siguiente fin de semana, cuando Francisco y Gonzalo estuvieran disponibles para ayudar a descargarla.

—Madre… —Gonzalo se acercó a donde estaba sentada la mujer, que ahora tejía las puntillas de una servilleta con una fina aguja de croché.

—¿Hum? —Jovita apenas levantó la vista de su labor.

—¿Tú sabes algo de la… de la…?

—¿De la qué?

—Bueno, no sé si sería mejor hablar con papá, pero no me sale hacerlo. Se trata de una de esas cosas de hombres que uno sólo se atreve a hablar con mujeres. Pero me muero de la vergüenza también contigo.

—Pues si no te sale, es difícil que hables con él, o conmigo.

El chico se había puesto colorado, desvió su mirada de manera caótica a lo largo y ancho de la habitación, como persiguiendo una verdad de científico o de hermeneuta que a cada instante se le escurría de las manos.

—Mi profesor de Naturales del instituto dice que lo mejor es hablar con uno de los padres, con el que se tenga más confianza.

—¿Eso quiere decir que tienes más confianza conmigo que con tu padre? Yo creía que era al revés, pero me agrada oír lo que me dices. —La mujer lo miró con ternura. Tenía el pelo castaño recogido en un moño cerca de la nuca, y sus ojos tampoco sabían qué hacer, igual que los de su hijo—. De todas formas no olvides que tu padre te quiere mucho, y que a él también puedes contárselo todo.

Se preguntó si sería algún asunto de drogas o de vicios, y tiritó imperceptiblemente. De esas cosas, ella sabía poco. Tan sólo que le daban miedo. No sabría bien qué decirle a su hijo. Hacía poco que había descubierto en uno de sus pantalones sucios —unos vaqueros Lee de color azul oscuro, muy gastados por las rodilleras—, dos cigarrillos Rex un tanto arrugados, que habían perdido hilos de tabaco hasta parecer tan mustios y fláccidos como si alguna vez hubieran estado vivos. El tabaco no era algo bueno, eso lo sabía Jovita, pero renunció a pedirle explicaciones a Gonzalo, sobre todo por temor a que el muchacho se las diera. Además, los hombres hacían lo que les daba la gana tarde o temprano.

—¿Tú sabes algo de la… de la masturbación? —le espetó el chico con tono dubitativo, mientras toqueteaba un bolígrafo de diez colores. Cambió el color varias veces, una detrás de otra. El bolígrafo hizo *crik-crik*, desprendiendo un tono de irritación manifiesta.

Efectivamente, la cosa iba de vicios.

La madre suspiró y dio gracias al cielo por el Concilio Vaticano Segundo. Bendijo al Papa Juan XXIII y al Papa Pablo VI por haber actualizado la Iglesia y renovado la vida cristiana —le parecía que casi especialmente para ella— sin definir ningún otro dogma.

La masturbación, en fin.

Tenía entendido que el peligro más frecuente de la pubertad estaba en buscar el placer por sí mismo, excitando los órganos con las manos. A ella no le había ocurrido, por supuesto, pero los hombres… Empezaba a conocerlos un poco sólo con los botones de muestra que tenía en casa. Ciertamente, los toqueteos que buscan el placer no debían ser confundidos con el modo honesto de tocar las partes íntimas en razón del aseo diario: esos órganos eran sensibles y a veces podían experimentarse ciertas sensaciones que no tenían nada de malo.

La masturbación, claro.

Miró a su hijo. Era alto, delgado, desgreñado y guapo como un joven actor de cine. Sin sombras que cruzaran por sus ojos. Siempre estaba extremadamente atareado a pesar de no hacer nada, y lucía un aire melancólico. Jovita no sabría decir si apuntaba para monje o para libertino.

El joven en la adolescencia descubre su sexo, que le absorbe del todo, y puede replegarse sobre él como un bebé que no consigue dejar de chuparse el dedo. Pero el sexo, se dijo la mujer, no había sido dado por Dios para el placer, sino para la procreación, dijera lo que dijese su marido.

Ahí tenía a su hijo primogénito, encogido delante de ella como un pajarillo bajo la lluvia, nervioso y expectante, a punto de romper el grueso y colorido bolígrafo que sostenía entre las manos, pidiendo explicaciones sobre la masturbación, esa evasión de lo real que se concentra en el presente en vez de mirar hacia el futuro, que todo lo hace carne y se transforma en el refugio de los débiles, que se puede volver costumbre y convertirse en un peligro grave para el matrimonio. El matrimonio de su hijo Gonzalo, de quince años e ínfulas de poeta… ¿cuándo tendría lugar? ¿Vería ella a sus nietos aún no nacidos, podría abrazarlos un día? ¿Y si su hijo no llegaba a concebirlos por perderse en el vicio solitario y no querer salir fuera de sí…?

Aunque, por otra parte… ¿podía decirse que alguien pecaba cuando no sabía que lo estaba haciendo? ¿Por qué habría ella de poner a su hijo en el camino del pecado si el camino no existía mientras el pecador no supiera que lo estaba recorriendo? Gonzalo no era muy religioso. Ella ya lo había dado por perdido. Rezaba por él, eso sí, pero como era buen chico tampoco se había atormentado demasiado, hasta ese momento, con sus posibles pecados mortales. No, Gonzalo sólo iba a la iglesia cuando ella lo obligaba. Eso era seguramente debido a la influencia atea de su marido y del abuelo Vicente, que eran un poco rojos, como ya le advirtió en su momento su difunta madre. «Rojos y señoritos, todo a la vez. Habráse visto…», decía su madre, que Dios guardara en Su gloria. Claro que como, finalmente, a su madre le gustaba más que fueran señoritos que disgusto le producía su tendencia política, soportó de buen grado el matrimonio de Jovita con Francisco, y no volvió a quejarse

ni en el lecho de muerte. Le complacía saber a su hija bien casada, y lo demás…

Lo demás… La masturbación, por ejemplo. Se sonrojó y bajó los ojos hacia su labor.

—¿Qué quieres saber de la tur… masturbación? —consiguió preguntar, tan confundida o más que el muchacho.

—No, si lo tengo todo más o menos claro… —Casi gimió Gonzalo. Soltó una especie de soplido agónico—. Lo que ocurre es que no sé si a uno le salen espinillas por eso, o si no tiene nada que ver.

—Aaah… —Jovita respiró un tanto aliviada, aunque tampoco demasiado—. Pues lo mejor es que se lo preguntes a don Lorenzo, el médico. Yo no sé mucho de eso, y quizás él te podría aconsejar. O recetarte una crema o algo…

Dio unos cuantos puntos y luego preguntó por lo bajo, de manera casi inaudible:

—¿Tú tienes muchos granos, hijo…?

11

El cura, don Dionisio, les puso un texto en clase para que lo comentaran. Aunque todos esperaban algo religioso, o literario, el texto escogido pertenecía a la pluma del mismísimo Francisco Franco.

—¿Y quién es Franco, tú? —preguntó Joaquín Palau, un niño moreno y vivaracho, hijo de un guardia civil catalán destinado en San Esteban.

—¡Es ese señor de la foto, idiota! —contestó Carlitos, el primogénito de Emilia, la panadera—. El que está a la derecha del crucifijo. ¡En la pareeed… mira! —Señaló en dirección a la mesa de la palestra en la que estaba sentado el viejo cura con la cabeza gacha, que parecía a punto de desmayarse o de dormirse—. El de la izquierda es José Antonio Primo de Rivera.

—¿Sí o no? —volvió a preguntar Joaquín, mirando hacia donde le señalaba su compañero, con los ojos muy abiertos en señal de asombro—. Parece un actor de Hollywood, ¿o no? Digo el de la izquierda del crucifijo, el que no es Fran… Franco o como se llame.

—¡Ponte las gafas, anda! —le riñó Carlitos dándole un codazo y haciendo como que leía con mucho interés el texto que les había dictado don Dionisio.

—No me pongo las gafas porque se me pueden romper —negó Joaquín, y guiñó los ojos tratando de fijarse en unos retratos que había visto colgados en el mismo sitio cada día, pero a los que no había hecho ni el menor caso hasta ese preciso momento.

—Pues si no te pones las gafas, así se te romperán los ojos antes. Y no sé qué es peor, chaval.

—Mi madre me mataría si se me rompieran las gafas. Prefiero que se me rompan los ojos —insistió el chico.

Desde el pupitre de atrás, Ricardo pinchó la espalda de Joaquín con un lápiz afilado.

—¡Eh! ¿Qué haces, jo?

—¡Shhhhh! —Ricardo le ordenó a su amigo que bajara la voz—. Que puedes despertar a *la Reliquia*, cállate, ¿quieres?

Los niños llamaban a don Dionisio *la Reliquia* porque era viejo e intocable para todo el mundo.

—Mi abuelo dice que Franco va a palmar enseguida —continuó Ricardo—. A lo mejor deberíamos decirlo en el comentario de texto, para que don Dionisio vea que estamos informados. Seguro que eso sube nota.

—¡Tú sí que eres un nota! —exclamó Carlitos, escéptico como de costumbre.

Ricardo volvió a leer las palabras que habían copiado hacía sólo unos momentos. Después de dictarlas, el cura había caído rendido sobre la mesa, como presa de un trance. Sin embargo, todos los niños lo conocían lo suficiente como para no fiarse de las apariencias: sabían que si se relajaban y empezaban a distraerse y a alborotar, *La Reliquia* resucitaría en el instante más inoportuno y los castigaría hasta el final de los tiempos encomendándoles, para aliviar la espera del fin del mundo, alguna pavorosa tarea de esas que sólo podían ocurrírsele al viejo y malintencionado carcamal y que solían ponerles los pelos de punta a todos ellos.

He de confesar que este primer viaje con mi padre, rígido y adusto, no resultara divertido, pues le faltaba la confianza y la solicitud que le hicieran cordial. ¡Qué diferencia con los futuros viajes con los compañeros! Entrando en la dilatada llanura de Castilla, el tren parece precipitarse, con propósito, sin duda, de ganarse el retraso acumulado en la parte montañosa del recorrido. Bajo ese traqueteo del tren, necesitábamos pasar la noche, para amanecer en el cruce de la sierra. Allí quedaba Ávila, recoleta tras sus viejas murallas. Y más abajo, El Escorial, desde donde Felipe II gobernaba el mundo. Y enseguida, el llano Madrid, con sus modestos pueblos y diminutas colonias veraniegas. Y tras una dilatada parada, para conceder la entrada, la llegada a la estación del Norte, donde esperaba la algarabía de los mozos de cuerda y la salida a la espera de los coches de punto y los ómnibus de los hoteles. Ya estamos en el Madrid feliz de los 500 000 habitantes. El paso por Madrid no pudo ser más rápido. Unas horas para asearse, visitar a unos parientes y recoger una carta de recomendación, para volver, a la tarde, a

tomar el tren para Toledo. Así, salvo el paso a través de las avenidas y calles principales, quedaba para mí, inestimable, la capital de España. Esto de la carta de recomendación era cosa que yo no alcanzaba a entender. Me parecía un vicio que arrastraba la sociedad, que no podría tener influencia en el ingreso en un establecimiento militar y que podría alcanzar efectos contrarios a los pretendidos. Así se lo expresé a mi padre, que acabó por comprenderlo. Por otra parte, las cartas en sí carecían de valor. ¡Quién iba a decirme entonces que, 21 años después, me iba a corresponder, como director de la Academia General Militar, el corregir estos abusos!… Mediada la tarde, en un viaje en tren de dos horas, salimos para Toledo. Próximos a la llegada, al cruzar la vega, se nos presentó la vista magnífica de la ciudad, coronada sobre la cumbre por su Alcázar y, más abajo, la catedral y los principales monumentos asomándose sobre las casas de la vieja urbe. Frente a la estación, nos esperaban las típicas galeras tiradas por seis caballos que, cruzando el Tajo por el viejo puente de Alcántara, iban a enfrentarse con la dura faena de remontar la cuesta del Miradero, que da acceso a la típica plaza de Zocodover, mentidero y centro comercial de la población, y en donde se dislocaba el tráfico, para tomar por el laberinto de las estrechas y sombreadas callejuelas, que imprimieron su carácter a esta antigua población dormida en el tiempo. Allí nos esperaba el que había de ser mi apoderado durante mi futura estancia en la academia, quien nos pilotó hasta la calle del Horno de Bizcochos, en la que estaba el alojamiento que nos había buscado para nuestra estancia en la ciudad. El día siguiente había sido señalado para mi presentación en el Alcázar. La impresión que me produjo la entrada, la grandeza de su patio de armas, presidida por la estatua de Carlos V con aquella leyenda de su base: «Quedaré muerto en África o entraré vencedor en Túnez», fue inenarrable. La emoción que me producían esos lugares gloriosos, con sus piedras seculares, embargaba mi ánimo y desbordaba mis ilusiones.

—Habla de Toledo y todo eso —murmuró Joaquín, como si masticara las palabras. En vez de Toledo, sonó *Tu-ler-do* a oídos de sus amigos—. Pero debe ser de otra época porque dice no sé qué de «las típicas galeras tiradas por seis caballos». ¿Sabéis qué es una típica galera tirada por seis caballos?

—Seguro que es un medio de transporte —bisbiseó Ricardo detrás de él—. Como el Dos Caballos, pero en Seis Caballos.

—No era un coche, idiotas, era un coche pero de caballos, no de gasolina.

—¿Era un coche o no era un coche? —preguntó Joaquín, con un deje de horror en la voz—. ¿Es que no nos aclararemos, o qué?

—Era un coche de caballos… —repitió Carlitos, con un cansino aire de superioridad—. ¿No veis que está hablando de otra época, de un ómnibus y cosas así? Cualquiera sabe. Esto debe ser del siglo XIX por lo menos. Este hombre debe de ser muy viejo. Aunque en la foto de la pared… mira qué cara tiene tan fresca, el tío.

—¿Os he dicho que mi abuelo dice que va a estirar la pata en cualquier momento? —insistió Ricardo.

A su lado, Martín Almoguera, su compañero de pupitre, que rara vez se dignaba a dirigirle la palabra —a él o a cualquier otro de la clase, en realidad, porque sólo se juntaba con mayores y con niñas— tenía puesto el brazo derecho de manera que tapaba su cuaderno y lo que estaba escribiendo en él, para evitar ser copiado por Ricardo, a pesar de que no estaban haciendo un examen. Ricardo, por su parte, también actuaba como de costumbre y se limitaba a ignorarlo lo más alegre y olímpicamente posible.

Ricardo pensó en Merceditas y sintió un anhelo que a punto estuvo de desgarrarlo por dentro. La niña no había ido al colegio aquella mañana, como era previsible. Miró el pupitre donde habitualmente se sentaba, vacío, y un velo glacial le cubrió los ojos de repente. Su ausencia era tan visible como una sustancia oscura que hubiese fermentado sobre su asiento.

Los profesores apenas habían hecho un comentario luctuoso y breve sobre la muerte de su madre. Tenían tres profesores: don Antonio, un cincuentón ensimismado y entrado en carnes, que impartía Matemáticas y Ciencias; doña Teodora —o la señorita Teo—, una mujer a la que su abuelo se refería como «un útero histérico», una solterona que vivía con su hermano Raimundo y a quien Ricardo oyó decir una vez, mientras hablaba con la madre de Martín, que había dedicado «sus años fértiles a la enseñanza», y que por eso no había tenido hijos. Cuando Ricardo se lo dijo a su abuelo, éste replicó: «Querrá decir sus años *infértiles*, ¿no?». La señorita Teo les daba clases de Lengua, Literatura, Historia y

Manualidades. Y luego estaba don Dionisio, que se ocupaba de darles clase de Religión y de lo que él llamaba «Lecturas Históricas», una asignatura que ponía de los nervios al padre de Ricardo.

Aquella mañana, la señorita Teo había dicho en clase que lo que le había ocurrido a la madre de Mercedes era una desgracia terrible, y que harían bien en ir todos al entierro, esa misma tarde, para demostrarle a la niña que la acompañaban en el sentimiento. Inmediatamente después de esas palabras, pronunciadas con un semblante deslumbrado, palabras que parecían seres inertes en sus labios resecos, había dado comienzo a la clase.

Don Antonio se limitó a decir que esperaba que la señora Clara descansara en paz, y que todos los niños se dieran cuenta de que el mundo no era un lugar tan seguro y apacible como podría suponerse.

Don Dionisio ni siquiera había hecho un pequeño comentario al respecto, y a Ricardo le dolía y le perturbaba la indiferencia del párroco.

12

Había un murmullo tranquilo y alegre en la clase. Era como si floreciese desde las paredes, adornadas con murales confeccionados por los niños del colegio, desde los parvulitos a los que ya estaban en octavo, y se entretejiera en el aire de la estancia. Faltaba poco, apenas quince minutos, para terminar la jornada matutina y poder ir a casa a almorzar.

Ricardo estaba terminando su comentario de texto, mezclando pensamientos relacionados con Clara y otros sobre Toledo y el Alcázar y los coches de caballos y la maldad asesina de la gente.

De pronto, don Dionisio salió de su trance, se espabiló y los miró como si acabara de confesarlos a todos. Se puso en pie y se estiró la sotana con aire distinguido.

—Para algunos, el Viernes Santo es un día triste, ¿no es verdad, criaturas? —preguntó con voz atronadora.

Casi nadie se atrevió a responder a la pregunta, y él continuó como si tal cosa.

—Para algunos el Viernes Santo es un día oscuro, un día de desesperación en el que recordamos uno de los más terribles acontecimientos de la historia de la humanidad —farfulló con su eterna expresión de enfado. Su voz rebotaba contra las paredes, se estrellaba contra los rostros expectantes y confusos de los niños—. Sin embargo, fue un día en que la luz brilló sobre la negrura. Todo pareció perdido aquel Viernes en la colina del Gólgota, pero ahora, muchos siglos después, sabemos que aquello fue una victoria de la vida, del bien y de la verdad sobre la muerte, la maldad y la mentira del mundo. El Viernes Santo recordamos la grandeza vencedora de Jesús, su fortaleza ante una prueba tan difícil, nos acordamos de que Jesús dijo: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

Joaquín Palau se rebulló inquieto en su pupitre.

—¿Pero es que hoy es Viernes Santo? —murmuró por lo bajo, con una expresión entre alarmada y fascinada—. Yo creo que en Barcelona no se celebra por estas fech…

—¡¡Shssss!! —Carlitos le dio un pellizco en una pierna—. ¡Que te calles, que nos la vamos a cargar por tu culpa!

—No, no es Viernes Santo —susurró Ricardo hablando sobre la espalda del chico. Notó cómo el jersey del otro niño se deslustraba con la humedad caliente de su aliento—. Es que la Reliquia está como un cencerro. Si fuese Viernes Santo no habría colegio, eso seguro.

—Bueno, tú que eres monaguillo tienes que saberlo, ¿sí o no? —Joaquín lo miró de reojo, con cierto estupor.

Ricardo asintió. Le empezaba a doler la tripa de hambre.

Después de comer, Ricardo empezó a sentirse un poco mejor, aunque no más optimista. Pensó en el pelo de Mercedes, y se sobresaltó al darse cuenta de que era casi igual que el de Clara, su madre. Merceditas presumía de su cabello color canela, se lo cepillaba y cuidaba como si fuera el de un caballo de pura raza. Un día le había confesado que su madre se lo lavaba con vinagre y cerveza para que le salieran reflejos dorados. Se preguntó dónde estaría Merceditas en ese preciso momento, si miraría el cadáver de su madre, si se habría acercado a la muerta para aplicarle lápiz de labios, y si alguna vez le hablaría de eso —quizás en el patio del colegio mientras miraban jugar a otros niños—, como cuando le habló de la manera en que se lavaba el pelo.

El entierro sería a las siete y media, y él tenía que ayudar a don Alberto a oficiar la misa de difuntos.

Don Alberto, al contrario que don Dionisio, no era muy estricto a la hora de preparar monaguillos. Le había dado un manual de Liturgia, y le dijo que le echara un vistazo de vez en cuando, pero no le había exigido que se aprendiera nada de memoria, se contentaba con que supiera qué hacer en misa (y los momentos en que era necesaria su ayuda, tampoco eran demasiados), o que murmurara entre dientes, dejándose llevar por el rumor general de los fieles. A veces, el niño se limitaba a mover un poco los labios, absorto en sus cosas, concentrado en sus propios pensamientos, muy lejos de la iglesia y de los menesteres de Dios e incluso del mundo.

Como tenía tiempo antes de volver al colegio, subió a su

habitación —agradablemente solitaria porque Gonzalo estaba en Toledo, en el instituto, y no volvía hasta el anochecer, junto con su padre—, se tumbó en la cama y blandió el libro de *Nociones de Liturgia* como si se tratara de una pequeña bandera.

Las partes principales de la misa, decía el libro, son *El Ofertorio, La Consagración* y *La Comunión*. Pero, bueno, eso ya lo sabía él, más o menos. Lo que no sabía, o a lo mejor no se acordaba, era que la misa fuese una especie de recordatorio de la Última Cena de Jesucristo con los Apóstoles. Una cena que, según los moralistas, se dividía en:

Preparación intelectual y purificación espiritual de los Apóstoles. Con los largos y tiernos discursos de despedida de Jesús a sus Apóstoles. Algo que está narrado en *El sermón del mandato*, sobre todo.

Consagración del pan y el vino, para convertirlos en carne y en sangre.

Comunión. Jesús elevó los ojos al cielo y dijo a sus Apóstoles: «Tomad y comed, porque éste es mi cuerpo. Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para el perdón de los pecados».

Acción de gracias, que según san Marcos pronunció Jesucristo al finalizar la cena. Una vez dicho el himno, el Señor y los Apóstoles salieron hacia el huerto de Getsemaní.

Al parecer, aquellos ritos se traducían en misa: en una primera parte, que era la preparatoria del sacrificio; una segunda que consistía en la oblación de la víctima; la tercera, o la consumación de la víctima; y la cuarta que venía a ser la acción de gracias.

—Esta cosa medio caníbal que tiene la misa… —pensó Ricardo con un estremecimiento, parafraseando las observaciones que su abuelo había hecho al respecto en alguna ocasión—, me pone los pelos de punta.

Esa tarde, para víctima, desde luego nadie mejor que la madre de Mercedes, se dijo, y sintió un frío que no le cabía por ningún lado en el cuerpo.

13

En la iglesia, apenas podía entrar un alma más. Estaba a rebosar de gente, probablemente la misma que censuraba a Clara en vida, y que en la hora de su muerte no se había resistido a la tentación morbosa de asistir a su entierro.

«Las personas, por lo general, tenemos bajos instintos», decía el abuelo Vicente, «nos gusta más la sangre que el champán, hijo mío».

Ricardo pensó que quizás por eso había tanta afición a ir a misa: al fin y al cabo era allí, en la iglesia y en plena liturgia, cuando tenía lugar el milagro cotidiano de la conversión del vino rancio en sangre fresca.

Todos iban disfrazados con sus mejores intenciones, como si la muerte de una inocente —a quien, por cierto, ellos condenaban mientras vivía por ser justo lo contrario— les hubiera tocado muy de cerca.

—Aquí hay más público que en la Marcha Verde —dijo alguien en la puerta de la gran iglesia que presidía la plaza del pueblo—. Viejos, mujeres y niños de pecho… Nos podíamos haber ido hacia el Sahara para darle por detrás al Hassan y que se entere de que nosotros también tenemos capacidad de convocatoria.

—Seguro que Franco no se ha enterado de esto de la Marcha Verde —contestó su acompañante—, seguro que tienen al viejo entubado y no le dicen ni pío. Si el Caudillo supiera lo que está pasando… no estaría pasando lo que está pasando.

—Pues como se muera, adiós al Sahara…

—Siempre lo pueden montar encima de un caballo y mandarlo para África, como al Cid. Si lo ven aparecer los moros, muerto y todo, se cagan las patas abajo.

Una señora que se disponía a entrar en la iglesia —tarea poco menos que imposible, porque ya estaba colmada de gente que empezaba a quedarse a las puertas— hizo un mohín de desagrado al

oír estas últimas palabras.

—A ver esa lengua… A ver si guardamos en nuestra casa esa lengua antes de venir a la casa del Señor —gruñó, y se abrió paso a codazos hasta el interior, perdiéndose ágilmente entre la marea de cabezas y chaquetas oscuras.

Ricardo siguió su estela. La señora era grande y gruesa, y le iba abriendo el camino entre el gentío como una ambulancia en un atasco.

Consiguió entrar en la sacristía antes de que dieran el último toque. En cuanto abrió la puerta, don Alberto se giró hacia él y lo saludó con un lento movimiento de cabeza.

—Creía que no llegabas —le dijo al chico, y señaló con una mano el amito y el cíngulo, que descansaban encima de una silla.

A Ricardo le fascinaban los ornamentos sagrados. Un día, don Alberto le había contado que las vestimentas litúrgicas derivaban de la antigua indumentaria profana, tal y como se usaba en la época grecorromana. Bajo la influencia de los germanos que invadieron muchas regiones de Europa, el vestido profano fue tomando distintas formas que la Iglesia, con su espíritu tradicional, conservó para sí. No había disposiciones generales y obligatorias sobre el corte y la forma de los vestidos litúrgicos, excepto en la prohibición por decreto de ornamentos góticos sin dispensa pontificia allí donde, hasta la fecha, se hubiesen utilizado ornamentos romanos. Respecto al simbolismo de los ornamentos sagrados, la Edad Media dotó a la indumentaria sacra de una especie de relación íntima con Jesucristo en persona, y quiso descubrir en esa indumentaria alusiones al sacrificio en la Cruz, renovado de manera incruenta en la Santa Misa, según dirían el Papa Inocencio III y otros autores piadosos y liturgistas contemporáneos.

El amito era una pieza cuadrada de tela de lino con una cruz en el centro y cintas para sujetarlo. Aquél era blanco, con una cruz bordada en hilo dorado. Ricardo pasó los dedos por la cruz y sintió que algo raspaba suavemente la yema de sus dedos. Antiguamente cubría toda la cabeza, pero los de ahora se ponían alrededor del cuello y sobre los hombros.

—No estará lloviendo, ¿verdad? —don Alberto tenía un aire distraído y tristón.

—No, pero hace un frío que pela —dijo el chico mientras lo

ayudaba a vestirse.

Normalmente, el amito se vestía antes del alba, colocado encima de la sobrepelliz. Ricardo lo apartó, doblándolo con cuidado. Era un vestigio del antiguo pañuelo para el cuello que se llevaba antiguamente. Litúrgicamente significaba la defensa, como si fuera un casco, ante las tentaciones del enemigo. También hablaba metafóricamente de la moderación en las palabras.

Le pasó el alba a don Alberto por el cuello, y le ayudó a estirarla con cuidado, para que no se vieran arrugas. Anastasia, la criada de los curas, era la encargada de lavar y planchar las prendas sagradas, aunque a veces también ayudaban algunas mujeres del pueblo. La ropa siempre estaba tan impecable, suave y olorosa, que habría servido para vestir a un recién nacido.

El alba era una vestidura blanca talar de unos ciento cincuenta centímetros de larga por treinta y cinco o cuarenta de ancha, una prenda derivada de la túnica, de lino blanco, que en la Edad Media se adornó con aplicaciones en la parte inferior de las mangas, en el escote y el borde superior, pero desde el siglo XVII se sustituyeron los bordados por encajes, que solían aplicarse desde el cíngulo para abajo. El alba significaba la inocencia y la pureza del alma.

—El cíngulo —le dijo el joven cura a Ricardo—, como tú ya sabes sirve para sujetar la túnica y distribuir sus pliegues. En un principio era una simple cinta, pero fuera del rito romano empezó a convertirse en una especie de pomposo cinturón. Con esto podría vestirse una jovencita hoy día para salir a bailar a la discoteca —sonrió con cierta pena, y rezó una pequeña oración—. Esta oración que he rezado mientras me lo ponía es un símbolo de castidad. ¿Sabes lo que es la castidad, Ricardo?

—Ser casto, supongo —el chico se encogió de hombros.

—¿Y qué es ser casto?

—Pues… —Ricardo agachó la cabeza, como buscando la respuesta en el suelo de la sacristía—, ser santo, ¿no?

—Menudo santo estás tú hecho… Los santos suelen ser castos, pero no todos los castos son unos santos, amiguito… El propio Franco… —Don Alberto arrugó el ceño, luego tosió con fuerza y cambió de tema—. Anda, pásame eso. No, el manípulo no, la estola. El manípulo significa el dolor que acompaña al trabajo, ¿te lo había dicho?, a las buenas obras y al fruto de esas buenas obras. Como si

hacer buenas obras siempre costara trabajo, un enorme esfuerzo. En fin… Que me aspen si tengo ganas de ir al cementerio después de misa. Estará todo más negro que la boca de un lobo, hace un frío que pela, como tú dices y, que Dios me perdone, pero me gustan mucho más las bodas, las comuniones y los bautizos que los entierros. Los entierros no los entiendo muy bien, Ricardo, amigo mío.

—A mí también me gustan más los bautizos, y eso —dijo Ricardo, y pensó que a él tampoco le apetecía el paseo hasta el cementerio. Ya era casi de noche, y cuando terminara la misa, sería noche cerrada. Si los cementerios no eran agradables durante el día, de noche podían ser sencillamente espantosos. Pero no había más remedio que hacerlo. Como a Clara le habían hecho la autopsia, no se la había podido enterrar por la mañana.

—Ayúdame a arreglarme la casulla —dijo don Alberto—. No, ahí no, por arriba… La casulla, muchachote, es lo que queda de la antigua pénula de los griegos y los romanos, que la usaban para protegerse del frío y demás inclemencias del tiempo. O por lo menos así se desprende de la lectura de la Carta Segunda de San Pablo a Timoteo, capítulo IV, versículo 13. La casulla es el símbolo de la caridad que cubre los pecados… —el cura sonrió en dirección a Ricardo. Cuando sonreía su rostro aparentaba ser el de un muchacho travieso—. ¿Entiendes por qué, si por mí fuera, daría misa en vaqueros? Venga, vístete tú, rápido, que ya han dado el tercer toque.

—Sí, enseguida.

Mientras se preparaba para salir, don Alberto abrió un poco la puerta, atisbó fuera y le preguntó a Ricardo:

—¿Crees que el asesino de Clara estará sentado esta noche en alguno de los banquillos de la iglesia?

14

—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo —dijo don Alberto extendiendo las manos en dirección al pueblo, que respondió «amén» al unísono, con un clamor circunspecto y sordo que reverberó fríamente por las paredes del santo lugar—. La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros.

Don Dionisio se encontró mal a lo largo de todo el día y se había quedado en casa vestido con un jersey harapiento encima de la sotana, con la vista perdida en el cielo raso, muy por encima de las paredes desnudas excepto por un crucifijo de madera pintado de negro, con un rosario de nácar entre los dedos inmóviles. Parecía como si las manos se le hubiesen vuelto de piedra y el resto de su cuerpo, de sangre y carne palpitantes todavía, no pudiera hacerse a la idea. Por la tarde, el viejo sacerdote estuvo tosiendo a ratos, y lagrimeando como un perro enfermo, de modo que don Alberto le dio unas palmaditas en la espalda y le dijo que no se preocupara, que descansara todo lo que pudiese, que oficiaría la misa de difuntos él solo. Y que le diría al médico que se pasara por allí a verlo en cuanto pudiese.

Ricardo, vestido con su túnica blanca de monaguillo sobre los faldones rojos, pasó casi todo el oficio religioso espiando por el rabillo del ojo a la congregación de fieles reunidos aquella noche.

¿Quién habría sido?, se preguntó. ¿Quién de todos ellos?

Sentía la presencia del mal hurgando allí mismo, delante del altar, como si fuera una gran mano ensangrentada. Modificando el aire y la blanca luz eléctrica, y contaminando aún más las ya sucias miasmas de la noche, que poco a poco se echaba encima del pueblo. Una noche oscura aguardaba llena de terribles secretos de puertas para afuera. Ricardo sintió un escalofrío e hizo sonar sin querer la campanilla que sostenía entre las manos. Don Alberto lo miró con

gesto adusto, movió la cabeza de forma apenas perceptible, como si le mandara un mensaje cifrado de contención y recogimiento. Ricardo se encogió de hombros tratando de disculparse, y esbozó una penosa sonrisa, más bien una mueca, con dificultad.

Le lanzó una mirada furtiva a Mercedes. La niña se sentaba en el primer banco de la fila central de la iglesia, encogida y con la mirada vacía, al lado de una mujerona —que apenas si era más que una muchacha, sin embargo—, que tenía los ojos arrasados de lágrimas, y que Ricardo reconoció como la tía de Mercedes, la hermana menor de su madre muerta.

«En vuestra muerte debe aún brillar vuestro espíritu y vuestra virtud, como una aurora alrededor de la Tierra, o no os convendrá morir», le había dicho don Alberto que escribió un tipo llamado Nietzsche, un filósofo, o algo así, muerto él mismo hacía mucho. Ricardo no sabía si aquel señor filósofo resplandeció a la hora de morir, pero no le cabía duda de que Clara no lo había hecho. Ni su espíritu ni su virtud habían brillado mientras expiraba, desnuda y seguramente helada, haciendo frente a los navajazos del asesino. A la madre de Mercedes no le convenía morir de aquella manera. Lo mismo que no le hubiera convenido a nadie.

Había varios guardias civiles, vestidos de uniforme, pero con el tricornio entre las manos en señal de respeto, mezclados con la gente que rezaba dando puntualmente la réplica a las oraciones de don Alberto. Había tantos cuerpos apretados en la iglesia, y de tan distintas estaturas y pelajes, que el chico empezó a sentir que un asfixiante y caluroso veneno lo estaba ahogando dulcemente. Distinguió a duras penas, en medio del atolladero que era la cofradía de fieles, a sus amigos Carlitos y Joaquín, repeinados e incómodos, pegados a las faldas de sus respectivas madres y mirándolo a él desde la distancia con una atención entre acobardada y burlona, pero de alguna manera misericordiosa.

—A nuestros hermanos difuntos —oró don Alberto, con la voz enronquecida—, y a cuantos murieron en tu amistad, recíbelos en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria, por Cristo nuestro Señor, por quien concedes al mundo todos los bienes. Recuerda a tu hija Clara, a quien llamaste de este mundo… —don Alberto hizo una pausa y tragó saliva con dificultad. Ricardo pensó que, en verdad, Dios no había llamado a

Clara a ningún sitio, sino que una mano siniestra la había expulsado del mundo de los vivos hacia cualquiera sabía dónde. Quizás por eso don Alberto aparentaba sentirse confuso, como si estuviera cobijando entre sus manos el relicario de la injusticia y no supiera bien qué debía hacer con él. Hubo un silencio insoportable que duró casi un minuto, hasta que don Alberto salió de una suerte de marasmo que le había cortado el habla, y prosiguió elevando la voz—: Recuerda a tu hija Clara… a quien llamaste de este mundo a tu presencia, concédele que, así como ha compartido ya la muerte de Jesucristo, comparta también con Él la gloria de la resurrección. Por Cristo nuestro Señor, por quien concedes al mundo todos los bienes.

15

Contra lo que se temía Ricardo, la homilía no hizo hincapié en el asesinato. Probablemente, también muchos de los allí presentes esperaban su ración de sangre extra, añadida a la de Jesucristo transformada en vino en el momento de la Eucaristía, pero se quedaron con las ganas. Don Alberto no era un santo cronista de sucesos, y no satisfizo el morbo ni siquiera del asesino que, tal y como sospechaban Ricardo y él, con toda seguridad estaba acomodado entre los fieles, y era uno de los primeros en elevar sus rezos hacia el cielo, disimulando así ante los demás para que no se percataran de que tenía la garganta convertida en arena. Si es que la tenía, claro está, o si es que podía suponerse que un ser capaz de cometer un acto tan atroz podía a la vez ser apto para sentir remordimientos.

Muy al contrario, el cura apenas si mencionó la «terrible sinrazón» de tan lamentable pérdida de una vida humana inocente. Don Alberto se limitó a hablar de la juventud y la belleza malgastadas de la difunta, y a citar a Nietzsche sin nombrarlo.

Cuando el cortejo fúnebre salió de la iglesia y se dispuso a atravesar la plaza, Ricardo sintió frío y se dio cuenta de que el viento no tardaría en apagar el cirio que llevaba en una de sus manos. Temblaba como un perrillo empapado, pero hizo un esfuerzo por recobrar la compostura mientras centraba la mirada en Mercedes. La niña llevaba una camisa de franela y unos pantalones vaqueros algo sucios por los bajos, debajo del abriguito de lana negra con relucientes botones dorados, más propios del uniforme de un almirante que de una niña de diez años que se dispone a enterrar a su madre. Iba firmemente agarrada de la mano de su tía, que sollozaba estruendosamente de cuando en cuando. Ricardo tenía la sensación de que sus suspiros producían el mismo ruido que su madre cuando se dedicaba a correr los muebles para hacer limpieza.

Pensar eso le hizo sonreír con tristeza, y comenzó a olvidarse del frío.

El féretro iba dentro de un coche fúnebre con los cristales transparentes. Rebosaba de coronas de flores, muchas de ellas de plástico. La madre de Ricardo sentía verdadera animosidad contra las flores de plástico. El abuelo Vicente decía que eso era porque Jovita era una señora fina, y no como la mayoría de la gente del pueblo que adoraba el alma incorrupta, industrial y brillantemente misteriosa de cualquier tipo de polímero o de caucho coloreado. «Las coronas de flores de plástico duran más», habría argumentado cualquiera en San Esteban, porque la duración resultaba un valor inestimable en aquel mundo austero y casi inmóvil en el que las cosas empezaban a moverse y a dejar de durar —sólo tenía uno que fijarse en que hasta Franco había resultado ser mortal—, un mundo en el que cada vez se apreciaba más aquello que, no siendo eterno, al menos se esforzaba por parecerlo.

La madre de Ricardo hubiera guardado un largo rencor a cualquiera que se hubiese atrevido a enviar flores de plástico al sepelio de alguno de sus familiares. Se las habría arreglado para poder guardar ese rencor feroz hasta si la corona artificial la hubieran mandado a su propio entierro. Pero a Mercedes, con toda seguridad lo que menos le importaba eran las flores que cubrían el ataúd de su madre.

Debían hacer a pie el recorrido hasta el cementerio, siguiendo al coche fúnebre. Muchas personas, una vez terminada la misa y desfilado para dar el pésame a los deudos —Mercedes y su tía, y un par de viejos parientes lejanos de la muerta—, empezaron a recogerse hacia sus casas. Al cementerio sólo llegaron un par de docenas de personas, entre ellas el alcalde, una de las maestras de la niña, el farmacéutico, el teniente de la Guardia Civil, el sargento y dos de los números —con cara de no apetecer mucho el paseo—, además del padre y la tía de Ricardo. El niño pensó que, a aquellas horas, a su padre lo habría convencido para ir hasta allí su hermana, la tía Rafaela. No creía posible que la idea se le hubiera ocurrido a él solo. Sin embargo, la tía Rafaela, según el abuelo Vicente, era aficionada a los entierros lo mismo que otros son aficionados al bricolaje. «Tu tía siempre tiene preparados los instrumentos necesarios: un traje de chaqueta tan negro que cuando

se lo pone parece una morcilla dentro de otra morcilla; un velito apolillado de la abuela, que en gloria esté, zapatos de tacón bajo para no torcerse un tobillo camino del camposanto, guantes de piel de cabritilla, y unas dosis generosas de sentimentalismo y falsa compasión», decía el abuelo Vicente. «Estoy seguro de que, cuando tu tía sea la finada… *finada* quiere decir fiambre, hijo, o sea, muerta. Esto… bueno, menudo mal fario hablar de estas cosas, pero es que estoy convencido de que cuando ella espiche, lo que más lamentará será no poder asistir a su propio entierro. Sobre todo para poder ver la jeta que ponen sus amistades. Y para pasar lista, por si falta alguien. Menos mal que, cuando eso ocurra y espero que sea tarde, a mí ya no me pilla el toro. Para entonces, yo ya estaré criando malvas. O *colorás*, quién sabe…».

16

Recorrieron las calles del pueblo, en dirección al cementerio, rodeados de un silencio enfermizo. A ratos, clamaban en voz baja algunos rezos, y cada vez que terminaban de rezar se espesaba el silencio. Ricardo podía sentirlo como un amigo invisible que estuviera dándole palmadas en la espalda. La luz del alumbrado público dotaba a las caras de los miembros del cortejo de un aire monstruoso. Pálida y anormal, la luz artificial vibraba alrededor de ellos como si cumpliera alguna siniestra rutina. De cuando en cuando, una mujer vestida de negro se asomaba a la puerta de su casa y se santiguaba al paso de la comitiva. Desfilaban en procesión, Ricardo al lado de don Alberto, cubriendo con su mano derecha casi helada el pabilo de la vela. Eran aproximadamente un par de kilómetros los que debían recorrer desde la plaza de la iglesia hasta el cementerio, bajo el oscuro cielo que empezaba probablemente a verter ya su escarcha sobre los campos. A aquel paso, a Ricardo se le antojó que nunca lograrían llegar. Se sentía como un explorador a punto de darse por vencido. Como el capitán Scott, que caminó tres meses con su trineo a cuestas por las heladas soledades antárticas, acompañado de Evans, Bowers, Oates y Wilson, sólo para comprender demasiado tarde que Amundsen les había ganado la partida. En su caso, la meta era un camposanto pueblerino. Un solitario osario donde reposaban gentes a las que él ni siquiera había conocido.

La situación era espeluznante.

Volvió a sentir un escalofrío de desasosiego, y de aturdimiento. ¿Tendrían frío los muertos, o estarían a salvo en sus tumbas, como cuando uno está dentro de una fotografía y nada puede hacerle daño? Miró a su alrededor con precaución.

—¿Tienes frío? —oyó una voz detrás de él, se volvió y su mirada se dio de bruces contra la figura enlutada de su tía Rafaela, que

caminaba agarrada del bracete con su padre.

—No, no. Bueno, sólo un poco —susurró. Volvió a mirar hacia el frente y enderezó la espalda—. Pero no te preocupes, tía.

Don Alberto no se dio cuenta de que su monaguillo estaba hablando, o no quiso demostrar que se había percatado de ello. Quizás él también sentía frío y se había encerrado al calor de sus propios pensamientos, donde las inclemencias del mundo exterior no pudieran alcanzarlo. Movió los labios, pero Ricardo no hubiese podido asegurar si estaba o no rezando.

—A ver si mañana empezamos con las toses y con los mocos —rezongó por lo bajo la tía Rafaela.

Francisco, el padre de Ricardo, caminaba impasible al lado de su hermana, como si se limitara a dar un agradable paseo nocturno. Observándolo a él, nadie hubiera dicho que algo serio había ocurrido, o estaba ocurriendo.

Mercedes tampoco fue al cementerio. Poco antes de salir del pueblo, su tía la puso de la mano de una vecina y le dijo que fuera buena y la esperase en casa de la mujer hasta que ella volviera. La niña no dijo nada, obedeció dócilmente con los ojos bajos, fijos en el suelo empedrado. Tal vez temía tropezar si no andaba con cuidado.

En el cementerio, esperaban a la luctuosa corte un albañil y un peón, armados de lámparas de gasoil y sus herramientas de trabajo. El nicho ya estaba abierto, justo encima de la tumba del padre de Clara. El lugar había estado reservado para la madre de la joven asesinada, que hacía años se encontraba impedida y «mal de la cabeza», como se decía por el pueblo, pero que al final había logrado sobrevivir a su hija. Ya habría tiempo de buscarle acomodo a la señora cuando llegase el momento. Por lo pronto, la plaza libre tendría que ser para la desgraciada Clara.

Cuatro hombres bajaron el féretro del coche, lo cargaron sobre sus hombros y se encaminaron, seguidos del resto del séquito, cementerio adentro hasta el lugar donde esperaban los operarios.

Cuando concluyó el parco ritual mortuorio, los presentes se agruparon a la luz de las lámparas de los albañiles y empezaron a hablar en corrillos, mientras los dos hombres trabajaban, bajando la voz como si no quisieran despertar a los muertos con el ruido de su cháchara mundana.

Ricardo dejó por fin que la vela se apagara.

Se dispusieron a abandonar el cementerio.

La hermana de Clara y tía de Mercedes había dejado de llorar. «No me quedan lágrimas», repetía sin cesar, «tengo que guardar mi pena para cuando encuentren a ese criminal, a esa bestia asesina, quiero ser la primera en escupirle a la cara…». Hablaba como una autómata, sin cesar, diciendo cosas que a Ricardo le parecieron brutales. Por un instante se imaginó que todos ellos estaban en un sitio diferente. En un país lejano, bajo un sol clemente y amarillo, donde todo refulgía y siempre había alguien dispuesto a responder a todas las preguntas.

Al niño le entraron ganas de orinar. Era el frío, que se le agarraba siempre a la vejiga y se la encogía. Tenía la sensación de que su vejiga era un globo desinflado pero rebosante de agua.

—¿Puedo adelantarme un poco? —le preguntó a don Alberto.

El sacerdote lo miró pestañeando.

—Sí, claro que sí. Aquí ya hemos terminado. ¿Qué te pasa?

—Me estoy me… Me estoy orinando.

—Anda, vete… Hazlo en la salida. Entre los árboles del paseo de la entrada. Ni se te ocurra ponerte a hacer aguas entre las tumbas. No ofendas a Dios, ni a los que están aquí de cuerpo presente. Ésta es su casa, no lo olvides. Piensa que a ti no te gustaría que nadie se orinase en tu casa, y menos en tu cama. Y mucho menos en la que tienes que descansar eternamente. —Suspiró con suavidad. Tenía un aspecto aburrido y jovial. El de un adolescente después de un concierto de música moderna que no le ha complacido del todo. Aunque en realidad, Ricardo sabía que don Alberto estaba consternado de una manera íntima y profunda. Había sido él quien encontró el cuerpo sin vida de Clara Domínguez. Tal vez don Alberto pensaba que Dios había puesto el cadáver en su camino para algo.

Ricardo le entregó su cirio al sacerdote y salió disparado entre los pasillos de tumbas, procurando no pensar dónde se encontraba, sin mirar atrás, remangándose las sayas para no tropezar y caerse. La Luna chispeaba justo encima del gran pórtico de hierro negro del acceso.

Tenía mucho miedo, aunque estaba seguro de que los muertos no podrían hacerle ni una pequeña parte del mal que podrían

causarle los vivos. Y si no, que se lo preguntaran a la madre de Mercedes.

Se introdujo entre los árboles, se subió como pudo las vestiduras, las remangó y se las colocó debajo de las axilas. Luego, se bajó la bragueta.

Le palpitaba el corazón dentro del pecho como si no perteneciera a su cuerpo y golpeara reclamando libertad para volver a habitar en su legítimo propietario. Para colmo, los meados se negaban a salir para afuera, al contrario que su corazón. Se dijo que le iba a resultar más fácil mear su corazón que hacerlo con su orina, que posiblemente ya estaba congelada y por eso se le había atascado.

Y le latió aún más rápido el corazón cuando oyó hablar a aquellos guardias civiles, parados a unos metros de él.

No le prestaron atención.

Se habían acercado sin que Ricardo percibiera sus presencias, distraído como estaba con los miserables oficios de su cuerpo. Eran tres, el teniente y los dos números. Fumaban cigarrillos y murmuraban con tono conspirador. No habían visto al niño, sin duda por estar camuflado entre la oscuridad, que confundía los troncos de unos álamos con otros como si todo el espacio alrededor del paseo de la entrada fuera un lóbrego mosaico, repleto tan sólo de humedad fría y de grillos.

Los guardias estaban hablando entre sí en voz queda, comentando cosas tan enloquecedoramente aterradoras que Ricardo no pudo evitar orinarse el traje de monaguillo y los pantalones.

No sabía quién se iba a enfadar más con él, si don Alberto o su madre. Pero el detalle carecía de importancia comparado con lo que acababa de oír.

El cielo tenía el mismo color que la panza de un animal gigantesco, muerto hacía mucho tiempo y abandonado para siempre en mitad de la bóveda celeste.

El niño notó cómo el miedo se hundía en su cuerpo garganta abajo, igual que una piedra. Y luego el calor de su propia orina agarrándosele a la pierna con la insistencia ardiente de una contractura muscular.

17

La muchacha, Clara, la pecadora, pensó el cura. Muerta a cuchilladas, como un gorrino. El mundo es un lugar extraño, pensó.

Don Dionisio tampoco se sentía bien aquella mañana. Se había despertado muy temprano. Tuvo pesadillas y, en algún momento de la noche, se encontró con el joven Alberto de pie, al lado de su cama, mirándolo con preocupación a la luz quebradiza del pasillo. Lo habían alarmado los gritos del anciano sacerdote, que se incorporó en el lecho con la mirada huera, sudando. El sueño le había dejado la misma sensación que la mordedura de un perro rabioso y asilvestrado.

Hacía ya tiempo que don Dionisio venía sintiéndose mal. Su malestar había empezado a agudizarse concretamente el 26 de junio de aquel mismo año, justo el día en que Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, fundador del Opus Dei, falleció de un paro cardiaco en su habitación de trabajo, a los pies de un cuadro de la Santísima Virgen María, que sin duda recogió su último aliento para acunarlo como a un niño entre sus brazos, mientras el bendito varón expiraba entre el particular aroma de la santidad y la piadosa vigilancia mariana.

El viejo sacerdote era consciente de que su mundo, el mundo por el que había luchado, en el que había creído sin dudar ni un instante, empezaba a experimentar algo parecido a un temblor. Vientos de cambio, tal vez. La muerte se llevaba con ella a los mejores, a los que eran más necesarios. Primero Josemaría, después Franco. Porque él ya no se engañaba: el Generalísimo se estaba muriendo, dijera lo dijese la radio, o la televisión. Su esposa, doña Carmen Polo, no se separaba de su lado, según las noticias. No atendía a las visitas, recogida como estaba al calor de su familia. ¿Estarían pensando en algo los ministros militares, y el de la Gobernación? ¿Habrían calculado que, cuando Franco muriese,

podría haber una subversión? España —don Dionisio estaba convencido de ello, se hubiera jugado la sotana aún sabiendo que no tendría otra para cubrir sus vergüenzas en caso de perderla—, España era un país de agitadores inquietantes, de facinerosos perversos que no se resignaban a admitir que habían perdido la guerra. ¡Todos esos rojos, por Dios bendito, que seguramente estaban ahora en sus casas esperando como aves carroñeras, frotándose las manos hasta que les salieran chuscas…!

Y a Hassan II, que había llegado ya a Tarfaya, aunque hubiera decidido aplazar la entrada de la Marcha Verde en el Sahara, ni la ONU ni nadie le haría entrar en razón. Los moros, como todos los infieles, razón, lo que se dice razón, no es que tengan mucha, meditó don Dionisio.

—Que san Martín de Porres nos ayude —musitó para sí.

Su boca dibujó una mueca, la emanación de su disgusto. Su malestar era una ciénaga jalonada de débiles y mohosos muros de greda.

¿Quién iba a quedar, pues, para conducir el rebaño hacia un camino de santificación? ¿Quién, quién?

Se dio unos golpes de pecho y tosió. Trató de dominarse.

Al viejo don Dionisio le colgaban las manos a lo largo de la sotana igual que dos trozos de papel blanco y arrugado que se le estuvieran derramando de los bolsillos. Se sonó la nariz con fuerza, con la poca fuerza que tenía ni siquiera para sonarse. La muerte era insaciable, la muerte a él no le inspiraba temor, sino cierto cansancio tranquilo que en realidad tan sólo estimulaba su fe en Dios, aunque no hiciera en absoluto lo mismo con su confianza en los hombres. Sus ojillos aprensivos inspeccionaron la habitación con lentitud, eran espesas gotas de pensamiento sonámbulo y resbalaban por las paredes como la luz en la celda de una cárcel.

Debía hacer algo. Él no podía quedarse quieto. El mundo se convertiría dentro de poco en un sacrilegio en el que apenas si cabrían unos cuantos minutos de felicidad, esa paz de celebrar una misa sin trasegar el vino de la rabia y la ignorancia durante la comunión. Cuando muriera Franco, eso también se terminaría, podía darlo por seguro. El parte médico del día había anunciado secamente, sin mucho entusiasmo, que Su Excelencia estaba teniendo un postoperatorio normal, con indicios de tromboflebitis.

Mal asunto. Malo, malo. El mal, la pornografía y el libertinaje acechaban a España por el norte, detrás de los Pirineos, y por el sur, con aquel montón de moros puestos de pie en mitad del desierto, comidos de parásitos, apestando a oveja, a rencor milenario y a pobreza.

La vida no se anda con rodeos a la hora de proclamar el espanto.

18

Don Dionisio estaba tan enfrascado en sus pensamientos que apenas si oyó llegar a Alberto. Un portazo en la habitación de al lado lo sacó de su abandono medio místico medio profano.

Ese muchacho, Alberto… Demasiado guapo. Los hombres no tenían por qué ser guapos. Claro que también se dijo de monseñor Escrivá que era el «cura más guapo del mundo». Pero Alberto, desde luego, no era como el Siervo de Dios Josemaría Escrivá. Carecía de su fuerza divina, y tenía más fuerza de la otra, de la humana, de la que se gasta en acciones y emociones como el oro se gasta en cosas vanas que carecen de valor. Demasiado fuerte para ser un sencillo sacerdote, ese Alberto. Con demasiada fuerza en los muslos y en los brazos. Parecía un leñador, o un labriego de anchos hombros y mirada clara, oteando el cielo más bien en busca de signos de lluvia que regaran las cosechas, que de Dios.

Ah, la juventud. Como tan sabiamente decía el Eclesiastés, juventud y cabellos negros son vanidad. Hay que pensar en el Creador durante los años mozos, antes de que vengan los días malos, y lleguen los años en que digas: «No me gustan», antes que se oscurezcan el Sol y la luz, la Luna y las estrellas… Antes que vuelva el polvo a la tierra de donde vino y el hálito vital vuelva a Dios, que lo dio.

—Alberto… —llamó don Dionisio. Se acomodó en un balancín de enea y dejó salir una tosecilla por la boca agrietada. Entornó los ojos y suspiró, tratando de cargar de nuevo su alma como si fuera un rifle al que introdujese municiones con una mano temblorosa—. ¿Hay alguien ahí contigo, Alberto?

Dieron unos golpes en la puerta de la salita. El primero de ellos recio, casi decidido a resquebrajar la madera. Los dos siguientes más suaves, quizás un poco arrepentidos del ímpetu del primero, tratando de hacerse perdonar la urgencia. La fuerza, en fin.

—¿Me ha llamado usted, padre? —Alberto asomó la cabeza. El viento le había arremolinado el cabello castaño, tenía restos de sol en los ojos, le brillaban tanto que sería difícil inspeccionar el fondo de uno de ellos siquiera y no cegarse.

Por un instante, don Dionisio dudó que quedaran hombres y mujeres buenos sobre la faz de la tierra. Luego vislumbró aquella mirada, y casi se abrasó.

—Sí, pasa, hijo mío, pasa… —Hizo ademán de levantarse, pero se dejó caer de nuevo sobre el sillón, que se columpió enérgicamente. A veces, don Dionisio tenía la sensación de que las cosas tenían planeados todos sus movimientos, al contrario que los seres humanos. Los objetos no carecían de sensatez.

—Tengo que salir enseguida, sólo he venido a traer unas cajas de libros y…

—¿Hay alguien contigo? —quiso saber el anciano.

—Sí, bueno. Uno de los monaguillos. Ricardo Ortiz. Ha venido a ayudarme con las cajas.

—Ah, el nieto del *señorito*… —Don Dionisio miró hacia la ventana. El aire de la calle tenía el mismo color que el té frío.

—Hummm… Sí, eso creo —respondió don Alberto. Se agarraba la sotana con una mano, daba la sensación de que no se acostumbraría nunca a llevar su santo ropaje, que siempre trataría sus ornamentos sacerdotales con el incómodo descuido con que obsequiaría a una bufanda de lana en pleno agosto—. Está en la cocina, esperándome. Ha salido un momento del colegio, es la hora del recreo, pero termina dentro de poco, así que debemos darnos prisa. Yo… ¿Quería usted algo? ¿Se encuentra bien?

—Sí, hijo, me encuentro bien. Ese niño, ese Ricardo, dile que pase aquí, anda.

—¿Para qué…? —Don Alberto se irguió, la sotana se deslizó entre sus piernas. Llevaba unos pantalones vaqueros debajo. Muy anchos para el gusto de don Dionisio. Tragó saliva y decidió no hacer más preguntas. El pobre don Dionisio no estaba en su mejor época, y aunque él no sabía si alegrarse de eso, prefería no contrariarlo—. Enseguida se lo digo.

Desapareció tras la puerta, y al cabo de unos segundos apareció junto con el chiquillo.

Ricardo observó con temor la calva del viejo cura. Su bigotillo

recortado se le antojó, sin ninguna razón lógica, deprimente.

—Buenos días, don Dionisio —dijo.

—Buenas, Ricardo —contestó don Dionisio. Su cabeza apenas podía estarse quieta.

—Buenos días —volvió a decir el chico, inútilmente. Cuando se dio cuenta de que se repetía tanto que iba a resultar sospechoso, se mordió el labio inferior, con la esperanza de poder detener así las palabras inconvenientes.

—A ver, a ver… —El cura lo miró con interés. Había algo pegajoso en su mirada.

Ricardo tragó saliva. Siempre había sabido que era mejor no frecuentar mucho la casa de los curas. Los curas siempre pedían cosas, hacían preguntas… Todos menos don Alberto, pero es que don Alberto no era muy normal. O a lo mejor es que era el único normal que él conocía.

—A ver, Ricardito, majo…

El niño arrugó la nariz con disgusto. No le agradaba que le pusieran diminutivos. A su nombre no le quedaban bien, y él al final se sentía ridículo.

Ricardito, ¡por todos los demonios!, como decían los superhéroes de los tebeos: ¡por todos los diablos! *La Reliquia* no conocía límites para el sentido del decoro.

El miedo se avivaba en Ricardo con cada pequeño contratiempo de la vida diaria. Su corazón latía enloquecido. ¿Qué querría *la Reliquia*? ¿Qué le iba a preguntar? ¿Sabría lo de su padre? ¿Habría hablado la Guardia Civil con el viejo cura?

—Ricardito, hijo… ¿tú has hecho la Primera Comunión? —preguntó por fin el viejo. Su bigote parecía una forma de servidumbre, ahí, encima de su labio, triste y esquelético, destruyendo cualquier ilusión de la boca.

—Sí, don Dionisio, la hice con usted, hace más de dos años —respondió. Casi logró no titubear. Cualquier pregunta que hacía el vejete, él sabía que terminaba siendo una pregunta con trampa, y había que andarse con cuidado.

—¡Ya sé que has hecho la Primera Comunión! —Don Dionisio puso cara de sentirse molesto, aunque bien pensado casi siempre tenía la misma cara—. No era más que una pregunta retórica.

Ricardo miró a don Alberto, tratando de encontrar refugio en los

ojos siempre francos del joven cura.

¿*Retórica*? Madre mía.

Don Alberto se movió como impulsado por una terrible necesidad.

—En fin, don Dionisio, si no quiere usted nada más, el chico tiene que volver a la escuela, y yo…

—No os entretendré mucho. Sólo quiero comprobar algo… —Volvió a posar su mirada terca en el niño. Había algo en sus ojos, algo que no había terminado de madurar pero que ya era viejo—. Entonces, Ricardito, como ya has hecho la comunión, ¿te sabrás el catecismo, verdad?

—¿El catecismo? —El chico volvió a buscar refugio en don Alberto, que examinaba con interés las baldosas de barro, frías como la mañana. Una estufa de leña caldeaba la habitación, pero Ricardo tuvo la impresión de que jamás ahondaría con su calor en el suelo de aquella casa—. Síii… ah, el catecismo, sí, claro.

Rogó a Dios, apretando los puños, que don Dionisio no lo examinara allí mismo sobre sus conocimientos religiosos. Después de todo, él era monaguillo, se suponía que deberían concederle el beneficio de la duda en cuanto a la catequesis, y todo aquello. Hacía mil años de *todo aquello*. Casi un tercio de su vida, por todos los…

—Tú ya sabes que la Primera Comunión es la llamada de Jesús, que Jesús te llama porque es tu amigo, y te ama. —Don Dionisio empezó a toser, el aire no toleraba estar encerrado en sus pulmones y pugnaba por salir afuera violentamente, rasgando de golpe la gastada férula de su garganta. Ricardo sospechó que el anciano sacerdote estaba a punto de ahogarse, y por un segundo suspiró de alivio—. Tu respuesta debe ser generosa, deberías querer parecerte a Jesús. Vamos a ver, ¿quién es Dios, Ricardito? Te sabrás la respuesta del catecismo, digo yo.

—Dios Padre misericordioso, Creador del cielo y de la Tierra y de todo lo visible y lo invisible —chapurreó Ricardo, avergonzado.

Había olvidado el catecismo. Era buen estudiante, sacaba sobresalientes y notables, y no tenía mala memoria, precisamente, pero en los últimos tiempos se había dedicado sobre todo a leer tebeos, y a Walter Scott. Aparte de hacer cada día un montón de deberes.

Las respuestas a las preguntas del catecismo se le mezclaban en la cabeza. Tenía la sensación de que todas venían a decir más o menos lo mismo. Algo sobre Dios, que por cierto eran tres, pero que venía a ser Uno solo.

Sin embargo, se sabía la misa de cabo a rabo, por algo era monaguillo.

Tuvo ganas de llorar.

—Se hace tarde, padre. Nos tenemos que ir. —Don Alberto agarró a Ricardo por la manga de la chaqueta y tiró de él hacia la puerta. De un empujón, lo sacó al pasillo.

—Alberto, hijo, ya lo ves. Los críos ni siquiera se saben el catecismo. Tenemos que actuar. He pensado que todos los niños del pueblo deberían hacer la Primera Comunión, para reforzarlos en la fe de Cristo. —De nuevo tosió, esta vez débilmente—. Antes de que sea tarde. El Generalísimo se muere, Alberto. Cuando él desaparezca, será el fin. Los niños tienen que estar preparados. Ellos son el futuro. Hay que infundirles el espíritu de la oración, iniciarlos de nuevo a la confesión, al sacramento del perdón.

—¡Pero no hay más que unos cuantos niños en edad de hacer la Primera Comunión! —Don Alberto se giró hacia la mecedora donde la delgada figura de don Dionisio dibujaba sombras migratorias bajo la luz verdosa de la estancia—. El resto, o ya han hecho la Comunión, o todavía no tienen suficiente conocimiento para hacerla.

—¡Todos, todos sin excepción están en edad de iniciarse en los misterios de Cristo! Nunca es demasiado pronto, ni demasiado tarde. Somos directores de almas, Alberto. Hemos de sembrar el mensaje de la salvación en las almas de los hombres del mañana. Los niños harán la Primera Comunión, o la Confirmación, según el caso, antes de que termine este mes. Pero la Confirmación esta vez no va a ser el tonteo fácil de siempre. Quiero que los muchachitos tomen clases de Primera Comunión, inclusive los niños que vayan a confirmarse, para que puedan repasar el Catecismo y tenerlo bien presente en la memoria. No hay por qué esperar a mayo para celebrar las comuniones y las confirmaciones. Mayo queda muy lejos, muy lejos. Ahora, es ahora. Ahora es el momento.

Don Alberto sacudió la cabeza. El anciano ni siquiera lo estaba mirando, probablemente ya se había olvidado de él. Lo oyó

murmurar una plegaria.

—Arcángel San Miguel, defiéndenos en la batalla, sé nuestro amparo contra la perversidad y las asechanzas del demonio. Reprímalo Dios, te pido suplicante. Y Tú, Príncipe de la celestial milicia…

El joven cura salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Esta vez, con mucho cuidado de no hacer ruido.

19

Rafaela Ortiz tenía treinta y nueve años y continuaba soltera. El día veinte de aquel mismo mes de noviembre, cumpliría cuarenta. Estaba arreglando las plantas del patio. Les había caído un buen aguacero en los últimos días, y el frío intenso las mantenía en un umbral algo inferior al de la vida. Menudo estropicio. Las cosas no podían ir bien en el mundo mientras las flores domésticas muriesen delante de las narices de una. Devastadas como malas hierbas. Moribundas, desprendiendo su intenso perfume postrero como sangre que mana. ¿A quién le haría algún bien el perjuicio de las flores?, ¿quién podría congratularse de su pérdida? No ella, por supuesto, que las cuidaba con un mimo tan escrupuloso que a veces podía convertirse en violencia. Rafaela era la jardinera entregada, la peluquera de sus brotes.

Casi todas las macetas se habían echado a perder.

A Rafaela le hubiese gustado amar y ser amada. Se metió las manos en los bolsillos del «mandil» de trabajo, que ella misma se había confeccionado (le gustaba coser casi tanto como trasplantar macetas), y observó los geranios ateridos, los bulbos deshechos de las azucenas. La invadió una oleada de nostalgia. «También nosotras necesitamos ser amadas», parecían proclamar las plantas, «silvanos, arráncanos de cuajo y ponnos dentro de un jarrón con agua, y mientras expiramos absorbe lo que somos, huélenos, mujer».

Es posible que la visión vegetal de la existencia también tuviese sus miserias.

Aquella mañana, Rafaela se había levantado muy temprano, como de costumbre. Poco después, llegó la criada, Anastasia, que también hacía faenas de cuando en cuando en casa de los curas. Anastasia había sido la criada de su padre desde que Rafaela tenía memoria, desde mucho antes de que muriera su madre, siendo ella todavía una niña. La consumía una especie de abandono

entristecido. Era una de esas mujeres que cualquiera hubiera dicho que había nacido para servir. Anastasia nunca había esperado que la vida diera para mucho, pensó Rafaela, y asistir a otros era el único atrevimiento que se había permitido.

Entre las dos encendieron las chimeneas de la casa, y una estufa. Aquella casona enorme, en la que resonaba el vacío con igual ardor que pisadas infantiles. Un caserón lleno de habitaciones inmensas, campos de cultivo baldíos en un espacio que se precipitaba hacia la nada. Con cuadras solitarias y umbrías, llenas de manchas de humedad que semejaban rostros agriados. El tiempo jugaba al ajedrez por las paredes, enlutecido y trágico. Quizás igual que lo hacía por la piel de Rafaela. Pero ella amaba aquella casa, y ni siquiera tenía palabras para explicar su amor por ella.

A su madre, que en paz descanse, nunca le gustó mucho la casa, ni tampoco el pueblo. Claro que ella era de Madrid, aunque naciera en Alcalá de Henares. Estaba acostumbrada a otra vida en la que era posible andar entre las callejuelas de la ciudad, escudarse en la salvación huera del bullicio urbano. San Esteban fue poca cosa para su difunta madre, que en gloria esté. Ni rastro de modernidad ni de progreso. Gañanes, paciencia, resignación y arrebatos que se lleva consigo la tierra, eso es lo que había entonces, y lo que quedaba aún en el pueblo. El pueblo de Rafaela, de su padre, y un poco menos de su hermano, que en el fondo era como su extinta madre, siempre pensando en volar, las ideas retorciéndose en su cabeza a todas horas, los ojos puestos en el horizonte, ansiosos. La mirada disparando flechas hacia Toledo, hacia Madrid, lejos de San Esteban y sus mujeres vestidas de negro, atadas al pasado, levantadas en comité permanente contra la risa, sumisas con los maridos y los muertos familiares, con la boca en forma de arco en tensión, abnegadas y duras, viviendo sus pasiones imaginarias en un frío reino de nadie.

Sin embargo, Clara no había sido así. Clara era actual, original. Ligera de cascos, decía la gente por lo bajo. Ahora que había muerto… No era correcto hablar mal de los muertos. A los muertos hay que respetarlos, sobre todo porque cualquiera sabe si no estarán oyéndolo todo y tomando buena nota de cada mala palabra, esperando el momento oportuno de echarlas en cara.

Qué terrible desdicha morir de esa manera, por mucho que la

víctima no hubiese sido un dechado de virtudes. Hacía pocos días que se había cruzado con ella. Aún viva y resplandeciente. Su pinta de *hippy* de Madrid, y el rostro terso y rejuvenecido por el maquillaje. El amor, probablemente dejaba también sus secuelas. El amor era un acto decisivo de la vida. A Rafaela, en cierto sentido (lo pensaba en secreto, y no se hubiese atrevido a contárselo a nadie), le habría gustado parecerse un poco a Clara. No ser tan promiscua, desde luego, pero sí disfrutar del amor, de su revelación y su éxtasis.

Demasiado tarde, pensó, demasiado tarde.

20

Decía Santo Tomás que el primer intento y estudio principal que le incumbe al hombre es huir del pecado, y resistir a sus concupiscencias, que se nos manifiestan contrarias a la caridad. Y fue el mismo Jesucristo quien había dicho: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Luc. IX, 23). Esa negación sí la ejecutó con fervor Rafaela, la renuncia voluntaria no solamente al exceso de los sentidos, sino también a todo lo necesario y gustoso.

A todo, excepto quizás a su pasión por las flores, aunque pedía perdón a Dios a diario por ello (un poco tibiamente, eso sí, porque si Dios había puesto las flores en el mundo sería porque las amaba y no se podía tomar a mal que Rafaela también las adorase). Aunque… tamaña debilidad por seres mortales, que estallan de vida y luego fenecen en la prisión del patio. Que se beben la luz como un refrigerio. Que cierran los pétalos cuando cae el crepúsculo, como amantes saciadas.

Tenía que confesarlo, la jardinería era su sacramento mundano.

En lo demás, incluso siguió su particular camino de mortificación. De jovencita, sus apetitos eran desordenados, aunque nunca llegó a cometer pecados mortales porque tuvo un director espiritual que la guió en su vía de dolor (don Dionisio, cuyas misas tanto echaba ahora de menos), y así supo pronto que la soberbia infla y provoca el desprecio de los demás, alardea de espiritualidad y se oye a sí misma mejor que a las lecciones de los mejores maestros.

Rafaela se mortificó durante un año entero, entre los diecinueve y los veinte, antes de cumplir la mayoría de edad. Si su padre lo hubiese sabido, habría puesto el grito en el cielo, habría tomado medidas drásticas. Su padre, un rojo descreído y ateo (en una España en la que hasta las prostitutas, los taxistas y los peones

camineros eran de derechas, su pudiente padre le había salido más rojo que el tinto de Valdepeñas), su padre gruñón y protector no hubiese consentido nunca las heridas de haberlo sabido, las llagas que no cerraban, el interminable fluir del tormento por la piel, debajo del cilicio. Pero el daño la condujo al entendimiento. Todavía le quedaban cicatrices en los muslos. Don Dionisio tuvo en cuenta sus necesidades, su condición, su estado de salud, su temperamento y sus deseos de penitente. Todo fue bien.

—No somos deudores de la carne para vivir según la carne —le dijo entonces el cura, citando el libro de los Romanos—, sino que estamos obligados a vivir según el espíritu, porque si vivieras según la carne, morirías; y si vives con el espíritu, mortificada la carne, vivirás.

Ella eligió vivir. Combatió sus pasiones con la fuerza de un guerrero joven. Venció al amor, más poderoso que la muerte. (Se había enamorado de un muchacho de campo, necio y apuesto, que llegó por el pueblo para trabajar de jornalero durante el verano y después desapareció para siempre sin saber siquiera que a Rafaela le había roto el corazón). Luchó contra el deseo, una llama viva que consume. Y contra el gozo, que te ata como un perro a la piedra del presente.

Las pasiones desbordadas se enraízan en las necesidades, y por eso son difíciles de curar. Ella, siguiendo las instrucciones de don Dionisio, aisló sus pasiones de todo lo que las provocaba o fomentaba, las puso frente a la virtud contraria, exactamente igual que sospechosos detenidos contra una pared; asoció a ellas ideas que las sofocaron y distrajeron, y examinó a diario su estado, a solas con su conciencia. Le pidió a Dios la energía necesaria para combatirlas, y se puso en manos del cura del pueblo con la confianza esperanzada con que se habría puesto en las de un cirujano de renombre mundial.

Pero, hacía tanto tiempo de todo eso…

Ahora Rafaela se dedicaba a sus plantas cada día con un poco menos de culpa, y aunque continuaba siendo tan piadosa como siempre, su frenesí religioso ya no la habitaba como un parásito. Incluso leía novelas escandalosas, como *El valle de las muñecas*, de Jacqueline Susann, en la que la protagonista, Anne, conocía a Lyon Burke y se enamoraba perdidamente hasta que, por supuesto, él la

dejaba y ella se hundía con dulzor en la depresión y la miseria, como quien se deja arrastrar hacia un clima más cálido. Mientras Anne creía que en la vida lo único destacable es el amor, sus amigas sólo pensaban en hacerse famosas.

Pues sí, el amor, vaya por Dios. Ese desorden de los sentidos que pone a prueba el sistema defensivo de la realidad.

El amor debía ser cosa de libros porque, en su pequeña vida, a ella le parecía que ya no cabía algo tan grande.

Rafaela se llevó una mano al muslo derecho y se lo acarició. Podía notar, a pesar de la ropa de abrigo y de la bata de trabajosas duras y quebradas cicatrices que había dejado en su cuerpo el cilicio. Como cogollos resentidos de piel. Los gurruños de carne reseca que produce el suplicio.

Ella creyó en su día que era una mística, su padre la habría tachado de idiota.

—¿Qué mal habré hecho yo para que me salga una hija meapilas? —solía quejarse, medio en broma medio en serio, componiendo una mirada falsamente preocupada y vidriosa—. ¿No te saldría más a cuenta meterte a monja, hija? Eso sí, siempre y cuando seas Madre Superiora.

Para cuando su padre despertaba, la casa siempre estaba algo más templada. Anastasia había preparado también aquella mañana dos braseros de picón, y los dejó encendidos bajo las mesas camillas. Rafaela no soportaba la combustión del picón, le dolía la cabeza. En el fondo era muy señorita, como su padre, pero también le gustaba ahorrar en el recibo de la luz, y por eso prefería el calor vegetal al eléctrico. Ella todo lo prefería vegetal, a ser posible.

Después de dejar la casa y las faenas del hogar en las cansadas manos de Anastasia (cuando la mujer las cruzaba sobre su seno, Rafaela tenía la sensación de que eran dos montículos de tierra parda a punto de desmoronarse), una vez que le dijo lo que tenía que preparar para el almuerzo, y que le indicó el montón de ropa lista para planchar, Rafaela se fue a oír misa de siete, como cada mañana antes de desayunar, para poder comulgar tranquila.

Aquel cura nuevo era… tenía… Bueno, en realidad no era tan nuevo, ya llevaba algunos meses en el pueblo.

Oyó la santa misa, y volvió a su casa con paso rápido por las tranquilas calles del pueblo.

¿Qué estaría haciendo ahora mismo la Guardia Civil?, pensó cuando pasó por delante de la puerta de la Casa Cuartel y saludó al hombre vestido de uniforme que la flanqueaba. ¿Sabrían ya quién había matado a Clara?

La vida de la mujer formaba parte de la naturaleza. Rafaela no tenía más horizonte que las calles de San Esteban, que las gargantas, los juncales y los sotos que se adivinaban en el campo, detrás del campanario. Casas enjalbegadas, con balcones de hierro y persianas casi siempre bajadas. Casitas alineadas cuyos tejados aún pulía la luna de la mañana. Muy juntas las unas con las otras, como para resguardarse del frío entre ellas.

Sus pasos sonaron sobre el empedrado con un ritmo monótono, acompañándola hasta la misma puerta de su casa. Se cruzó con poca gente por la calle, y todos le dirigieron un atento saludo. Al fin y al cabo, ella era la hija del *señorito*, del rico del pueblo. Rafaela la solterona, dirían seguramente. Qué lástima que no se haya casado, con lo buen partido que es, con lo forrado que tiene el riñón el padre…

Cuando entró en casa, sintió una especie de alivio.

21

Rafaela arreglaba las flores del patio —lo que quedaba de ellas, más bien, que no era mucho—, cuando oyó que tocaban al timbre, y luego aporreaban la puerta.

—¡Ya voy, ya voy…! —respondió a gritos, tratando de hacerse oír. La casa era grande hasta para eso.

—¡Rafi, que están llamando! —Oyó que tronaba la voz de su padre, desde la biblioteca—. ¿No estarás esperando a que venga san Miguel a abrirte la puerta, no?

Se enfriaría en la biblioteca, mira que se lo tenía dicho. Viejo terco. Esa habitación nunca se calentaba, entrar en ella era como trasladarse a Siberia de dos zancadas.

Cuando Rafaela abrió la pesada puerta de madera de la entrada, se encontró con su cuñada Jovita. Pálida, mirándose la punta de los pies como si en realidad estuviera empujando con determinación sus ojos hacia el suelo.

—Ah, eres tú —dijo Rafaela—. Estaba en el patio, arreglando las macetas. Con los chaparrones de los últimos días, se me han echado a perder. Pasa, que hace frío.

—Y eso que todavía no ha entrado el invierno —murmuró Jovita.

Las dos mujeres cerraron la puerta. El frescor del día se coló dentro de la casa en pequeñas oleadas. Jovita se frotó las manos, ásperas y cortadas por la cruda sequedad del ambiente.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó.

—En su biblioteca, terminando de agarrar una pulmonía —respondió Rafaela—. No aprende, y ya a su edad…

—Déjalo, mujer, que seguro que está bien abrigado, que tu padre no es tonto. ¿Se pone la chaqueta de lana que le hice?

—Sí, se la pone bastante. Yo desde luego no lo obligo.

—A tu padre no hay quien lo obligue a hacer nada, ya lo sé.

Pero me agrada que le guste mi chaqueta.

Atravesaron el patio y entraron en la cocina. Anastasia había dejado la comida preparada, y en el ambiente flotaba un penetrante aroma a cocido.

—Si quieres, te puedes llevar caldo para hacerles una sopa a los niños —dijo Rafaela levantando la tapa de una olla y mirando dentro con precaución.

—No, no, no te preocupes, si voy a hacer macarrones con chorizo… —Jovita negó con la cabeza—. Es que pasaba por aquí, he venido a por el pan.

—No tienes buena cara.

—¿No? Pues… no sé, debe ser que me voy a resfriar yo también. Me pasa todos los años por estas fechas.

—Tómate antes de acostarte un vasito de leche con azúcar quemada, yo se lo preparo a mi padre todas las noches.

Jovita se sentó en una silla, al lado de la gran mesa tocinera de la cocina. Miró hacia el patio a través de los cristales de la puerta. Experimentaba una ligera sensación de cansancio y claustrofobia. El membrillo del patio era tan recio que parecía una palmera.

Rafaela y Jovita nunca habían sido amigas, pese a que Jovita era apenas dos años más joven que su cuñada.

—No hago más que darle vueltas a lo de Clara. ¿Quién habrá sido? —articuló Jovita, en voz tan baja que Rafaela tuvo que hacer un esfuerzo por entenderla.

—¿Eh? Pues… no sé. Dicen que algún forastero. Alguien que pasó por aquí camino de Toledo o de Madrid. Ya sabes cómo era esa muchacha. Se iba con cualquiera.

—¿Con cualquiera? —Jovita observó a su cuñada con cara de impaciencia. Por un momento, Rafaela pensó que estaba a punto de llorar.

—Era de esas que creen en el *amor libre*. ¡Imagínate, el amor Ubre! —Rafaela se sentó, sacó un guante de su bolsillo y se puso a juguetear con él—. Como si en este mundo hubiera algo libre, y menos el amor. Eso son sólo excusas de… de…

—¿De… *prosti*?

Rafaela asintió con cierto rubor.

—Las mujeres no podemos ser como los hombres, ni en eso ni en ninguna otra cosa.

—Pues tu padre dice lo contrario. Dice que las mujeres podemos ser como los hombres pero que, sobre todo, podríamos ser mucho mejores.

—Mi padre es un cabezón, como tú ya sabes. Siempre ha tenido ideas muy raras. Es como don Quijote, no ha digerido bien los libros que ha leído. Y ha leído muchos.

—Rafaela, a veces pienso —Jovita se concentró en unas migas de pan que había en el suelo, al lado de la pata de la mesa. Se sentía culpable, y un poco avergonzada—, a veces pienso si no sería bueno que nos fuéramos a vivir a Toledo. Digo… me refiero a Francisco y yo, y los niños.

—Pero, mujer, si estamos al lado de Toledo, y en San Esteban se vive mucho mejor, y más barato.

—No sé. Ssssí. —Jovita se mordió el labio inferior—. Llevas razón, aquí todo es más barato.

—Y tenéis casa. Y nos tenéis a nosotros.

—Sí, eso sí.

—Qué cosas dices, Jovita.

—¿De verdad habrá sido un forastero?

Rafaela giró el cuerpo en la silla, tratando de alcanzar un paño de algodón. Se frotó las manos con él y lo dejó encima de la mesa, sucio, con rastros del barro de las macetas, migajas roñosas de tierra húmeda.

—Claro que habrá sido alguien de por ahí. Algún trastornado que estaba de paso, se tropezó con la cabeza loca de Clara, y él también perdió la cabeza. No es la primera vez que pasa.

—Pero no aquí, ¿no?

—No, aquí no pasaban esas cosas desde hace mucho tiempo. Por lo menos desde la guerra, pero aquello… —Rafaela se calló. A veces no era posible decir todas las cosas que una pensaba sobre el mundo.

—Y la Guardia Civil sabrá algo, ¿verdad?

—Estarán en ello, sí. Es su obligación. No tienen otra cosa que hacer más que ponerles multas a los furtivos y darse paseos por el monte con el Land Rover. Tienen tiempo de sobra para investigar. Lo cogerán. El que haya sido lo pagará, y cuando le echen el guante no me gustaría estar en su pellejo. Los civiles no se andan con tonterías.

—Pero, si ya se ha ido, si pasaba por aquí y la mató y siguió su camino, será difícil dar con él. Seguro que ya está en Madrid, haciendo como si nada. Pensando que se ha salido con la suya.

—Los civiles tienen sus recursos, no te preocupes. —Rafaela miró por primera vez a su cuñada directamente a los ojos. Los ojos de Jovita eran del color de la hierba fresca. Había una pequeña tempestad, encerrada dentro de ellos, que abría grietas minúsculas en los iris—. ¿Te pasa algo? ¿Estás asustada por todo esto?

—No… Sí. Bueno. Un poco de miedo sí que tengo, es natural. No me gusta pensar que no vivimos seguros. Y luego están los críos. Macarena es tan pequeña todavía…

—Pero, mujer, el que le haya hecho esto a la Clara no es de los que se fija en los niños. No pienses en eso, anda. A Clara la encontraron desnuda, como Dios la trajo al mundo. La habían aporreado hasta matarla. Además, la acuchillaron, como si no hubiera tenido bastante la pobre infeliz. Por lo visto el forense dijo que los ojos se le habían salido de las órbitas por culpa de los golpes. Respiró su propia sangre, y se debió atragantar con ella. Le dejaron el rostro casi irreconocible, menos mal que aquí nos conocemos todos… Luego la desnudaron, y la tiraron delante de la puerta de la ermita. Clara era una mujer muy guapa, de esas que llaman la atención, entre otras cosas porque la primera que quería llamar la atención era ella. Quien le hizo eso a esa pobre desgraciada la quería ver muerta, no pensaba en tus hijos, ni en los hijos de otro. Esto no tiene nada que ver con los hijos de nadie, estate tranquila.

—Llevas razón. No sé. Tengo unos días tontos.

—No, si es normal.

—Me voy, que se me va a echar la hora encima y tengo que hacer la comida. He comprado pan. Dentro de un par de días haremos migas. Díselo a tu padre por si quiere venirse a comer con nosotros.

—Pues yo voy a seguir un rato con mis macetas. Aunque ya no tengo macetas, la verdad —Rafaela señaló hacia el patio con impotencia y se encogió de hombros—. Otro crimen. Aprovecharé para trasplantar unos bulbos.

La tragedia de la realidad es que no cabe otra posible en el mismo lugar y en idéntico instante. Tal vez por eso, la realidad

carece de sentimiento de culpa. Así, avanza implacable la historia, entre atrocidades y bellezas, entre destrucciones y ritos cotidianos, entre crímenes y olvidos. Y nada puede detenerla.

No ocurre lo mismo con las personas, con Jovita, por ejemplo. Ella sí que se sentía culpable, pero no sabía exactamente de qué, y paralizada igual que una idea de la que no es capaz la mente. Hacía días, exactamente desde que se descubrió el cadáver de Clara, que Francisco no se acercaba a ella por las noches en la cama. El cuerpo de Jovita cumplía con sus ritmos, en el lado izquierdo del lecho, pero no pasaba nada. Le ponía un brazo a su marido, rodeándole la cintura, y Francisco gruñía suavemente, se daba la vuelta y murmuraba un «buenas noches» aturdido.

A Jovita le habría gustado poder confiarse con Rafaela, contarle sus miedos. Pero ¿qué sabía su cuñada de dos cuerpos separados por un abismo de mudez y reserva bajo las mismas mantas? Nunca había tenido, además, mucha confianza con su cuñada, a pesar de que sus relaciones eran todo lo cordiales que podían serlo entre parientes políticas.

Se encaminó con paso rápido hacia su casa. Dentro de poco llegarían los niños del colegio, y para entonces debía tener la comida servida en la mesa.

22

Aquella tarde jugaba el Fútbol Club Barcelona contra el Lazio un partido para la Copa de la UEFA. Seguro que Cruyff les iba a dar duro a esos romanos presuntuosos. Y del Real Madrid también se esperaba lo suyo: después de ser humillados en el estadio del Derby, Pirri, Amancio, Del Bosque, Camacho, Santillana y los demás tendrían que hacerse valer esa misma noche contra el Derby County en el Santiago Bernabéu, jugándose un partido de la Copa de Europa y lavándose la cara en casa.

Al abuelo Vicente, el *señorito* de San Esteban, no le interesaba demasiado el fútbol, pero lo vería por la tele, sobre todo con la esperanza de que cortaran la retransmisión para dar la noticia de la muerte de Franco. Probablemente, dejaría la tele encendida, pero con el sonido apagado, y pondría la radio, que retransmitía mejor las jugadas. Los de la radio, pensó Vicente, como contaban con que sus oyentes no veían ni un carajo de lo que pasaba en el terreno de juego, daban muchos más detalles que los locutores de la tele, que parecían pensar todo el tiempo: «Bueno, pues ya lo están viendo ustedes, ¿no?, ¿y entonces… qué más quieren que les contemos?».

Se acomodó frente al Telefunken en blanco y negro, sentándose en la mesa camilla llena de libros, y le dio una vuelta al brasero de picón, que se puso tan en ascuas que le hizo soltar una maldición por lo bajo. Afortunadamente, Rafaela no lo había oído. Estaría rezando en su habitación, o regando las flores. O regando las flores mientras rezaba.

Sobre la mesa tenía, entre otras, *Esa oscura desbandada*, de Juan Antonio Zunzunegui, un escritor que gustó mucho en su momento —a finales de los años cuarenta sobre todo—, falangista en la guerra civil, pero contrario a Franco, un escritor que se las arregló para acabar muriendo más pobre que una rata y olvidado

por todos, aunque algo tendría que ver el régimen —pensó don Vicente— en todo aquello, claro. Había asimismo alguna novela de Benito Pérez Galdós —concretamente *El audaz, historia de un radical de antaño*—, el mismo Galdós que hacía unos años fue calificado por un obispo, en las páginas del diario *Arriba*, como «uno de los personajes más nefastos de España en los últimos tiempos».

Que Dios les conservara la fe a los curas, pensó don Vicente, porque lo que era el juicio estético ya no podía salvárselo ni Él con su divino poderío.

Una España de curas y de militares, eso es lo que habían conseguido entre unos y otros con aquella repugnante guerra, chapucera y sangrienta como pocas, que convirtió al país en un lugar de miedo y de risa, en el que estaba «prohibido blasfemar y hablar de política», en el que los coroneles dictaban la moda del silencio, y los obispos se metían hasta a críticos literarios. Incluso Finlandia y Grecia habían sabido superar sus guerras civiles.

—Pero nosotros no sabemos sobreponernos a nuestras guerras porque ni siquiera sabemos hacerlas —pensó el hombre, apesadumbrado—, y eso es porque a nosotros, a los españoles, nos gusta más la sangre que el champán. Debe ser por eso.

Y, hablando de militares, el coronel Gómez de Salazar había dicho por la radio, alzando la voz como si le hablara a un país de sordos o de tontos, que «la Marcha Verde no avanzará ni un metro dentro del Sahara». Con lo que Vicente daba por supuesto que faltaba poco para que los moritos de Hassan entraran en tropel hasta el fondo de las minas saharauis.

—Es que, hay que joderse —murmuró entre dientes, malhumorado—, hay que joderse. Somos sanguinarios, pero también cobardes. Ahí está ese viejo, muriéndose tranquilamente en El Pardo, mientras la gente está en sus casas, tocándose los cataplines y viendo el telediario —acarició un libro con sus dedos rugosos, y miró soñadoramente las solapas de un color azul apagado—. Claro que yo también estoy aquí, en casa, tocándome las narices, y sin hacer nada. Nunca he hecho nada. Y quizás pude haber hecho algunas cosas entonces. Por lo menos, entonces. ¡Ah, menuda mierda de vida!

Dejó el libro y tanteó sobre la mesa hasta dar con el

Teleprograma, que le traía su hijo Francisco semanalmente desde Toledo, porque en San Esteban había un kioskero tan malo que, si uno se descuidaba, le vendía los periódicos de la I República como si acabaran de salir esa misma mañana.

—Es mejor no pensar ciertas cosas. Uno hace lo que puede en el momento, y lo que no puede no lo hace. Estoy ya demasiado viejo para… Demasiado viejo. Descascarillado igual que la fachada de esta casa. Sí, los dos hemos conocido tiempos mejores.

Le entró tos, una tos ahogada, como si la tos no tuviese éxito dentro de él, y luego sintió una especie de convulsión interior que le puso el estómago patas arriba.

Lo que le faltaba, ponerse enfermo. Lo mismo cascaba él antes que el Caudillo. Nadie ha dicho nunca que la vida sea justa, ni siquiera que sea necesaria. Y mucho menos que tenga sentido del humor.

Toqueteó con una mano temblona las revistas y libros de la mesa.

En realidad no era tan viejo, coño, tenía sesenta y tantos años (pero ¿cuántos eran *tantos*?, a veces hasta se le olvidaba), estaba en la flor de la decrepitud, por lo menos comparado con el dictador. Lo mismo no se encontraba todavía a las puertas de la muerte, sino solamente en las inmediaciones del barrio de esa mala pécora.

Y, en todo caso, había tenido mucha más suerte que, por ejemplo, la desgraciada a la que habían degollado el otro día. Él había tenido tiempo de ver y de sentir más cosas que ella. Horror, sí, pero también la belleza del mundo, la escalofriante belleza de estar vivo. Nunca soportó con valor la atrocidad, tenía que confesárselo a sí mismo. Le habían faltado arrestos. Fue un niño delicado, tanto que en el pueblo creían que era maricón, o que terminaría siendo artista, lo que para la gente de aquel lugar venía a decir más o menos lo mismo.

Estudió leyes en Madrid, por obligación, con desgana, por hacer algo, por licenciarse en la universidad y no parecer un señorito ocioso que se limita a gastar un dinero que no ha ganado por sí mismo y a perder así cada día un poco de la semejanza que lo une con el resto de sus congéneres, esos que se las ven y se las desean para ir tirando. Su madre quería que estudiase medicina, pero Vicente se negó en rotundo a pasar por ahí. No necesitaba ganar

más dinero del que su padre le dejó al morir, que era mucho, y casi todo en forma de tierras fértiles y de caza, de cortijos e incluso de algún palacete en Toledo y en Madrid, y tuvo la firme convicción de que la vida podía dar más de sí que diseccionar cadáveres o asistir impotente a las repugnantes ceremonias de la enfermedad, que trazan sobre los cuerpos las derivas de las almas que se desvanecen. La enfermedad es la estampida del espíritu, la señal de que el mundo se vuelve inhabitable. No, no quiso ser médico; se alegraba de no haber cedido a las presiones de su madre. Le había pasado desde siempre. El repudio, la cobardía ante la sangre. La violencia lo asqueaba igual que una caja rebosante de heces. Los signos visuales de la miseria le resultaban obscenos, qué se le iba a hacer. Y aún continuaba padeciendo las desoladas objeciones de un carácter refinado y puntilloso.

O tal vez, simplemente, lo que ocurría es que era un cobarde.

23

Tal vez por eso, pocos días antes de que estallara la guerra civil, agarró a su madre, que ya chocheaba y que moriría pocos meses después; a su mujer, que estaba embarazada de Rafaela; al niño, a Francisco, que entonces contaba con dos añitos de edad y todavía llevaba pañales, y se presentó en Madrid, en casa del abogado de su familia, le explicó sus planes y le dio poderes para que arreglara la situación económica mientras durara el desastre, y acto seguido subió con su familia a un tren que los llevó a San Sebastián; poco después se encontraban todos a salvo en Francia. No miró atrás ni una sola vez. Cuando cruzaron los Pirineos, antes de llegar a Bayona, se dijo a sí mismo que estaba caminando sobre ruinas incendiadas, sobre el pavimento de un espació muerto. El espíritu abandonaba a España, como él mismo estaba haciendo, y pronto la enfermedad se cebaría con ella hasta hacerle asomar los huesos de la calavera.

—Pobre patria —pensó entonces—, ya huele a degüello.

Sí, desertó. Desertar era el verbo, difícil de conjugar y hasta de pronunciar en infinitivo. Usó sus influencias y se libró de participar en la matanza. No quiso luchar ni con los que se suponía que eran los suyos —los nacionales, los ricos, o los que pretendían serlo pronto—, ni con los rojos. Estaba tan lejos de los unos como de los otros. Ninguno de ellos eran parte de él. El espectáculo de la sangre no se le antojaba lo bastante consolador para su ánimo. Él, don Vicente, el señorito de San Esteban, el cobarde, el desertor sin vergüenza, el que huyó en cuanto empezó a oír los primeros tiros, no tenía la más mínima intención de asistir a la macabra función que se estaba preparando.

Rafaela nació en Bayona. Francisco y ella aprendieron francés, aunque luego no les sirviera de mucho.

Cuando Vicente abandonó Francia —en el año cuarenta, de

nuevo a causa de una contienda, esta vez de la Segunda Guerra Mundial—, y volvió a San Esteban con su familia, nadie le preguntó dónde había estado.

A veces tenía la sensación de que la historia, y en concreto la de España, era una serie interminable de fichas de dominó, cayendo una detrás de otra.

Pero ahora, Vicente sentía que todo estaba detenido, en un equilibrio delicado y precario, a la espera de que ocurriera algo, como si la historia no supiera exactamente hacia qué lado debían caer las piezas.

Incluso él se hallaba en guardia, sin saber a qué debía atenerse, expectante y pesado, aprisionado en un invisible traje mojado que le impidiera tener verdadera libertad de movimientos.

A pesar de todo, no olía la sangre del modo en que la sintió —casi la mascó algunas noches, dando vueltas desveladas en la cama—, cuando tomó la decisión de huir de España.

—Huir, sí, eso fue lo que hice. Salir corriendo en busca del placer y del encanto, dejando aquí las heridas para que se abrieran y se cerraran solas. Lavándome las manos como Poncio Pilatos. Lo mío no fue un exilio. Ni exilio ni gambas en vinagre. Las cosas como son. Eché a correr como una rata —murmuró para sí con la voz entrecortada.

Notaba los ojos húmedos. El brasero de picón le estaba haciendo lagrimear, seguramente. Tenía una opresión en el pecho.

Se aclaró la garganta con la seriedad de un condenado a muerte. Se le había calmado la tos, de momento.

Se puso de pie y subió el volumen de la radio.

A Vicente le gustaba leer *Hermano Lobo*, la revista humorística de Chumy Chúmez que le daba al régimen lo suyo en cuanto podía. Claro que tampoco podía mucho, y entre multas y secuestros por publicar artículos de esos que decían los censores que podrían ser «constitutivos de delito», él ya le había perdido la cuenta a los números y no sabía si seguía saliendo siquiera. Qué lástima.

Sí, vaya. A ver… eso es lo que eran todos en ese país, España: hermanos, pero lobos. *Canis lupus signatus*. Conocía a algunos de sus compatriotas que incluso tenían el mismo aspecto físico. Las bigoteras blancas en los belfos. Los largos dientes caninos, siempre dispuestos a desgarrar carne fresca. El instinto depredador y un

sistema digestivo muy simple, pero condenadamente eficaz.

24

En la primera cadena de la tele anunciaban para el sábado una película: de nuevo, y por la tarde, *El príncipe valiente*, con James Mason, Jane Leigh, Robert Wagner y Debra Paget; y por la noche, si es que no la cambiaban a última hora, como venía siendo habitual, *Dos en la carretera*, protagonizada por Audrey Hepburn y Albert Finney. Vicente subrayó el anuncio de las películas, para acordarse de verlas. En la carta de ajuste ponían un ciclo de recitales de Ernesto Bitetti, con piezas de Albéniz, Falla, Moreno Torroba y Villalobos.

—Hummm —rezongó Vicente—. Pues bueno, no está mal, carajo. Es como todo por aquí, la carta de ajuste suele ser mejor que los mismos programas. La falta de programación funciona mejor que todo lo que se programa a conciencia en la España de la espada más limpia de Europa, como dijo ese gabacho, el mariscal Pétain, de Franco. La España del *Timonel de la dulce sonrisa* —notaba como si tuviese algo atrancado; trató de toser con fuerza, pero sin éxito—. Ya no recuerdo quién dijo lo del timonel. El timonel. Los huevos.

En la
UHF
habían anunciado un concierto de la Ópera de Viena, dirigido por Willi Boskousky, con piezas de Josef Strauss. A él le gustaba oír música clásica por la tele. Ver a los músicos afanados sobre sus instrumentos, con la mirada desvanecida en aras de la concentración; apasionados, precisos y competentes, el corazón estrangulado de emoción, hecho trizas, y la boca entreabierta, invitando al mundo entero a un éxtasis armónico. Subrayó con cuidado el día y la hora, no le gustaría perdérselo.

Ojalá todo en la vida fuera música y nada más, pensó

vagamente.

Echó un vistazo al reloj de pared y se recostó sobre su asiento. ¿Por qué estaba en tensión, por qué no se acomodaba con tranquilidad y se ponía a leer o a ver la tele y a esperar que las cosas salieran lo mejor posible? ¿Por qué se sentiría agarrotado, con la inquietud como dama de compañía omnipresente, con esa sensación de pérdida y de vulnerabilidad aleteando por su estómago y reconcomiéndole las entrañas? De todas formas, pasara lo que pasara con el viejo Franquito, Vicente era ahora lo bastante mayor para que no se esperase nada de él. Esta vez no sería lo mismo que en el treinta y seis, cuando las fuerzas se le salían hasta por los ojos, y tenía un cuerpo alto y robusto, de esos que piensan que nunca han de morir.

Vicente pensó que a la chica asesinada le habían dado sepultura, y que él no había asistido al entierro. Le fastidiaban los entierros, en general. Lamentaciones vanas, plañideras y escenas de *Pietà* nunca habían sido lo suyo. Además, que ya empezaba a tener edad suficiente como para que, cada vez que asistía a un entierro, no pudiese dejar de pensar en el suyo, que cualquiera sabía si ya andaba próximo.

Le dijo a Rafaela que lo disculpara con la familia de la difunta. Seguramente, Rafaela lo hizo de buen grado. Esas cosas se le daban de perlas a su hija, los entierros y los cementerios municipales.

Por cierto que, le parecía a él, los cementerios siempre suelen ser municipales, o sea, públicos.

—Claro. —El abuelo Vicente meneó la cabeza en un acto de resignada comprensión—. Claro que los cementerios son públicos. ¿Quién iba a querer administrar la muerte como una propiedad privada?

¿Dónde enterrarían al Caudillo, por cierto, suponiendo que llegara a morirse algún día?

Ah, sí… Se había mandado construir a propósito el Valle de los Caídos, cerca de El Escorial. Ya tenía plaza adquirida en el Más Allá. Y en primera clase. Vicente estaba de acuerdo con Su Excelencia por una vez: él también había pensado siempre que la sierra de Madrid era un lugar estupendo para descansar.

Aunque ahí estaban todos esos lagartones de la familia del Generalísimo, que lo mismo se empeñaban en que, una vez muerto,

lo exhibieran al público disecado y metido en una jaula, en mitad de la Plaza de Oriente, para que sirviera de ejemplo, o de escarnio, de las generaciones venideras.

—¡Qué tío!, como diría mi nieto Gonzalo. No quedaría mal ni en el Parque de Atracciones. Siempre ha tenido cara de estatua ecuestre.

¿Juzgaría con severidad la historia al personaje que ahora agonizaba, o sencillamente lo dejaría convertido en una pequeña y anodina ficha de dominó, de las muchas que caen y caen sin cesar, una detrás de otra, sin destacarse de las demás en color o en tamaño por mucho que los puntitos dibujados en ella sean diferentes y la puntuación nunca la misma?

Ah, sí. Acababa de acordarse: el del *timonel de la dulce sonrisa* era Joaquín Arrarás. En cualquier caso, el peloteo de Arrarás aún estaba lejos del de Pemán, que llegó a dedicarle sonrojantes palabras lameculos, como cuando decía que el Caudillo sabe marchar bajo palio con ese paso natural y exacto que parece que va sometiéndose por España y disculpándose por él; que se le transparenta en el gesto paternal la clara conciencia de lo que tiene de ancha totalidad nacional la obra que él resume, y preside… Porque según Pemán se necesitaba un hombre cuya imparcialidad fuera absoluta, cuya energía fuese serena, cuya paciencia fuese total; que tuviera un pulso exacto para combatir sin odio y atraer sin remordimiento, para escuchar a todos y no transigir con nadie, y llevar hacia allí, en dosis exactas, el perdón, el castigo y la catequesis, porque Franco conquistó la zona roja como si la acariciara, ahorrando vidas y limitando bombardeos, y…

De pronto se entreabrió la puerta de la sala.

Vicente dio un repullo.

—Padre. —Era Rafaela. Asomó la cabeza lentamente, como si el resto de su cuerpo tirase de ella hacia fuera porque se resistiese a pasar. De repente, su hija le pareció una rareza. El color de sus ojos, un poco oxidado, quizás celebraba el descubrimiento de algún enigma—. Ha venido tu nieto a verte.

Ricardo pasó al lado de su tía.

—¿Qué? ¡Pero si ni siquiera he oído llamar a la puerta! —Vicente se incorporó en el sillón. De nuevo sintió un nudo en el pecho, un nudo de matorral que le picaba por dentro—. ¡Pasa,

Ricardo! ¿Has merendado?

—No me extraña que no oigas la puerta, tienes la radio a toda pastilla. —Rafaela miró al aparato que chisporroteaba rotulado de lucecitas rojas.

Ricardo se encogió de hombros y se acercó a su abuelo.

—Mi madre ya nos ha dado la cena y todo —respondió con el tono de la voz apagado—. No tengo hambre. He hecho los deberes. Vengo a ver la tele contigo un rato.

—Siéntate… Aquí. Acerca ese sillón.

El niño hizo lo que le decía su abuelo.

—Padre, ¿tienes frío? ¿Enciendo la estufa de butano, o mejor…? —Rafaela seguía sin pasar a la habitación. Quizás ocultaba algo entre las manos que no quería que viese su padre. Una maceta. O un libro de misa. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios; como un capullo de rosa se renueva tu juventud, como un águila.

—No, Rafaela, estoy bien. No te preocupes.

—¿Estás tosiendo?

—No, no estoy tosiendo. —*Ya no tengo fuerzas ni para toser*, hubiera querido decirle Vicente.

—¿Apago la radio? No se oye la tele —dijo el niño.

—La tengo así para oír el partido. ¿Quieres que veamos juntos el partido? Lo podemos oír por la radio mientras lo vemos por la tele.

—Bueno, lo que tú quieras.

Rafaela los dejó solos, la puerta se cerró suavemente delante de sus ojos.

—Te noto raro, Ricardo. No te habrás peleado con tu hermano, ¿verdad? —dijo el abuelo. Apartó algunos libros hacia un lado. Dejó otros en el suelo, al pie de su sillón.

Ricardo toqueteó los volúmenes que habían quedado sobre la mesa con gesto concentrado, con un ademán virtuoso.

—No, no me he peleado con Gonzalo. Casi ni lo he visto esta tarde. Y tampoco me hace tanto caso ya.

—¿Entonces qué te pasa?, ¿vas mal en la escuela?

—No voy mal. Voy bastante bien, incluso.

—¿Y, bueno…?

25

El niño abrió la revista *TP*. Al lado de la programación de la tele para el jueves había un anuncio de una página entera. Una página pequeña, en realidad, porque la revista era también pequeña. Las cosas que se anunciaban allí llevaban textos que tenían que leerse con lupa. Era como si, cuanto más menuda fuese la letra, más ganas entraran de leerla. Pero hacía falta tener la penetrante mirada de Uri Geller para poder leer aquello, y eso que él de momento era joven, se suponía que su vista no debería estar cansada todavía. Anunciaban discos, que podían comprarse rellenando un cupón diminuto que estaba a pie de página y que llevaba un aviso en letra microscópica: «Rogamos letra muy clara para evitar posibles extravíos». Al niño se le antojó que aquello no estaba bien expresado, pero en cierto modo le daba igual, así que… A Ricardo le hubiese encantado poder comprarse el disco de Sergio y Estíbaliz. *Tú volverás*, decía la canción que más le gustaba, la de Eurovisión, *tú volverás*. Pero a su madre no le agradaba hacer compras por correo. Decía que todo lo que vendían por correo era de plástico.

—¿Y Macarena? Hoy no la he visto. —El abuelo miró a su nieto con preocupación. Hace falta valor para ser tan joven, tan niño, pensó Vicente, para dejarse usurpar por el mundo que está acechando ahí fuera—. Podía haber venido contigo aunque sólo fuese para darme las buenas noches.

—Se ha quedado jugando en casa, con sus muñecas y sus cromos de *Pipi Calzaslargas*. Mamá la va a acostar pronto —respondió Ricardo—. Creo que está un poco resfriada.

—¿Y a ti qué te pasa, entonces?

¿Que qué le pasaba? Pues, entre otras cosas y ya que estaba

pensando en canciones, por decirlo con la letra de una canción de Las Grecas: «Te estoy amando locamente, pero no sé cómo te lo voy a decir, quisiera que me comprendieras, y sin darte cuenta te alejas de mí». Eso es lo que le pasaba a Ricardo. Amor. Mercedes. Esas cosas.

Y luego le pasaban otras también terribles, pero aún más. Cosas como «muerte», «asesinato», «sospechosos»… Eso era lo que le pasaba.

Ricardo miró a su abuelo a los ojos. No podía contárselo tampoco a él. No es que su abuelo no fuese de fiar, pero no podía darle ese disgusto. Era mayor, un abuelo. Los abuelos saben de todo, pero no todo es apropiado para que lo sepan los abuelos, o Ricardo así lo intuía.

—No me pasa nada, abuelo. ¿Vemos el partido?

Vicente observó a Ricardo por el rabillo del ojo. El niño parecía extasiado mirando el televisor.

—Tú conoces a la hija de… —carraspeó un poco—, de la mujer que han matado, ¿verdad?

—Sí, abuelo. —Ricardo sintió que se ruborizaba.

—¿Va contigo a la escuela?

—Sí, estamos en el mismo curso.

Vicente levantó la cabeza hacia el cielo raso.

—Era una mujer muy guapa, muy moderna. Y ahora está bajo tierra. —*Luchando contra los gusanos*, pensó Vicente, pero no lo dijo—. Bueno, bueno… No me hagas caso, los niños no tienen que pensar en esas cosas de entierros y demás.

—Mercedes siempre decía que su madre era una *hippy*. Mercedes es su hija, la hija de la muerta. Bueno… —El niño titubeó antes de seguir—. Supongo que ahora Mercedes no es hija de nadie.

—Esa cría no tenía padre, ¿verdad?

—No, su madre era madre soltera de ésas.

—Curiosa familia, muy curiosa… —murmuró Vicente.

—¿Qué? ¿Qué tienen de raro?

—La muerta tampoco tenía padre. Bueno, me refiero al que según la ley era su padre, porque en realidad no lo era. Padre sí que tenía la muchacha, un padre vivo y coleando, aunque creo que ya va coleando cada vez menos. Curiosa familia… Qué cosas les han pasado. —Vicente estaba ensimismado—. Cosas que… Cuando el

padre se ahorcó, el que era su padre pero que en realidad no lo era… En fin, eso aquí lo sabe todo el mundo. Pero nadie habla del tema. En este pueblo, y en tantos pueblos de este país, la gente no habla de lo que no le gusta recordar, ni de lo que no le conviene.

—No te entiendo, abuelo. —Ricardo volvió el rostro hacia el anciano, se sentía confundido—. ¿De qué estás hablando?

—De nada, de nada, hijo. A ver si podemos ver de una vez el partido.

En fin, por lo menos aquel día ganaron el Real Madrid y el Barcelona, y esos dos beodos atormentados que eran Liz Taylor y Richard Burton se volvieron a casar por todo lo alto. Por lo visto no era la primera vez que contraían matrimonio entre ellos. Los yanquis hacían ese tipo de locuras, casarse y divorciarse y volverse a casar y a divorciar con (y de) la misma persona. Eran absolutamente excéntricos con las bodas, como les ocurría en general a los protestantes.

Y aunque la Marcha Verde, según decía Hassan, se disponía de nuevo a ponerse en camino hacia El Aaiún, tal y como Vicente se había temido, el pronóstico de los médicos sobre Franco seguía siendo «muy grave», y además ahora habían añadido el concepto «diálisis peritoneal» en el parte, lo que no sonaba nada, pero que nada bien.

Quizás tocaba esperar un poco más, pero de lo que estaba seguro Vicente era de que las fichas del dominó de la historia tendrían que caer de un lado u otro tarde o temprano.

26

Las comunicaciones entre África y España no eran demasiado buenas. Las telefonistas marroquíes no ponían mucho de su parte para que lo fuesen, pero Ismael Fuente, enviado especial del periódico *ABC*, mandó por fin una crónica desde el corazón de la Marcha Verde, después de vencer incontables impedimentos, en la que explicaba que había logrado hablar con algunos marroquíes participantes en el movimiento multitudinario que se encaminaba hacia el Sahara. Hambrientos y fanáticos, con rostro demudado por el cansancio, le explicaron al periodista que debían entrar en el Sahara porque ésa era la voluntad de Alá, y de su rey. A pesar de que el hambre y la enfermedad los azotaba, obedecían ciegamente las órdenes de Hassan. Trescientos cincuenta mil hombres y mujeres no son cualquier cosa, ni aun vistos desde el cielo, en mitad del desierto. Una poderosa columna humana con una sola idea, ni siquiera propia. Ni la ONU ni sus inútiles órdenes lograrían detenerlos. La ONU estaba muy lejos del frío y del ardor del desierto, la ONU no gobernaba —nunca lo había hecho— los designios de Alá, ni los de su ejército.

El rey marroquí no contestó a las llamadas de atención. También fue inmune al pronunciamiento de veinte países africanos a favor de la autodeterminación del pueblo saharaui. Se sintió fuerte y seguro, y continuó espoleando a sus huestes hacia adentro, hacia adentro… Deseaba una nueva provincia, le importaba poco lo que pensara el pueblo saharaui, y la opinión del único hombre del mundo que podría inquietarlo ya no tenía valor, porque ese hombre se moría sin remedio. Hassan lo sabía. Ese hombre, Franco, aguantaba bien la diálisis, según los médicos, pero su estado seguía siendo «muy grave». ¿Se recuperaría, quizás? Hassan se hubiera apostado algo —¿el Sahara?— a que no, a que no se levantaría de su lecho nunca.

Sin embargo, el anciano caudillo aún estaba consciente. Hablaba

un poquito con doña Carmen, su esposa, o con su hija Carmencita y sus ayudantes. Con los médicos: Hidalgo Huerta; o Vicente Pozuelo, que lo adoraba.

En un periódico se dio la noticia de que un cura vasco se había ofrecido a Dios para inmolarse en lugar del Caudillo. Quería que le arrebatara a él la vida, y que curase al Generalísimo. Los vascos, ya se sabe, siempre tan nobles, con esa idea de que la vida de unos se puede cambiar por la de otros como si tal cosa. Doña Carmen se emocionó con la oferta, pero no pudo negociar el intercambio de almas con el Altísimo. Hasta ahí no llegaba su influencia.

La situación en la Iglesia católica también era un tanto convulsa. Monseñor Iniesta y el cardenal Tarancón hacía tiempo que no eran bien vistos por el franquismo, y las copias de las homilías de Iniesta, distribuidas por unos curas de Sagunto en sus parroquias, fueron objeto de persecución y multa como si contuvieran palabras procedentes del *Manifiesto Comunista*, o de las páginas de las irreverentes revistas de política y humor *Destino* y *Por favor*, a las que se les abrieron expedientes administrativos por su manía de informar sobre las actividades de «organizaciones ilícitas».

Pero no todo era malo. Camilo Sesto, que llevaba varios años enamorando a las jovencitas del país y siendo el amo absoluto de las listas de éxitos discográficos, estrenó su musical *Jesucristo Superestar* en el teatro Alcalá de Madrid, auxiliado en el escenario por la cantante dominicana Angela Carrasco, en el papel de María Magdalena, y por el inefable Teddy Bautista. Los aplausos fueron ensordecedores, y acabarían resonando por toda la geografía patria. España iba camino de convertirse en Broadway. Había un cierto orden, y frescura y atrevimiento, en un espectáculo que algunos calificaron de obsceno y poco ortodoxo, pero que logró reunir las voluntades de *progres* y católicos moderadamente reticentes por igual.

Si he de morir, dime si es porque he de ser mejor de lo que fui, cantaba Camilo Sesto, mientras Franco expiraba no sin dificultad.

Por mucho que el Caudillo lo deje todo atado y bien atado, el día menos pensado, pensaron algunos, España se convertirá en Broadway.

Otros se dijeron a sí mismos que, bueno, que eso no sería lo peor que le podría pasar a España.

27

Aquella mañana el sol, tenaz y con aspecto embriagado, caldeó San Esteban del frío otoñal que se había engastado en los campos y en las fachadas de las casas. Parecía fresco como una lechuga, de algún modo rehecho después de muchos días encapuchado tras el inmenso coro de nubes sucias.

Macarena se encaminaba al colegio cogida de la mano de su hermano Ricardo. Llevaba bajo el brazo, orgullosa como si porteara un tesoro, su Cartilla Palau, el método fotosilábico para aprender a leer, aunque en realidad ella había aprendido hacía más de dos años: ya rellenaba sus cuadernos de caligrafía Rubio, con trazos primorosos, y mientras el resto de la clase aún estaba aprendiendo las consonantes, Macarena practicaba la escritura vertical de minúsculas, y el cálculo. Le gustaba ser la primera de su clase, le daba la seguridad de que podría gobernar el mundo a nada que se lo propusiera, en cuanto fuese un poco más mayor. Le encantaba leer. Entre su abuelo y su padre, la habían enseñado en dos o tres tardes. Cuando aprendió a leer descubrió un mundo maravilloso. Leía los nombres de las calles, las etiquetas de las latas de leche condensada, los títulos de los programas de la tele, y hasta las frases de las camisetas de sus hermanos (que normalmente estaban en inglés, de modo que al principio la asustaron porque le dio por pensar que, si no entendía nada de lo que ponía en las dichosas camisetas, sería que no había aprendido a juntar bien las letras).

Macarena se había vestido —o mejor dicho: su madre la había vestido— con una camiseta verde, unos pantalones vaqueros bordados en los bajos con margaritas de color fucsia y una chaquetilla de paño negro, que parecía más apropiada para bailar sevillanas que para ir al colegio. Su madre llamaba a la prenda «una torera», la había cosido ella misma con un fieltro de buena calidad que compró en Toledo, y a Macarena le proporcionaba la agradable

sensación de que llevarla puesta la convertía de inmediato en una artista preparada para actuar en cualquier momento.

De su cartera sobresalían dos cuadernos Bebito para colorear y un montón de hojas cuadriculadas, pulcramente clasificadas por ella misma según sus misteriosos e infantiles criterios, llenas de dibujos, letras, números y rayajos. Su madre le había metido, envuelto en una bolsa de plástico, un pequeño bocadillo de Tulicrem, una merienda que a ella le encantaba mirar porque era de tres colores, y Macarena tenía la convicción de que la comida debía ser vistosa si quería ser apetecible, pero que a la hora de comérselo siempre la hacía dudar y acababa tirándolo, o regalándolo a uno de sus compañeros de curso, menos escrupulosos gastronómicamente hablando y con más ganas de comer que ella.

Miró a su hermano, que caminaba muy serio a su lado. Observó su perfil circundado por el sol de la mañana, echándole una rápida mirada apreciativa a sus pestañas y a la curva de su nariz. Sin duda era guapo. Se parecía un poco a Banacek, el detective de la tele, pero en más guapo todavía, y además mucho menos viejo. Aunque Ricardo no era rubio, sino castaño, y tenía los ojos del color de la miel aguada. Muy claros, tanto que a veces ella creía que eran amarillos, como los de los tigres de los dibujos animados. Las chicas mayores jugueteaban a su alrededor y no paraban de tontear con Ricardo. Su hermano tenía una bonita boca, la gente del pueblo debía pensar que se ponía a todas horas bálsamo para los labios. A Macarena le gustaba cuando llevaba el pelo largo, como ahora, y no rapado casi al cero, que era la forma que la peluquera del pueblo tenía de acabar con sus rizos cada vez que su madre lo obligaba a cortárselos, algo que ocurría más a menudo de lo que Macarena hubiera deseado.

—¿Tú crees que hay un hombre malo en el pueblo que nos va a matar a todos? —preguntó la niña, y le dio un suave apretón en la mano.

Ricardo bajó los ojos hacia ella y sacudió la cabeza, un poco aturdido.

Qué alto era.

—No, no. ¿Quién te ha dicho eso?

—En la escuela dicen que aquí hay un hombre malo, y que está escondido… —Giró la cabeza hacia atrás, para comprobar que

nadie los estaba siguiendo. La calle se veía desierta, excepto por otros dos niños de unos doce años que también se encaminaban a la escuela, dándole patadas de vez en cuando a las piedras que se les ponían a tiro. Las calles de San Esteban no estaban asfaltadas, su pavimento era de piedras que a veces hasta se clavaban a través de la suela de las botas por muy gruesas que fueran.

—La… —Ricardo se aclaró la garganta, incapaz de completar su pensamiento. En los últimos días, estaba raro—. La Guardia Civil lo va a encerrar pronto. No te preocupes. Ya… ya saben dónde se esconde. No va a poder hacerle daño a nadie más.

—¿Tienes novia? —quiso saber la niña.

Ricardo inspiró profundamente. Respirar le parecía malgastar sus fuerzas.

—N-n-ooo.

—Me han dicho que la hija de la muerta es tu novia.

—¡Eso es mentira! —El chico se detuvo frente a su hermana. Había un velo de lacrimosa turbiedad en sus ojos. Enrojeció de furia de repente—. Dile a quien te lo haya dicho que eso es una mentira podrida. ¡Una mentira asquerosa! ¡Mentira y mentira!

—Vale, no te enfades… —Macarena hizo un puchero de disgusto, y Ricardo recobró poco a poco la compostura.

Desembocaron en la plaza del pueblo. Los jueves era día de mercadillo en San Esteban, y ya hacía horas que se habían instalado los puestos. Cada furgoneta —por lo general, marca
DKW
y con la pintura gris desconchada— tenía un mostrador formado de paneles de aglomerado de madera con patas plegables que sostenían la exposición de mercancías. Mantas, cacharros de cocina, ropa interior, flores de plástico, vaqueros sin marca conocida, recios e incómodos jerséis para afrontar el invierno que pronto se echaría encima, artículos de tocador e higiene y hasta discos de vinilo de segunda mano.

Había mujeres en la plaza andando de un lado a otro y discutiendo jovialmente con los vendedores, y entre ellas, tirando de las bolsas de la compra con sacrificada severidad, y tocándolo todo como si quisieran comprobar por sí mismas la existencia real del género antes de decidirse a llevárselo a casa.

Los bancos de hierro estaban llenos de ancianos que filmaban y

conversaban entre toses, con aspecto de cínicos conspiradores derrotados por la vida, aunque no tanto como para haber renunciado a perderse ni un detalle de lo que ocurría en la plaza, su centro del mundo al fin y al cabo.

Cuando pasaron al lado de uno de los bancos, Macarena sonrió.

—Mira qué guapa vas esta mañana, Macarena… —le dijo un hombre que debía rondar los sesenta años.

—¡Buenos días! —respondió la niña, con coquetería mal disimulada. Se deshizo un instante del apretón de su hermano y saludó con la mano, igual que una princesa medieval invitando al populacho a rendir pleitesía a su belleza.

Ricardo se fijó en el viejo. Su cara le sonaba de algo, pero en un principio no recordó de qué. Sus ojos eran profundos y cautelosos, se los veía adormilados por la violenta luz del día, y por la edad que los había domado hasta lograr convertirlos casi en insulsos, de camuflaje. La cara del hombre le resultaba familiar. En el pueblo todos se conocían, por supuesto, pero el niño conocía a algunos más que a otros. A éste no lo ubicó en un primer momento.

Atravesaron la plaza sorteando los puestos y saludando de vez en cuando a algunas señoras.

Cuando enfilaron la última calle que los conduciría al colegio, Ricardo vio a Carlos y a Joaquín y les gritó que los esperaran. No podía echar a correr si no quería dejar a Macarena rezagada, y su madre le había ordenado que no la soltara de la mano hasta que no cruzaran la verja del patio del colegio, a la ida y a la vuelta de las clases hasta su casa.

Mientras se iban acercando, Ricardo le preguntó a Macarena quién era el hombre de la plaza, el de los ojos oscuros y precavidos.

—Un señor muy simpático —respondió su hermana, sonriendo—. A las niñas nos da chicles. De esos negros de regaliz, que están más buenos que los Cheiw, y además traen cromos del espacio. Es Sarbelio, el de la tienda. Como tú nunca vas a comprar no lo conoces. Yo voy con mamá, y mamá dice que a todas las niñas les regala cosas.

—¿Y si tiene una tienda, por qué no está ahora atendiendo? Ya debería haber abierto.

—Porque en la tienda está Avelino.

—¿Quién es Avelino?

—No sé. Avelino es… pues Avelino. Pero a veces en la tienda está Sarbelio, y entonces es cuando nos da chicles a las niñas.

—Ya sé a quién te refieres. Avelino es ese tío raro, el que está sordo, o tonto, o…

—No. —Macarena movió la cabeza a un lado y a otro con gesto de determinación—. En el pueblo dicen que es tonto, pero no es tonto. Sabe hacer cuentas.

—¿Qué clase de cuentas?

—Si vas a la tienda y le compras algo que cuesta diez pesetas, y le das veinticinco, él sabe darte bien el cambio. Nunca se equivoca, aunque cuenta con los dedos. No, no es tonto. Se equivoca mucho menos que yo. Una vez mamá se confundió comprando un paquete de arroz SOS. Pero Avelino enseguida se dio cuenta. Yo lo vi. Mamá le dijo que lo sentía mucho.

—Pero yo he oído decir por ahí que ese hombre se quedó sordo en la guerra, y que desde entonces está más *sonao* que una zambomba.

—¿En qué guerra se quedó sordo? —Macarena abrió los ojos con gesto de espantosa incredulidad—. ¿Hay una guerra?

Le parecía extraordinario que hubiese una guerra en alguna parte y que ella, que estaba al tanto de todo, no se hubiera enterado. Si a los tres años de edad John Stuart Mill ya había leído las *Fábulas* de Esopo, Macarena Ortiz, a los cinco camino de los seis, no se perdía un Telediario, y podía presumir de que no se le escapaba ni una, y mucho menos una guerra, que era algo bastante gordo.

—Fue una guerra que hubo hace mucho tiempo. Ya terminó, no te asustes.

La niña relajó la tensión de su cuerpo inmediatamente.

—Ah, entonces no sé. Pero Avelino tonto no es.

—Pues tiene una cara…

—Pues sí, a lo mejor.

—¡Oye!, ya sé quién es el señor que te ha saludado. Es uno de los tíos de Clara, de la madre de Mercedes.

—¿De la muerta?

—Sí. Estaba el día del entierro sentado en la iglesia al lado de Mercedes y de su tía. No sabía que eran parientes hasta que no los vi juntos. El hermano debe ser el otro, Avelino, el tonto, ¿no?

—¡Que te digo que no es tonto! No está bien decir cosas malas de la gente —se quejó la niña.

Por fin alcanzaron a Carlitos y a Joaquín.

—Vais a paso de tortuga —se quejó Joaquín—. Desde luego, con vosotros que no cuenten para las Olimpiadas.

—No —respondió Ricardo—. A las Olimpiadas ya te llevarán a ti. Vas a ser el primer deportista olímpico con gafas de culo de vaso.

—¡Pero si yo no llevo gafas! —se quejó Joaquín, arrugando la nariz como si en realidad las llevara. Era un poco más bajo que Ricardo y de piel morena. Transmitía sensación de fragilidad, igual que un objeto de cristal a pesar de no llevar las gafas puestas.

—No llevas gafas porque nunca te las pones, listo —le dijo Carlitos—. Dentro de poco vas a ver menos que Pepe Leches, de tanto forzar la vista.

—¡Para lo que hay que ver! Anda ya y que te… —Se puso repentinamente serio—. ¿Qué creéis que nos tendrá preparado hoy *la Reliquia*? —Joaquín miró con pesar hacia el suelo, y los cuatro echaron a andar cansinamente la calle abajo, arrastrando sus cuerpos como objetos pesados.

Macarena comenzó a canturrear por lo bajo mientras caminaba a la par que Ricardo, sin soltarse de su mano. *Un globo, dos globos, tres globos, la Luna es un globo que se me escapó. Un globo, dos globos, tres globos, la Tierra es el globo donde vivo yo*.

—Dicen que nos van a obligar a hacer la Primera Comunión a todos de nuevo. —Carlitos hizo un gesto de desaprobación—. El mundo se ha vuelto loco. Y yo que ya sólo me acordaba del Padrenuestro…

28

De Martín Almoguera, su compañero de pupitre, Ricardo sabía que su familia tenía dinero, o por lo menos que estaba lejos de andar «a la cuarta pregunta», como tanta gente del pueblo, según decía su abuelo. Su padre, el padre de Martín, era maestro albañil, pero no había hecho su fortuna manejando la artesa, el cincel o el cortafríos. Había dejado de ser un paleta desde hacía varios años, cuando compró una casita en Toledo a un precio casi regalado. La casa en cuestión amenazaba ruina, pero se encontraba situada al lado de la Plaza del Ayuntamiento, y el padre de Martín —que también se llamaba Martín— la arregló él mismo en sus días libres, se afanó en ella sin descanso, hurtando los materiales de las obras en las que trabajaba, hasta convertirla en una pequeña joya que al poco tiempo le vendió a una holandesa medio *hippy* enamorada de la ciudad que había decidido instalarse en ella y poner una tienda de artesanía en la planta baja, mientras las dos superiores le servían de vivienda.

Hizo un negocio redondo.

Con el dinero que obtuvo de la venta, Martín Almoguera padre se decidió a montar su propia empresa de construcción y, poco después, valiéndose de las recomendaciones de un cuñado de su mujer, que era secretario de un alto mando militar destinado en Toledo, se fue introduciendo hábilmente en la construcción de ciertas obras públicas y viviendas de protección oficial, primero en la provincia, y después incluso en Madrid.

Tener como patrón al Estado, solía decir el señor Almoguera con fanfarronería, era un seguro laboral de por vida.

Desde los años cincuenta, el crecimiento de la industria de la construcción en España fue espectacular, y parecía imparable. En un tiempo, se usaron profusamente forjados de viguetas de hormigón pretensado prefabricados, y Cementos Molins produjo

una media muy significativa de cemento aluminoso, una clase de cemento que se empezó a obtener por fusión en un crisol de una mezcla de calizas y bauxitas que dieron lugar al llamado «cemento fundido». Un cemento aluminoso que resultó mucho menos protector que el cemento portland frente a la corrosión de las armaduras de hormigón, por lo que su empleo en elementos de hormigón pretensado se convirtió en muy peligroso, para no decir prohibitivo. Se aplicó por primera vez en obras militares, y no tardó en comprobarse su pésimo resultado, tanto que desde mediados de la década de los sesenta se comenzó a vetar y a limitar drásticamente su uso.

Martín Almoguera había tenido hacía poco un juicio por usar el dichoso cemento en las obras del nuevo cuartel de la Guardia Civil de un pueblo cercano. Él se había salvado por los pelos, pero uno de sus socios, encargado del suministro del material, había sido condenado a una multa importante y algunos meses de arresto.

El señor Almoguera no pasaba por su mejor momento.

Era un tipo serio y oscuro, con los ojos acuclillados debajo de unas espesas cejas, de cara rígida e incapaz de reflejar la luz, y andares de pavo real. Cuando paseaba daba la impresión de que iba pisando pequeñas nubes, en lugar del suelo, y que las apartaba de su camino a patadas.

Esa mañana, Martín Almoguera hijo no había ido a la escuela. Ricardo echó de menos su presencia a la manera en que se añora un resfriado crónico, o una roncha largo tiempo incrustada en la palma de la mano. Aprovechó para estirarse en el banco todo lo que pudo. Acomodó su botellita de leche y su Phoscao en el sitio que debería haber ocupado el trasero de Martín, y los primeros minutos de clase sintió la deliciosa incomodidad del espacio libre tras años de encierro. A menudo, Martín faltaba a clase. Ricardo creía que era un chaval debilucho y afeminado, y que no era raro que tuviese todo tipo de trastornos con aquella cara que ponía de estar llamando a gritos a la enfermedad.

Cierta vez, Martín se dejó encima del pupitre de madera y formica que compartían un par de pastillas de colores. Martín aseguraba que eran vitaminas, pero la credibilidad no era algo que emanara de forma natural en Martín, porque Ricardo había comprobado que lo único natural que emanaba de Martín eran los

pedos —sordos aunque terriblemente olorosos—, y Ricardo sospechaba que las pastillitas de marras podían ser un veneno fulminante que se preparaba a administrarle a él, su compañero forzoso de clase, en cuanto se descuidara un poco, vertiéndolo en su bote de leche de la merienda, por ejemplo, o mezclándolo sutilmente desmenuzado entre las virutas de goma de borrar que Ricardo amontonaba en el borde superior de la mesa y que, a veces, solía coger distraído entre dos dedos y chupar como si se tratasen de restos de azúcar coloreado. O también —cabía la posibilidad—, las pastillas de Martín podían ser una medicina secreta y revolucionaria para rejuvenecer a quien se las tomara, como la sangre de Ben Richards, *El Inmortal*.

Bueno, no estaba nada clara la finalidad de las pastillas de Martín, pero el caso es que Ricardo se tropezó con ellas un día. Eran dos, una roja y la otra amarilla. Abandonadas sobre el pupitre, al lado de un lápiz mordisqueado. Seguramente su dueño las había olvidado, aunque era raro que Martín olvidase nada, de modo que las sospechas de Ricardo estaban razonablemente justificadas. Ricardo las cogió como si tomara muestras biológicas del accidente de una nave extraterrestre. Las olisqueó, las examinó hasta el último detalle —a oscuras y bajo diferentes tipos de luz, natural y artificial—, las acunó entre sus manos sudorosas y no opuso demasiada resistencia cuando una fuerza misteriosa tiró de él y le obligó a tragárselas en seco. Esperó un rato y, cuando vio que no se moría, concluyó que se trataba de vitaminas sin ningún interés científico. Y sin ningún efecto, porque él tampoco se sintió Supermán precisamente después de tragarlas. Las pastillas de Martín le hicieron menos efecto que el Calcio 20 que le hacía tragar por litros su madre cuando era más pequeño.

Martín Almoguera, definitivamente, fue catalogado como un debilucho, aunque a Ricardo no le sorprendía lo más mínimo.

—Tendrás que llevarle los deberes a Martín —le dijo la maestra. Doña Teodora tenía la virtud de salir por los cerros de Úbeda en el momento menos pensado. Lo sorprendió en un pasillo de la escuela, cuando se disponía a buscar a su hermana Macarena para volver a casa con ella.

—¿Eh?, ¿yo? —respondió Ricardo—. No puedo, yo…

—Sí, tú. Sí puedes. Martín es tu compañero de pupitre.

—Sí, pero no nos llevamos muy… esto… ah…

—¿No sois amigos?

—Amigos, amigos, lo que se dice amigos…

—Mejor, entonces. Estas cosas son las que propician la amistad. Martín es un niño sensible. Deberías intentar acercarte más a él. Podría ser beneficioso para los dos. Tú, que eres monaguillo, mejor que nadie…

Ricardo dejó a la maestra con la palabra en la boca.

—Pero por ser monaguillo no estoy obligado a tener amigos que… que… —susurró un poco avergonzado—. Que no estoy obligado.

—Mira, Ricardo. Eres un buen chico, lo sé. Se te nota. Te conozco desde que naciste. Haz honor a tu condición y llévale los deberes a Martín. —La maestra le tendió un cuaderno y un par de libros—. ¿Lo harás?

El chico la miró atormentado.

—Es una orden —concluyó doña Teodora. Se dio la vuelta y lo dejó allí, cargado con los libros de Martín, además de su propia cartera.

—Vaya forma de empezar una amistad. Con este peso… —El chico dejó la cartera en el suelo. Abrió con dificultad la cremallera, que siempre se atascaba en el mismo sitio, y buscó dentro un hueco imposible para la carga extra.

Demasiado peso. El universo entero parecía haberse subido a sus espaldas, como si Ricardo fuera una de aquellas tortugas gigantes que sostenían el mundo para que no se cayese hacia el vacío, según se creía en la antigüedad.

Desde que oyó hablar a los guardias civiles a la puerta del cementerio, Ricardo notaba que el corazón se le encogía a menudo. Tenía la sensación de que el mundo iba a estallar, y que estaba en sus manos evitar el desastre. Pero todavía no sabía cómo.

Se sentía igual que cuando jugaba a «Churro, mediamanga, mangotero» y al principio todo iba bien, podía sostener sobre sus costillas el peso de sus amigos, pero al cabo de un rato, conforme aumentaba el número de los chicos que iban saltando y acomodándose unos sobre otros, él se daba cuenta de que había caído justo en el sitio que servía de pilar al grupo, que los tenía a todos encaramados sobre su espalda, y que no pasarían muchos

minutos antes de que le fallasen las fuerzas y él se derrumbara como un muñeco de paja.

Echó a andar apesadumbrado, cargando su cartera igual que un cadáver. Salió al patio y se dirigió al pabellón donde Macarena tenía su clase. La niña lo estaba esperando sentada en un tranco.

La acompañó hasta la puerta de su casa. Una vez allí, tiró la cartera en el pasillo, sacó los libros de Martín y le gritó a su madre que iba a llevarle los deberes a su compañero.

—Date prisa —le recomendó la niña—. Mamá se enfada cuando se enfría la comida.

—Dile que enseguida vuelvo.

Cerró la puerta al salir, y dejó a su hermana dentro de casa, mirándolo interesada hasta que la luz que venía de la calle se esfumó y fue como si un brusco telón cayera sobre sus ojos.

Salió de nuevo a la calle. Cuanto antes saliera pitando, pensó, antes volvería y podría sentarse a la mesa. Tenía hambre.

Esperaba que, al menos, el padre de Martín no estuviera en casa cuando él llegara porque, si era cierto lo que había oído decir a la Guardia Civil en el entierro de Clara, Martín Almoguera padre era uno de los sospechosos del asesinato de la madre de Merceditas, aunque Ricardo sabía —gracias sobre todo a las series de televisión, a los tebeos y a su corta experiencia, que le habían enseñado que las cosas nunca son tan sencillas como parecen—, sabía que ser sospechoso no significa necesariamente ser culpable, la verdad era que el padre de Martín, al que conocía sólo de vista, no le caía demasiado bien, y no le gustaría tener que mirarlo a la cara.

Se dijo que, sólo porque fuese sospechoso de haber matado a la madre de Mercedes, no tenía nada que temer de Martín Almoguera padre. Lo mismo que no tenía nada que temer de su propio padre, al que la Guardia Civil también había metido en su lista de posibles asesinos, según pudo oír Ricardo mientras se orinaba encima del sobresalto.

Se estremeció violentamente, y luego echó a correr con todas sus fuerzas calle abajo. Lo mejor era no pensar demasiado. Sus músculos estaban tan duros como cables de alta tensión. Lo mejor era correr y no parar hasta llegar a donde fuera, se dijo.

29

En San Esteban casi nadie cerraba la puerta de su casa a no ser que hubiese salido a hacer un recado, y a veces ni siquiera por eso. Lo primero que Ricardo oyó cuando entreabrió la puerta de la casa de Martín fue una voz de hombre que maldecía. El niño bajó los ojos hacia el suelo y dudó entre entrar o arrojar los deberes dentro y volver a salir pitando por donde había venido. La maldición era de las fuertes. Se refería a Dios, y no precisamente en buenos términos. Se desabrochó la rebeca. De repente sentía calor. Tener diez años le pareció un fastidio. Se sentía como algo despreciable, abandonado a su suerte en el mundo. Un hombre, en su caso, no se arredraría, llamaría a la puerta y haría valer su presencia, pero un niño… ¿qué podía hacer un niño? Los niños llegaban siempre tarde a las cosas del mundo. Las cosas del mundo se hacían a su aire, al margen de los deseos de un niño, y la suma de las partes del mundo nunca daba como resultado el mundo entero. La vida, para un niño de diez años, era como una cuenta de sumar mal hecha.

Escuchó un grito corto y ahogado de mujer, un breve alarido desolado y triste, y después unos ruidos. Golpes sordos, quizás troncos cayendo al suelo.

El sudor alivió un poco la rigidez que sentía en forma de gotitas húmedas encima de su labio superior.

Hubo un silencio que se prolongó durante lo que a él le pareció una pequeña eternidad. Por fin, hizo un violento esfuerzo y golpeó la aldaba de la puerta entornada. Por alguna razón la prefirió al timbre, que tenía aspecto de ser nuevo y brillaba bajo el sol.

—¿Quién es? —La voz de hombre tenía un timbre de ruda impaciencia.

A Ricardo no le gustaba ese tono de urgencia, de necesidad perentoria, que tanta gente utilizaba a su alrededor. Le daba la sensación de que todos estaban esperando algo horrible, preparados

para una espantosa tragedia. No lograba acostumbrarse. A veces una mujer llamaba a su casa: «Jovita», decía, «que el cartero ha preguntado por ti esta mañana». Pero lo decía como si hubiera recibido al mensajero de una guerra cercana que venía cargado de noticias de muerte y desolación. No, no conseguía familiarizarse con esa manera de hablar.

—Soy Ricardo Ortiz, el nieto pequeño del *señorito*. —Alzó la voz todo lo que pudo, pero sintió un repullo que se la estranguló en la última sílaba.

No se atrevía a entrar, de modo que esperó en la calle.

Cuando Martín Almoguera padre asomó por la puerta, Ricardo dio un paso atrás de manera instintiva. El hombre lucía unas patillas oscuras que le cubrían parte del mentón. Llevaba una camisa negra y un pantalón gris oscuro. El gris era un color con mucho éxito en el pueblo, y por lo que Ricardo había podido ver, también en el resto del país. Era el color del estado de ánimo general, el color de la vida. Una corbata verdosa —de un matiz que recordaba al vómito, tal vez— pulcramente anudada, ponía una nota de humilde vivacidad en su apariencia.

Los ojos oscuros e irritados del hombre lo miraron sin una pizca de interés.

—¿Qué quieres?

—He venido a traerle a Martín los deberes —dijo Ricardo.

—Está malo, no puede hacer deberes. —Se restregó las manos como si acabara de lavárselas y no le hubiese dado tiempo a secarlas bien.

—Ya… Bueno, yo sólo hago lo que me ha dicho la maestra.

El padre de Martín cogió los libros que Ricardo le tendía. Los miró con atención, como si no estuviera de acuerdo en algo.

—Bueno. Adiós —dijo. Se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa, dando un portazo.

Ricardo se quedó mirando la puerta. Era de hierro, y estaba pintada de negro. Se notaba que tenía muchas capas de pintura puestas unas encima de las otras, igual que si estuvieran tratando de ocultar algo. Observó la calle, pero no vio a nadie cerca. A esas horas, la gente estaba comiendo. Echó a andar de nuevo hacia su casa.

Aquel hombre ni siquiera le había dado las gracias.

Acababa de doblar la calle en dirección a la plaza cuando oyó un silbido. Volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Martín, su compañero.

—¡Eh, tú! —dijo el chico.

Daba la sensación de que se apoyaba en la pared de una casa para no caerse. Ricardo se acercó a él.

—Ah, hola. Te he traído los deberes —le dijo.

—Gracias… —respondió Martín. Respiraba con dificultad. Se notaba que había salido corriendo detrás de Ricardo en cuanto se hubo enterado de la visita. O en cuanto había podido, pensó Ricardo.

—Me obligó la maestra, la señorita Teodora —respondió Ricardo—. A traerte los deberes, quiero decir.

Entonces se fijó en la cara del otro. Tenía un ojo morado, rodeado de grietas rojas y negras, tan negras como la pintura de la puerta de su casa.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —preguntó.

—Nada, no me ha pasado nada en el ojo. —Martín se llevó la mano a la cara y se la acarició suavemente tratando de tapar el ojo herido.

Ricardo meneó la cabeza.

—Lo tienes como una pelota, algo te habrá pasado.

—Me caí —dijo Martín—. Me he caído por las escaleras.

—¿Y te ha dolido? Te tiene que haber dolido, llevas una carnicería ahí puesta.

—No, sólo me duele cuando me río.

—Pues no te rías mucho.

—No te preocupes. Nunca me río por nada.

Ricardo asintió.

—Que te mejores —dijo.

—Vale —contestó Martín.

Luego se dio la vuelta y volvió a su casa dando pasos torpes y apresurados, con una mano sujetándose los pantalones de pinzas, y la otra todavía ocultando una parte de su rostro, mientras Ricardo lo miraba.

30

Día 7 de noviembre, viernes

—Comunicamos a nuestros oyentes que se ha procedido a trasladar a su Excelencia, el Generalísimo Francisco Franco, a la Ciudad Sanitaria de La Paz, en la que será intervenido quirúrgicamente —dijo el locutor de Radio Nacional.

Era el día siete de noviembre, viernes.

Ricardo oyó la noticia antes de salir en dirección al colegio, pero no le dio la más mínima importancia. Empezaba a estar harto de aquel abuelete que acaparaba la atención de todo el mundo cuando había tantos problemas por resolver, y mucho más graves. Estaba cansado de que el viejo general, o lo que fuera, no acabara de decidirse a morir de una vez por todas dejándolo a él tranquilo.

La noche anterior había podido leer la preocupación en los ojos de su padre, normalmente tranquilos. Ricardo lo observó por el rabillo del ojo, preguntándose con un nudo en el estómago si su padre sería el asesino de Clara, el hombre malo al que la Guardia Civil estaba buscando. La tranquila domesticidad de cada día había desaparecido de su casa desde que don Alberto descubrió el cadáver de la mujer. Incluso su madre estaba inquieta. Ricardo podía sentir su desasosiego como una presencia más en la casa.

Y aún lo estuvo más cuando, alrededor de las diez de la noche, un guardia civil llamó a la puerta, que abrió Macarena, y luego preguntó por su padre.

Cuando Francisco apareció por el pasillo, el hombre vestido de uniforme se quitó el tricornio.

—Buenas noches, don Francisco —le dijo llevándose la mano a la sien, saludando militarmente.

—Buenas noches, Vera —respondió el padre de Ricardo.

—De parte del sargento, que se pase usted mañana a las nueve y cuarto por el cuartel para hacerle unas preguntas.

—¿Unas preguntas?

—No se preocupe usted, no le llevará mucho tiempo. A eso de las diez seguro que ya hemos terminado.

—De acuerdo. Allí estaré.

—Hasta mañana. —El hombre volvió a cubrirse y a saludar.

La niña, que había permanecido pegada a las piernas de su padre, lo imitó y le dedicó una amplia sonrisa.

—Hasta luego, Macarena —la saludó el hombre con un guiño.

El guardia se marchó por donde había venido, sin haber llegado a entrar dentro de la casa.

Cuando cerraron la puerta, Jovita miró de arriba abajo a su marido desde el otro extremo del pasillo, pero no dijo nada. Siempre que se hacía un silencio tan absoluto a su alrededor, Ricardo tenía la sensación de que el mundo contenía la respiración.

Así que aquel viernes Francisco no fue a Toledo como hacía cada mañana laborable. Se quedó en casa. O mejor dicho: aguardó hasta que dieron las nueve menos diez en el reloj de la cocina. Entonces se levantó con cuidado de la mesa en la que aún quedaban algunos restos del desayuno, y se dispuso a ir al cuartel. Estaba cerca, apenas a diez minutos andando a buen paso.

Gonzalo se había ido a Toledo en el autobús, que salía a las siete de la mañana, para no perder clase. Antes de salir le dio un pequeño empujón a su hermano Ricardo, que no dejaba de moverse como una perdiz de reclamo enjaulada.

—Vaya panorama que tenemos, enano —había cierto laconismo en su voz.

Ricardo no le contestó.

La Marcha Verde continuaba, desierto a través, hacia las fronteras saharauis, infatigable según la prensa marroquí, aunque los enviados especiales extranjeros, entre otros los españoles, no contaban lo mismo: según éstos, en los campamentos no había movimiento. Nadie avanzaba, aunque tampoco retrocediera. La quietud era la noticia. Los marroquíes aguardaban una señal de su rey, remoloneaban entre las tiendas, con los pies hundidos en la arena ardiente, y se limitaban a mirarse los unos a los otros, o a contemplar el cielo. Algunos decían que el nombre de «Marcha

Verde» había sido idea de Kissinger, que en realidad debía llamarse «Marcha Blanca», pero que los norteamericanos mandaban hasta en cuestión de nombres.

Esa tirante calma, esa inacción que se vivía en el desierto africano era justamente lo contrario de lo que ocurría en la política española, cuya maquinaria seguía funcionando a pleno rendimiento. Entre otras cosas, el Consejo de Ministros aprobó la creación de una comisión que se ocuparía de estudiar el futuro establecimiento de un régimen administrativo especial para las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa. También se decidió trasladar a los nueve miembros de la Unión Militar Democrática (
UMD
), que estaban presos en la Academia de Sanidad Militar de Carabanchel, a otros centros penitenciarios militares «más seguros». España seguía funcionando aunque su timonel estuviera en las últimas.

Probablemente Franco, de haber estado en condiciones de hablar, habría preferido permanecer en El Pardo, su hogar durante cuarenta años, hasta la hora de su muerte. Pero ya era tarde para hacer valer su voluntad o sus deseos, de modo que fue trasladado a la Paz, en un último intento desesperado por contener los pocos alientos de vida que aún le quedaban.

La operación de Franco duró cuatro horas. Le extirparon una parte del estómago tratando así de contener una gravísima hemorragia gástrica que los médicos no pudieron detener en El Pardo, donde carecían de medios técnicos para hacerlo. Cuando el yerno de Franco, el doctor Martínez Bordiu, autorizó al doctor Hidalgo Huerta, jefe del equipo médico que atendía al anciano, se realizó el traslado al hospital, en la Ciudad Sanitaria.

Instalaron al enfermo en la primera planta del hospital, a la que pocos tenían acceso, excepto si estaban autorizados por el propio Marqués de Villaverde, el doctor Martínez-Bordiu, único yerno del Jefe del Estado. La planta hospitalaria se convirtió enseguida en una sala de espera atestada de jefes militares fieles al Caudillo, que no barruntaban nada bueno a pesar de que el doctor Hidalgo Huerta tratara de tranquilizarlos diciéndoles que la operación a la que iba a ser sometido carecía de complicaciones.

Pero resultó que, aunque los médicos imaginaban que sólo

tendrían que limitarse a abrir los puntos de la operación que había soportado el Caudillo una semana antes, la herida anterior ya estaba cicatrizando, y se vieron obligados a cortar una vez más. Los doctores encontraron «nuevas y múltiples ulceraciones que sangraban profusamente en el estómago» de Franco. El estómago del Caudillo se descomponía por la enfermedad, que lo inundaba todo como un remordimiento que irrigara con charquitos de sangre el resto de su cuerpo agotado.

Los militares cabeceaban, abatidos, y doña Carmen Polo rezaba sin descanso por su marido, arropada por las santas paredes de la capilla de El Pardo, y de su familia.

El asunto no pintaba nada bien.

31

Cuando Francisco volvió de declarar en el cuartel, Ricardo ya no estaba en casa. Se encontraba sentado en su pupitre, con la mirada perdida en la pizarra, que de pronto se le antojaba un enorme mar negro capaz de ahogar cualquier esperanza y luego no pedir disculpas.

Para colmo, don Dionisio se había vuelto loco de remate.

El niño suspiró, y un instante después prestó toda su atención a la silla de Martín, vacía a su lado.

Notó el sabor y el peso de la tristeza igual que el cañón de un arma metida dentro de su boca.

A veces, cuando respiraba, sentía que llegaría un momento en que no sería capaz de soportarlo, que estallaría de inquietud y de angustia.

Le hubiera gustado hablar con alguien, confiar sus temores a otra persona, buscar ayuda. Pero ¿a quién podía decirle lo que había oído? ¿A su abuelo? No, no deseaba preocuparlo, era demasiado viejo, las tribulaciones le sentaban tan mal como los resfriados. Además, estaba enfermo últimamente. Tenía la tos agarrada al pecho. Ricardo no quería colgarle a su abuelo más cosas malas del pecho. Por si acaso.

¿A su tía Rafaela? El niño no tenía nada claro que su tía supiese de algo que no fueran liturgias, semanas de Pentecostés y antífonas de ofertorio. ¿Qué podría hacer ella, aparte de poner el grito en el cielo?, porque su tía todo lo ponía en el cielo, hasta los gritos. «Allí arriba hay sitio para todo», solía decir, y se quedaba tan fresca. El tiempo de la tía Rafaela era un tiempo pascual, la vida en la tierra significa para ella lo mismo que para los judíos la esclavitud a la que los sometió Egipto. La liberación de esa esclavitud sólo llegaría con la vida eterna. Sus ojos estaban puestos en el Más Allá, y seguramente no entendía demasiado de las cosas del mundo al igual

que un esclavo judío de la antigüedad no comprendía la política egipcia.

Luego estaba su madre, pero en ella no quería ni pensar. También Jovita parecía estar atravesando un desierto últimamente, como si participase de su pequeña Marcha Verde familiar plagada de esfuerzos sobrehumanos en medio de una nada feroz y agreste. Su madre, a la que él siempre había considerado mucho más guapa que Linda Blair y Nadia Comaneci juntas, envejecía por minutos ante su vista. Sus palabras, siempre cuidadosamente escogidas, salían a menudo de su boca como pasajeros maltrechos de un tren de segunda clase. Pasivas, agónicas e indiferentes.

¿Sabría su madre que dormía al lado de un sospechoso de asesinato? ¿Podría servirle a su padre de coartada? ¿Le diría al sargento de la Guardia Civil: «Esa noche mi marido no se movió de la cama, estuvo junto a mí desde las diez de la noche hasta las ocho de la mañana»? ¿Podría decirlo?

Pensó en su padre, y rompió a llorar por primera vez. Su padre era bueno, era bueno, era bueno… repitió para sí. Lo sabía, estaba seguro, pero también necesitaba convencerse de ello. No quería, no debía dudar de su padre. Sencillamente, era inconcebible que su padre fuese un monstruo. Ricardo lo había visto conmoverse, amar, cuidar de los demás. No, no podía ser un asesino.

Las lágrimas se deslizaron por su mejilla; fueron humillantes. Se secó los mocos con el puño del jersey. La vista se le nubló, y tuvo la impresión de un mundo submarino, sumergido en el agua de su dolor.

Luego recordó a Martín, con su aspecto desvalido y maltratado, y ese aire de desesperación al caminar, como si no supiera bien a dónde dirigirse. Quizás Martín y él tenían mucho en común, a pesar de no ser amigos. Compartían la sospecha de la violencia en su propia casa. Aunque Martín, al contrario que él, probablemente la vivía en sus carnes de la mano de su padre, si Ricardo daba crédito al aspecto del muchacho. Martín «enfermaba» a menudo. Y Ricardo supuso que el agente patógeno que le hacía guardar cama de cuando en cuando, y tomar los kilos de vitaminas con que su madre trataba de compensarlo, no era otro que su propio padre.

Se le ocurrió que quizás debería hablar con su hermano Gonzalo, pero desechó la idea enseguida. No se entenderían en ese oscuro

asunto igual que no lo hacían en todos los demás.

Miró por la ventana del aula. Delante de él, Carlitos y Joaquín se removían inquietos y cuchicheaban como un par de ratoncitos frente a una cesta de comida. Envidió su inconsciencia, sus ridículos problemas, sus empresas de niños sin más modo de vida que la inocencia. Él, sin embargo, cargaba con un horrible peso propio de un adulto. Llevaba exceso de equipaje en la conciencia.

Cuando salieron al recreo, Ricardo tuvo una idea. No sabía por qué había tardado tanto en tenerla: don Alberto, ¡ésa era la solución! Don Alberto era joven, fuerte e inteligente. Ricardo creía que también era bueno. No estaba loco, como don Dionisio, no era dado a los excesos —ni de la carne ni de la fe—, sabía escuchar y era compasivo. Aceptaba la naturaleza del ser más insignificante de la tierra de la manera en que se recibe un regalo extraordinario. Amaba a los seres vivos, cualquiera que fuese su condición. Don Alberto lo escucharía, y sabría qué hacer.

Cuando terminaron las clases de la mañana y llegó la hora de almorzar, llevó a Macarena corriendo a casa.

Cruzaron rápidamente por la plaza, pero aun así a Ricardo le dio tiempo a fijarse en que algunas personas los miraban de forma extraña. Las mismas personas que antes no se hubieran dignado a echar una ojeada sobre un par de niños, o que los hubieran saludado de pasada, por educación, esta vez se quedaron mirando con fijeza. Un lustre extraño avivaba sus ojos.

A la sombra de la iglesia, las caras se volvieron implacables hacia ellos.

—No corras tanto —se quejó Macarena.

—Tenemos que llegar pronto a casa.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer un recado.

—¿Tienes que llevarle otra vez los deberes a Martín?

—No, no tengo que llevarle nada a Martín. Está enfermo y no puede hacer deberes.

—Me gustaría estar enferma para no tener que hacer nada —dijo Macarena. Sus pies trastabillaban en el empedrado de la calle. Colgaba de la mano de Ricardo como un llavero gigante que tuviera su particular forma de arrastrar los pies—. Recibiría a mis amigas en la cama. Con la colcha tapándome hasta los ojos para que no

viesen que me moría de risa.

—No digas eso. —Ricardo la miró enfadado—. No digas eso nunca. Es mejor no estar enfermos jamás. A Martín no le gusta estar enfermo, te lo puedo asegurar.

Las miradas se cerraron como un muro detrás de ellos, Ricardo sospechó que estaban bien dispuestas para una emboscada.

—Seguramente —pensó apretando con fuerza la manita de Macarena—, seguramente ya saben que nuestro padre ha ido a declarar al cuartel. Ya saben que es un sospechoso. A partir de ahora, nosotros seremos sospechosos también.

32

—Han encontrado los diarios de la muerta. —Ricardo susurró avergonzado, su voz seguía caminos tortuosos hasta lograr salir de su garganta—. La Guardia Civil tiene el diario de Clara. Yo los oí mientras estaba me… meando en la puerta del cementerio, cuando la enterramos. Registraron la casa de Clara, y entre sus cosas encontraron sus diarios. Por lo visto apuntaba todo lo que hacía desde los dieciséis años. Tenía un montón de cuadernos guardados. Lo primero que leyeron los *civiles* fueron los cuadernos de este año y del año pasado. Vino un inspector de policía de Toledo y todo, y también los leyó.

Don Alberto lo miró con preocupación. El niño lo había sorprendido en casa, vestido con un pantalón de pana marrón y un jersey de rombos verdes y grises de cuello vuelto. Sin la sotana parecía otro. Una persona distinta, un profesor de latín o de literatura que ocupara sus tardes libres leyendo poemas y haciendo gimnasia, levantando pesos en vez de celebrando entierros.

—No está bien oír las conversaciones privadas de los demás, Ricardo —dijo volviéndose hacia la mesa del saloncito para dejar un libro que tenía entre las manos—. Y mucho menos si las conversaciones son de la Guardia Civil, hijo.

—Don Alberto…

—Alberto, llámame Alberto a secas.

—Yo no quería hacerlo. ¡Ojalá no lo hubiese oído! Daría cualquier cosa por no haber oído a esos hombres hablando. Pero yo estaba allí, entre los árboles, tratando de mea… de orinar. ¡No podía ni moverme! No supe qué hacer. No puedo dormir desde entonces. No sé qué pensar. No quiero que se lleven a mi padre preso. No quiero que mi madre tenga que ir a verlo a Herrera de la Mancha una vez al mes. Mi padre no es un asesino.

—Tranquilízate, anda.

—Y yo no quiero ser el hijo de un asesino, Alberto… don Alberto. Alberto.

El cura sonrió. Tenía una sonrisa fácil, como si sus labios hubieran aprendido bien el oficio.

—Pues claro que tu padre no es ningún asesino, no digas tonterías. —Cruzó las largas piernas y señaló un sillón situado enfrente de donde él estaba sentado, al otro lado de la mesa—. Siéntate, Ricardo. Estás ahí de pie como un pasmarote, con la cara más blanca que la harina. Siéntate y analizaremos la situación con calma.

—¿De verdad, de verdad cree que mi padre no es un asesino? —El niño miró al joven cura, esperanzado.

—Cualquiera puede ser un asesino, pero un asesino tampoco puede ser cualquiera. No sé si me entiendes.

El niño asintió. Luego negó.

—Mi padre es bueno. Mi padre no es un hombre malo. Hace falta ser un hombre muy malo para hacer lo que hicieron con la madre de Mercedes. —Cuando pronunció el nombre de la niña notó que las mejillas le ardieron.

—Mira, Ricardo, yo vi a la mujer. ¿Te acuerdas de que la encontré yo?

Ricardo dijo que sí con voz trémula.

—No la reconocí ni siquiera. También es verdad que no llevo mucho tiempo en el pueblo, y que ella no era de las que van a misa a menudo… Tenía pocas posibilidades de reconocerla. Además, tenía la cara desfigurada. La golpearon con saña. Ya lo sabes. Todo el mundo lo sabe en el pueblo.

—Mi padre sería incapaz de hacer algo así. No podría… Ni siquiera es cazador. Mi abuelo era cazador de joven, pero mi padre no puede ni acercarse a un rifle. No consigue ni ver la matanza de un cerdo. Siempre dice que es capaz de comerse los chorizos, pero que no soporta ver cómo los hacen. Dice que el olor de la sangre es más de lo que él puede soportar. Mi padre… —se le estranguló la voz de nuevo y sollozó a su pesar—, no podría… Nunca podría hacer eso, Al… Alberto.

—Conozco a tu padre. No mucho, porque tampoco es de los que se prodigan por la iglesia, pero algo lo conozco. No me parece el tipo de hombre que apuñala a una mujer.

—Ya se lo he dicho yo.

—De todas formas, según me has contado, lo que dijeron los *civiles* fue que Clara había escrito en su diario que tuvo «una aventura» con tu padre hace meses, ¿no?

—Sí, oí a Vera, el cabo del puesto, decir que según el diario de Clara, la mujer había tenido una aventura con mi padre. Que no duró mucho, pero que la dejó impresionada o no sé qué.

—Deberíamos saber qué entendía Clara por «tener una aventura».

Don Alberto carraspeó, un poco incómodo.

—¿Crees que se refería a algo… algo sexual? —mientras hacía la pregunta, el niño bajó los ojos avergonzado.

—No lo sé, señor. No tengo ni idea.

Hipó, y le salió sin querer un puchero. Se sintió irrisorio llorando igual que un crío pequeño. Le temblaban las manos y temía desmayarse, o algo peor.

—¿Crees que, según lo que dijo Vera, tu padre y Clara estuvieron…? —Don Alberto suspiró de puro embarazo—. Ah, Cristo bendito, perdóname. Lo siento, Ricardo, muchacho, siento mucho tener que hablar contigo en estos términos. No me parece justo para un niño, pero… Te diré lo que haremos. Vamos a resolver este crimen. Tú y yo. Está muy bien que la Guardia Civil haga sus propias investigaciones, porque para eso están. Para eso y para… Bueno, a lo que iba. Imagínate que yo soy Sherlock Holmes y tú un pequeño doctor Watson.

Ricardo le dedicó al cura una sonrisa triste. La tristeza se había enroscado en su corazón igual que una serpiente, y le subía hasta los labios en cuanto se descuidaba, soltando su veneno.

—Vale —respondió con un hilo de voz.

—¿Has leído a *sir* Arthur Conan Doyle, supongo? —Observó al muchacho con simpatía—. El doctor Watson, su personaje, se doctoró en Medicina en la universidad de Londres, y aunque tú no eres doctor en nada… En fin, ése es un detalle menor dadas nuestras circunstancias. Watson estuvo destinado al 5.º Regimiento de Fusileros de Northumberland, en la India, y luego en Afganistán. No le gustó la experiencia bélica. Además, lo dejaron hecho un trapo, al pobre. Incluso enfermó de tifus. Tan mal estaba que lo devolvieron a Inglaterra. Era delgado como un listón y moreno

como una nuez, no se podía pagar la habitación del hotel Strand en la que se alojó en un primer momento, cuando llegó a Londres, y se decidió a compartir domicilio con Sherlock Holmes, que era un tipo de lo más inteligente y maniático. Afortunadamente tú y yo no tenemos que compartir casa, porque los dos la tenemos gratis, por un motivo o por otro. La casa del cura de San Esteban, mi casa, no es Baker Street 221, pero quiero que sepas que aquí siempre tendrás un amigo. ¿Estamos?

—Sí, señor. Alberto…

—Bien, bien. Pues comenzaremos nuestras pesquisas siguiendo su estilo. Para eso, tenemos que hablar, examinar entre los dos la información de que disponemos. Ordenar los hechos y los datos de una manera lógica. Así encontraremos al malo, y seguro que no es tu padre. Método deductivo, Ricardo, método deductivo. Nunca falla.

—Sí, de acuerdo. Deductivo.

—A ver… por lo que pudiste oír, ¿crees que tu padre y Clara tuvieron algún lío sentimental? ¿Sí o no?

—No sé lo que es un lío sentimental. No sé si tuvieron un lío sentimental. Y tampoco sé si tuvieron un lío sexual. Pero no me pega en mi padre, igual que no me pega lo de los asesinatos y la sangre y todo eso.

—Amar no es lo mismo que matar, Ricardo, no lo olvides. Por lo que sabemos, tu padre es un hombre afectuoso. No apunta maneras de asesino… pero puede que… Aún eres demasiado pequeño, Ricardo, pero cuando seas mayor te darás cuenta de que la carne es débil. Eso es algo que se suele decir, un tópico, y como todos los tópicos tiene algo de razón. A lo mejor tu padre tuvo un mal día, una debilidad. No sé, no me hagas caso.

—Mi padre no es débil. No tiene esa clase de carne, se lo prometo.

—Bueno, bueno… No jures, hazme el favor. Ni prometas tampoco. ¡Sonríe, hombre, sonríe un poco! Estoy tratando de desdramatizar la situación. Por muy dramática que sea, aún no ha ocurrido nada grave en relación con tu padre.

—Sí, sí que ha ocurrido. Lo han llamado a declarar. La gente lo sabe. Hablarán mal de él.

—Es demasiado pronto para que nos preocupemos por eso.

Todavía no ha ocurrido nada que debamos lamentar.

—Yo creo que mi padre quiere a mi madre. Se dan besos de despedida. Y también cuando él llega a casa por las noches.

—¿Tú dirías que tu padre y tu madre están enamorados?

—No lo sé. Están… casados.

—Señor, Señor.

Ricardo pensó un poco.

—Mi madre siempre está contenta cuando mi padre anda cerca.

«Aunque en los últimos días, no tanto», pensó el niño, pero se calló.

—Vaya, eso es un buen síntoma.

—Cuando los dos están juntos en casa, yo estoy tranquilo.

—Eso no lo pueden decir todos los hijos de sus padres. Eres un chico afortunado, Ricardo.

—¿Sí?

—Bueno, dejemos ese tema. Hablemos de Martín Almoguera padre. ¿Qué dijeron los civiles de ese señor?

—Dijeron… No los oí muy bien. Quiero decir que no pude oírlo todo igual de bien porque a veces bajaban mucho la voz, aunque todo estaba en silencio por allí. La gente aún estaba dentro del cementerio. Sólo yo andaba cerca, y a mí no me vieron, seguro. Pero supongo que ellos no se fiaban y…

—A la Guardia Civil le pagan para que no se fíe, hijo.

—Pues… pues dijeron que el padre de Martín y Clara se acostaban juntos.

—¿Se acostaban? ¿Eso dijeron, que «se acos… taban»?

—Sí, eso dijeron.

—¿Y dijeron si hacía mucho de eso?, ¿si llevaban mucho tiempo… ejem… hummm… acos… tándose?

—Desde hacía más de once años. Dijeron que ella era una cría cuando empezó a verse con él, y que poco después se… se quedó embarazada.

33

Día 8 de noviembre, sábado

Don Alberto le pidió a Ricardo que lo acompañara a Toledo. Tenía que hacer unos recados en la capital. El viaje le serviría de distracción, le dijo al chico. Ricardo también sería una ayuda inestimable para él. Al fin y al cabo, el niño era su monaguillo. Además, podrían hablar del curso de su «investigación» —como la llamaba el cura— con tranquilidad, aprovechando el tiempo que duraba el viaje de ida y vuelta.

Pasó a recogerlo por su casa en el coche —se había decidido a conducir el Dos Caballos— a eso de las siete y media de la mañana.

Ricardo apareció en la puerta con los ojos hinchados por el sueño, y quizás por las lágrimas furtivas derramadas bajo las mantas. Su madre lo despidió en el tranco de la entrada. La mujer saludó al cura con la mano, murmuró un «buenos días, don Alberto» apenas audible sobre el ruido del motor en marcha. El aspecto fatigado y abatido de Jovita le daba el aire de una lavandera convertida de repente en burguesa que no lograra librarse del desgaste de sus manos.

Ricardo asociaba el nombre de Toledo a la idea de curas y de monjas rondando por todos lados. No podía recordar cuándo fue la primera vez en su vida que llegó allí y no tuvo contacto con algún miembro de la Iglesia Católica, bien fuese femenino o masculino. Y si no era de manera personal, de tú a tú, o tropezándose de frente con una iglesia, era en forma de dulces hechos por las religiosas, o de cruces de hojalata esmaltadas, vendidas en las tiendas del casco histórico, junto a las famosas espadas toledanas; o de rejas de hierro forjado en las que siempre lograba descubrir un pequeño remache que le recordaba a Dios, o a través de un crucifijo damasquinado

expuesto en el escaparate de una tienda del barrio de la Judería. El caso es que siempre que iba a la ciudad se impregnaba de religión de alguna manera. Durante una temporada, hacía años ya, Ricardo incluso llegó a creer que Jesucristo había nacido en Toledo, hasta que su hermano Gonzalo le recordó su ignorancia hablándole de los portalitos de Belén.

En efecto, Toledo era un lugar en el que la religión estaba muy presente, tal y como Ricardo intuía. Desde la época visigoda al siglo XVIII había vivido épocas casi ininterrumpidas de esplendor místico, hasta que la Desamortización de bienes eclesiásticos que hizo el ministro Mendizábal consiguió que se empezasen a sustituir las comunidades religiosas toledanas, generalmente contemplativas, por otras asociadas a la asistencia social o a la enseñanza; en definitiva a cuestiones más prácticas y productivas que el puro recogimiento y la simple meditación.

Pero hubo un tiempo en que la ciudad parecía llamar como ninguna a la oración, a ocupar con conventos las huellas musulmanas de sus calles, a levantar herméticos espacios para la plegaria detrás de recónditos ajimeces y secretos cobertizos. Por fuera, a ojos vista desde la calle, no podían verse más que muros limpios y austeros, paredes umbrías revestidas de piedra y templanza. Pero por dentro se distribuían los claustros entre huertas y aljibes que regaban árboles lujuriantes y setos frescos y alegres que, como cantos espontáneos a la vida terrena, se mezclaban con las yeserías mudéjares, la decoración barroca, los antiguos azulejos. Las paredes estaban adornadas con espectaculares colecciones de pintura, y las capillas poseían delicadas orfebrerías de antaño. Y todo ello, hacia dentro del convento. Resguardando la belleza interior de la vida de la calle con su mezquindad, su suciedad y su festiva pero inútil evanescencia. Los conventos tenían dos puertas: la de la capilla, dispuesta para el culto público, y la de la comunidad religiosa, flanqueada por un portero, un demandadero que, a la postre, también servía de escudo contra la realidad y el desorden del mundo que transcurría en plena vía pública, ajeno a la paz monacal de intramuros.

Tanto se fomentaron los edificios religiosos en Toledo, que en el siglo XVI ya se trató de frenar la apertura de nuevos recintos sagrados mediante decretos que no surtieron demasiado efecto. Ahí

estaba San Clemente, por ejemplo, un enorme convento que ocupaba toda una manzana. O los de Santa Isabel, Santa Clara y Las Gaitanas, pasando por el de las carmelitas descalzas, fundado por Santa Teresa de Jesús.

La ocupación napoleónica, a comienzos del XIX, y la Desamortización después, terminaron con muchas de aquellas órdenes religiosas, y llegó un día —impensable hasta no hacía mucho— en que Toledo vio sus conventos transformados en edificios civiles: la Trinidad en cuartel, San Pedro Mártir en centro de la Beneficencia Pública, y La Merced en prisión.

Era la mudanza de los tiempos. A poco que uno estudiara un poco de historia se daba cuenta de que las cosas no estaban nunca quietas. Cambios sociales, hambrunas, guerras, épocas de buenas cosechas, destronamiento de reyes, generales rebeldes, azares desdichados… Alta política y miseria corriente. La historia de la humanidad suele despreciar a la humanidad ordinaria que la padece, y a esa indiferencia no permanecía ajena la voluntad religiosa, con su afán de inmortalidad y de comunión espiritual con el mismísimo Dios.

Al atravesar con el coche cerca de la explanada del Alcázar, Ricardo vio a una niña, más o menos de su edad, que caminaba a trompicones, dándole de vez en cuando patadas a una piedra mientras agitaba vigorosamente un palo pequeño delante de ella. Como si fuese cortando con el palito grandes tajadas de aire para poder abrirse paso. El palo de la niña era su espada.

Ricardo pensó en el cuchillo con el que habían matado a Clara, y luego en las espadas que solían fabricarse en Toledo desde tiempos remotos. Porque Toledo era también una ciudad de espadas. Famosas, admiradas e imitadas hasta la saciedad, con su alma de hierro y sus dos tejas de fino acero rodeándola, que al fundirse formaban un filo mortal. Guarnecidas, damasquinadas y cinceladas lujosamente en las empuñaduras. Algunas de ellas llevaron grabada la leyenda: «No me saques sin razón, no me envaines sin honor».

Quizás si el asesino hubiera tenido una espada de Toledo entre las manos, en vez de un vulgar cuchillo de monte, no se habría atrevido a matar a Clara. Su honor se lo habría impedido.

Pero no fue así, por supuesto.

Ricardo se movió incómodo en el asiento del vehículo. La

suspensión del Dos Caballos era floja, y parecían avanzar dando saltitos, igual que en un coche de broma del Parque de Atracciones de Madrid.

Toledo se le antojaba una ciudad mágica y misteriosa, donde todo estaba por descubrir, cubierto de un sutil velo de enigmas y sigilos. Se imaginaba que podría cavar donde quisiera, en medio de una calle, y desenterrar tesoros fabulosos. Cuadros de El Greco que nadie conocía, donde el pintor había retratado los cielos tal y como eran de verdad, con su corte celestial y los escorzos de incontables cuerpos mortales, con su luz altanera y la flameante sonrisa de Dios caldeando los corazones solitarios de todos y cada uno de los seres humanos. Estaba casi seguro de que la ciudad guardaba en sus entrañas laberintos inexplorados rebosantes de respuestas. Le hubiera gustado desenterrarlos él, perderse en sus caminos igual que un explorador loco. Olvidarse de su padre, y de Clara, alejarse del mundo penetrando en sus entrañas de tierra y lodo, armado de un pico y una pala.

Don Alberto y él apenas hablaron en el camino hasta Toledo. Ricardo se hizo el dormido, o por lo menos cerró los ojos la mayor parte del tiempo porque no le apetecía demasiado abrirlos a la mañana.

—Ya hemos llegado —oyó que decía el cura.

Si uno cerraba los ojos con fuerza podía hacerse la ilusión de que el mundo desaparecía por arte de magia detrás de los párpados.

34

En la televisión, Florencio Solchaga leía los partes médicos oficiales sobre la salud del Caudillo. Con cara seria. No estaba el momento para bromas. El hombre controlaba incluso sus espasmos faciales, como si pudiera privar a sus músculos de cualquier reacción nerviosa con sólo desearlo. Sin embargo, debajo de su apariencia impecable, se le podía notar el sofoco, incluso a través de la pantalla de una tele en blanco y negro. La pantalla en blanco y negro del televisor no servía de pigmentación protectora para Florencio Solchaga, ni para nadie.

La noche anterior Ricardo se fijó en el hombre, y sintió lástima por él, aunque tampoco tenía auténticos motivos.

—Arias Navarro tiene unas ojeras que dentro de poco le van a llegar a las rodillas. Me temo que el pobre no duerme bien. Todo el mundo está inquieto, ya veremos lo que pasa —dijo uno de los amigos de don Alberto.

Ricardo no supo que los amigos de don Alberto eran curas hasta que él mismo le informó de ese detalle. Ninguno llevaba sotana. Parecían tan jóvenes, revoltosos y barbudos que hubieran pasado por universitarios alborotadores antes que por sacerdotes. El que acababa de hablar tenía un tono de voz dulce y manos con largos dedos de pianista. Lucía un espeso bigote castaño, y sonreía sin cesar. Don Alberto dijo que era un bromista, y que cada vez que gastaba una broma se le caía un pelo, que por eso tenía una calvicie galopante a pesar de su juventud. Dijo que, cuando se quedara calvo del todo, sería la señal de que no sólo se le habían terminado los pelos, sino que también se le habrían acabado las bromas.

Casi todos fumaban, y uno incluso sabía tocar la guitarra. Don Alberto dijo que, a veces, tenía una bonita voz.

—Sí —respondió el otro—. Si tú lo dices… ¡Ejem, ejem! —Se aclaró ruidosamente la garganta.

—Cántale algo al chico —dijo don Alberto, y señaló la guitarra llena de pegatinas con frases en inglés.

—Puedo cantar *Hoy tengo todo el tiempo del mundo*, de Manolo Otero. Dedicada a su Excelencia Francisco Franco. ¡Con perdón! —dijo el aludido. Juntó las manos, alzó la cara y cerró los ojos, como suplicándole al cielo.

Los demás soltaron una carcajada.

Ricardo los miró sin comprender por qué a todo el mundo le daba por hablar de aquel señor. De Manolo Otero no, del otro.

—Esa canción no se canta. Se susurra y se jadea, como si en vez de ponerle la letra a una canción estuvieras haciendo la Vuelta Ciclista… Subiendo un puerto de montaña —arguyó alguno—. Tienes que tocarnos algo de Joan Manuel Serrat, o de Mari Trini.

—¿Eso significa que tendré que recitar a Walt Whitman?, ¿y en catalán, o qué?

Nuevas risas.

—Mejor imita a Rosa Morena, que canta en extremeño. Cántanos *Sharon Pop*, o *Échale guindas al pavo*, anda…

Pa' que

luego digas que no te damos facilidades —dijo el de las manos de pianista, y soltó una carcajada que sembró de alegres ecos la habitación.

—Si hace falta, yo hasta canto en extranjero, como Peret.

Sonaron unos desganados rasgueos de guitarra, que no llegaron a formar una melodía concreta.

Estaban en un piso de la calle Real del Arrabal. Era pequeño, pero lleno de luz, en la esquina de una manzana, no lejos de la muralla.

—Yo soy más de Las Grecas, de Encarnita Polo, o de la Contrahecha, y hasta de la Polaca… La canción protesta y todo el *rollo* ese… se pasará, pero estas señoritas… ¡amigos míos! Cuarenta años de *Estrellas de la Copla* no se los va a llevar el viento así como así. Y si no, al tiempo.

—¡Ya está el folklórico! Gómez, que el día menos pensado te vemos dando la comunión y cantando que prefieres no sufrir, prefieres no pensar… que lo que quieres es que te besen. ¡Anda ya, hombre!

Los curas tomaron café, y a Ricardo le sirvieron un enorme vaso

de leche con
Cola-Cao,
absolutamente frío. El
Cola-Cao
había formado una costrosa nata oscura en la superficie que parecía un montón de churretes de aspecto deprimente. Ricardo no soportaba la leche fría con el
Cola-Cao
porque el
Cola-Cao
nunca se deshacía bien así, y él tenía la sensación de estar tragando bolitas de polvo marrón humedecidas con quién sabía qué exactamente.

—No sé si me lo voy a poder acabar —musitó el niño, tirando de la sotana de don Alberto—. Tengo el estómago un poco revuelto.

—Bueno, tú bebe lo que quieras. Será del viaje. ¿Te mareas en coche?

—No.

Ricardo pidió permiso para ir al baño. Cuando estuvo dentro, cerró la puerta con pestillo y sintió náuseas. Le temblaba el pulso. Abrió la taza del váter, que se le escurrió entre los dedos y dio un golpetazo que lo inquietó aún más, y luego miró dentro como si fuese a encontrar allí la respuesta a sus preguntas. Pero sólo vio un ribete amarillo de orines viejos, y agua clara en el fondo. Tuvo una arcada, y vomitó mientras notaba la rabiosa convulsión en su estómago, liberándose de su encierro y boqueando nada más salir por su garganta. Una bilis transparente se quedó dentro, flameando igual que una pequeña casa flotante de gelatina. Tiró del cordoncillo metálico de la cadena y abrió el ventanuco que daba a la calle para ventilar un poco. Después se lavó la cara y se secó con papel higiénico. No quería usar la toalla de los curas. Era áspera, de un rojo apagado con rodales cenicientos.

En el aseo había varios libros, tirados al lado de la taza, dispuestos para ser leídos u ojeados. En aquel piso había muchos libros por todos lados. Leyó algunos de los títulos impresos en las portadas. *El izquierdismo, fase infantil del comunismo*, editado en Argentina, y el *Libro Rojo*, de Mao Zedong, con las tapas deslucidas, como si las hubiera mordisqueado un nervioso hámster.

Abrió *El miedo a la libertad*, de un tal Erich Fromm, leyó un párrafo y lo volvió a dejar donde estaba. También encontró un ejemplar reciente del periódico *Le Monde*, pero Ricardo no sabía suficiente francés para entender los titulares siquiera.

Salió y se dirigió al salón, donde continuaban charlando los sacerdotes. Le recordaron una reunión de viejos amigos de instituto que llevan unos años sin verse y se reúnen después de haber hecho la mili para quejarse de sus sargentos.

Don Alberto lo miró de nuevo con aquella expresión de consideración sabihonda y abnegada que a veces ponía.

—Me voy a tener que ir un ratito a ver al arzobispo. Tengo una cita para hablar con él. —El tema que llevaba preparado versaba, principalmente, sobre don Dionisio y su creciente manía apostólica. Don Alberto pensaba que había llegado la hora de ir planificando la jubilación del viejo párroco—. Tú puedes quedarte aquí con mis amigos. Son buena gente, aunque cantan como Raphael, ya lo ves, y con mucho más entusiasmo. En fin, pero a eso hemos sobrevivido todos, así que ¿por qué no ibas a hacerlo tú?

—Vale. Sobreviviré. No tardes mucho… Alberto.

Ricardo se sentó con cara seria y formal enfrente de la tele, que estaba apagada. Le habría gustado encenderla y repatingarse en el suelo a ver *La Guagua*. La ponían a las doce, pero no se hacía ilusiones, no creía que lo dejaran ver la tele un rato. A su hermano Gonzalo no le gustaba el programa. Decía que Torrebruno era un enano infanticida que desafinaba al cantar, pero Ricardo se había aprendido algunas de sus melodías. Muchas, en realidad. *Mi querida mamá* y *Rocky Chaparro* eran sus favoritas. Sentía debilidad por el dulce acento transalpino de Torrebruno, que él intentaba imitar lo más fielmente posible cuando estaba a solas, y compartía su afición con Macarena, una rendida admiradora del cantante-presentador. Aquella mañana se quedaría sin poder ver a Torrebruno. Seguro que los curas eran de esa gente que sólo encendía la televisión para ver el Telediario, y luego la desconectaba corriendo, no fuese a gastar mucha luz. Conocía a un niño que tenía en su casa la tele apagada desde hacía tres meses, justo desde que se murió su abuela. El día en que la viejecita murió, la madre del chico apagó el aparato y le comunicó escuetamente que no se podía volver a encender hasta que no pasara un año y

concluyera el luto por la abuela. El niño se llamaba Juan José y tenía cara de gato siamés, con hocico y todo, además de unos ojos de color verde marchito que recordaban a una siembra de trigo achicharrada por el sol primaveral, en pleno año de sequía. Su madre le confeccionó al televisor una funda de tela naranja, con ribetes dorados y sus iniciales bordadas en la parte que cubría la pantalla; luego plantó encima una muñeca, una gitana de plástico en bata de cola, y le dijo a su hijo que le cortaría el pescuezo si se atrevía a encender el televisor y a mirar por debajo de la funda ni siquiera un ratito.

Los curas no tenían la tele cubierta con nada, pero Ricardo hubiese apostado algo a que no perdían mucho el tiempo mirándola. Desde donde estaba sentado podía ver que la pantalla estaba revestida de una buena película de polvo blanco, tan gruesa que semejaba una de esas mamparas que prometían convertir una televisión en blanco y negro en una en color (y que efectivamente lo conseguían: transformaban una tele en blanco y negro en una tele de un solo color, normalmente rojo).

Suspiró y miró a don Alberto, que le estaba diciendo algo.

—No les dejes que te calienten la cabeza hablándote de política, ¿eh? Que son unos rojos que para qué, y uno tiene que…

—¡Los curas rojos, los curas rojos!, ¡que vienen los curas!, ¡que vienen los rojos! ¡Huy, qué miedo! ¿Quién vendrá, los curas o los rojos? —canturreó uno de los jóvenes sacerdotes, que estaba sentado en el suelo, encima de un cojín, oyendo hablar a don Alberto.

—Manrique, mira que eres… —Don Alberto se volvió hacia él y le hizo una seña con la mano para que se estuviera callado un momento—. Que una cosa es que seamos posconciliares, y otra cosa es que seáis más radicales que la Pasionaria, hijo mío.

—No me llames *hijo mío*, padre… —Le hizo burla a don Alberto el tal Manrique.

—A ver si vuelves a tiempo de comer, Alberto. Tengo un vinito, que no es de misa precisamente, que quita el *sentío*.

—Volveré a tiempo, espero. Cuidad bien al chico. Dadle unos tebeos de Tintín para que se entretenga. Y no me lo dejéis sordo ni tonto con vuestras canciones, por favor. Y no le habléis de Franco ni de nada parecido, que cada uno tiene ya bastante con lo que tiene.

Dadle unos tebeos, o algún libro que no sea del Ruedo Ibérico —se volvió hacia el niño y le hizo un guiño—. Hasta luego, doctor Watson.

—Hasta luego.

Mientras se despedía en la puerta, Ricardo oyó a uno de los amigos de don Alberto decirle:

—¡Albert, espera, Albert!… No hemos hablado últimamente, pero ya me han dicho… Y también lo leí en el periódico. Lo del crimen que hubo hace unos días en tu parroquia. Supongo que lo comentarás con el arzobispo, ¿no? Salió en la sección de sucesos. No le dedicaron mucho espacio, no creas, tal y como está el patio ahora… Pero, bueno, supongo que tú también lo habrás visto.

—Sí, sí, lo he leído todo, que tampoco es mucho como tú dices. Un periodista de Radio Nacional incluso me llamó por teléfono. Pero la Guardia Civil me pidió que no dijese nada a nadie, y eso he hecho. —Don Alberto suspiró, cuando hablaba del asunto sentía vivamente como si alguien le estuviera golpeando por dentro del pecho. Llamando su atención. Llamándolo con insistencia—. Me la tuve que encontrar yo, a la chica. Imagínate.

—Qué mala racha llevamos, hombre. ¿Te has enterado de lo del tren?

Don Alberto asintió.

—Lo he oído por la radio.

—El expreso *Rías Bajas*. En un túnel, en la provincia de Orense. Cinco muertos y ni se sabe cuántos heridos. Realmente, qué desilusión. No estamos ni para cantar y para hacer chanzas. Pero, vaya… —señaló al chiquillo, sentado muy quieto enfrente del televisor—. La vida sigue, y la Virgen María nos ayudará a tirar hacia adelante. Para ti debió ser un mal trago encontrar el cadáver. Una muerta, y delante de la puerta de la ermita. Por Dios Santo…

—Todavía no he podido olvidar aquella imagen, Gómez. Y no creo que pueda olvidarla nunca.

—Claro, te entiendo. Esas cosas nunca se olvidan.

35

Después de comer, volvieron a San Esteban.

Ricardo se había aburrido con los curas. Se le quitaron un poco las ganas de ser sacerdote —que por otra parte nunca había tenido en serio a pesar de ser monaguillo—, después de ver el ambiente absolutamente masculino al que estaban condenados. Echaba de menos una presencia femenina, la huella de una mujer por aquel piso y aquellas vidas de solteros no demasiado propensos al orden, los buenos olores, la sensatez, la armonía y la higiene doméstica. Aunque uno de los curas guisaba bastante bien. Pollo al ajillo y papas a lo pobre. Claro que por lo visto no sabía cocinar otra cosa, según le dijeron los demás.

Don Alberto condujo despacio, como si no tuviera mucha prisa por regresar.

—¿Qué, Watson, cómo va la cosa? —le preguntó al chico, con la vista puesta en la carretera.

—Bien, supongo.

—Te noto poco hablador.

Ricardo cambió de postura. Había un muelle suelto del asiento del coche que se le estaba clavando en el trasero.

—Estoy preocupado. Anoche casi no vi a mi padre. Se pasó el tiempo encerrado. Creo que se metió en la cama. Mi madre nos dijo que no se sentía bien.

—No será nada, ya lo verás.

El chico apretó los puños con disgusto. ¿Que no sería nada? ¿Cómo podía don Alberto saber que aquello no sería nada? ¡Ya estaba siendo mucho! ¿Acaso él hablaba directamente con Dios? ¿Ser cura le daba privilegios sobre el resto de los mortales? ¿Podía él ver el futuro? ¿Tenía una vista de rayos X, como Supermán? Porque lo que era Ricardo, trataba de mirar con todas sus fuerzas al futuro, pero no veía nada. Nada. Era como si estuviese ciego.

Le hubiera gustado poder coger el futuro con la misma facilidad con que se arranca la hoja de una agenda, la hoja correspondiente a un lejano día, mucho tiempo después de ahora, y leer en ella que todo estaba bien, que no ocurría nada grave por lo que hubiera que alarmarse. Es más: que nada ocurría. La felicidad debía ser eso. No tener noticias. Nada de qué hablar. Una hoja de un blanco puro, inmaculada, en la que no había nada escrito.

La tarde era gris, y un poco ventosa. Los pocos árboles que había al lado de la carretera —una vez dejados atrás los cigarrales con sus jardines de colores intensos, bien cuidados y regados—, se preparaban para afrontar el invierno. Pálidos y alicaídos, haciéndose a la idea de que habría que superar el frío antes de resurgir la próxima primavera con un corazón nuevo y savia fresca vivificando sus ramas.

—¿Cuánto tardará la Guardia Civil en dar con el asesino? —Ricardo pensaba que, cuanto más tardasen en detener al culpable, más tiempo estaría su padre en la boca del lobo. Siendo pasto de los rumores de la gente del pueblo, y muriéndose de pena encerrado en su dormitorio, igual que un apestado que esconde su pus y su vergüenza.

—No lo sé. Yo hablo con ellos casi todos los días. Pero no me cuentan nada. Es natural que las cosas sean así, ¿sabes?

—Pero ahora ya tienen los diarios de Clara.

Ricardo estaba convencido de la inocencia de su padre.

—Sí, pero a ella no le dio tiempo a anotar en su cuaderno quién la había matado —dijo el cura, sin pizca de ironía en la voz.

—Don Alberto, Alberto… ¿tú crees que mi padre tuvo algo… sexual con Clara?

—Las relaciones con una mujer no tienen por qué ser siempre sexuales —respondió el cura. Echó mano a la caja de cambios, y redujo a tercera antes de enfilar una curva—. De todos modos, eso sólo lo sabe tu padre, como lo sabía la propia Clara. Aunque ella ya no está aquí para contarlo.

—¿Es más fácil que un hombre mate a una mujer cuando… cuando tiene con ella un asunto… sexual que cuando no lo tiene?

Ricardo tenía una idea bastante nebulosa de qué podría significar eso de un *asunto sexual*. Se le escapaban muchos detalles al respecto todavía.

—No lo sé, hijo. Tampoco yo soy la persona más adecuada para responderte a eso.

—¿Tú has tenido novia?

—Me parece que no. —Don Alberto pensó en su adolescencia, en su prima Margarita y un verano en el que a punto estuvo por mandarlo todo a freír morcillas y entregarse a las pasiones del cuerpo, en vez de cultivar las virtudes del alma, concretamente la castidad y la contención.

—¿Ni siquiera cuando eras joven, quiero decir… cuando estabas en el colegio, o en el instituto?

—Cuando tenía tu edad vivía interno en un seminario. Las chicas eran para mí tan misteriosas como la Santísima Trinidad. Una cosa de la que había oído hablar, y cuya existencia y naturaleza hacía esfuerzos por comprender, pero que nunca había visto cara a cara. Algo parecido a un dogma de fe. Sabía que estaban por alguna parte porque me habían dicho que así era. No, no tuve novia. —Se quedó callado, evaluando sus palabras—. Aunque es verdad que lo intenté una vez. Pero duró poco tiempo, la fiebre se me pasó enseguida sin darme la oportunidad de saber qué… De qué manera… —Sacudió la cabeza y se pasó la mano izquierda por el alzacuellos, acariciándolo—. Es decir, no, no. Nunca he tenido novia. Y no creo que la tenga jamás. Y menos a estas alturas, como comprenderás.

«Pues estamos buenos», pensó Ricardo, «no sé cómo vamos a averiguar nada si los dos estamos pegados en el tema».

Los ojos limpios del sacerdote se volvieron un instante para mirar al chico. Aunque era bastante alto para su edad, se le veía muy pequeño acurrucado en el asiento al lado del conductor. El atisbo candoroso y balbuciente de un proyecto de hombre.

—¿Y qué me dices de Martín Almoguera? Me refiero al padre.

Ahora fue el niño quien observó el perfil del cura con detenimiento.

—Al padre no lo conozco mucho, no sé. Pero el hijo… se sienta conmigo en la escuela, aunque no somos amigos. Nos obliga doña Teodora —respondió atribulado—. Creo que alguien le pega a Martín. Creo que es su padre quien le pega. No creo que sea su madre quien le pega, porque su madre nunca chilla ni se enfada. Hay muchas madres que siempre están gritando, pero ella no es así.

Está siempre quieta, y no hace ruido. Lo sé porque la he visto muchas veces. Incluso ha venido a mi casa. No creo que sea una mujer de esas que se enfadan a menudo y se ponen nerviosas y le atizan a sus hijos. Pero el padre es distinto. Fui a llevarle los deberes a Martín, a su casa. No pude pasar porque el padre no me dejó, pero cuando ya me iba Martín vino detrás de mí. Tenía el ojo morado como un higo, y arañazos en el cuello. Me dijo que se había caído por las escaleras, pero yo no me lo creí.

—¿Qué estás diciendo? —El cura hizo un esfuerzo por acomodar su corpachón en el diminuto asiento del Dos Caballos. Parecía escandalizado, aunque no demasiado. Ricardo imaginó que debía estar acostumbrado a ese tipo de noticias.

—Digo que creo que su padre le da palizas.

—Entonces, el padre es una persona violenta…

—Sí. Pero si todos los padres que dan palizas fueran asesinos… No sé. Yo creo que entonces habría muchos más asesinos de los que hay ahora —razonó el niño.

—¿Tu padre te ha pegado alguna vez?

—No, nunca me ha tocado ni un pelo.

El cura se quedó en silencio, mirando con fijeza la carretera. Se cruzaron con un camión que transportaba combustible y el coche zozobró, como una barquita de madera agitada por un vendaval.

—Lo digo de verdad. Mi padre no es de ésos. No te mentiría, Alberto. Es como… —trató de encontrar la palabra—, moderno. No se parece nada a la mayoría de los padres de mis amigos. Mi padre hasta le compra a mi madre las, éstas, ya sabe… Las cosas esas de mujeres. Para cuando las mujeres mayores tienen el *mes*. Se las trae de Toledo porque allí son mucho más baratas. Los padres de mis amigos no irían a comprar compresas para sus mujeres ni aunque les regalaran diez litros de gasoil por cada paquete.

Don Alberto levantó una ceja, con cierta reserva.

—Bueno, sí… Tu padre tiene estudios, desde luego. No es un ignorante. Es de buena familia. En el pueblo os llaman *los señoritos*. Sois ricos. Tu padre ha ido a la universidad…

—Hombre, ricos… Yo qué sé. Los ricos de la tele no viven como nosotros, por lo menos.

Ricardo suspiró, se sentía mucho más viejo y más sabio de lo que en realidad sospechaba que era. No le gustaba sentirse así.

Quería volver a ser libre, a no pensar. Quería recuperar su antigua ignorancia, su inconsciencia de niño mimado.

—Y mi abuelo dice que la cultura no nos hace más buenos —farfulló a media voz—. Claro que también dice que la incultura sí que no nos mejora ni un gramo.

—Sí, ya sé, ya sé… —Don Alberto se azoró. Dio un manotazo por encima del volante, quizás tratando de obviar la cuestión. A los adultos no les solía gustar que los niños les dieran lecciones.

—Mi padre nunca nos ha pegado, ni a mí ni a mis hermanos. Pero no me parece que sea porque tiene estudios, sino porque es bueno. Él no cree en la violencia, ya te lo dije ayer. La gente violenta cree que así puede arreglar las cosas, y mi padre eso no se lo cree ni en sueños.

—Lo que hace la violencia es empeorar las cosas, por supuesto. No te quepa la menor duda —asintió el sacerdote—. La gente violenta cree que los palos valen más que las palabras. Desde luego, no se puede negar que a menudo dejan más huella. Pero, ¡menuda huella, no te digo!

—¿A ti te pegaba tu padre, Alberto?

—Pues… lo cierto es que no. Por lo menos no de esa manera. Aunque a veces me sacudía un coscorrón si hacía algo malo. No dolía, pero molestaba una barbaridad. No se lo reprocho. Fui un niño muy travieso. No dejaba nada quieto.

—Pues ahora pareces… un buen hombre —dijo Ricardo, y le dedicó una sonrisa forzada. Con el esfuerzo, sus labios semejaban un error tipográfico escrito en medio de su cara.

Don Alberto le devolvió la sonrisa y luego le desordenó el pelo con la mano derecha, mientras sostenía con la izquierda el volante.

—Gracias, Watson, viejo amigo. ¡Muchas gracias!

Y luego, como si hubiera recordado una buena noticia, su cara se alegró y se puso a silbar una canción de misa mientras aceleraba.

36

El día 9 de noviembre, el doctor Vicente Pozuelo Escudero, médico personal de
S. E.
el Jefe del Estado, ya no podía ni recordar cuántos coágulos de sangre había extraído del cuerpo desfallecido de Franco. Uno de los peores salió poco antes de su primera operación, mientras estaba rodeado de *la Señora* —doña Carmen Polo— las enfermeras y los ayudas de cámara. Mientras intentaba extraer sangre de la sonda, que hacía tiempo permanecía incrustada en el cuerpo del Generalísimo, el anciano se puso cianótico, el doctor Pozuelo pensó que entre la sonda y la faringe había un coágulo, y así era: tiró de la sonda y le sacó con la mano uno tan grande como un puño.

El Presidente del Gobierno, los jefes de las Casas Civil y Militar, los políticos y el Príncipe de España, don Juan Carlos, rondaban entonces por las cercanías de su lecho de dolor.

A estas alturas, el equipo médico aún no había conseguido movilizar el intestino de Franco. Le hacían enemas y encontraban más coágulos. Coágulos y heces negras, en eso se había convertido el Timonel que, con la voz apagada de un niño agonizante, cuando tenía un momento de conciencia lo utilizaba para suplicarle a su médico: «No me deje, no me deje…».

Aunque le habían transfundido seis litros y seiscientos gramos de sangre nueva, aunque le habían quitado una buena parte del estómago (una complicada operación denominada *Billroth 1*), aunque el Generalísimo había superado una segunda operación, el día 9 se puso nervioso. No soportaba bien el tubo de la respiración asistida, el aire nuevo y depurado con que trataban de oxigenar su frágil organismo. Ni quiso abrir los ojos cuando se lo pidió doña Carmen, a pesar de que se encontraba completamente despierto.

Pero cuando doña Carmen se marchó de su lado, los abrió —en presencia de Zamorano, Juanito, el ayuda de cámara, y su médico personal— y los tres fueron testigos de que los tenía rebosantes de lágrimas.

Al igual que Franco —aunque eso el niño no lo sabía—, Ricardo también tenía dificultades respiratorias.

El domingo, día 9, ayudó a don Alberto a celebrar una misa de difuntos por la tarde, en memoria de Clara.

A veces, sentía que su pecho trataba de darse la vuelta como un guante. Merceditas estaba en la iglesia, al lado de su tía. No la había vuelto a ver desde el entierro de su madre.

Desde el altar, tuvo la sensación de que era muy pequeña, o quizás fuese que la pena la estaba encogiendo, o que había logrado invertir su proceso normal de crecimiento.

Le dio la impresión de que la niña le había dedicado una rápida sonrisa, aunque una sonrisa que era más bien una mueca macabra.

Luego pensó que igual eran figuraciones suyas.

En casa de Ricardo, el silencio era la tónica. Un silencio exasperante, morboso, inacabable, que no presagiaba nada bueno. No oía hablar a sus padres entre ellos, aunque fuera verdad que tampoco habían sido demasiado habladores nunca. Pero es que ahora no había bromas, ni quejas cotidianas («Francisco, mira a ver si tú puedes con los niños, hombre…»), ni un «vamos a arreglarlo ahora mismo», como solían decir cada vez que algo se rompía. Un grifo de la cocina comenzó a gotear, pero su madre lo observó con cara de abandono, como si estuviera viendo un problema doméstico que tenía lugar en la tele, muy lejos de su capacidad de decisión y maniobra, y lo dejó que continuase derramando sus lentas e irritantes gotas de agua sin hacer nada y, lo que era peor, sin decir ni una palabra al respecto. Tampoco se lo advirtió a su padre, algo que antes siempre solía hacer.

De modo que Gonzalo fue al patio. Entró decidido en una de las dependencias de la planta, que utilizaban para guardar trastos y herramientas.

A Ricardo siempre le había gustado el patio de su casa. Una auténtica belleza, como el de su abuelo, aunque más recoleto. Era cuadrilongo y tenía una fuente revestida de viejos azulejos con motivos florales de color turquesa y verde agua, que hacían juego

con los del zócalo que rodeaba las paredes y recordaban la herencia andalusí de la región. La fuente nunca funcionaba en invierno, pero su madre la ponía en marcha en cuanto llegaba la primavera. La encendía a media mañana y la apagaba al anochecer. Aunque él no sabía el año exacto de construcción, su casa databa del siglo XVII, y siempre perteneció a la familia de su madre. Se habían visto obligados a hacer obras al menos una vez que él recordara, pero las columnas aún se mantenían erguidas y orgullosas bajo los capiteles, soportando unos hermosos voladizos de entramados mudéjares. Las vigas estaban rematadas con tallas, delicadas volutas y pechos de paloma. La escalera, de gruesa madera de roble, aún permanecía intacta, oscura y fuerte, sólida igual que los puños de un gigante, y había un pequeño aljibe en un rincón, con una pileta que parecía dispuesta para que abrevaran las bestias. Jovita también tenía plantas adornando su patio, aunque no tantas como la tía Rafaela. Una mesa de piedra —nadie podía recordar una época en que no hubiera estado adornando el patio—, sostenía unas petunias marchitas.

Gonzalo volvió cargado de una colección de destornilladores y se puso a desmontar el grifo como si no hubiese hecho otra cosa en su vida. Era buen mecánico, y probablemente llegaría a ser ingeniero, además de un pésimo poeta.

—No vas a poder arreglarlo. No tienes ni idea de fontanería —le dijo Ricardo a su hermano.

—Muy bien. Pero por lo menos voy a intentarlo, enano miserable —respondió Gonzalo—. Así que cierra el pico.

Macarena se había ido la noche anterior a dormir a casa del abuelo, con la tía Rafaela. No la habían devuelto a casa todavía. El niño supuso que trataban de mantenerla apartada de aquel mal ambiente, de la mirada perdida de su padre y los espantosos silencios de su madre. Incluso de su propio aturdimiento y la beligerancia de su hermano.

Esperaba que su abuelo estuviese mejor del resfriado. No había vuelto a verlo, y ni siquiera había preguntado por él. Se sintió culpable, y se dijo a sí mismo que iría a visitarlo en cuanto pudiera. En San Esteban nadie llamaba por teléfono pudiendo ir de dos zancadas a ver a quien fuese para decirle cualquier cosa personalmente.

No le gustaba pensar que su abuelo estaba enfermo. Él, tan viejo pero tan fuerte como un roble, no podía sucumbir de una manera así de fácil, y menos en tamañas circunstancias.

Se preguntó si habrían informado al abuelo de que su padre había estado en el cuartel declarando. Prefería pensar que don Vicente no sabía nada.

Mejor para él, se dijo.

Ricardo pensó que el mundo, su mundo, se estaba derrumbando. Quería decírselo a Gonzalo, pero su hermano jamás le había prestado atención, ¿por qué habría de hacerlo ahora?

—¿Por qué lloras, nenaza? —Gonzalo le dedicó una risa burlona desde debajo del fregadero.

—No me gusta que goteen los grifos —contestó Ricardo. Se dio media vuelta y enfiló en dirección a la puerta de la calle. Tenía que ayudar a don Alberto a preparar la misa, y se le estaba haciendo tarde.

Ahora, la misa estaba a punto de finalizar, y por una vez a él le habría gustado que continuara durante horas, durante días, durante meses. Había una paz extraña allí dentro, en la iglesia, una sensación de refugio bien pertrechado. Una serenidad construida bajo las bóvedas de cañón y la respetable cúpula sobre pechinas en el crucero. En el pueblo aseguraban que el altar mayor de la iglesia tenía un retablo que había salido de las manos del hijo del Greco, aunque nadie había sido capaz de certificarlo sin ninguna duda. Y, en todo caso, no era lo mismo que si fuese obra del cretense, así que daba lo mismo.

Ricardo se sentía a gusto sobre el altar, haciendo de comparsa de don Alberto. El cura desprendía la serenidad de una obra bien rematada, igual que un relicario repujado de oro. Arrodillado a su lado, intuía su poder invisible. El poder de hablar, a través de una autoridad recibida directamente de Dios, de tú a tú con las almas de sus feligreses. De todos aquellos hombres, mujeres y niños que se sentaban en la iglesia y respondían, mansos y tranquilos, a cada uno de los reclamos de sus oraciones.

—El Señor esté con vosotros —dijo don Alberto.

—Y con tu espíritu —respondieron los fieles, todos a una.

37

Una de las beatas del pueblo, una mujer acostumbrada a reprimir sus emociones, con cara alargada y una tez que amarilleaba por el paso del tiempo, hizo la lectura mientras Ricardo pensaba en el asesino, que aún andaba suelto.

—Salmos 21:19 —comenzó la mujer. Su voz se oía acatarrada, y sus manos agarraban el libro de oraciones con la ferocidad de un náufrago una tabla de madera carcomida. Levantó su nariz puntiaguda por encima de la visión de las cabezas de la gente, que permanecía sentada en los bancos—. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? A pesar de mis gritos mi oración no te alcanza. De día te grito y no respondes, de noche y no me haces caso, aunque tú habitas en el santuario, esperanza de Israel. En ti confiaban nuestros padres, confiaban y los ponías a salvo. A ti gritaban, y quedaban libres, en ti confiaban y no los defraudaste. Pero yo soy un gusano, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo. Al verme se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor… que lo ponga a salvo, que lo libre si tanto lo quiere». Mi corazón se derrite como cera en mis entrañas, mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar, me aprietas contra el polvo de la muerte.

La voz dura y nasal de la mujer retumbó por el templo provocando en Ricardo una sensación de zozobra y fatalidad.

Miró desolado a Mercedes.

Ricardo confiaba en don Alberto. Mientras continuaba observando a Mercedes por el rabillo del ojo, se dijo que el cura sin duda encontraría al hombre que había acabado con la vida de la madre de la niña. Ese hombre oscuro y maligno que, podría jurarlo ante Dios, no tenía nada que ver con su padre.

Don Alberto parecía de fiar. Al fin y al cabo era un hombre inteligente, simpático, que había estudiado mucho y leía más

todavía. Y era mayor, y pertenecía a la Iglesia. Todas esas cualidades debían ser una especie de seguro de algo, ¿no es cierto? De infalibilidad, como el Papa.

El muchacho sintió que su esperanza crecía por instantes y que se inflaba como un globo relleno de oxígeno. Aunque también tenía la sensación de que cualquiera podría reventarla con un alfiler en el momento menos oportuno.

Como don Dionisio no andaba cerca, Ricardo no habría tenido ni que ponerse el traje de monaguillo para asistir en la misa, porque don Alberto nunca lo obligaba, pero decidió hacerlo en señal de respeto hacia la madre de Mercedes. De manera que al terminar la misa, en la sacristía, se sacó las vestiduras a toda prisa, y luego ayudó a don Alberto a desvestirse y a ponerse la sotana encima de los pantalones de terlenka gris y del jersey Fred Perry de manga corta. El día no estaba siendo frío, y don Alberto, en cuanto echaba a andar, sudaba debajo de los hábitos si iba demasiado abrigado.

—No te vayas tan rápido —pidió el cura.

—¿Por qué? —Ricardo había quedado para jugar un rato con Joaquín y con Carlitos. No tenía muchas ganas, pero supuso que así se distraería un poco.

Además, Joaquín era hijo de un guardia civil, tal vez hubiese oído algo en su casa.

—Va a venir la hermana de… la difunta, de Clara, va a venir Claudia aquí a la sacristía, le he dicho que esperara un rato a que me diese tiempo a cambiarme, y que luego entrase. ¿Te acuerdas de nuestra investigación? —preguntó el sacerdote—. Bueno, pues quiero que me ayudes a interrogarla. Ella es un testigo clave de esta historia. Conocía mejor que nadie a la muerta. Perdón…

Ricardo hizo una mueca de disgusto, como si hubiera notado un mal olor.

—… conocía mejor que nadie a su hermana Clara. A la víctima. Nos puede ser muy útil contando cómo vivía, cuáles eras sus costumbres, sus deseos. Si tenía novio, o alguna relación oculta que ella supiera… —Don Alberto recogió unos libros y despejó una silla para que pudiera sentarse la visita—. La Guardia Civil ha hecho lo mismo que estamos haciendo nosotros. Hablar con Claudia, y con tu… —Iba a decir «tu padre», pero se contuvo a tiempo—. Hablar con cualquiera que pueda aportar algo a la investigación.

Sondearlo.

—¿Estará también Mercedes? —No sabía con exactitud por qué, pero al chico no le apetecía que Merceditas estuviera presente mientras su tía contaba lo poco o lo mucho que pudiese detallar de su madre. Ricardo intuía que debía protegerla ocultándole cosas. ¿Existía alguien a quien le gustase saber tanto? Saber todo lo que se dice por ahí de la propia madre, de su conducta sexual, de sus hábitos y sus secretos más humanos, más mezquinos. ¿A alguien podía gustarle algo así? No, por supuesto. Y menos cuando ese alguien contaba diez años de edad y se acaba de quedar sola en el mundo a todos los efectos.

—¡No, no!… —El sacerdote desechó la idea con un manotazo en el aire, igual que haría con un insecto molesto—. Le he dicho a Claudia que mande a la niña a casa. No es conveniente que Merceditas oiga hablar de su madre. Bastante lleva encima esa criatura. Debemos ahorrarle cualquier nuevo trauma, cualquier inquietud… Por nuestra parte que no quede. Ya la habrán fastidiado bastante por otros lados. —Se dio la vuelta y se puso frente a Ricardo. Bajo la luz de la sacristía sus ojos habían cambiado de color, ahora se veían como contrachapados con la piel de una manzana verde. Su interés sonaba auténtico—. No te preocupes, hijo. Ni por la niña, ni por ninguna otra cosa. Ni por tu padre, ni por ti. Cuando llegue el momento ya nos preocuparemos de lo que haga falta. Yo me preocuparé contigo, te lo aseguro. Pero hasta entonces… Cuando lleguemos a ese río, cruzaremos ese puente, ¿de acuerdo? Mientras tanto no ha ocurrido nada. Quiero que lo recuerdes, que no se te olvide. ¿Vale? Tú y tu familia estáis a salvo. No ha ocurrido nada. A declarar va mucha gente siempre que pasa algo.

Ricardo asintió. Fue a decir algo, pero sonaron unos golpes en la puerta de la sacristía que desviaron su atención y le hicieron callarse de golpe.

—¡Adelante! —gritó don Alberto.

38

La hermana de Clara no se parecía en nada a ella.

«Es increíble que fueran hermanas. No se parecen en nada. Bueno, un poco sí que se parecen. Se parecen de una manera rara. Igual que un feto de niño se parece a uno de vaca», pensó Ricardo, que había visto dibujos que comparaban los dos tipos de embriones en la clase de Ciencias. «Esta mujer es la caricatura de la muerta».

—Buenas tardes —fue el saludo de Claudia, más bien una respuesta a una pregunta que nadie le había formulado—. Don Alberto… —inclinó un poco la cabeza.

Iba vestida de luto. Sus pómulos formaban ángulos agudos en los que se refugiaban las sombras de la estancia.

—Buenas tardes, Claudia. Pasa, por favor. Siéntate. —El joven cura le mostró la silla.

Había una ventanilla abierta por la que entraba el fresco, y la oscuridad avanzaba por ella proveniente de la calle.

La joven se cruzó la rebeca de lana sobre el pecho. Se apretó allí con una mano, como tratando de comprobar el peso de su corazón. Sus cejas, igual que dos signos de admiración que hubiesen comenzado a desplomarse, se levantaron un poco hacia arriba, en un último esfuerzo por mantenerse erguidas. Las llevaba ostensiblemente depiladas, y le conferían a su rostro un aspecto teatral.

Le lanzó a Ricardo una mirada de recelo.

—Ah, éste es mi monaguillo. No pasa nada porque nos escuche, Claudia. No tengas cuidado —apuntó el sacerdote.

La chica movió la cabeza, negando.

—No, si a mí no me parece mal que escuche o que deje de escuchar, pero usted ya sabrá que han llamado a su padre al cuartelillo a declarar. —Alzó los hombros y se arrellanó en la silla.

—Pero mujer, eso no quiere decir que su padre sea sospechoso

de nada… —Había algo inoportuno en la sacristía, un olor poroso a madera quemada que entraba por el ventanuco, y que le trajo a don Alberto recuerdos fúnebres, de óleos sagrados. Alguien debía estar quemando algo en las inmediaciones de la iglesia, un hatillo de pastos secos o lo que fuera. O prendiendo una enorme lumbre en una casa cercana, tal vez preparando el fuego para guisar los restos de la matanza de un cerdo. Tenía entendido que era la época.

—Bueno. Yo no digo nada —Claudia cerró los labios con la firmeza de quien atranca los postigos de una puerta.

—Ricardo es amigo de Mercedes, tu sobrina —insistió don Alberto.

—Sí, eso creo.

—¿Cómo está la niña, cómo está Merceditas?

—Ya se lo puede imaginar. No comprende nada, o por lo menos no comprende mucho de lo que pasa, pero se despierta por las noches gritando, llamando a su madre.

—Vivís solas, ¿no es verdad?

—No. Vivimos con mi madre, pero ella… —Hizo una pausa, una mueca que pretendía ser virtuosa e intensa—. Mi madre no está bien, usted ya debe de saberlo. Hace muchos años que mi madre no está en sus cabales. No sale de casa. Yo me ocupo de darle de comer, de vestirla y de lavarla. Antes, cuando Clara vivía, era ella la que trabajaba fuera de la casa, y yo dentro. Ahora… Mi madre se está comiendo todo lo que tenía, que tampoco era mucho. Lo suyo y lo que le dejó mi padre. En casa todas somos mujeres. Yo no puedo hacer más de lo que hago. Es verdad que tenemos la tienda. —Se concentró en las baldosas del suelo—. La tienda era de mi padre, pero desde que él murió… Bueno, que la llevan mis tíos, ellos se hacen cargo. Yo casi ni la piso, como no sea para coger las cosas de comer. En fin, quiero decir que mis tíos se encargan de la tienda y que, aunque nos dan una parte, ellos también tienen que ir tirando, para eso trabajan, ¿no? Y, como puede usted suponer, haciendo tres partes tocamos a poco cada uno. La gente en este pueblo no gasta mucho. Todos somos muy ahorradores. La clientela no es para tirar cohetes.

—Clara trabajaba en Toledo, ¿verdad?

—Sí.

—¿En qué trabajaba?

Ricardo se acurrucó en un rincón, lejos de la vista de Claudia. Notaba cómo cambiaban las emociones dentro de su cuerpo. Cómo construían palacios y chozas usando sus sospechas, sus miedos y remordimientos por ladrillos. Organizando su ilusión en forma de vigas podridas que no podrían soportar tanto peso.

—Era ayudante de un dentista. Un hombre muy bueno. Se ha ofrecido a pagarle los estudios a mi sobrina cuando termine aquí el colegio. Menos mal, porque si no esa niña no saldría de este pozo en la vida. La cría es guapa y lista, no se merece… Todavía no puede creerse lo que ha pasado. —Suspiró. Se la veía molesta—. No se lo cree la niña, ni el jefe de Clara, ni nadie. Yo tampoco. Yo menos que nadie, mire usted.

—¿Era enfermera? —Don Alberto endulzó su expresión. Visto desde un par de metros, a la modesta luz de la sacristía, podía pasar muy bien por el motivo central de una estampa piadosa, de esas adornadas con esponjosas alas blancas y luces pretendidamente divinas. Igual que un ángel terrenal que ha logrado domesticar sus frenesíes, sin rastro de lujuria o codicia, sin ninguna perversión en la mirada.

Ricardo pensó que a lo mejor aquel hombre en realidad era un ingenuo. Tenía la sotana bastante arrugada, igual que si la hubiese hecho mil dobleces y se hubiese sentado encima durante dos días. Pero, en fin, quitando esos pequeños detalles mezquinos, que confirmaban que era humano, por lo menos daba el pego. Lograba inspirar confianza.

Claudia, sin embargo, tenía un aspecto aburrido y orgulloso, y la piel de su cuello parecía escalfada.

Se rascó debajo del mentón, moviendo los dedos de forma nerviosa. A sus ojos afloró una tristeza automática.

—Era auxiliar de enfermería. No es lo mismo que ser enfermera, pero para lo que ella hacía estaba más que preparada —contestó. Bajó los ojos al suelo y contempló la punta de sus zapatos de plástico negro.

—¿Sabes si la Guardia Civil ha investigado al jefe de Clara? —Don Alberto sonrió indeciso—. Entiéndeme, no estoy diciendo que… No quiero insinuar nada, sólo quería saber si…

—Me han dicho que don Julián Orozco, el jefe de mi hermana, puede dar muy buena cuenta de dónde estaba a esas horas. No me

han explicado cuál es esa cuenta, pero no tengo por qué no creérmela. No sospecharía nunca del doctor Orozco. Ha ayudado mucho a mi hermana desde que empezó a trabajar con él. Mucho. Usted no sabe cuánto.

—¿Y tu hermana nunca tuvo con él, nunca tuvo algo que…? No sé, un romance o algo.

—Mire, ese hombre es… Perdone usted la expresión, pero a ese hombre no le gustan las mujeres, nunca le han gustado. Le gustan los hombres. —Claudia giró la cabeza y miró escamada hacia el lugar donde estaba Ricardo, que bajó la cabeza en el acto, tratando de hacerse invisible—. Está soltero, y vive la vida a su aire. De vez en cuando se va a Barcelona a pasárselo bien, y luego vuelve a Toledo y sigue con su vida como si tal cosa. Pero es un hombre de carta cabal. Respetuoso con todo el mundo. Por eso quería a mi hermana, porque a él no le importaba que fuera lo que era. Moderna y alegre, y un poco comunista, pero buena persona. Clara era igual que él, en cierto modo, por eso se llevaban bien entre ellos y se protegían. Mi hermana era una mujer libre, ¿sabe? Ojalá yo pudiera ser como ella. Mi hermana, y perdone que se lo diga, no le temía a Dios ni al diablo. Sólo le temía a su propia conciencia. Y, por lo que yo sé, la tenía muy limpia.

—¿Y no sabes si tenía un… —Don Alberto tragó saliva—, si tenía novio últimamente?

—No estoy segura. Creo que se veía con alguien, pero nunca me dijo con quién.

—¿Qué motivos tienes para pensar así?

—Mire usted, no le puedo decir que la haya visto con nadie, ni que tenga pruebas de que salía con un hombre en concreto, ni que ella me confesara nada en particular. Pero yo la miraba y la veía ilusionada lo mismo que una novia, de modo que pienso que estaba con una persona, y que no quería decírmelo por el motivo que fuera. —La muchacha pensó un poco—. Quizás los *civiles* lo sepan. Se llevaron los diarios de mi hermana, que estaban escondidos bajo llave. A lo mejor escribió el nombre de su amante en sus cuadernos.

Don Alberto asintió.

La imagen de Claudia, que en principio les pareció un tanto ridícula y anticuada, empezó a cambiar a los ojos de don Alberto y de Ricardo que, ahora, más allá de su corpulencia, de sus

movimientos sin gracia y su cara poco atractiva, podían ver la fuerza obstinada de la mujer, su franqueza y una especie de pureza instintiva que emanaba de ella y los desarmaba.

—Sí, como le digo mi hermana tenía la conciencia muy limpia, pero mire usted cómo ha acabado. Para lo que le ha servido… —susurró Claudia, y una lágrima abandonó su ojo izquierdo y se le perdió cara abajo, sin que Ricardo consiguiera averiguar después su paradero.

—Sé que esto es delicado, pero… ¿sabes, tú sabes quién es el padre de Mercedes? —quiso averiguar don Alberto.

—Sí, yo lo sé y lo sabe todo el mundo. Menos mi sobrina, claro… —Claudia levantó la cara, se había secado las lágrimas con el dorso de la mano, y de nuevo tenía el cutis seco, con aire endurecido a pesar de ser tan joven—. En este pueblo se sabe todo tarde o temprano. Si mi hermana no me lo hubiera dicho, yo lo habría averiguado pronto.

—¿Y…?

—Verá usted. Cuando mi hermana salió preñada, mi madre ya no estaba en condiciones de escandalizarse. Hacía mucho que se le había ido la chaveta. Así que la vergüenza la pasé yo por ella. Yo era más joven que mi hermana, y soporté los insultos. La gente puede tener muy mala entraña cuando quiere. En los pueblos… usted no lo sabrá porque me han dicho que no es de pueblo, que es de Barcelona, y yo no sé si habrá vivido en muchos pueblos hasta ahora, pero… en los pueblos la gente te ayuda si tienes una necesidad gorda. No sé por qué, pero lo hace. A veces creo que lo hacen por interés, para que tu desgracia no les salpique y poder mantener así su vida a salvo. Pero lo mismo que te ayudan, te despedazan en cuanto te das la vuelta. Es su manera de tener las cosas controladas, de que no te salgas de las normas. De que todo marche según lo previsto. —Se quedó pensando—. A mi hermana le sacaban los cachos. No se imagina usted.

Don Alberto dijo que sí con la cabeza, gravemente. Aquella chica había madurado antes de tiempo, pensó. Se le notaba a la legua. Luego sintió pena por ella y, al instante siguiente, una alegría insensata.

—Pero, mire, todo esto ya se lo he dicho yo a los *civiles*. Incluso se lo dije al inspector ese que han traído de Madrid, o de Toledo, o

de dónde sea que lo hayan traído. Y al juez también se lo he dicho. Les dije que mi hermana era una *progre*. A ella le gustaba esa palabra, se reía cuando se refería a sí misma de esa manera. Progresista. Era progresista, pero mire el progreso que ha conseguido para sí misma. Les dije que mi hermana era progre, que estaba en contra de Franco, les dije. Les dije que mi hermana era del Partido Comunista —continuó Claudia, tomando aire. Se le habían hinchado las venas del cuello hasta alcanzar el tamaño de los rotuladores que utilizaba Ricardo en la escuela para subrayar—. Debería usted haber visto la cara de Palau, el *civil* ese que también es catalán, como usted. Me miró con una expresión de espanto… Incluso trató de hacerme señas. Era como si el pobre hombre me dijese sin palabras: «¡¿No será verdad que estás diciendo lo que estás diciendo, so calamidad?!». Aunque, ya se puede usted imaginar que a mí me trae sin cuidado lo que piense la Guardia Civil, o la gente del pueblo o el mismísimo Franco si me apuran. A mí ya me han hecho todo el mal que podían hacerme. Tengo a una cría en casa, que ni siquiera es mi hija, y a la que hay que sacar adelante como sea. Mi hermana está pudriendo tierra desde hace más de una semana. La han llamado pu… Han dicho que era una fresca, que se iba con cualquiera, aunque no sea verdad. Le han dicho de todo en vida, y ya no pueden añadir mucho más después de muerta. A ella le da todo igual ahora mismo. Y a mí también. Todo, menos encontrar al salvaje que la ha matado. No voy a dormir tranquila hasta que agarren a esa alimaña por los… Hasta que no lo metan en la cárcel y lo dejen allí consumiéndose, de la misma manera que mi hermana se está consumiendo debajo de su lápida.

—Odiar no es bueno, Claudia. Hay que saber perdonar —recomendó tímidamente don Alberto, pero la chica le devolvió una agria sonrisa. Lo miró igual que una condenada a cadena perpetua observaría el vuelo de un águila.

Se hizo un largo silencio que los presentes aceptaron con la tranquilidad con que se admite a la mesa a un viejo conocido. Por la ventana entraban ráfagas de viento que anunciaban el invierno, aunque el olor a quemado empezaba a disiparse.

Don Alberto carraspeó, cruzó las piernas.

—Me has dicho que sabes quién es el padre de Merceditas.

—Sí, eso he dicho. También he dicho que lo sabe todo el mundo.

—Bien, pero yo no soy todo el mundo. Además, estoy recién llegado, como quien dice. No conozco lo suficiente a la gente del pueblo. ¿Me puedes decir quién es el padre de la cría?

En su rincón, Ricardo contuvo el aliento.

—Martín, el de la empresa de construcción. Esa víbora… —Claudia se llevó un dedo a los labios resecos—. Lo siento, señor cura. No quisiera hablar mal estando dentro de la iglesia.

Ricardo pensó que el calificativo de «víbora» no era desacertado para el sujeto que la mujer trataba de describir. Martín Almoguera padre tenía un inconfundible aspecto reptiliano. Los párpados caídos, soñolientos y pesados, del color de la cera manoseada, ocultando a medias unos iris oscuros que todo lo tanteaban con intención de hostigar, de envenenar, de hacer daño. La lengua hubiera podido ser bífida, y en todo caso era afilada, en la forma física y en la manera de hablar, que propendía a la difamación y al insulto. Su propietario la sacaba y la volvía a introducir en su boca con rapidez, tal vez comprobando la humedad del aire o la distancia hasta sus objetivos. La cabeza aplastada, con largas patillas recortando una cara vulgar y llena de picos, afilada por la erosión del aire, recordaba también a una culebra. Era un hombre por lo general inexpresivo —aunque sonriese a menudo, haciendo una mueca escalofriante que enseñaba a medias los dientes puntiagudos—, impasible y distante, excepto cuando —pensó Ricardo— se acercaba a su hijo y lo molía a palos. Quizás pegar era la única forma que él conocía de hacer una caricia.

Nunca le había gustado Martín Almoguera, aunque por fortuna tampoco había tenido demasiadas oportunidades de tropezárselo cara a cara, como el otro día.

Pensar que Mercedes era hija suya le revolvió el estómago. Mercedes con su pelo claro y la expresión de anhelo en su mirada, no se parecía en nada al padre que la había engendrado. Mercedes recordaba al comienzo del verano, y Martín Almoguera a una temporada en el infierno. En los ojos del señor Almoguera se cultivaba el furor, algo agrio y maloliente, irritado con el mundo, rumiando a solas su venganza. Y Mercedes era pequeña, inofensiva e indulgente, y sólo se preocupaba de jugar, de aprobar en el colegio y de aclararse bien el pelo.

Ricardo sospechó que había algo repugnante en la naturaleza de Martín Almoguera que la propia naturaleza se había encargado de corregir a través de sus hijos, como si hubiera decidido desechar de un golpe y para siempre toda la mugre de su herencia genética.

Pero, por supuesto, todo eso no eran más que impresiones suyas.

Se acordó de Martín. De su ojo morado y su tristeza. Se sintió mal por todas las veces que se había peleado con él, o que lo había insultado sin tener demasiados motivos. Tan sólo a causa de su fragilidad, de su presencia silenciosa y absurda a su lado en el banco de la escuela, de sus desaprovechadas vitaminas, de lo mucho que le exasperaba ver que era incapaz de acabarse su merienda durante el recreo y jugar al fútbol sin gritar constantemente como una rata aplastada.

Martín Almoguera hijo podría haber sido un personaje de Proust, o de Stendhal. Un tísico, o un cojo mal alimentado, siempre vigilando a los demás con envidia y desesperanza, oculto tras la esquina de un callejón ensombrecido. Esperando ver pasar por allí a la vida y tratando de reunir las fuerzas necesarias para poder saludarla.

Detrás de la ventana empezó a llover sutilmente. No caería mucha agua, viendo las pocas nubes que había. Estaba anocheciendo. Era como si la noche se dispusiera a lanzarse en pos de todas las cosas.

Ricardo no sabía si debía sospechar de Martín Almoguera padre como asesino de Clara. Al fin y al cabo, ambos, la difunta Clara y Martín, habían tenido una relación, algún turbio asunto sexual del que resultó una hija.

No, no sabía qué pensar. Todavía era demasiado pequeño para comprender el complicado orden mediante el que la existencia le asigna a cada cual sus pasiones.

—Ya tienen los resultados de la autopsia. —La voz de Claudia sonaba agónica, sus palabras salían de su boca como sumergidas en un charquito de sangre cada una de ellas—. Le dieron veintinueve puñaladas. Qué casualidad, una por cada año de vida de mi hermana, pensé yo cuando me lo dijeron. La segunda cuchillada fue la que la mató. Le entró por el esternón y le atravesó el corazón de parte a parte. Después, cuando le siguieron metiendo el cuchillo en el cuerpo, ya estaba muerta.

El niño pensó en lo gratuitas que habían sido las otras veintisiete puñaladas. Un ensañamiento macabro más allá del dolor y de la muerte. Veintisiete, una detrás de otra, eran muchas.

Y, una vez muerta, Clara aún había debido soportar otras heridas, aunque fueran las de los instrumentos del forense y ya no pudieran hacerle daño de la manera en que no se lo hicieron aquellas otras veintisiete puñaladas. Los escalpelos y las sierras de cortar huesos también profanaron el cuerpo de la mujer.

No era extraño que si Claudia pensaba en esas cosas sintiera que podía volverse loca.

Ricardo tuvo ganas de vomitar. Se fijó en la ventana, pero afuera ya había anochecido y el alumbrado callejero sustituía poco a poco a la luz de la tarde. Tan débil y amarillento que tenía algo de ruin. La luz artificial era una mera aficionada comparada con la deslumbrante luz del Sol.

—¿Tú sospechas de alguien, Claudia? —preguntó don Alberto echando mano de su voz más dulce y diplomática.

Ricardo imaginó que ésa era la voz que ponía cuando estaba confesando, que con aquella voz nadie se le resistiría, que todos le contarían sus secretos más aterradores sin dudarlo. Que incluso el asesino se sentiría impulsado a hacerlo.

—Yo… yo sospecho de todo el mundo. —La joven miró hacia Ricardo, y luego volvió a concentrarse en los ojos del cura—. ¡De todos!, ¡de todo el mundo!

Acto seguido rompió a llorar estruendosamente, como si fuera la única actriz de una siniestra tragedia.

39

Cuando Claudia se fue, don Alberto y Ricardo se miraron en silencio. El cura se frotó las sienes y se dejó caer de nuevo en la silla.

—¡Fiuuuu…! —silbó, sintiendo que el nerviosismo le agarrotaba los labios. El silbido salió igual que un débil encaje de aire hilvanado con descuido en su respiración—. ¿Se te ocurre algo, pequeño Watson?

A Ricardo se le ocurría que el mundo de los adultos estaba lleno de negros secretos, de secretos oscuros y helados que nunca caldeaba el sol porque vivían en un lugar tan profundo que sólo las ratas y las lombrices podían llegar hasta él escarbando. Se le ocurría que la vida era un poco más lóbrega por culpa de todos esos secretos que sólo ellos conocían, y que se esforzaban por eliminar para que no les pudiesen hacer daño, cuando lo único que lograban era acelerar de forma invisible la putrefacción, hacer que apestaran mientras trataban de enterrarlos cada vez más profundamente. Pensó que ese lugar escondido donde dormían sus sueños atroces los secretos de los adultos eran sus propios corazones, y que quizás por eso el mundo no acababa de ser del todo bueno.

Recordó que hacía poco más de un mes había estado leyendo un libro titulado *Mitología para niños*, de la editorial Molino. El autor trataba de explicarlo lo mejor que podía para no conmocionar la fantasía infantil, pero por lo que Ricardo pudo deducir después de leer aquella larga retahíla de relaciones de parentesco que desgranaba, el mundo de los dioses griegos, la vida en el Panteón, se parecía sospechosamente a la de los seres humanos corrientes y molientes, en la que los miembros de las mismas familias ocultaban bajo su pecho auténticas tramas delictivas, relaciones perversas e intenciones inconfesables.

Urano fue el hijo incestuoso de Gea, más conocida como la *Madre Tierra*, y de su acto depravado nacieron los Cíclopes y más tarde los Titanes. Gea le regaló una hoz a su hijo Cronos y éste, ni corto ni perezoso, le rebanó los testículos a su padre y luego los arrojó al mar, que fue fecundado así, y del que nacería Afrodita. Más tarde, Cronos se casó con su hermana Rea, y para evitar que le pasara lo mismo que le ocurrió a su padre —pues sabía perfectamente hasta qué punto pueden llegar a ser ingratos los retoños que uno engendra—, devoró a todos sus hijos, menos a Zeus, y sólo porque Rea logró ocultarlo, y por lo tanto salvarlo, de su demente y metódica obsesión caníbal.

La historia de los dioses griegos era una larga sucesión de hechos familiares sádicos, desgraciados e inconvenientes, quizás de la misma manera en que lo era la de las personas. Eso fue lo que pensó Ricardo, pero no le dijo nada al cura porque tenía la idea de que los sacerdotes no eran muy aficionados a la mitología pagana, sino solamente a la suya propia, que ellos distinguían de todas las demás llamándola *sagrada*.

Pensaba que era extraño que él conociera a Mercedes desde siempre, desde que podía recordarlo, porque los dos habían nacido en el mismo hospital de Toledo y vivido en San Esteban desde entonces, y que nunca hubiese sabido quién era el padre de la niña. Como si fuera Afrodita, la diosa del amor, saliendo del mar recién nacida, ajena al encarnizado destino de su padre.

Así se lo dijo al sacerdote.

—Ya sabes, hay cosas de las que nadie habla en los pueblos —dijo el hombre—. Y no hablan de ellas porque no quieren oír nada al respecto. La gente piensa que si ignora algo, acabará desapareciendo. Por supuesto, nunca es así. Más bien al contrario.

—Sí, pero yo… No me he preocupado por saber quién era el padre de Mercedes. Sabía que no tenía padre, y ya está. Todos sabíamos que era hija de madre soltera. Y que eso quería decir que algo no estaba bien. Que su madre no había hecho lo mismo que hace todo el mundo, casarse y luego tener hijos.

—¿Los demás chavales se han metido alguna vez con Mercedes por no tener padre?

—Sí, muchas veces. Pero ella no le daba importancia. O eso me parecía a mí. Yo creía que ya estaba acostumbrada.

—¿Cómo no le va a dar importancia? A nadie le gusta crecer sin un padre. Nadie quiere ser distinto de los demás. —Se secó el sudor con un pañuelo de cuadros, de aire ridículamente llamativo.

—Es curioso, porque mi abuelo dice que a su madre le pasaba lo mismo. Me refiero a la madre de Mercedes.

Don Alberto miró al niño, chasqueó la lengua.

—No entiendo qué quieres decir, Ricardo.

—Mi abuelo me dijo que la madre de Mercedes, Clara la… la muerta —cada vez que pronunciaba la palabra «muerta», o «muerte», se le secaba la boca como si acabara de lavarse los dientes con una lija—, mi abuelo dice que Clara no era hija de su padre. Cuando me lo dijo no supe a qué se refería, no le di importancia, pero ahora pienso que sí tiene importancia y me pregunto qué quiso decir.

—Ya… —El cura estaba pensativo. Ricardo casi podía oír cómo chirriaban los pensamientos dentro de la cabeza del sacerdote, tratando de acoplarse unos con los otros para formar una cadena lógica de razonamiento—. ¿Crees que deberíamos ir a hablar con tu abuelo?

—Está enfermo. Y ya es un poco tarde.

—Podemos ir mañana cuando salgas de la escuela, después de misa. ¿Qué?

—Sí, vale. Hace días que no voy a verlo. Estará enfadado conmigo.

—No será muy grave el enfado, no te apures.

Ricardo pensó que le gustaba don Alberto porque siempre estaba diciéndole que no se preocupara, porque daba la sensación —aunque no fuese verdad— de que era capaz de preocuparse él en su lugar, y porque si de algo tenía necesidad el chico era de aliviar sus zozobras, de pasar el testigo de su pesadumbre y depositarlo sobre otros hombros más fuertes.

—Bueno, podemos ir a verlo mañana. Pero creo que mi abuelo no sabe que han llamado a declarar al cuartel a mi padre.

—Nosotros no le diremos nada de eso, estate sin cuidado. —Don Alberto se acarició el mentón donde la barba apuntaba con timidez—. Seguramente tu abuelo nos puede contar muchas cosas que ni tú ni yo sabemos sobre este pueblo, y que pueden ayudarnos en nuestras pesquisas.

—Sí, él conoce a todo el mundo. Aunque no sé cómo lo hace —dijo el niño—, porque no sale mucho de su casa.

—Para conocer el mundo no hace falta salir del umbral de la puerta de nuestra casa —sentenció el cura. Cerró los ojos, como esperando a que su luz se hubiera apagado un poco para no malgastarla, y luego volvió a abrirlos muy despacio—. Hemos de pensar en los motivos, Ricardo. Cuando alguien comete un crimen, siempre tiene un motivo.

—Sí, es verdad, pero ¿qué motivos habría para matar a alguien así, como han hecho con Clara? Ni siquiera a los animales se los mata de esa manera. A las perdices se les pega un tiro, y a los ciervos. A los cerdos se los sacrifica rápidamente, porque nadie soporta oírlos chillar, entre otras razones. A los pollos se les retuerce en un momento el pescuezo, como a los conejos.

Ricardo se acordó de un día en casa de Carlitos, cuando acompañaron a la madre de su amigo al corral a por un conejo. Era gris, tirando a blanco sucio, y muy suave a pesar de que no debía de estar muy limpio, porque olía mal, desprendía un olor no tan repugnante como penetrante y molesto. En sus ojos enrojecidos latía la confusión, pero el animal era manso, a pesar del traqueteo de su corazón, que Ricardo pudo sentir cuando la mujer le dijo que lo tocara. La madre de Carlitos agarró al animal del cuello con una mano, y con la otra por las orejas. «Pobrecillo, con lo tranquilo que es», suspiró Catalina, la panadera, la madre de Carlitos, una mujer sudorosa y sonriente, que achicaba los ojos cuando te miraba y te hacía tener la sensación de que era alegre porque había vivido mucho tiempo dentro de una alcantarilla y ahora, a luz del día, sabía apreciar el cambio que había experimentado su vida. «Pobrecillo», repitió, «pero, bueno, le ha dado tiempo a tener veintidós hijos…». Un segundo después, el conejo tenía el cuello dislocado. Las patas, tensas de energía contenida hacía apenas un instante, colgaban flácidas balanceándose en el aire. Y en sus ojos abiertos no quedaba ni rastro de miedo, de avidez o de anhelo. Cuando Ricardo pudo volver a mirarlo, fascinado y horrorizado, el conejo tenía los ojos cerrados, y él dio un brinco del susto. Desde luego era evidente que la madre de Carlitos no se los había cerrado piadosamente, igual que haría con los de un familiar querido, de modo que el niño pensó que quizás fue el alma del animalito quien

se ocupó del asunto, de cerrarle bondadosamente los ojos. Imaginó que el alma era una especie de tendero de la tienda de ultramarinos del cuerpo. Cuando el cuerpo moría, el alma dejaba un cartel en el escaparate, en los ojos, en el que podía leerse: «No voy a volver, disculpen las molestias», y luego echaba las persianas, cerraba los ojos para siempre, y abandonaba toda la mercancía del local a su suerte, dejando que se descompusiera poco a poco.

Aquella tarde, Ricardo supo que todos los seres vivos tenían un alma, y sintió la profunda inquietud de no saber qué hacer con tal conocimiento.

—A veces las personas sentimos más piedad hacia los animales que hacia nuestros propios congéneres —recitó don Alberto con el mismo tono que usaría para hablar desde el púlpito—. Aunque los que no sienten compasión por los animales, difícilmente la sienten por su prójimo.

—Sí, supongo que sí —el niño movió la cabeza en gesto de asentimiento.

Afuera, el cielo era un espacio inmenso, tachonado de luces diminutas, muchas de ellas apagadas hacía millones de años, al que los seres humanos dirigían sus plegarias, casi siempre vanamente.

—Cuando alguien mata, ¿siempre tiene un motivo? —preguntó Ricardo. La angustia se estaba acostumbrando a vivir con él, como si fuera la ropa más adecuada que cabía imaginarse para el niño.

—Todo indica que sí.

—¿Y cuáles suelen ser los motivos?

El joven sacerdote hizo un gesto con la mano, dándolo por sabido.

—Hummm… Ya sabes. Lo de siempre. Dinero, amor, odio y venganza. Por lo menos eso es lo que yo he aprendido en los libros. Y la vida no lo desmiente.

—Pero… ¿eso significa que tenemos que buscar a alguien que quisiera ver muerta a Clara por dinero, porque quizás le debía dinero o pensaba quedarse con el que ella tenía…?

—Por lo visto, la chica no tenía mucho.

—¿Alguien que la amara? —pensó en su padre, y notó un aguijonazo en el estómago.

—No tenía novio, o eso he oído. Y últimamente no se le conocían amantes ni líos parecidos. Aunque, como bien recordarás,

según su hermana se estaba *viendo* con alguien. Quizás ese alguien tiene la clave de lo que le pasó. Tomaremos nota de ello. ¿Has tomado nota mental del asunto?

Ricardo asintió, y continuó preguntando.

—¿Odio, quién podía odiarla? ¿Por qué?

—Eso no lo sabemos. Pero odiar es fácil. Es una actividad que gran parte de la gente sabe hacer a la perfección. De hecho, muchas personas no saben hacer otra cosa, y consagran casi toda su vida al odio. A esa pobre gente, porque hay que tener compasión de la gente que es así —don Alberto movió un dedo, esperando que Ricardo concentrase en él toda su atención—, esos pobres infelices pierden su vida en una actividad tan frustrante como poco productiva. Y les llega la hora de la muerte y ahí siguen, odiando hasta el final, sin darse cuenta de que lo único que han conseguido es pasarse la vida cabreados —sonrió con picardía, en señal de disculpa, al pronunciar la última palabra.

—Sí, odio. O sea, que cualquiera puede odiar a cualquiera, ¿no? Tal como tú lo dices, ni siquiera tiene que haber un motivo.

—O por lo menos no un motivo demasiado evidente. La envidia puede ser el móvil para el odio, y por lo tanto para el asesinato. ¿Y quién puede controlar cuánta envidia late en el alma de los demás? La envidia no huele, no se puede detectar fácilmente si el envidioso procura que no se le note. La envidia no es un unte emulgente, ni una apestosa colonia que el envidioso siempre llevara puesta. Aunque… —pensó un instante—, a lo mejor sí. A lo mejor sólo hay que fijarse un poco, olfatear alrededor…

—¿Y la venganza? ¿Qué pudo haber hecho Clara de malo para que alguien quisiera vengarse?

—Tampoco lo sabemos. Aunque nadie la acusa de ningún crimen. Se conforman con decir de ella que era una… promiscua, y una comunista.

—¿Ser comunista es malo? —preguntó Ricardo.

—Hombre, depende del tipo de comunista que seas. Yo tengo amigos curas que son comunistas, o eso dicen ellos, pero vaya usted a saber… Desde luego, mis amigos no son mala gente. Luego está el comunista del tipo Carrillo, o la Pasionaria…

—¿Quiénes son ésos?

—Gente de otra época, gente que se fue y que dejó aquí a mucha

otra gente, odiándolos con fervor. Unos dicen que fueron muy malos en la guerra, y otros…

—¿En qué guerra?

—¡¿En cuál va a ser?! En la Guerra Civil.

—Ah.

—Unos, los suyos, te dirán que Carrillo y la Pasionaria fueron buenos. Unos héroes y unos santos. Y otros, los del bando contrario, te dirán que fueron unos ladrones y unos asesinos sanguinarios.

—¿Y tú cuál de los dos bandos crees que dice la verdad?

Don Alberto se encogió de hombros. Parecía el novio de una de aquellas doncellas griegas de la antigüedad recibiendo la manzana del amor de las manos de su amada. Un enamorado griego antiguo, pero con sotana.

—Verás… —dijo con una sonrisa empalagosa—. Yo en esto soy un poco como tu abuelo. No me creo a ninguno de ellos. —Se frotó las manos tratando de calentárselas—. Ni a los unos ni a los otros. No me creo a ninguno.

—Tú has hablado con la Guardia Civil de todo esto…

—Sí, pero no me han contado mucho, la verdad. Todo lo que yo sé, tú también lo sabes. He hablado con Vera, y con Palau. Palau es de un pueblo de Barcelona que está muy cerca del mío. Somos paisanos. Es un buen tipo, o esa impresión tengo yo, y no sólo porque los dos seamos catalanes. —Observó la reacción del niño, pero no la hubo—. Es joven, tiene hijos pequeños, como tu padre. He hablado varias veces con él y todo lo que he logrado sacarle es que tienen la situación bajo control. «No se preocupe usted, señor cura», me ha dicho, «que no pasa nada, que los métodos del cuerpo *fan meravelles amb*… los sospechosos».

El niño arrugó el ceño con curiosidad al oírlo hablar catalán. Cuando pronunció unas palabras en su idioma materno, el rostro de don Alberto se transformó como si fuera el de otra persona. Pero las reprimió enseguida, las palabras. Las pocas palabras dichas en catalán salieron de su boca atropelladas, y al momento se quedaron atascadas en una suerte de filtro verbal firme y metálico del cerebro del hombre.

—Bueno, que según él está todo bien. Dice que el asesino no se les escapará. Yo creo que ya tienen un sospechoso, y que no tardarán en echarle el guante. Pero no sueltan prenda. —Se encogió

de hombros, su corpachón se hundió en las sombras que planeaban como niebla sucia por encima de la silla—. Claro que, aunque éste es un pueblo pequeño y habitualmente tranquilo, yo no me acabo de fiar de los métodos de la Benemérita. Por lo menos, no siempre. Ahora, sin embargo, no nos queda más remedio que confiar en ellos. Y, eso sí, hacer también lo que podamos por nuestra cuenta.

Don Alberto tenía un hermano, unos años mayor, que era abogado laboralista en Barcelona, y que a veces le hablaba indignado de los métodos de la Guardia Civil, aunque reconocía que algo le hacía barruntar que podían ir cambiando sutilmente.

El hombre cerró los ojos y su memoria le devolvió la vívida imagen de la mujer asesinada, tal y como la encontró él aquella infausta mañana. Nunca antes había contemplado el cuerpo de una mujer desnuda, y ver a Clara, mancillada por la violencia y la muerte, no sólo lo conmocionó hasta lo más hondo, sino que se le antojó una indignidad aterradora. ¿Por qué habría permitido Dios aquello?

Algo, en los labios mortecinos y ensangrentados de la mujer, clamaba a Dios justicia y seguiría haciéndolo mientras quien la había asesinado permaneciese libre y no pagara sus culpas según las leyes humanas antes de hacerlo el día del Juicio Final, delante del Creador de todas las cosas.

—No me gustaría que encerraran a la persona equivocada —sonrió hacia el chico, pero se abstuvo de mencionar a su padre como posible víctima del error—, sólo por tratar de cerrar el caso de forma fácil y rápida.

—Claro.

—Ya sabes que la situación política es delicada.

—¿Qué?

—Que Franco se está muriendo.

—Ah, sí. Eso.

—Nadie es capaz de apostar un duro por lo que pueda venir. No lo dicen a las claras, pero lo piensan.

—Ya.

—Todo el mundo está nervioso. No se sabe bien qué pasará cuando Franco muera. La Guardia Civil es un cuerpo militar. Tienen sus propias preocupaciones internas, imagino. Aunque han recibido ayuda de la policía, no quiero pensar que el caso se les pueda ir de

las manos por quitárselo de en medio lo más pronto posible dadas las circunstancias.

40

El lunes, 10 de noviembre, a Ricardo le costó trabajo levantarse para ir al colegio. Se sentía cansado, notaba que algunas partes de su ser no funcionaban a pleno rendimiento.

En las clases de la mañana se enteró de que la Gran Pirámide egipcia de Keops medía ciento cincuenta y tres metros de altura sobre una base cuadrada de doscientos treinta metros por cada lado, y que fue construida con dos millones trescientos mil bloques de piedra cada una. Supo también cuántos kilos pesaba cada piedra. La información se la dio el maestro, don Antonio, y a cambio les pidió que averiguaran cuántas toneladas pesaba en total la dichosa pirámide. Ricardo se preguntó de qué le valdría a don Antonio la respuesta, aún en el caso de que fuera correcta.

Después hicieron lo mismo con la piedra de la Gran Muralla china y con el agua de la presa del río Indo construida en Tarbella (Pakistán), pero a esas alturas, el chico no acababa de verle la gracia al asunto.

Estaba harto de sostener al mundo, y podía sentir cómo todo aquel peso extraordinario —el de la pirámide de Keops, la Gran Muralla china, y la presa de Tarbella— no hacía sino agolparse también sobre su espalda.

No dejó de escudriñar el asiento vacío de Martín mientras se preguntaba cómo evolucionaría el ojo malo del chico. El ojo morado de Martín Almoguera hijo le pesaba a Ricardo en la conciencia mucho más que la pirámide de Keops en el cuaderno de matemáticas.

Faltaba una media hora para el recreo cuando llegó Mercedes. Los niños se quedaron mudos al verla, sin atreverse siquiera a respirar. Hasta Julio Ramírez, el gordito, que estaba constipado y al que el atranque de los mocos no le dejaba ni resollar, se quedó pasmado sin hacer ni el más mínimo ruido o movimiento.

Observaron detenidamente a la niña cuando entró acompañada de doña Teodora, que la llevaba agarrada con fuerza de la mano porque quizás temía que fuese a escaparse.

—Aquí se la dejo, don Antonio —dijo la mujer, y mantuvo su sonrisa estirada hasta que abandonó el aula, como si pensara que en su boca aquella sonrisa bien podía llegar a ser un bien duradero.

La clase olía a plastilina y a humanidad infantil, tenía ese peculiar y apestoso aroma mezcla de calcetín sucio, aliento recocido por la leche del desayuno, sudor tierno y esperanza. Olía a cosas que aún no han terminado de cuajar en el mundo.

Mercedes se sentó en el lugar que siempre ocupaba, al lado de otra niña morena y de baja estatura que se llamaba Esther y que cada mañana aparecía despeinada, restregándose la barbilla huidiza con las manos enrojecidas por el frío o el calor —dependiendo de la estación del año, ella siempre echaba la culpa de la coloración de sus manos al frío o al calor—, con los ojos castaños brillantes que miraban hacia un espacio abierto que estaba más allá de la imaginación de cualquiera. Sus crenchas negras le caían sobre los hombros y daba la impresión de ser mayor, de estar tan sólo haciendo tiempo antes de criar a su numerosa descendencia y apartar de su camino cualquier obstáculo a martillazo limpio. Su padre no tenía oficio conocido, aunque pasaba los días con una azada de escarbar al hombro, cuidando de su huerto en el monte, como si no le importara nada más en la vida.

Esther era amiga de Mercedes, y la recibió con una sonrisa. Su sonrisa abrió un hueco en medio del alambre de espino del ambiente, de modo que Mercedes entró por ella, se sentó a su lado en el pupitre y le devolvió con timidez el gesto amigable a su compañera.

—Ejem… —Don Antonio dio unos golpecitos con los dedos en su mesa; llevaba los bolsillos llenos de tizas de colores, como alforjas de peregrino polvorientas—. Ahora que ya estamos todos, vamos a continuar con la clase, que todavía nos falta un rato hasta la hora del recreo.

Ricardo se preguntó lo que sería mantener un asunto sexual con una mujer. No acababa de tenerlo claro. Cierto que las sensaciones que él notaba despuntar por dentro empezaban a ser distintas a las que estaba acostumbrado, sobre todo cuando dormía. Era curioso

pensar que los sueños también engendrasen experiencias, y por lo tanto conocimiento. Su cuerpo cambiaba a gran velocidad. Había algo cargado de intención en su cuerpo de niño, algo que decidía por sí mismo sin contar con él para nada. Así y todo, no sabía qué se escondía exactamente detrás de la expresión *asunto sexual*, y desde luego no deseaba que fuese nada malo. Esperaba que la sexualidad no fuera la consumación de lo terrible de la vida, una cosa que obligase a las personas a reproducirse, a cometer crímenes y a odiar sin descanso. Deseaba con todas sus fuerzas que no fuese así, porque entonces el cuerpo no dejaría de parecerle un triste local vacío donde ningún tendero se atrevería a instalar el negocio de su alma.

Concentró la vista en la pizarra, y luego en el pelo de Ignacio Sagra, uno de los matones de la clase, que lo tenía como estopilla. No paraba de sonreír de forma ahogada, con la risa de los necios que creen saber demasiado —seguramente, terribles secretos de otras personas—, y que se dicen a sí mismos que únicamente están esperando el mejor momento para cacarearlo todo a los cuatro vientos y hacer daño a diestro y siniestro.

Ignacio cerraba el paso si uno quería atravesar pacíficamente una puerta y, cuando se hacía el gallito, en sus ojos flotaban unas manchas oscuras y diminutas de algo así como desechos.

Al lado de Ignacio se sentaba Jesús Cedillo, con el rostro arañado, y la nariz que no parecía de una sola pieza. Al contrario que su amigo, éste tenía el pelo grasiento, muy repeinado, con el aspecto de que ni siquiera un vendaval lograría alborotar la masa de sebo y caspa que lo mantenía soldado sobre su cráneo.

Ellos, esos dos, también le daban miedo a Ricardo. Asociaba sus codazos y sus cuchicheos a una suerte de peligro sin graves consecuencias, pero de alguna manera horripilante. Los dos eran repetidores y se les notaba, andaban cerca de los doce años, y la envergadura de sus hombros decía a las claras que abordaban con prisas y sin muchos miramientos el fin de la infancia. Su malicia era más reconcentrada, y su fuerza creciente lograba dejar atrás al resto de los niños de la clase en los juegos del patio y en la astucia petulante con que eran capaces de usar el lenguaje, casi siempre soez, para hacer daño a quienes no consideraban sus amigos o sus iguales, que eran casi todos menos ellos mismos.

De repente, Ricardo deseó seguir siendo un niño para toda la vida. No sabía si crecer era algo realmente necesario. Pero luego se dijo que tal vez lo mejor sería dejar que su cuerpo siguiese su curso natural, y no hacerle al destino aspavientos de solterona que en el fondo no servían para nada. De acuerdo. Él también estaba dispuesto a desarrollarse hasta convertirse en un hombre. Eso aumentaría su capital, las energías de su cerebro y de su organismo. Don Alberto era alto, inteligente y corpulento. A Ricardo le gustaría llegar a ser como él para poder sentirse tranquilo y seguro. No como ahora.

En la biblioteca de su casa había encontrado un ejemplar de *Erotismo negro*, de James Howard, editado hacía poco por Mundilibro
S. A.
Seguramente era una adquisición de su padre, porque su madre no leía mucho, o por lo menos no ese tipo de publicaciones. La portada llevaba impresa la foto de una adolescente africana, sin mucho pecho, que sonreía confiada a la vez que estiraba los brazos con angelical satisfacción. Estaba encuadernado en símil de piel, con estampaciones de oro fino, e impreso en papel *couché*. La contraportada prometía revelarle al lector «la vida amorosa de los pueblos africanos, que en esta obra ha sido relatada con un gran impacto de realidad. La única obra editada en España que trata del tema con documentación y una libertad que le asombrará y le causará entusiasmo. Descubra el profundo abismo que separa a los negros de los blancos en sus relaciones sexuales. Conozca sus costumbres, la manera de comportarse sexualmente, sus desviaciones y todo un sin par mosaico cargado de erótica crudeza».

La expresión *erótica crudeza* se le había quedado grabada al chico como una amenaza en el cerebro.

Espió a Mercedes, que escribía sobre su cuaderno de anillas con aire abstraído.

Era muy guapa, cualquiera podía verlo. A pesar de ser una cría, su naturaleza femenina había hecho un excelente negocio con su cuerpo. Se parecía mucho a su madre, muy poco a Martín, su hermanastro, y nada en absoluto al señor Almoguera, su padre.

Recordó a Clara, el asunto escabroso de su asesinato, su angustiosa pérdida. La madre también era hermosa. No como la

niña, sino de la manera en que lo es una mujer, con toda su *erótica crudeza*.

Tal vez por eso ahora estaba muerta.

41

Después del recreo, don Dionisio se encaminó con paso vacilante a la clase de los más pequeños, entre los que se encontraba Macarena. La niña estaba muy ilusionada, su amiga Tere le había confesado, entre chapurreos un tanto incoherentes, que les iban a permitir hacer la Primera Comunión a todos ellos.

—Eso sólo lo hacen los mayores —le dijo mientras mordisqueaba la cabeza de su lápiz, adornado con un muñeco de Disney—, pero nosotros también vamos a poder ahora.

Macarena sonrió complacida. Estaba de acuerdo con la idea. Le hacía sentirse grande y poderosa, no un comino esmirriado e ignorante, que es lo que todo el mundo parecía creer que era. Hacer la Primera Comunión la colocaría en el sitio del mundo que le correspondía.

Recibió a don Dionisio con su mejor ánimo. Y eso que en realidad no estaba para muchas bromas, porque últimamente pasaba algo raro en su casa, estaba segura. O por lo menos a ella se la habían quitado de en medio, dejándola aparcada en casa del abuelo y de la tita Rafaela, como si fuera un mueble inútil pero delicado que nadie sabía dónde colocar para que no se rompiera mientras realizaban obras importantes para reformar la vivienda. Nunca antes habían hecho algo así con ella, excepto cuando Gonzalo tuvo paperas y la cara se le puso igual que una patata gigante. Entonces su hermano hablaba enfurruñado, tenía fiebre y mirarlo desde lejos hacía que Macarena se partiera de risa.

—Vamos a aprendernos el santo Catecismo, niños —les dijo don Dionisio, un cura viejo y feo como él solo que los llamaba con las manos igual que a corderitos sin voluntad y sin méritos—. ¿Sabéis quién es Dios?

Uno de los niños se levantó enseguida. Un enanito grasiento que llevaba pantalón corto y las rodillas llenas de costras.

—¡Dios padre de todas las cosas! —dijo, y se relamió llevándose para dentro de la boca una buena porción de mugre y de mocos secos.

Macarena y Tere soltaron unas risitas perplejas de asco.

—¡Dios es un señor muy importante que vive en la Iglesia, pero… que no se le ve! —chilló una de las crías, tratando de que todo el mundo se enterara de lo mucho que había aprendido por su cuenta.

—Sí, sí, Dios es el padre invisible de todas las cosas —asintió el cura gravemente—. Y eso quiere decir que él las hizo. Que nosotros somos su obra. Todos nosotros.

Los niños se miraron unos a otros, divertidos.

—Dios es uno sólo. No puede haber más que un único Dios —continuó el hombre con los ojos a la deriva—. Es una cosa tan grande que resulta irrepetible.

El aula estaba decorada con dibujos y carteles de grandes letras brillantes, escritas con el pulso tembloroso de los párvulos. Había tiestos llenos de agua en el alféizar de las ventanas con varias clases de tubérculos y bulbos sumergidos que algún día se esperaba que brotasen y crearan dentro de la escuela toda una pequeña selva de verdor. De momento parecían trozos de hortaliza luctuosos, que buscaban disgustados la manera de escapar a hurtadillas de la cadena perpetua submarina a la que habían sido tan injustamente condenados.

Don Dionisio les repartió un catecismo a cada uno, y les advirtió que tendrían que pedir a sus padres el dinero para pagarlos. Costaban exactamente 150 pesetas la unidad.

Después de un buen rato, durante el cual don Dionisio trató de hacerles entender que tendrían que aprenderse el libro de memoria, de cabo a rabo, los niños empezaron a dar muestras de desazón.

—¡Pero si esto es muy largo! —dijo un niñito pelirrojo moviendo las cejas arriba y abajo de puro desconcierto. Sostenía el Catecismo entre las manos como si le quemara—. No voy a poder, no voy a poder, no voy a poder…

—El viejo cura, con su sotana arrugada y sus manos secas, recorridas por gruesas venas azuladas que parecían a punto de quebrarse y dejar caer al suelo la sangre que circulaba por ellas, tomaba bocanadas de aire y no cesaba de hablar de Dios.

—Dios es bueno —apuntó Macarena con ojos perspicaces, risueños—, y cuando nos morimos nos lleva con Él al cielo. Como a la señora esa que se murió el otro día. Bueno… —Para la niña el tiempo aún se arrastraba de manera lenta y agónica por el calendario—, bueno, hace ya muchos días, creo.

Intuía vagamente que esa señora muerta era significativa en su vida, y deseaba ser tranquilizada respecto al bienestar de la difunta por una autoridad en la materia. Había oído algunos retazos inquietantes de conversación entre sus padres. Susurros apagados. Quejas. No le gustaron nada.

—Sí, esa señora —ratificó Tere con un movimiento de cabeza que hizo brincar sus trenzas sobre su menuda espalda—. La que ha matado el hombre malo. —Se estremeció igual que si le acabaran de arrojar encima un cubo de agua helada.

—¿Verdad, don Dionisio? —quiso saber Macarena.

El cura la miró, parecía hacer cálculos con los dedos.

—¿Eh? —Sus labios estaban desdibujados por su cara.

—¿Verdad que en cuanto nos morimos nos vamos derechitos al cielo? —repitió Macarena—. Como la muerta esa…

—La muerta. La muerta… —El sacerdote se sentó con torpeza, y se pasó la mano por la frente. Estaba sudando—. Todos nos hemos hecho esa pregunta desde el principio de los tiempos, desde que Eva vio a su hijo Abel asesinado por su hermano. ¿Qué ocurre después de la muerte?

Los niños se quedaron callados. El cura no tenía buen aspecto. Estaba envejeciendo por momentos. La decrepitud lo envolvía como una vestimenta, y sembraba el aturdimiento en quien la contemplaba.

—¡¿Qué ocurrirá con los pecadores que mueren cada día, con el rostro frío e inanimado vuelto hacia el Altísimo en un postrer esfuerzo penitente de avistar Su divino rostro?! ¡¿Qué ocurrirá con Franco cuando expire su aliento ejemplar de santo soldado?!

Nadie dijo nada, aunque tuvieron la impresión de que les estaba preguntando a ellos. Eran demasiado pequeños para entender palabras como «expire», «inanimado», «penitente», «avistar» y «Franco».

—David dijo que cuando un hombre muere sale su aliento y vuelve a la tierra —la voz de don Dionisio comenzaba a vaciarse

con la facilidad de un bolsillo. Hinchó el pecho dispuesto a bramar, pero su timbre era cada vez más amortiguado—, y en ese mismo día perecen sus pensamientos. El único inmortal es Dios, honor y gloria a Él por los siglos de los siglos.

—Pero los muertos —lo interrumpió Macarena. Sus compañeros la examinaron detenidamente, hechizados por su atrevimiento y alertas, esperando contemplar a no mucho tardar cómo el cura se la comía cruda, ofreciéndola en sacrificio a los cielos voraces, ansiosos de carne tiernecita de niña preguntona y descreída—, los muertos en realidad no se mueren porque se van al cielo con Dios, sobre todo si han sido muy, muy buenos, ¿no, don Dionisio?

—En la primera carta a los corintios se explica claramente que se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados, porque es necesario que la corrupción se vista de incorrupción y lo mortal se vista de inmortalidad —don Dionisio tenía los ojos acuosos de un toro bravo agonizante—. Los que viven saben que han de morir, pero los muertos no saben nada, no cobran paga, y su memoria es el olvido. Se acabaron su amor, su odio y su envidia, y nunca más tendrán parte en lo que se hace bajo el sol. En el *seol*, en el sepulcro, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría. Ni nada.

—Sí, y luego los muertos se van al cielo. Rápidamente. —Macarena miraba al cura con obstinación, tenía los puños apretados y le estaban entrando ganas de llorar. Sin embargo, el sacerdote no le devolvía la mirada.

—En la muerte no hay memoria. En el *seol* nadie nos alabará. Nadie nos dará de comer ni velará nuestro sueño. Tan sólo Enoc y Elías se libraron de la muerte. Enoc porque se quedó transpuesto, y Elias porque subió al cielo en un carro de fuego —el cura suspiró cansado y se acarició el minúsculo bigote blanco debajo de la nariz—. Ningún ser humano ha ido al cielo inmediatamente después de haber terminado su jornada en la tierra. Ni siquiera David que era un varón conforme al corazón de Dios. David todavía duerme en su tumba, lo mismo que Clara, la pecadora. David murió y fue sepultado y no subió a los cielos, porque el propio San Pedro lo dejó escrito bien claro. Su alma no se separó de su cuerpo, se quedó encerrada en él por los siglos. Los muertos, todos los muertos duermen, esperando el día en que Dios ponga fin a su descanso. Job

dice que el hombre yace y nunca vuelve a levantarse, y que hasta que no haya cielo no despertará ni se levantará de su sueño. Job dijo que todos los días de su edad esperaría, hasta que llegara su liberación. Pero nosotros no somos Job, por supuesto. Clara no lo era. No esperaba que nadie la elevara del polvo algún día, miles de siglos después de que su piel y su carne estuvieran deshechas. Nadie podrá levantarse sobre sus costillas hasta el día del Juicio Final. Y quién sabe cuánto falta para eso.

—Y, entonces, pero entonces… los muertos, los muertos… —sollozó Macarena. No le gustaba llorar. Llorar era una cosa que a su abuelo le parecía que en una niña estaba mal vista. No obstante, comenzaba a sentir un líquido caliente saliéndole por los ojos que quizás eran lágrimas—. No se pueden quedar tanto tiempo ahí, los muertos.

Llamaron a la puerta de la clase. Los niños volvieron la cabeza todos a una. Doña Teodora se asomó.

—Don Dionisio, ¿se puede? —preguntó dulcemente. Y luego añadió—: Es la hora del almuerzo.

42

El joven sacerdote llegó a casa de don Vicente pedaleando en su bicicleta. Últimamente no la había usado mucho, y pensó que le vendría bien mover las piernas. La bicicleta le traía malos recuerdos, pero se esforzó en no prestarles atención por su propio bien. Se dio un paseo por las calles del pueblo y saludó con un gesto de asentimiento a las personas con las que se cruzó, que levantaban la mano mientras gritaban un «¡buenas tardes, señor cura!» con tono socarrón y —le pareció a don Alberto—, de una jovialidad algo impostada. Lo cierto era que en el pueblo flotaba la tristeza igual que una neblina de carga amarga pero lisonjera, en la que todo el mundo parecía regodearse de alguna manera a pesar de lo mucho que se quejaban de su presencia.

Le abrió la puerta Rafaela, que sostenía de la mano a su sobrina Macarena. La niña lo saludó con los ojos muy abiertos y una vocecita tímida de acento agradable.

—Buenas noches —dijo, y luego hizo un puchero que lo desconcertó.

—Pase, pase, don Alberto… —lo invitó Rafaela.

Conocía a la mujer porque era de las que no se perdían ni una misa, y además él la confesaba al menos un par de veces por semana desde que llegara al pueblo. El cura le dedicó un simpático guiño a la chiquilla, y le dio la mano a Rafaela.

La mirada de la mujer se veía acuosa. Y la lista de sus pecados, recordó don Alberto, era tan aburrida como su lista de la compra.

—Buenas —correspondió al saludo.

Macarena suspiró.

—¿Qué te pasa, Macarena?

—No… Na… nada. —Se dio media vuelta y echó a corretear hacia el fondo. Luego detuvo el trote y se puso a andar lentamente.

—Está disgustada porque —Rafaela se acercó al oído de don

Alberto y el sacerdote pudo oler a la mujer. Despedía un vaho tibio, algo así como una mezcla de Heno de Pravia y tostadas calientes—… Don Dionisio les ha dicho hoy a los parvulitos que los muertos no resucitan inmediatamente. Que no están con Dios. —Miró con preocupación a la niña, que se encaminaba hacia el fondo del pasillo con los andares vacilantes de una marioneta—. Que se quedan ahí, pudriéndose por los siglos. Creo que la cría tiene una crisis religiosa —sentenció, con el tono de quien sabe bien de lo que está hablando.

—Vaya, no tenía ni idea de… ¿No es un poco pequeña para eso, para tener una crisis religiosa?

—¡Ufff…! Usted no conoce a mi sobrina. —Hizo un gesto con la mano de «¡si yo le contara!»—. Yo no tengo hijos, usted sabe… Y para mí Macarena es como si fuera mi hija. No es pasión de tía, se lo puedo asegurar, pero la niña es increíble. Por cierto, ¿sabrá usted que don Dionisio está preparando a los chavales para hacer la Primera Comunión? A todos, incluso a los que ya la han hecho. No vea usted cómo se van a poner las madres cuando se enteren de que tienen que repetir la ceremonia. Comprar trajes nuevos de marinerito, hacer el convite, los recordatorios… Aunque el cura les ha dicho que no hace falta que se tomen ninguna molestia, ya sabe usted cómo es aquí la gente de mirada para según qué cosas. No se tragarán que esto es un asunto entre Dios y ellos y que se puede celebrar austeramente. En nuestro pueblo todos los asuntos son siempre públicos, igual que en todos los pueblos.

—Bueno, bueno, bueno… Los niños que ya han hecho la Primera Comunión no pueden, sencillamente *no pueden* volver a hacerla. Las cosas que se hacen una primera vez no pueden volverse a hacer por *primera* vez una *segunda* vez, Rafaela —le explicó el joven cura, hablándole con el mismo tono con que se hubiese dirigido a un niño—. Además, para eso está la Confirmación en estos casos.

—Pues la gente dice…

—La gente dice mucho. Todos hablamos mucho, y pensamos bastante menos, cuando deberíamos hacer todo lo contrario.

—No, si a mí no es que me parezca mal lo de las comuniones, pero la gente empieza a decir que don Dionisio ha perdido el juicio. —Rafaela puso cara de astucia, aunque con tintes piadosos—. ¿No será verdad…?

Don Alberto se encogió de hombros con impotencia.

—Yo no digo nada de lo de las comuniones… —continuó Rafaela, haciendo un ademán que denotaba un velado nerviosismo—. No obstante, no hay que olvidar que Macarena sólo tiene cinco años. No debería ir al colegio todavía, es muy chica. Cumple seis años el treinta y uno de diciembre. Su padre la matriculó en la escuela porque la niña estaba loca por ir, aunque hubiera podido dejarla tranquila hasta el año que viene. Aquí no tenemos escuela maternal, y ella no había salido nunca de su casa hasta que empezó a ir al cole en septiembre. Mi sobrina ya sabe leer, escribir y hacer cuentas. Sabe leer desde hace dos o tres años, que yo recuerde. Es una niña que… Usted se sorprendería de… Mi sobrina…

—No se preocupe, Rafaela —la interrumpió el joven. Se dijo que la mujer se daba un aire a María Luisa Seco, la presentadora de la tele, pero con el pelo recogido, lo mismo que la sonrisa—. Los niños no harán la comunión en estas circunstancias.

—Ah, si yo no digo que me parezca mala idea, ¿eh? Hombre, quedará un poco raro eso de que todos los niños hagan la comunión en pleno invierno, cuando estamos acostumbrados a esperar a mayo, al buen tiempo. Además, menudo montón de compromisos de golpe: ¡Toda criatura que levante dos palmos del suelo, y viva en el pueblo, de celebración! La de regalos y…

—Cada cosa tiene su tiempo. Hay un tiempo para cada cosa y un lugar para cada propósito bajo el cielo —suspiró el cura, y buscó absurdamente señales de desgaste en las paredes, pero no las había—. ¿Puedo ver a su padre?

—Sí, está en la salita, con Ricardo. Lo están esperando.

Don Alberto se aclaró la garganta, tratando así de filtrar hacia dentro las peores palabras, de dejárselas en la boca en forma de esputo para que sólo salieran al exterior las más suaves, las mejores, las más cuidadas expresiones de que era capaz.

—Se dice que Clara Domínguez era… esto… una… hummm… mujer de vida, de vida disipada, una… —tartajeó inseguro.

—Una puta —concluyó Ricardo, juntando las manos en su regazo.

—¡Niño, no digas palabrotas! —lo reprendió el cura.

—No, no, no. ¡Imposible! —El abuelo don Vicente se estiró en el

sofá, se tapó con la manta hasta la cintura—. Es imposible que esa muchacha fuera una puta. En España no quedan putas desde hace mucho tiempo: Franco cerró los burdeles en el año cincuenta y cinco, y desde entonces las putas ya no son putas. En aquel momento se dijo que las putas se pusieron tan contentas de no ser ya putas que nombraron a Franco hijo adoptivo. Pero, claro, yo no sé si él aceptó el título, porque también quisieron proponerlo para premio Nobel de la Paz y logró que sus partidarios desistieran convenciéndolos con gran humildad de que el ambiente en los países escandinavos no le era propicio para ganar tal honor —sonrió seductoramente mientras balanceaba una pierna—. Lo mismo que intentaron en algún momento hacerlo Cardenal de la Iglesia, y… que si quieres arroz, Catalina. Ni el Papa pudo con aquello. Y mira que, usted me perdonará don Alberto, hijo mío, y mira que el Vaticano había tragado con Franco carros y carretas. Ahora, por lo de hacerlo cardenal… pues que no pasaron. Sus razones tendrían, digo yo. Pero, bueno, que sobre eso que dice usted pues que tampoco, que ni en este pueblo ni en ningún otro pueblo de nuestra amada piel de toro queda ya ni una sola puta. Así que esa chica no iba a ser menos.

Don Alberto se sonrojó. Probablemente nunca en su vida habían pronunciado la palabra «puta» tantas veces seguidas en su presencia.

—Además, que a las mujeres hay que tenerles un respeto, mire usted —continuó don Vicente—. Sean alegres o santurronas, lo primero que hay que tener en cuenta es que son mujeres, carajo, y sólo por eso ya merecen…

El abuelo tosió con violencia, y Ricardo se acercó a él.

—¿Estás bien? —le preguntó, tratando de acunarlo con su pregunta, con el desasosiego que sentía por él.

—Estoy bien, hijo. No te apures.

—Échese para atrás —le recomendó el cura—. No se esfuerce.

—¿Que no me esfuerce…? ¡Pero si yo, en verdad, no me he esforzado en la vida, señor cura! —Don Vicente sonrió y fue como si la risa lo librara de la fiebre durante unos segundos—. Mire, yo no he trabajado en la vida. La única energía que he perdido ha sido saliendo a cazar perdices. Y ya ni siquiera eso. He tenido la suerte de no estar obligado a trabajar. Me he librado de la condena bíblica

de su divino Jefe —miró al cielo raso y luego le guiñó un ojo al joven—. Soy rentista. ¿Bonita profesión, eh? Y ni siquiera hay que tener grandes cualidades para poder ejercerla con decoro.

—Trabajar dignifica a los seres humanos —respondió don Alberto, devolviéndole la camaradería—. Pero, sí, desde luego no es ningún mal oficio.

—Este país está lleno de claros y oscuros, don Alberto. De blancos y negros. Todos tenemos nuestro contrario, como les pasa a las fotos con los negativos. Esa chica que han matado como si fuera un guarro jabalí, la pobrecilla, ya era de otra época, pero así y todo, así y todo… La cosa todavía dura. España es un gran país lleno de sangre y de mierda —volvió a toser—. Perdone usted la franqueza. Se lo puedo decir en francés, que suena mejor, pero para que se me entienda.

—Hermanos contra hermanos, decía mi padre. —Don Alberto asintió, arrastró débilmente los pies sobre la alfombra.

—Y digo yo que, por lo menos, cenará usted con nosotros —lo invitó el abuelo.

—No, no, no… Ni mucho menos. Yo ya tengo la cena en casa. Además, don Dionisio…

—¡Hombre de Dios!, ¿no me irá usted a hacer ese feo?

—En absoluto, don Vicente. Pero no se moleste.

—Pero si no es molestia ninguna. Tiene usted cara de tener buen apetito. Yo disfruto viendo a la gente comer con alegría. En este país se ha pasado mucha hambre. Aunque usted no lo sepa, y yo que me alegro, porque con esa planta que tiene usted no le deben haber faltado proteínas en la infancia, de modo que hambre no ha debido usted pasar mucha. Comer bien, con medida, con finura y con tino, cuando se puede, es honrar a Dios y a la dignidad de sus criaturas, ¿no cree?

—Vale, pero sólo picaré algo.

—Ricardo, hijo… —el abuelo se estiró con dificultad en su sillón. Tenía la frente perlada de sudor—. Dile a tu tía que estamos listos para comer, que nos llamen en cuanto tengan la mesa puesta.

43

—Bueno —don Alberto masticaba pausadamente—. ¿Y entonces quién es, o era, el padre de Clara?

—Su tío. Quiero decir… el que es su tío legalmente. Sarbelio Domínguez, el hermano de su difunto padre a los ojos de la ley, que está más bien ciega, si quiere usted saber mi opinión —respondió el abuelo. Apenas había probado bocado durante la cena, lo suficiente para tragarse las pastillas que le había recetado el médico, y que no cayeran de golpe en un estómago vacío—. Mi hija me contó que estuvo en el funeral, ¿no? Él al lado de la hermana de la muerta, que sí es su sobrina, y de la pobre huerfanita, la amiga de Ricardo.

—¿Qué tal hombre es ese Sarbelio? —preguntó Ricardo—. Macarena dice que a ella siempre le regala chicles en la tienda, cuando acompaña a mamá a comprar.

Don Vicente se quedó pensativo.

—No me gusta hablar mal de nadie —dijo mientras acariciaba un antiguo cuchillo de plata labrado con sus iniciales en el mango—. Excepto de Franco, pero eso no cuenta porque es como un deporte. Desde que dejé la caza, y ni siquiera me divierto yendo al monte a ver la berrea, algún deporte tenía que tener.

—Pero tú lo conoces, al Sarbelio ése. Tú conoces a todo el mundo, abuelo.

—¿Conocer? —Don Vicente se acarició el mentón y Ricardo se alarmó al darse cuenta de cuánto le temblaba la mano—. ¿Quién puede conocer a nadie de verdad?

—Ese señor es más o menos de tu quinta.

—No, es algo más joven que yo. Cuatro o cinco años.

—¿Hizo la guerra, el tal Sarbelio? —Don Alberto se llevó la copa a los labios con la misma precaución que si supiera que contenía cicuta, a pesar de que el vino que le habían servido era un caldo bastante noble. Recio, pero afrutado y oloroso, sentía cómo le iba

templando el paladar, e incluso las piernas. A don Alberto el vino, en realidad, le daba miedo. No sabía si le gustaba o si no. Pero, en general, prefería no beberlo. Por si acaso.

Aunque esa noche, en fin, tampoco le podía hacer a su anfitrión un desprecio.

Se mojó los labios.

Macarena y su tía Rafaela hacía rato que se habían retirado de la mesa.

—Sí, sí. Fue a la guerra. Ya lo creo que fue.

—¿En qué bando luchó? —El cura se secó la boca y la barbilla con la servilleta de hilo blanco.

—Eso es difícil de decir.

—¿Por qué?

—La guerra aquélla fue una terrible confusión.

—Pues sólo había dos bandos, y estaban bien definidos —objetó don Alberto.

—No, las cosas no estuvieron tan claras para muchos. Yo creo que incluso para la mayoría. La mayoría no sabía ni lo que estaba haciendo. Éste era un país de analfabetos, y lo seguirá siendo mucho tiempo. Y cuando digo analfabetos me refiero a gente que, no es que no sepa leer y escribir, que también, sino que no sabe nada, y poco le importa no saber —el abuelo se puso a pensar con gesto grave—. La verdad es que no sé si esto se puede hablar delante de una criatura —miró intensamente a su nieto—. Aunque lo cierto es que nadie tiene nunca edad para oír según qué historias, y bueno… El caso es que en la guerra, a muchos les tocó donde les tocó, por pura suerte, igual que en la lotería, y cuando se daban cuenta de lo que pasaba ya les habían dado *el paseíllo*, o les habían reventado el pescuezo de dos tiros, o estaban reventando pescuezos ellos mismos. A menudo, los cogotes de sus propios hermanos, sí. La guerra sirvió sobre todo para ajustar cuentas personales. Con la familia, con los vecinos. La envidia vivió su hora gloriosa. Se creyeron la milonga de que ésa era una guerra de pobres contra ricos, o de ateos contra curas y obispos. El rencor enarboló su bandera sanguinaria. Eso fue la guerra para mí. Eso es lo que son todas las guerras civiles. No es lo mismo matar a un francés que nos ha invadido a cuenta de los aires de grandeza de Napoleón, que matar a tu primo, el que vive tres puertas más arriba de tu casa.

Para mí, la nuestra fue una guerra que todavía no ha terminado, de algún modo. Las guerras civiles tardan mucho en poder darse por acabadas, aunque el que las haya ganado proclame la paz eterna.

—Pues la sensación que yo tengo es de que la gente sí sabía lo que hacía. Y que, a pesar de todo, lo hizo.

—Mire, señor cura…

—Me puede usted tutear, don Vicente.

—Pues entonces tutéame tú a mí también. Que seré viejo, pero tampoco soy una momia, leñe.

—De acuerdo.

Ricardo apenas se atrevía a respirar, miraba a los dos hombres atentamente, sorbiendo sus palabras en vez del aire. Una especie de resplandor los nimbaba de misterio y masculinidad. Tenía la impresión de estar asistiendo al relato de una lucha entre dragones y caballeros, en la que los caballeros podían tener defectos de dragón, y los dragones se portaban como caballeros llegado el momento, una guerra que ocurrió en tiempos remotos, en unos tiempos antiguos en los que la oscuridad era fabulosa y sobre la vida pesaba algún arcano maleficio.

—Sarbelio —continuó el abuelo—, se fue al frente con dieciocho años. No fue el único. Eran niños. Soldados niños. Hordas de críos armados con un fusil más alto que ellos al que trataban como a la novia que nunca habían tenido. Gañanes que no habían salido de su pueblo en toda su vida. Ése era el grueso de la tropa. De las tropas de los dos bandos.

—Ir a la guerra con dieciocho años es duro, sí —reconoció el sacerdote—. Ir con treinta también, pero con dieciocho… ¡fiuuu…!

—Le decía que a Sarbelio le dio tiempo a hacer muchas cosas en la guerra. Incluso tuvo tiempo de morir y de resucitar luego.

Ricardo abrió mucho los ojos.

—¡¿Y eso?!

—Sí, hijo, sí. Esa guerra absurda… Así fue. —El abuelo entrecerró los ojos, daba la sensación de que los tenía sobrecargados de algo, quizás de todo lo que había visto o había presentido en su vida—. Parece ser que le extendieron un certificado de defunción, como si lo hubieran ejecutado. Empezó a luchar con los rojos. Lo encarcelaron pronto, y luego lo trasladaron a una cárcel de Madrid. Pero en Celanova, la primera prisión donde

estuvo, le pusieron a su expediente un *enterado*, que era lo que hacían entonces cuando querían hacer constar que había una orden de ejecución. Habían sacado de allí a doce compañeros suyos, a los que fusilaron, pero a él, como ya no estaba en ese penal, no pudieron ejecutarlo y, para evitarse problemas administrativos, lo archivaron con los muertos. Lo que ocurre es que luego el expediente salió de aquella fosa jurídica, y lo volvieron a resucitar. Para entonces, Sarbelio se había pasado al bando de los nacionales. Seguramente que, de haberse enterado de que lo daban por muerto, no se habría preocupado de seguir luchando. Se habría escondido, igual que hicieron tantos —«yo mismo, sin ir más lejos, aunque fuese de otra manera», pensó el hombre—, habría esperado a que la guerra terminase, y habría vuelto aquí, o habría puesto pies en polvorosa en dirección a México, o más lejos todavía, y no le hubiésemos vuelto a ver el pelo. O, por lo menos, eso es lo que hubiera hecho yo.

—¿Así que luchó con los rojos y con los nacionales?

—Sí, y tuvo suerte de que el cambio lo hizo al bando de los vencedores en el momento adecuado. En esta vida, la suerte es más importante de lo que uno se cree. Y a la suerte no hay manera de controlarla. La tienes tú, o ella te tiene a ti, y no hay más que hablar. La suerte te puede hacer feliz o desgraciado con sólo rozarte o pasar de largo.

—Es verdad, aunque yo también creo que la suerte se la busca uno mismo. Incluso la mala suerte —dijo don Alberto.

—Uno busca hasta donde puede. Pero, desde luego, estoy de acuerdo en que si uno no se moja tampoco pesca peces.

—Sarbelio se mojó, según veo.

—Sí. De sangre. Como todos. —Los ojos de don Vicente eran una caverna umbrosa y deshabitada en la que el destierro había puesto su firma—. Nunca me ha gustado la sangre, ¿sabes, Alberto?

—Us… Tú no fuiste a la guerra, según me ha dicho Ricardo, ¿no?

—No, no fui. Y tengo la certeza de que no me perdí nada. Cuando se produjo el levantamiento, yo estaba con mi familia en Francia, y allí me quedé. Me hubiera podido librar igualmente porque tenía el dinero necesario para hacerlo, sin embargo no me hizo falta recurrir a eso. Era joven, desde luego, pero tenía un hijo

pequeño, y otro a punto de nacer. No me pareció que mi presencia en el frente fuera imprescindible, la verdad.

—¿Sientes no haber estado aquí, luchando?

—No hubiese sabido por quién luchar. Cuando uno lucha, al menos debe saber por qué lo hace, o por quién. Yo no lo tenía nada claro. Quería ver crecer a mis hijos y que mi mujer estuviese tranquila. ¿Sabes, Alberto?, me gustaba mucho la sonrisa de mi mujer. Hace años que murió y yo todavía recuerdo su sonrisa. Es todo lo que recuerdo de ella, y la echo de menos. —Se secó el sudor de la cara doblando un pañuelo por la mitad—. Mi mujer y mis hijos. Eso era algo concreto para mí. Lo demás… —su voz se apagó—, lo demás eran solamente tristes noticias que venían de España.

Don Alberto se aclaró la voz dando un gran trago de agua. Apuró la copa y la miró al trasluz. Luego observó con recelo su copa de vino.

—¿Y cómo es que Sarbelio es el padre natural de la difunta Clara? —preguntó.

—Eran tres hermanos —contó don Vicente—, Sarbelio, Avelino e Hipólito. Hipólito era el menor, él se libró de ir a la guerra, pero Avelino y Sarbelio sí que fueron, ya digo, y cada uno por su lado según cuentan. Cuando la gente volvía de luchar no quería dar muchos detalles de lo que había pasado. Sarbelio volvió, y para entonces Hipólito tenía novia. Había puesto una tienda, y se iba en mula hasta Toledo a comprar mercancías cada semana. Trabajaba como un animal, y consiguió abrirse paso con un pequeño negocio en el pueblo. Luego se casó, en el cuarenta y cinco o por ahí, se sacó el carnet de conducir y compró un cuatro latas de aquellos que marchaban prácticamente a pedales. Avelino volvió tocado de la guerra. No se concentraba en nada, y estuvo años y años sin decir ni una palabra, hasta el punto que la gente pensaba que se había quedado mudo.

—Pero no es mudo, ¿verdad? Macarena dice que Avelino sabe hacer cuentas, y todo eso —apuntó Ricardo.

—No, al final resultó que no se había quedado mudo, pero sí trastornado. Hipólito era un buen hombre —continuó el abuelo—. Recogió en su casa a sus dos hermanos. Y, cuando se casó, su mujer se fue a vivir a la casa con los tres hombres. Se quedó embarazada

de esa pobrecilla que han matado hace unos días. Como es natural, todo el mundo pensó que era hija de Hipólito, su padre legítimo, hasta que cuando la chiquilla tenía ya unos añitos, no sé cómo, se descubrió el pastel. Hipólito se enteró de que su hermano, Sarbelio, estaba liado con su mujer desde hacía años. Probablemente desde el principio de su casorio. Para entonces ya tenía otra hija, la tal Claudia —hizo un paréntesis con las manos—, ésta por lo visto sí que es hija suya. Aunque digo yo que no sé cómo lo saben a ciencia cierta, tanto lo de una hija como lo de la otra. Al fin y al cabo, Hipólito y Sarbelio eran hermanos, las hijas de la señora Claudia se parecen a su marido y a su cuñado porque los dos eran de la misma sangre. Aunque es verdad que la difunta era muy guapa, y que la que le ha quedado es un poco bastorra. Parecida a la hermana, pero como si algo hubiera fallado al final y se hubiese quedado a medio hacer, sin rematar. El caso es que lo que todo el mundo da por bueno es que la mayor era hija de Sarbelio, y la pequeña de Hipólito.

—Bueno… —Ricardo quiso poner su granito de arena en la conversación—, de dos hijas, una era suya, ¿no? El cincuenta por ciento. Tampoco es mala estadística.

Don Vicente y don Alberto soltaron una carcajada. La del abuelo fue como una tos inesperada y fuerte, revestida de ecos de alegría.

—¡Este niño es la caraba! —Señaló con el tenedor a su nieto—. Tengo tres nietos que son la leche. Pelé, Melé y Destripacharcos. Darán mucha guerra cuando sean mayores, te lo aviso, Alberto.

—Ricardo, de todas maneras, estas cosas no hay que tomárselas en plan de guasa.

—No, si yo sólo digo que…

—La verdad es que el pobre Hipólito, que Dios tenga en su gloria, si es que hay gloria y si es que hay Dios que la guarde —añadió don Vicente—, no se tomó a bien la noticia.

—¿Por qué?

—Cuando todo el pueblo estuvo enterado de que su mujer le había puesto los cuernos con su propio hermano, un día no pudo más. Salió temprano al campo. Se llevó una soga de aparejar bestias, encontró una encina centenaria, echó el lazo en una rama bien gruesa, le puso un nudo corredizo, y después se ahorcó antes de que hubiera amanecido.

—¡Dios mío! —don Alberto bajó la mirada a los restos de su plato—. Que el Señor lo haya perdonado.

—Dios debe perdonar más de lo que tú te crees, Alberto. En caso de que exista, ésa debe ser su función, y no otra. Si tu Dios gobierna como los curas creéis que hace, entenderá bien a sus criaturas. Seguro que las comprende mucho mejor de lo que nosotros lo hacemos los unos con los otros.

—Pero… —Ricardo se frotó los ojos y parpadeó, sentía que algo se le había metido dentro; algo que ya nunca podría sacar fuera de sí—, ¿cómo puede uno suicidarse sólo por eso?

—En un pueblo, ser un cornudo declarado no es una cosa fácil de llevar, Ricardo —asintió el abuelo—. Las personas somos implacables con las debilidades de los demás. El pobre Hipólito no lo pudo sobrellevar. Era un hombre trabajador y serio, un poco sosainas, aunque bueno de corazón. Siempre había tenido fama de calzonazos, pero después de aquello… ¡ya os podéis imaginar!

—¿Y los hermanos qué hicieron?

—¿Qué iban a hacer? Aguantar el tirón. Recibir el pésame en el entierro, enterrar a su hermano en la parte del camposanto donde llevan a los que la iglesia no perdona, por mucho que Dios los haya perdonado hace tiempo, y mirar para otro lado. Seguir con sus vidas. Se hicieron cargo de la tienda. Antes de aquello, ayudaban a su hermano, pero al morir él, se quedaron de dueños, como quien dice. La viuda de Hipólito se encerró en su casa y ya no volvió a salir. Eso sí, antes de enjaularse echó a los dos hermanos fuera, y ellos tuvieron que irse a una casucha que habían heredado de sus padres y que estaba en ruina. La fueron arreglando poco a poco para poder tener un techo, porque se quedaron a la luna de Valencia. Cambiaron allí la tienda. La viuda le dio el cerrojazo a su local, y desde entonces tiene la puerta atrancada, yo creo que no ha vuelto a pisarlo cuerpo humano. Las dos niñas eran unas crías y no se enteraban de dónde venía el aire, por lo menos la Claudia, la pequeña. A partir de ahí, Avelino empezó a hablar. Poco, pero se comunicaba con cuatro palabras que le servían para todo. Y, míralo, ahora él se pasa casi todo el tiempo solo en la tienda.

—Pero… ¿la madre de la difunta Clara no está enferma? —quiso saber el sacerdote.

—Sí, un par de años después de que el marido se matara,

empezó a ponerse mala. Según creo ahora no sabe ni quién es, perdió sus facultades hace tiempo, y ni siquiera es capaz de tener control sobre sus necesidades. —Don Vicente meneó la cabeza, negando—. Hay que joderse lo que le puede hacer a uno su propio cuerpo. La alta traición que puede cometer el cuerpo con uno, y sin que uno pueda hacer nada. Esa mujer… Ese mujerón. Teníais que haberla visto en sus tiempos. Ahora se caga y se mea encima, y la hija tiene que estar pendiente de ella en todo momento porque, si no, creo que pinta la casa con sus heces. —Se estremeció como si acabara de sentir un escalofrío—. Qué tragedia, ¿verdad?

—Terrible. —Don Alberto paseó la mirada por encima del mantel—. Verdaderamente.

—Por eso os decía yo antes que la suerte también es muy importante en la vida. Ser bueno y ser listo no vale, también hay que tener un poquito de suerte. La suerte de que tu cuerpo no te abandone, por ejemplo. O de que no te abandone tu cabeza a tu suerte.

—Vicente, ¿tú crees que Clara tuvo mala suerte, o…?

—Hombre, Alberto, lo que es seguro es que buena suerte no tuvo.

—Me refiero a que si pudo tropezarse con alguien que la mató de manera accidental, o si el que lo hizo lo tenía planeado desde hacía tiempo.

Don Vicente pensó un poco. Ricardo lo miró esperanzado. La edad había ocultado cuidadosamente en su rostro arrugado tanta virilidad como cordura. El abuelo tendía a pasarlo todo por un tamiz de prudencia claveteado de sutil ironía y, seguramente porque era sabio, nada de lo humano le resultaba ajeno, al contrario de lo que les ocurre a los necios, a los que nada de lo ajeno les parece humano.

Ricardo deseó con todas sus fuerzas que su abuelo les diera una pista clave que les permitiese atrapar pronto al asesino.

—No lo sé, hijo —concluyó don Vicente después de meditarlo, mirando de frente a los ojos del cura—. No tengo ni la más remota idea.

44

El día 11 de noviembre, martes, el problema del Sahara aparentaba haber dejado atrás sus peores momentos, y ahora comenzaban a estudiarse soluciones diplomáticas al conflicto. Hassan era un adversario astuto, dadas sus argucias nadie confiaba en su buena voluntad, y todos sus movimientos eran escrutados con una justificada suspicacia desde Madrid.

El príncipe Juan Carlos estaba pasando un mal trago después de saber que su padre, don Juan, bien instruido por los miembros de la Junta Democrática, se disponía a redactar un manifiesto, que pretendía hacer público inmediatamente después de la muerte de Franco, en el que hacía constar que no renunciaría a sus derechos dinásticos, lo que significaba iniciar una delicada maniobra política al no reconocer la designación de su hijo como heredero.

El lunes, día diez de noviembre, murió Manuel Aznar a los ochenta y un años. Diplomático y periodista, fue embajador en Perú, Argentina y Marruecos, amén de presidente del consejo de administración de la Agencia Efe. El presidente del gobierno, Arias Navarro, hizo un alto en su vigilia de la ciudad sanitaria de La Paz para desplazarse hasta la capilla ardiente, acompañado del presidente de las Cortes, Alejandro Rodríguez de Valcárcel. Los periódicos dedicaron a la figura del extinto periodista páginas enteras, a cargo de sus mejores firmas, glosando su figura y reproduciendo algunos de sus artículos más sobresalientes.

También el lunes trajo la crónica habitual de expedientes administrativos y prohibiciones del régimen, entre los que se encontraba el aplazamiento de un juicio en el Tribunal de Orden Público contra otro periodista, esta vez José Aumente, que había publicado en el mes de abril, en la revista *Triunfo*, un artículo titulado «¿Estamos preparados para el cambio?», que ocasionó el secuestro del semanario y una sanción de cuatro meses de

suspensión de la publicación. El aplazamiento fue debido, no a la indulgencia de las autoridades, sino a la hospitalización del abogado de Aumente, el letrado Antonio Trevijano.

En Taulet, Barcelona, un juez militar ordenó la detención del párroco local por considerar que entonaba a voz en cuello homilías de carácter político, mientras el ilustre notario de Madrid, Blas Piñar, pronunciaba una conferencia en Zaragoza en la que invitaba al Príncipe Juan Carlos a dejarse de zarandajas e instaurar una monarquía basada en los Principios Fundamentales del Movimiento, mientras prevenía a sus oyentes mañosos sobre los peligros que acechaban a la patria dado que —según le constaba a él—, el día en que Franco expirara los comunistas tenían previsto echarse a las calles y provocar graves altercados por todo el país.

Y, hablando de reyertas, de porfías y de comunistas, se rumoreaba que Mao Zedong tenía sus facultades gravemente disminuidas, que no podía ni hablar, y que su mujer, Chian Ching, había empezado a hacer lo que se suponía que hacen la mayoría de las esposas cuando se ven libres de la tiranía del marido: ir en contra de todo lo que aquél creyó alguna vez, por lo que había entrado a formar parte de la Banda de los Cuatro, y se dedicaba a dinamitar en el poder el maoísmo de su marido como si ése hubiese sido siempre el único objetivo de su vida. Claro que —y menos mal—, todo eso ocurría en China, y no había nada que estuviese más lejos de España que la China, aunque aquí también tuviéramos nuestros propios e incontables comunistas, como diría Blas Piñar.

Aún ajeno a la beligerante invasión del comunismo y la pornografía que se avecinaba, Ricardo tuvo sus propias cuitas aquella mañana.

Su padre había salido muy temprano, de madrugada, en coche hacia Madrid.

Ricardo lo había oído hablar en voz muy baja con su madre, descender ambos las escaleras de puntillas y sacar el coche del viejo almacén que les servía de cochera y que estaba pegado a su casa.

Desde que empezó todo aquello, él tenía el sueño ligero. Se despertaba al menor crujido de las camas, con el más liviano siseo del viento en los balcones. Cuando Gonzalo se retorcía en su cama, en plena pesadilla adolescente sobre espinillas, ingratitud femenina y humillantes derrotas sexuales, él abría automáticamente un ojo en la oscuridad. Un ojo vigilante, macerado en espantos invisibles,

dispuesto a defender su casa con la fe castrense y suicida de un comando imperial.

Soñaba con Margit Kocsis, la chica rubia del anuncio de Terry, ideado por Leopoldo Pomés, que montaba un hermoso caballo blanco, enseñando las largas y bronceadas piernas debajo de un ligero blusón también de color blanco, y miraba misteriosamente al frente con determinación, como si nada más le importara que llegar a donde fuera, pero siempre al trote. Aquella joven amazona fascinaba al muchacho, su carga sexual y su fuerza conseguían aturdirlo, se había convertido rápidamente para él en un mito erótico cuya sombra le perseguiría toda la vida sin que fuese consciente de ello. En sus sueños, confundía a la bellísima mujer con Mercedes, que todavía era una niña. Margit Kocsis cabalgaba en los sueños de Ricardo de la misma manera en que lo hacía en el anuncio de la televisión: a pelo, con idéntica naturalidad. Como si llevara toda la vida haciéndolo y nunca hubiese bajado del caballo ni le importase lo más mínimo que careciese de montura. Pero, cuando Ricardo concentraba la atención en su cara se daba cuenta con horror de que era el rostro de Mercedes el que le devolvía la mirada. Una cara aniñada y triste, acobardada por la reciente muerte de su madre, y por las mil cosas que aún no entendía de la vida y que quizás la estaban acechando de cerca, esperando el instante en que pudiesen agazaparse en el fondo de su alma y contribuir a su soledad de manera despiadada. Entonces, en ese sueño recurrente, el caballo se transformaba por obra de magia en un potro negro, que parecía contaminar con su lobreguez las ropas y el cabello de la chica del anuncio, y cuando Ricardo volvía a mirar hacia ella, ya todo era negro: el corcel, la mujer, su larga cabellera, la sedosa camisa que, hasta hacía un instante, se le pegaba sensualmente a las formas del cuerpo… Y una playa azabache, de aguas feroces y espuma ensangrentada, dotaba de significado al horizonte.

Mientras tenía ese sueño, el mismo sueño de todas sus noches desde el día del entierro de Clara, oyó a su padre escapar subrepticiamente de su casa. La tarde anterior, Francisco masculló una breve y atropellada explicación para sus hijos, asegurándoles que iba a Madrid a hablar con un abogado. No dijo sobre qué.

Aproximadamente una hora después de que su padre saliera de

viaje, sonó el despertador de Gonzalo, y Ricardo pudo seguir todos sus movimientos con los ojos cerrados sólo por los ruidos y los suspiros rutinarios que hacía su hermano al ponerse en marcha cada mañana.

Cuando llegó a la escuela, agarrando de la mano a Macarena —a la que había recogido en la puerta de su abuelo porque ahora la niña dormía allí, al cuidado de la tía Rafaela—, estaba tan cansado como un viejo labriego, y sentía que su carácter podía volverse detestable de un momento a otro.

Se encontró con Carlitos y Joaquín antes de entrar en el aula de su hermana, y les dirigió unos gruñidos apagados a la manera de saludo.

—No te hemos visto esta mañana por el camino —dijo un sonriente Joaquín que, por una vez, llevaba las gafas puestas.

—Tú ves menos que tres en un burro, así que no me extraña, cegato —contestó Ricardo de malos modos.

—¡Eh! ¡Mira éste! —protestó Joaquín—. ¿Se puede saber qué te pasa, so borde? Miserable roedor…

—Ya empezamos de buena mañana a calentarnos. —Cariños sacudió la cabeza apenado. Tenía el pelo renegrido, y con aspecto aceitoso, y eso que sólo era martes y todavía le quedaba esperar hasta el sábado para poder lavárselo. Lo mismo había metido la cabeza en una alcuza.

Ricardo notaba cómo la energía abandonaba su cuerpo. Macarena le tiró de la mano, llamando su atención. Miró a la niña y no le gustó el laconismo que vio en su rostro.

—No seas maleducado —dijo Macarena. Parecía a punto de llorar—. No seas maleducado o se lo diré al abuelito.

Ricardo rehuyó sus ojos brillantes e infantiles, abiertos igual que las puertas de un monasterio que acoge a todos los peregrinos que llegan sin hacer ni una sola pregunta.

—Lo siento, Macarena —dijo.

Ricardo pensó, con un estremecimiento, que la niña había dicho que se chivaría al abuelito —no a papá o a mamá—, y se preguntó si eso no significaba que su hermana se había resignado a un alejamiento definitivo de sus padres. Era tan pequeña que a lo mejor pensaba que en casa ya no la querían y había empezado a hacerse cuanto antes a la idea. Macarena —Ricardo lo sospechaba—

intuía que algo no iba bien en casa, algo importante y grave, pero ni siquiera hacía preguntas al respecto, tal y como antes acostumbraba a hacer con cualquier menudencia, porque no quería enterarse de las respuestas. Con cinco años ya era consciente de que hay cosas que es mejor no saber porque saberlas no sirve para nada excepto, si acaso, para gritar y gritar temblando de miedo.

Ricardo tuvo ganas de llorar por él, pero sobre todo por su hermana. Luego se volvió y vio a Carlitos y a Joaquín que los observaban a él y a Macarena con la curiosidad de un par de veteranos y cascarrabias entomólogos. Estaban apoyados contra la pared, mientras una chiquillería pasaba corriendo por delante de ellos dándoles empujones y codazos. Permanecían impasibles.

Ricardo soltó a Macarena de la mano.

—Te recogeré a la hora de comer. Sé buena. —Le dio un beso, aunque él nunca le daba besos a su hermana. Notó una especie de corriente eléctrica que le recorría la cara con la contundencia de un fustazo hasta llegar a sus labios—. Adiós.

—Adiós —repitió Macarena. Descolgó la cartera, con la cara de Pipi Calzaslargas estampada en vivos colores, de encima de su espalda, y se quedó parada donde su hermano la había dejado, viéndolo alejarse en dirección a su clase, silencioso y rodeado de sus dos amigos, marcando los tres un idéntico paso frenético y desacompasado, lo mismo que un rey derrotado escoltado por sus generales.

45

Martín Almoguera hijo había vuelto a la escuela. Se le veía recuperado, sin rastro de aquel ojo cárdeno e inflamado igual que un trozo de ternera desechado en la basura que ya no hace ningún esfuerzo por evitar la putrefacción.

El chico parecía ansioso por resultar agradable.

Estaba sentado en su sitio, y cuando Ricardo se acercó se hizo a un lado para facilitarle el paso. Ricardo lo miró con escepticismo. Se ponía un poco mosca cuando las personas no reaccionaban como era habitual en ellas. Luego recordó el momento en que se encontraron en la calle, cuando fue a llevarle los deberes a su casa. Y la cara desanimada de Martín, que había recibido, seguramente, más palos que una estera.

—Hola —dijo—. ¿Ya estás bueno?

—Sí, gracias. —Martín sonrió, se acicaló la camisa de cuadritos con la etiqueta Sears colgando de un bolsillo igual que una bandera, y luego se pasó las manos por los llamativos pantalones vaqueros de campana. Por un segundo, Ricardo temió que pensara en darle la mano, y que se estuviera secando el sudor antes de tendérsela a él, que no hubiese sabido qué hacer con ella.

Por fortuna, después de aquello, Martín se concentró en la pizarra, que no tenía nada escrito. Había sido borrada con desgana, y manchas blancas de tiza la llenaban igual que nubes grises y plateadas incapaces de transmitir otra emoción que no fuese desorden, suciedad y vacío.

Mercedes, sentada en su puesto, ni siquiera volvió la cabeza para mirarlo cuando Ricardo entró en la clase.

Salieron al recreo, no hacía mal tiempo. El sol soltaba chorros de luz igual que un gigantesco grifo abierto, aunque la temperatura ambiente era álgida, y un olor que quizás provenía de las cercanas gargantas del arroyo de la Degollada, con sus álamos fríos y

violentos de hoja caduca, anticipaba el invierno.

Carlitos y Joaquín siguieron a Ricardo con pasos vacilantes. Joaquín sostenía en la mano derecha un bocadillo de chorizo que había sacado de una bolsa de plástico, y que comenzaba a chorrear su grasa manchándole los dedos de un unto rojizo que podría haberse confundido con sangre aguada.

Ricardo lo contempló embelesado, y luego sintió arcadas.

Se llevó la mano a la boca, tratando de contenerse, y apretó los ojos con asco.

—¿Qué te pasa? —Joaquín lo señaló con el bocadillo, apuntándolo como si fuera una pistola.

—¡Mira que estás raro! —Carlitos opinaba que eran demasiado mayores para hacer cosas tan ridículas como vomitar en medio del patio del recreo. Ni que ellos fueran damiselas de esas que tienen dolencias gástricas crónicas.

—¿Es por lo de tu padre? —Quiso saber Joaquín, y se colocó bien las gafas con la mano libre.

—¿Qué es *lo de mi padre*, si puede saberse?

—Todo el mundo sabe que tu padre ha ido al cuartel —respondió Joaquín. Su voz era áspera pero su cara decía: «No tienes de qué preocuparte, por favor, por favor…»—. Pero no pasa nada. El padre de Martín también ha ido. Fue ayer, creo. Y, mira. —Señaló al muchacho que se paseaba cerca de ellos, al lado de dos niñas mayores, con el aire de un gallito lisiado cobijándose a la sombra de dos gordas gallinas cluecas dispuestas a protegerlo a picotazo limpio de quien fuera—. El tío está tan campante, no como tú.

—Cállate la boca. No sabes nada —lo amenazó Ricardo.

—Oye, que yo sólo decía…

—Tío, no sé qué te pasa últimamente. —Carlitos se rascó la nuca. En su cara no había la más mínima señal de satisfacción.

Oyeron a Mercedes, que jugaba a las gomas elásticas con dos amigas. Su pelo brillaba, y sus ojos se escurrían por encima de las cosas como quien huye del escenario de un crimen. Las miradas de Mercedes y Ricardo se cruzaron por un segundo, y el chico bajó la cabeza sintiendo que los agujeros de los ojos de la niña lo habían magullado de un golpe certero.

Jesús Cedillo, Julio Ramírez y el fantoche de Ignacio Sagra se

acercaron hasta el lugar donde jugaban las chicas.

Los tres amigos vieron cómo empezaban a hablar con ellas con la excusa de querer participar en el juego. Intercambiaron algunas palabras y otras tantas carcajadas más falsas que la sonrisa de una serpiente.

Un instante después, la situación del grupo cambió. Dejó de ser tensa y forzada para acabar convirtiéndose en insoportable.

—¡Puta! —rugió Julio. Escupió a los pies de Mercedes.

Pero el chico siempre había sido un poco cobarde, de modo que se conformó con darle un manotazo a la niña, que no la alcanzó, y luego salió corriendo y se perdió de vista al girar la esquina de uno de los edificios de la escuela, entre grupos de niños pequeños que jugaban al corro, cogidos de la mano lo mismo que collares de perlas humanas rebozadas en polvo y cánticos balbucientes.

No hicieron lo mismo Jesús e Ignacio, que se enfrentaron a la muchacha y la rodearon. Sus dos amigas se pegaron a la pared y miraron a un lado y a otro buscando ayuda con la mirada.

—¡Avisa a la maestra! ¡Llama a doña Teodora! ¡Tú, Palau!, ¡o tú, Carlos, idiota! —gritó una de ellas—. ¡Mueve el culo, *tarao*!

Ni Ricardo, ni Joaquín ni Carlitos se desplazaron ni un centímetro de su sitio.

Se sentían presos de una inmovilidad despreciable y perversa. Unidos por un vínculo corporal que les pegaba los pies a la tierra.

—Esto es horrible. —Joaquín consiguió articular palabra por fin—. Son chicas, ¿no? Mercedes es una chica y no ha hecho nada, y ellos son, son…

—Unos canallas… —Ricardo expulsó las palabras como si fueran un escupitajo amargo.

—*¡Fora d'aquí! ¡Fora!* —gritó Joaquín, y dejó que el bocadillo se cayera al suelo. Enseguida acudieron a él un montón de hormigas de estómago insaciable, que toquetearon el pan y el chorizo con las patas y las antenas antes de decidirse a disolverlo en migas fácilmente transportables hasta la fresca seguridad del hormiguero.

Ignacio y Jesús habían acorralado a Mercedes contra la pared. La niña podría oler sus alientos. El color había abandonado su cara.

—¡Dejadme en paz! —suplicó. Vacilaba, y su voz temblaba.

De pronto, la mañana perdió todas sus bondades. Incluso oscureció un poco gracias a unas nubes residuales pero desenvueltas

que habían tapado por completo el sol.

—Sí, sí eres una putilla… Por algo eres hija de tu madre, ¿a que sí, Merceditas, guapa? —Ignacio agitó la mano delante de la cara de la muchacha al modo de un sonajero.

—¿No vamos a hacer nada? —preguntó Carlitos.

Ricardo estaba mudo. Su cobardía era la agobiante panoplia con que se enfrentaba a la escena, y no le permitía desplazarse ni un centímetro del suelo que pisaba.

—Yo sí voy a hacer algo. Creo —dijo Joaquín, y se acercó al grupo. Se caló las gafas y tocó el codo de Jesús con la sutileza con que se golpearía una puerta de papel cebolla—. Oye, déjala, ¿quieres? Ella no se ha metido contigo.

Jesús se volvió hacia él y le dio por respuesta un guantazo en plena cara que hizo que los anteojos del niño volaran por los aires. Joaquín no se lo esperaba, trastabilló y cayó sentado sobre ellos. Las lágrimas acudieron a sus ojos en cuanto oyó crujir los cristales debajo de su trasero lastimado.

—¡Serás cacho mierda! —le gritó con rabia a su agresor—. ¡¿Pues no que me ha roto las gafas el cacho mierda éste?!

Carlitos y Ricardo continuaban parados donde estaban, mirándolo todo con incredulidad.

Ricardo observó a Joaquín, y se dijo que a su amigo le salían rayos y truenos por la boca, y nubecitas negras de la cabeza, igual que en los tebeos.

Su irritación creció como una cortina que hincha el viento, pero siguió sin poder moverse.

Vio cómo Joaquín se levantaba y se sacudía con una mano los trozos de cristal que se le habían quedado pegados al pantalón. Menuda se iba a poner su madre cuando se diera cuenta de que se había roto los pantalones, además de las gafas.

Mercedes consiguió escurrirse entre los matones, aprovechando que ambos dirigían ahora su atención hacia Joaquín. Se colocó al lado de sus amigas. Respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba al ritmo de su enojo y de su miedo.

—¡Mira el gafotas! —rugió Ignacio, y soltó una carcajada—. ¡Pobrecico, que se le han roto las gafas! ¡Verás cuando vuelva al cuartel y le tenga que explicar a su papá que ya no tiene gafas para poder hacer los deberes!

—¡Me las has roto tú! —Joaquín señaló a Jesús. Estaba rojo de indignación, y en sus ojos brillaba una rabia adulta y antigua—. Y me las vas a pagar, cacho mierda.

—¿*Yo* te voy a pagar *a ti* las gafas? —Jesús hizo una mueca de despreocupación—. Si te lo crees te ahogas, enano cegato. Y el mierda serás tú. Como vuelvas a repetirlo te parto la boca, por si no has tenido bastante con las gafas.

—¿Qué me vas a partir… *qué*? —Joaquín se fue acercando hasta Jesús dando pasitos cortos.

Era más bajo que los dos muchachos, y bastante menos fuerte. Acabarían con él en el primer asalto, pensó Ricardo con impotencia. Sería como ver a Pablo Mármol tratando de liquidar a Godzilla y a su hermano gemelo armado de un libro de poemas y su típica voz de pito.

—El asunto pinta mal —susurró Carlitos—. Voy a ir a avisar a los maestros.

Echó a andar lentamente, sin atreverse a ofrecer la espalda, hasta que se sintió seguro, se giró por entero y se puso a correr, perdiéndose de vista enseguida.

—¡Cuidado, ten cuidado, Joaquín! —Una de las niñas chilló, pero ya era demasiado tarde.

Jesús cerró el puño izquierdo y lo estrelló contra la cara del niño, que contrajo los ojos en un espasmo de dolor.

Mercedes miró a Ricardo como si él fuera la espita por la que salía el mal del mundo y estuviera en sus manos cerrarse para siempre. Pero el chico estaba atascado, confundido ante las diferentes perspectivas que le ofrecían sus emociones, sus deseos.

—Ricardo… —musitó la niña. No le dirigió una orden, ni un ruego, sólo dijo su nombre, pronunciado con la convicción de un sortilegio—. Ricardo. Ricardo.

Ignacio y Jesús comenzaron a aporrear a la vez a Joaquín, que a esas alturas lloraba en silencio, si bien no se quejaba y hacía lo que podía por defenderse, aunque lo que podía era poco. Una niebla espesa y roja le enturbiaba la vista: tenía una ceja partida y, bajo ella, su ojo derecho se añublaba rápidamente debido a la sangre que le manaba rostro abajo.

Por fin, el valor de Ricardo empezó a dar fe de vida.

Sus piernas se pusieron en marcha como si les acabaran de dar

cuerda, y atacó de cabeza sobre los riñones de Ignacio. Eso le dio un respiro a Joaquín, que vio la oportunidad de lanzar una patada a la entrepierna de Jesús, que a su vez se llevó las manos a la bragueta y gimoteó mejor que un corderito en el matadero, con un timbre ambiguo y afeminado.

Ignacio, en cuanto pudo reponerse del ataque, agarró a Ricardo por el pelo —debería haber ido a cortárselo hacía por lo menos dos semanas, como le ordenó su madre, y se arrepintió de no haberle hecho caso—, lo empujó hacia el suelo, y cuando empezaba a morder el polvo, le lanzó patadas en la cintura hasta que Ricardo descubrió que le resultaba imposible respirar. Reunió las escasas fuerzas que le quedaban y acertó a atrapar un pie de Ignacio, tiró de él con la intención de arrancarle la pierna de cuajo, y el otro cayó al suelo con el ruido de un saco de patatas podridas.

Joaquín seguía sangrando, no veía demasiado bien, y daba golpes ciegos pero decididos a su alrededor que, cuando menos, consiguieron liar a Jesús y hacerle replegarse en una defensa tosca y desorganizada que no obtuvo los buenos resultados que pretendía.

Mercedes se unió al grupo. La emprendió a puntapiés con Jesús, que ya no daba abasto para quitarse de encima a Joaquín con sus manos enloquecidas y frenéticas como aspas de molinos bajo un viento salvaje. La niña se quitó un zapato, se volvió hacia Ignacio y le sacudió con él en la nuca. Ignacio la miró con malicia, le sujetó la mano con que sostenía el zapato y le retorció la muñeca hasta que Mercedes aulló de dolor. Ricardo se lanzó de nuevo sobre él, tratando de hacerle soltar la mano de la chica. Le golpeó el estómago con los puños apretados, pero Ignacio no estaba dispuesto a liberar su presa fácilmente. Cayó el zapato al suelo y, un segundo después, se oyó un crujido inconfundible de huesos estallando. La muñeca de Mercedes hizo el mismo ruido que un palito seco que alguien troncha para luego mordisquearlo mientras da un paseo por el campo.

Ricardo soltó la cintura de Ignacio y cogió el zapato de nuevo. Era grueso, un Gorila negro de suela ancha y tacón recio.

Mercedes lloraba a lágrima viva. Ricardo supo que tenía la muñeca rota. Y si aquel mostrenco seguía retorciéndole la mano no le cabía ninguna duda de que terminaría por arrancársela del cuerpo. Levantó el zapato de la chica y lo estampó con fuerza por la

parte del tacón encima de la cabeza de Ignacio, que estaba arrodillado sobre Mercedes, tendida ya sin aliento en el suelo. Golpeó una vez, y otra vez y otra. Tenía la sensación de que la cabeza de Ignacio estaba llena de piojos y gusanos, de mugre más vieja que el mundo; y se dispuso a limpiarla de una vez. De modo que descargó en ella, y volvió a atizar con todas sus fuerzas.

Podía ver cómo se iban abriendo rajas en el cuero cabelludo de Ignacio, rendijas en carne viva que durante un instante eran blancas, del mismo blanco que la conciencia de un niño pequeño, y que al segundo siguiente se transformaban en rojas y diminutas fuentes de las que brotaba la sangre limpia, inquietante, sin dirección concreta a la que dirigirse, chorreándolo todo. Como si las heridas se hicieran viejas y dejaran de ser puras en un abrir y cerrar de ojos, igual que la gente.

Se disponía a dar un nuevo golpe cuando alguien sujetó firmemente su mano y la sostuvo en el aire, bamboleándose sorprendida, incapaz de trazar el arco que la llevaba derecha a la cabeza magullada de Ignacio, trabada al modo en que se enlazan uno con otro los pies de una yegua.

—¡Ricardo, basta, basta ya, basta!

El niño levantó la cara y vio el rostro ceñudo y apesadumbrado de don Alberto.

—¿Qué? —atinó a decir—. ¿Qué?

—¡Dios Santo, Dios Santo! ¡Basta ya, basta! —repitió don Alberto—. ¿Qué significa esto?

Joaquín y Jesús se pusieron en pie a duras penas. El primero de ellos tenía la cara como un tomate aplastado, y el segundo se agarraba la pierna izquierda con abatimiento y lucía una mueca quejumbrosa que le arrugaba la cara.

Mercedes había dejado de llorar.

—Hay que llevar a estos niños al médico —le dijo don Alberto a doña Teodora—. Vamos, rápido.

Cogió a Mercedes y la ayudó a ponerse en pie. La chica tenía los ojos cerrados. Tal vez pensaba lo mismo que Ricardo y se hacía la ilusión de poder lograr que el mundo desapareciera cada vez que ella bajaba los párpados.

Se había formado un revuelo de niños de distintos tamaños que rodearon a los protagonistas de la batalla campal mientras

cuchicheaban entre sí, lanzaban risas, gritos y silbidos.

Mercedes dio unos pasos apoyándose en el cura, se le doblaron las piernas y se desmayó, aunque no volvió a caer al suelo porque don Alberto la sujetó a tiempo.

—Después de ver al médico, hablaré muy seriamente con todos vosotros. —Don Alberto los miró uno por uno. Luego se acomodó a la niña entre los brazos y siguió a doña Teodora, que le fue abriendo paso entre los niños.

Los otros cuatro lo siguieron en fila de dos, con la cabeza baja. También ensangrentada.

Siempre puede haber un momento en que uno se sienta una mezcla de *Don Quijote* y *El idiota*. A Ricardo le tocó considerarse así aquella mañana. No obstante, cuando más tarde pensó en ello, se dio cuenta de que jamás había experimentado una pasión tan arrebatadora como cuando intentó reventarle el cráneo a Ignacio a estacazo limpio. Y eso —se dijo a sí mismo—, era algo que podía darle qué pensar para el resto de su vida.

46

A Mercedes tuvieron que llevársela a Toledo, al hospital, para que la enyesaran después de que el médico confirmara que tenía la muñeca rota. La mano le colgaba ajena al brazo con la ligereza de una ristra de chorizos puesta a secar al lado de la chimenea. Era un colgajo de piel que podía girar trescientos sesenta grados una vez desprendida del hueso. La niña mantenía los ojos muy cerrados, entre el dolor y la inconsciencia, y no los abrió ni una rendija hasta que su tía Claudia estuvo a su lado y le acarició el pelo.

A Joaquín no tuvieron que coserle la ceja porque el médico le puso una especie de grapa encima, y aseguró que con eso la herida cerraría, y así no le quedarían cicatrices. Aunque, por descontado, sus gafas no tuvieron un remedio tan fácil como su cara. Martín Almoguera hijo las había recogido, cuando el patio empezaba a despejarse de niños, y le entregó a Joaquín sus restos despachurrados: cuatro alambres torcidos con algún fragmento de cristal peligrosamente adherido a ellos aún.

Jesús Cedillo fue el que acabó mejor librado, aunque se quejaba de que le dolían varios huesos (señaló los sitios exactos sobre su cuerpo, uno por uno, pero don Lorenzo le aseguró que allí donde él indicaba no había hueso en ningún caso). Le dieron unas aspirinas y un bote de Mercromina, y lo mandaron enseguida para su casa.

Ricardo no salió demasiado malparado tras la pelea. Apenas unos rasguños en la cara y los brazos, las rodillas desolladas y la ropa mugrienta. Ignacio, por el contrario, recibió varios puntos en el cuero cabelludo. Ricardo vio cómo se los daba el médico del pueblo, porque don Alberto lo obligó a mirar.

—Tú no te vas a mover de aquí —le dijo, ceñudo—. Quiero que no te pierdas detalle. ¿Has visto alguna vez cómo se cosen las heridas? Me refiero a lo que normalmente llamamos «dar puntos». Los médicos y los cirujanos en realidad no son más que unos

excelentes costureros de carne humana. Así que, como eres tú el responsable de que Ignacio tenga la cabeza abierta igual que una sandía, quiero que acompañes a don Lorenzo mientras se la cose. Incluso le puedes ayudar si necesita algo. Anda, lávate la cara y las manos, doctor Watson. Marchando.

Ricardo hizo lo que le ordenaba y aguantó lo mejor que pudo los aullidos lastimeros de Ignacio, que sobrellevó la cura a pelo, sin tranquilizante ni anestesia que valiesen.

—¡¿No me va a poner usted anestesia?! —exclamó horrorizado cuando vio al médico enhebrar la aguja con la que se disponía a coserle el cuero cabelludo.

Don Lorenzo lo miró con absoluta tranquilidad por encima de las gafas, a la vez que negaba.

—La mejor anestesia es la somanta de palos que tienes en la cabeza, Ignacio, hijo mío —sentenció con una sonrisa contenida que estaba entre el sadismo y la afabilidad—. ¡Y tú! —Señaló con el afilado instrumental a Ricardo—. Abre bien los ojos, que me tienes que ir indicando por dónde debo meter la aguja —se tocó las gafas con la mano libre enguantada—, todo el mundo sabe que mi vista ya no es lo que era…

Ricardo e Ignacio se apreciaron fugazmente, de un taimado vistazo. La aprensión enlucía sus rostros por igual. Ambos se rebulleron, nerviosos y se prepararon para lo peor.

Más tarde don Alberto, con el rostro huraño y cansado, le puso los puntos sobre las íes a Ricardo.

—¿Me quieres decir a qué estabais jugando? —pregunto, sentado en una de las aulas vacías del colegio.

Ricardo estaba de pie, frente a él, cabizbajo y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Sácate las manos de los bolsillos —ordenó el cura.

Ricardo obedeció.

—A nada. No estábamos jugando a nada.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —Los ojos claros del sacerdote se inflamaron de seriedad.

—No. Sí, sí. Me doy cuenta.

—¿Eres consciente de que podías haber matado a Ignacio?

—¡Pero si fue él quien estuvo a punto de matar a Mercedes! ¡Y a Joaquín! ¡Fueron ellos los que empezaron! ¡Jesús y él!

—Los que empezaron, los que empezaron… —susurró don Alberto, haciendo una especie de coro enervado de las palabras del chico.

—Sí, nosotros estábamos tan tranquilos, y de pronto ellos llamaron puta a Mercedes. —Se regodeó al pronunciar la palabra «puta», se daba cuenta de que el sacerdote se sentía incómodo cada vez que era enunciada en su presencia—. Y luego le soltaron un tortazo a Joaquín y lo tiraron al suelo y le rompieron las gafas.

Trató de descifrar algo en la expresión de don Alberto, pero el joven había dispuesto sus sensaciones por debajo de un barniz helado que le cubría el semblante, e impedía que pudiera leerse nada en él. Incluso sus ojos eran una suerte de callejón sin salida de su cara.

—Joaquín sólo tiene un par de gafas, no tiene repuesto —dijo el muchacho, como si eso lo explicara todo.

—¿Sabes lo que dice el Quinto Mandamiento, pequeño Watson? —Don Alberto aparentaba tristeza y desencanto, y eso a Ricardo le dolió—. Tú ya has hecho la Primera Comunión, y sabes que el Quinto Mandamiento dice: «No matarás». Pelearse es también una forma de matar. De matar de otro modo, desde luego, no a través de la muerte total, pero sí arrancando pequeños trozos de vida. La violencia siempre atenta contra la vida, Ricardo. A Dios no le agrada que te pelees, y a las personas buenas como tu madre, tampoco. Tu hermana Macarena se llevó un susto tremendo cuando se enteró de que tú formabas parte de una pelea de la que ya habla todo el mundo. Si alguien quiere reñir contigo, date la vuelta, déjalo y no le contestes. Sigue tu camino en paz.

—Eso es lo que hice, al principio, pero luego…

—No te enfades por cualquier cosa, no sientas odio por los demás, ni los molestes, ni los maltrates. ¿Recuerdas lo que hablamos sobre el maltrato, cuando comentamos que a lo mejor a Martín le pegaba su padre?

—Pero, Alberto, es que…

—A San Pancracio un niño malo le dio un terrible bofetón y el santo, pudiendo vengarse de aquel mocoso devolviéndole el empellón, no lo hizo, sino que le dijo: «Te perdono igual que Cristo perdonó a los que lo crucificaron».

—Yo sólo soy monaguillo —«no llego a ser un santo», pensó el

chico, «y nunca lo seré, está más que visto».

—Precisamente porque eres monaguillo estás obligado a actuar mejor que demás.

—Ignacio le estaba partiendo el brazo a Mercedes. Yo sólo quería que la soltara. Si tú hubieras estado allí te habrías dado cuenta de que no bastaba con pedirle por favor que la dejara en paz. Ignacio era igual que un perro de presa. Estaba como loco. Tenía los ojos en ascuas.

Recordó el exhibicionismo y la glotonería salvaje de la mirada del chico mientras retorcía la muñeca de la niña, su ausencia de empatía y remordimiento ante el dolor ajeno expresada en forma de media sonrisa sádica y babeante. Y se dijo que volvería a romperle la cabeza de nuevo si fuera necesario. Ricardo adivinó en su contrincante el rencor que palpita en el fondo de todo fracaso —porque Ignacio era un notable desastre: fuerte pese a carecer de inteligencia, de recursos y de posibilidades sociales—; vislumbró la infortunada organización de su rabia formulada a fuerza de puñetazo limpio contra el mundo, y en este caso contra Mercedes, que era débil porque era hija de una madre que no había seguido las normas establecidas y que tuvo el mal gusto de perecer asesinada.

No sentía ni el más mínimo ápice de contrición. La carencia de arrepentimiento por parte de Ignacio, justificaba con creces la suya.

—Vas a escribir mil veces en tu cuaderno «No volveré a pelearme con nadie». Y estarás castigado sin recreo, y quedándote una hora más cada tarde después de acabar la escuela, desde hoy mismo hasta año nuevo. Entonces volveremos a hablar —dispuso don Alberto—. Espero que aprendas algo de tu falta y de tu penitencia. Espero que aprendas a controlar tu ira. Cuando tengas sed, lo mejor que puedes hacer es beber agua. Y cuando sientas furor, debes sentarte a meditar, y no harte a leñazos con cualquiera, incluso aunque ese cualquiera sea la causa de tu rabia.

—Muy bien. —Ricardo se preparó para salir. Dio unos pasos en dirección a la puerta, se volvió y se dirigió al sacerdote, que contemplaba abstraído la ventana tras la que podía verse un cielo de colores tan vivos y luminosos que bien podrían haber sido falsos—. Y, entonces, lo nuestro… Quiero decir, ¿ya no somos socios? ¿He dejado de ser el doctor Watson?

Don Alberto sonrió tibiamente y se estiró la sotana sobre las piernas.

—Elemental, querido Ricardo: una cosa no tiene nada que ver con la otra. Uno siembra y el otro siega. Aunque a veces, como en tu caso, el que siembra también siegue de cuando en cuando. Y hasta más de la cuenta.

El niño dio las gracias, murmuró una despedida y salió de la clase, cerrando tras de sí la puerta.

47

Ricardo había visto el anuncio en el
TP
de su abuelo, hacía ya tiempo. Al lado de otros que prometían «La guitarra, método rápido para tocarla sin solfeo». O bien «pistola superautomática con potentísimos detonantes de plástico, gran realismo», y «Los mejores chistes del año. Un libro para fomentar la risa y el buen humor en cualquier reunión de amigos».

Le pidió tímidamente permiso a don Vicente para recortarlo, rellenó el cupón con todos sus datos y puso una cruz al lado de las palabras «contra reembolso» para elegir la forma de pago. Sacó el dinero de su hucha y lo dejó en su habitación, escondido de las largas manazas de su hermano Gonzalo, pero disponible para él en cuanto llegara el paquete.

La propaganda invitaba a entrar en el «fabuloso mundo de los Monos de Mar», y al chico se le antojó una forma de vida tan maravillosa que bien merecía emplear en ella sus pocos ahorros. «Entre en el increíble mundo de la vida de los Monos de Mar», decía el reclamo publicitario, «consiga un recipiente de felicidad. ¡Animales domésticos instantáneos! Usted simplemente tiene que añadir agua, y eso es todo. En un segundo, los sorprendentes Monos de Mar cobrarán vida, y usted sólo tendrá que limitarse a disfrutar de los animales domésticos más adorables, que llevarán a su hogar sonrisas y diversión. Siempre deseosos de agradar, incluso pueden ser domesticados. Siempre divirtiendo, estos animales retozones hacen acrobacias y juegan entre sí. Conocen muchos trucos, y usted nunca se aburrirá de mirarlos. Criar Monos de Mar es tan fácil que hasta un niño de seis años puede hacerlo sin ayuda. Los Monos de Mar comen muy poco, y mantienen el agua limpia. No requieren más que un mínimo cuidado, aunque a ellos les encanta recibir atención. Cualquiera que disfrute de la compañía de animales

domésticos, adorará a los Monos de Mar. Le mostramos cómo enseñarles a obedecer órdenes y hacer bromas. ¡Qué gran manera de sorprender a sus amigos!». Luego añadía: «Gratis un año de alimento, un suministro de plasma vivo, una fórmula purificadora del agua, y un magnífico manual ilustrado sobre el cuidado, entrenamiento y alimentación de los Monos de Mar, además de nuestra famosa garantía de educación por escrito».

Le resultó mágico e irresistible. El dibujo en blanco y negro reproducía unos seres humanoides, claramente sexuados —el padre, la madre, el hijo mayor y la hijita—, sonrientes, estilizados, serenos y hermosos. Había un castillo al fondo del que salían burbujas de oxígeno igual que emerge el humo de una chimenea. Eran una mezcla fantástica de personitas, sirenas con piernas y escamas de pez. Sus cabezas estaban rematadas por una suerte de corona viva. Aunque lo verdaderamente sugestivo eran sus manos, humanas y perfectas en su pequeñez. Si se podía tomar como referencia la familia de humanos que los contemplaba absorta nadando dentro de su pecera —en otra viñeta del anuncio—, debían tener el tamaño de una lagartija, y la elegancia submarina de un delfín. Eran felices, seres de otra dimensión aterrizados en ésta para dar fe de que una vida sin problemas era posible: una existencia sin gasto, sin detritos, sin conflicto y sin interés.

Ricardo guardó el anuncio del

TP

lo mismo que un tesoro, y se sintió ansioso y desasosegado hasta que logró meterlo en un sobre y echarlo al buzón de correos.

Unos veinte días después, recibió el paquete. Su madre le dijo que había llegado algo para él a la oficina del cartero, pero que ella no lo recogió porque tenía que pagar y no llevaba suelto. (Jovita casi nunca tenía suelto cuando se trataba de saldar las ocasionales pero disparatadas cuentas de sus hijos).

Ricardo fue a recoger el envío un sábado, con el dinero pulcramente doblado en el bolsillo de sus pantalones. Le temblaban las manos y sudaba copiosamente ante la certeza de que por fin lograría sacar algo importante de sus sombras para hacerlo crecer.

Era un poco como tratar de jugar a ser Dios: ponías un poco de agua cristalina, echabas unos polvos dentro y ni siquiera era preciso recitar un conjuro o una plegaria para crear vida al instante.

Aquella misma tarde, después de comer, se encerró en la cochera en cuanto pudo darles esquinazo a sus hermanos y a sus padres. Llevaba un enorme tarro de cristal que le había pedido a su tía Rafaela, dado que no pudo conseguir una pecera en condiciones por ningún lado. «Melocotones en Almíbar Parra», rezaba la horrible etiqueta que él arrancó del bote y limpió, frotando hasta que las yemas de los dedos se le pusieron en carne viva.

En el ambiente mohoso de la cochera había un extraño fulgor de perfección mientras él se dispuso a seguir a rajatabla las instrucciones del cuadernillo.

Sacó la bolsita de plástico donde se suponía que estaba alojada la sustancia milagrosa de la que debían nacer sus Monos de Mar. La observó con atención. Se le antojaron simples cristales de sal, sin el más mínimo vestigio de movimiento, pero la química había avanzado mucho en los últimos tiempos. Eso era lo bueno del siglo XX, que las investigaciones progresaban a un ritmo vertiginoso. Cuando él fuese mayor, con toda seguridad sería capitán de una gigantesca nave espacial y recorrería el universo como Colón vagó por los océanos, viviendo aventuras y trazando mapas celestes, luchando y venciendo contra seres estrafalarios, lo mismo que los protagonistas de la serie *Espacio 1999*.

El tarro contenía agua transparente, de una pureza de espejo. Había hecho un buen trabajo fregándolo. Echó dentro el contenido y esperó conteniendo la respiración.

Pero no pasó nada.

Esperó durante una hora, mientras leía una y otra vez las instrucciones y se daba la vuelta con la esperanza de que, al volver a mirar, sus Monos de Mar hubiesen cobrado vida de repente. Seguro que había hecho algo mal. Probablemente era culpa suya, de su impaciencia y su avidez. Sin embargo, repasando una y otra vez lo que había hecho, no encontraba ningún fallo. La cosa tampoco era tan complicada: se trataba de abrir una bolsita y vaciar el contenido dentro de un recipiente lleno de agua limpia.

Las instrucciones lo decían bien claro: «Hasta un niño de seis años podrá hacerlo», y él tenía diez, jugaba con bastante ventaja. Además, se había lavado previamente las manos para eliminar todos los posibles gérmenes hasta dejárselas en el puro hueso, como si se dispusiera a realizar una operación quirúrgica a corazón abierto.

Estuvo toda la tarde sentado en el suelo, concentrando el desaliento de su mirada en el tarro de melocotones en almíbar. Nada se movió ni cambió en el agua, aunque a él se le originó un bonito dolor de cabeza, y empezó a ver chispitas de luz que estallaban a su alrededor por todas partes, como los fuegos artificiales de unos Monos de Aire invisibles.

La decepción lo paralizó. Nada cobraba vida. Aunque ni siquiera se le ocurrió pensar que a lo mejor la vida no era algo tan fácil.

Estuvo sentado frente al bote de cristal hasta que oyó a su madre llamándolo a gritos para que fuese a cenar.

Lo escondió todo dentro de un armario destartalado en el que su padre guardaba las herramientas, y salió de la cochera con los pasos fatigados de un viejo oso que abandona su cueva después de invernar durante interminables meses de frío y tormentas de hielo.

Los Monos de Mar nunca aparecieron. Él cuidó el recipiente con mimo a lo largo de semanas, hasta que un día comenzó a apestar y su padre, guiándose por el mal olor, descubrió el experimento y lo tiró todo a la basura después de arrojar el agua podrida por el sumidero del garaje.

48

El día doce de noviembre, sometieron a Franco a fisioterapia respiratoria. Los médicos se vieron obligados a levantarlo de la cama, teniéndolo una hora sentado. Pretendían ventilar sus bases pulmonares para intentar que no reapareciesen síntomas de insuficiencia cardiorrespiratoria. El viejo, al notarse sentado y consciente, se puso nervioso, como si ya se hubiera acostumbrado a la placidez semiinconsciente de la agonía y temiera despertar de nuevo a la vida, con toda su rabiosa libertad para el sufrimiento, la responsabilidad y el deshonor. En ese estado lo encontró el presidente Arias Navarro cuando entró por primera vez a verlo (hasta entonces, no se le había permitido pasar de la puerta). El Caudillo cerró los ojos, no le gustó la visita. Toleraba tan sólo a los médicos y a las enfermeras. Sobre todo a Lina, que le asía la mano y le murmuraba palabras suaves: «¿Quién soy?, ¿soy Nani?, ¿soy Alicia?, ¿soy una enfermera nueva? Si me conoce, apriete mi mano…». El Generalísimo la reconocía a la perfección, y no deseaba que se fuera de su lado. Esa mujer abnegada lo cuidaba, lo custodiaba primorosamente. Pero Arias Navarro… Aquel Arias Navarro de bigotito canoso y porte cansino, por él podía irse a hacer gárgaras.

Afortunadamente, los médicos no consintieron que los ministros entrasen en la habitación en ningún momento. Hubiese sido lo único que le faltaba.

Y qué decir de los periodistas —pensó quizás Franco mientras se dejaba ventilar los desbaratados pulmones—, qué decir de aquel enjambre de plumíferos hambrientos de noticias. Cualquier pequeña variación en el parte médico sería recibida como un trozo de carne fresca en una reunión de carroñeros. Permanecerían todas las noches en vela, seguramente desparramados por el *hall* del hospital, jugando entre ellos a las cartas y al ajedrez. Se jugarían el futuro de

España mientras daban tragos furtivos de chinchón y de *whisky* barato. Y luego entrecerrarían los ojos, muertos de ansiedad y de fatiga, en espera de que él, el Caudillo, cerrara los suyos de una vez por todas, para siempre.

El parte médico de las ocho de la tarde habló de «esporádicos trastornos del ritmo», y de la «regresión pulmonar» de Su Excelencia.

Y así mismo se leyó en las noticias de la tele, junto con el anuncio de que Angola, una colonia que pertenecía al vecino Portugal desde el siglo XVI, se había declarado independiente, y que Agostinho Neto, del Movimiento Patriótico de Liberación de Angola, había jurado su cargo como presidente del nuevo gobierno.

Don Alfonso de Borbón y Dampierre, primo de don Juan Carlos, elogió al príncipe en los términos siguientes: «Ha estado al lado del mejor de los maestros, el Caudillo, y ha aprovechado al máximo sus enseñanzas», contra el sentir de Alejandro Rojas Marcos que no estaba muy de acuerdo con la legitimidad del príncipe, pues argumentaba que dicha legitimidad provenía directamente de Franco, no de su dinastía o de la voluntad popular.

La Marcha Verde continuaba estancada, perdiendo efectivos humanos cada día que pasaba, mientras las Cortes españolas aprobaban en Madrid el *Proyecto de Descolonización del Territorio Autónomo del Sahara*, por cuarenta votos a favor y dos en contra (los de los procuradores Pedrosa Latas y el marqués de Valdeiglesias), además de la abstención de Alberto Cercós. En tanto que José María de Areilza, embajador de Franco en Washington, escribía en «la tercera» página de *ABC* un artículo rebosante de sensatez titulado «Las opciones posibles», en el que sugería que había un buen número de españoles —entre los que él no se contaba— que estaban en desacuerdo con el sistema democrático, mientras que otros tantos ciudadanos de izquierdas, algunos de ellos en la clandestinidad, pretendían romper brusca y definitivamente con el pasado y establecer una democracia tras la muerte de Franco. Para él, ambas posturas eran erróneas, porque lo que había que hacer era «compatibilizar el cambio con el respeto escrupuloso a la legalidad institucional».

Ricardo llegó a su casa después de cumplir con su castigo de una hora de encierro diario en el colegio después de las clases. Por lo

menos, a los demás también los habían castigado a lo mismo, aunque no los dejaban cumplir juntos el arresto, sino que los repartían por aquí y por allí, en todos los rincones de la escuela, para que no pudieran verse, partirse la cara otra vez o cuchichear durante la hora de correctivo.

La privación de libertad, el aburrimiento y la soledad fueron para don Alberto suficiente punición para la pelea que protagonizaron, y doña Teodora y don Antonio eran demasiado mayores para no estar de acuerdo con el sacerdote, así que no se opusieron a su decisión.

Ricardo tenía la impresión de que faltaban siglos para que llegara Año Nuevo.

Mercedes estaba mejor, según les había dicho el maestro, pero no volvería al colegio. Le habían enyesado el brazo, y tenía que llevarlo en cabestrillo como mínimo durante un mes.

—Mi padre dice —les había contado Joaquín a Carlitos y a él— que su tía ha ido al cuartel a no sé qué y que les ha dicho a los guardias que Mercedes ya no va a volver a la escuela. Por lo visto se la van a llevar del pueblo. De interna en un colegio de monjas. Se la van a llevar a Toledo o por ahí. A lo mejor hasta a Madrid, incluso.

Joaquín miró a sus dos amigos, encantado bajo su ceja magullada. Era un correveidile estupendo. Le gustaba dar noticias, se sentía importante mientras las refería, el centro de atención.

—Te has quedado sin gafas. —Fue lo único que se le ocurrió comentar al respecto a Ricardo. Seguidamente se encogió de hombros, como si aquello no fuera con él, y le dio una patada a una piedra imaginaria.

49

Aprovechaba el castigo para hacer los deberes en el colegio de modo que, cuando llegaba a casa, Ricardo no tenía nada más que hacer, excepto merendar y tumbarse a la bartola a ver la tele. *La piedra blanca* era su serie favorita, le gustaba la niña protagonista, se parecía a la mujer del anuncio de Terry, pero en plena infancia confundida y necesitada de amuletos para sobrevivir. Se estiraba en el sofá y veía la televisión mientras esperaba a que llegase su hermano. Se notaba la ausencia de Macarena en casa, y su madre no estaba muy habladora, no se podía contar con ella. Aunque nunca había tenido demasiada confianza con su hermano, cuando Gonzalo entraba por la puerta, respiraba más tranquilo: él era mayor, se haría cargo de cualquier desastre en caso de que ocurriese porque estaba convencido, de una manera intuitiva, de que era al primogénito a quien correspondía esa tarea en ausencia de su padre.

Echaba de menos a su padre. Se preguntaba qué estaría haciendo. ¿Habría huido de la justicia, acaso? ¿Se habría convertido en *El Fugitivo* de España y estaría ahora vagando por ahí, igual que el doctor Richard Kimble, recibiendo balazos, encajando heridas de arma blanca y sufriendo amnesia y ceguera temporal? ¿Y cómo sería su vida —la vida de él, su hijo—, después de que lo declarasen prófugo y todo el mundo se enterase de quién era en realidad? Por lo menos, Kimble era inocente del homicidio de que lo acusaban; estaba claro que él no había matado a su esposa, a pesar de las obsesivas sospechas del teniente Gerald. Pero… ¿y su padre, era inocente de verdad? ¿Y por qué se había marchado de casa si no tenía nada que ocultar?

Salió al patio y empezó a juguetear con las hojas caídas. Hacía días que sus amigos y él ni siquiera jugaban al fútbol. Hizo unos

regates imposibles con una lata oxidada. En caso de que se cortase con ella, no habría ningún problema porque para eso les ponían a todos la vacuna antitetánica. Desde que él podía recordar, le ponían vacunas sin cesar. Su cuerpo llevaba más vacunas encima que el de un astronauta.

Se cansó de la lata y miró a su alrededor con la desazón de quien se asoma a una rasgadura del cielo.

Su madre últimamente no se esmeraba con la limpieza, por lo menos de puertas afuera de la casa. El suelo estaba plagado de restos vegetales mustios y de porquerías pajizas acumuladas allí por el viento que a lo mejor venían de los montes o de los sembrados cercanos, volando igual que sueños secos en busca de un espacio inerte sobre el que descomponerse a placer.

Vio que algo se movía entre unas macetas y se sobresaltó. Seguro que se trataba de un bicho. Se acercó de puntillas, tratando inútilmente de no hacer ruido. Fuera lo que fuese, no tenía escapatoria porque allí cerca no había ningún agujero por el que cualquier criatura, por pequeña que fuese, pudiera colarse y escapar hacia las alcantarillas, hacia la negrura del centro del mundo, hacia la nada.

Le dio una patada a una maceta de barro que alojaba unas hortensias marchitas y descubrió detrás, pegados a la pared y temblando, a unos seres rosados, ciegos y gordezuelos, con la piel recorrida de venas traslúcidas en las que la sangre bombeaba con la furia del agua de un torrente. Se puso en pie de un salto, asqueado y asustado. Se trataba de crías de ratón. Eran tres, no sabía de dónde podían haber salido. Quizás se habían caído de un agujero del entarimado que sujetaba la escalera del patio y desembocaba en las habitaciones del piso superior. Cuando logró reaccionar, dos de las bestezuelas se habían perdido de su vista, pero la última, la más débil, permaneció allí, temblando acobardada. No conseguía ni siquiera arrastrarse unos centímetros del sitio en el que estaba, y Ricardo se fijó en que tenía las patas dislocadas, dispuestas de manera tan poco natural como las de un cangrejo.

—¡Te pillé! —siseó sobre la diminuta alimaña.

50

Le dio con el pie suavemente. Se oyeron unos súbitos chillidos ahogados. Ricardo hinchó el pecho de aire y volvió a poner el pie sobre el cuerpecillo. Gradualmente fue aumentando la presión de su zapato sobre el bicho hasta que, en un determinado momento, ya no fue capaz de ver ni un trocito de su sonrosada piel asomando por debajo.

Ahora que lo pensaba, quizás el ratón no era tan rosado, sino más bien tirando a un color ceniciento con vetas negras, igual que la vida. Del color de la iniquidad.

Podía sentir al ratoncito tullido moverse debajo de la suela de su bota. Producía una sensación extraña tener algo así, dominado bajo el chanclo. Un ser del tamaño adecuado. Sin fuerza, sin dignidad y sin importancia ninguna. Una cosa con vida, pero que no alberga en su interior la vaguedad moral de un alma.

Don Alberto siempre decía que la vida es sagrada. Que todo tiene un alma aunque no se la podamos ver. Los árboles y los pájaros, los libros y los edificios, los insectos y las obras de arte… Más que cristiano, el cura era animista. Aseguraba que había que respetarlo todo, no sólo la vida humana, porque honrarlo todo, todo lo que existía, era la única manera posible de enaltecer la vida humana y esa dignidad natural con que la había dotado Dios.

El ratón aquel, incluso aunque se librara de morir aplastado bajo el zapato de Ricardo, no podría ir muy lejos. Estaba lisiado. Era una cría malherida, un bebé de rata paralítico. Si él no la mataba, se la comerían sus propios hermanos, o su madre.

Qué crueles eran las maniobras que servían a la Naturaleza para arrancar la muerte del seno de una criatura mientras la sembraba en el de la siguiente.

A veces la vida no era todo lo justa que uno hubiera deseado.

Aumentó la presión del zapato y notó el efecto del inmediato

despanzurramiento de la criatura en forma de sonido sibilante y líquido.

Ya estaba hecho.

La cría de ratón estaba muerta. Él la había matado. Había sido mucho más fácil matar al ratoncito que darles la vida a los Monos de Mar.

«Siempre es más sencillo perder para siempre las cosas que encontrarlas», decía su abuelo. Y don Alberto aseguraba que era infinitamente más simple morir que vivir.

Levantó el pie. La suela de su zapato estaba llena de vísceras, sangre y algo negro y pegajoso. Las patas del ratón se habían quedado pegadas a los bordes de su suela con la triste y grotesca inutilidad de unas hojas de margarita tiradas en el pavimento.

Ricardo se dio la vuelta con el pie en alto. Tenía que limpiarse aquello en alguna parte, y…

Se quedó paralizado.

Allí estaba Gonzalo, mirándolo fijamente. Ni siquiera lo había oído entrar en la casa, tan absorto estaba en sus juegos de crueldad y de muerte.

—¿Qué haces, Ricardo? —preguntó su hermano. El tono de su voz era tranquilo.

—Yooo… Había un ratón. Varios ratones. He logrado pillar a uno —se disculpó.

—Ricardo, te he preguntado que qué estás haciendo.

—Menos mal que mamá no ha visto a los ratones. Le hubiera dado un síncope.

—Ricardo…

El chico bajó la cabeza. Tenía el zapato ensangrentado, lo había colocado sobre el suelo de canto para no dejar la solería manchada mientras hablaba con Gonzalo.

—Lo siento —dijo.

—Has estado una eternidad torturando al gorgojo ése. Enano, no era necesario que fueras tan cabroncete con el animalito. Por muy asqueroso que sea el bichejo… No, no. No, Ricardo. —Meneó la cabeza, consternado. Incluso a Gonzalo le iba a salir la vena conservacionista y se la iba a restregar a él por la cara de la manera en que él refregaría la suela de su zapato por el suelo si pudiera—. La pobre sabandija no tiene la culpa de no caerte simpática. Es un

poco lo mismo que te ocurre a ti conmigo —sonrió con una complicidad poco habitual en él.

—Sólo quería matarlo, para que no criara cuando fuese mayor. A ti tampoco te gustaría tener la casa llena de ratones.

—Ricardo, enano. No hagas esas cosas nunca más. Tampoco hace falta que te conviertas en uno de estos catetos que tenemos por aquí, que son más cerriles que un *arao*.

Gonzalo lo miraba fijamente, como evaluando el precio de su hermano pequeño.

—Yo sólo quería…

—No es necesario que te ensañes con nadie.

—¡Yo no me he ensañado!

—Enano, joder, que te he estado viendo… Eras como un pistolero del Oeste apagando una colilla con la punta de su bota, antes de liarse a tiros con los hombres del *sheriff*.

Ricardo gimió imperceptiblemente.

—¿Está mamá en casa? —Gonzalo miró a su alrededor, pero todo estaba en silencio.

Ricardo negó con la cabeza. Los hombros empezaban a hundírsele, a meterse hacia dentro de su cuerpo.

—Límpiate los zapatos —le recomendó Gonzalo—. Ni se te ocurra pasearte con eso pegado al talón.

Ricardo no pudo soportarlo más y dio rienda suelta a sus emociones. Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Gonzalo desvió la mirada hacia otra parte.

—Joder, joder —musitó, confundido.

Se acercó hasta Ricardo, dejó su mochila en el suelo y le puso una mano en el hombro bruscamente.

Ricardo hipó y fue igual que si diese un largo sorbo de aire. La turbación le rectificaba los rasgos de la cara, y el muchacho parecía ahora arrugado como si hubiera un plástico extendido por encima de toda su sustancia corporal.

—Hay que joderse —dijo Gonzalo.

Lo abrazó un poco. Con cautela, como si temiera que le diese un calambre al hacerlo.

Ricardo se sintió incómodo. Abrazar a su hermano no iba con su estilo. Sólo se rozaban entre ellos en las luchas cuerpo a cuerpo que mantenían cada cierto tiempo en el suelo del salón, por los motivos

más peregrinos y estúpidos que cupiera imaginarse.

Gonzalo era más alto que él, le rodeó la cintura con brazos temblorosos. Luego rompió a llorar violentamente. Gonzalo lo apretó contra su pecho y le alborotó el pelo.

—No te preocupes, enano. Que todo irá bien, joder.

Ricardo se estremeció de pena.

—Sí —farfulló con la lengua embrollada en su propia saliva—. ¡Sí, sí, sí!

51

Don Alberto y Ricardo se encaminaron a uno de los bares de San Esteban con paso decidido.

La sotana del cura oscilaba al frescor de la brisa otoñal del atardecer, y Ricardo aguzaba los oídos y tenía erizada la piel de la nuca, igual que un perdiguero joven.

En la población había los suficientes bares como para que nadie pudiese quejarse de que no encontraba quién le sirviera un cubata o una cerveza a cualquier hora, por muy intempestiva que ésta fuera. La proporción de bares en relación al número de habitantes era mucho más generosa que la de médicos, practicantes o farmacéuticos, de los que no disponían más que de un único ejemplar por profesión para todo el pueblo. Dar de beber al sediento era una obra de misericordia de sobras cumplida por allí.

En San Esteban no precisaban más que de un solo médico, además de un único practicante y un farmacéutico. La excusa de la cercanía con Toledo bastaba para que la gente se sintiera tranquila al respecto. Si pasaba algo —o si don Lorenzo, el galeno de toda la vida, se ponía malo y no podía atender a sus pacientes, algo que no había ocurrido más que un par de veces a lo largo de más de veinte años—, siempre se podía subir a quien fuera a un coche y llevarlo echando chispas a Toledo, que tampoco quedaba tan lejos.

Pero no sucedía lo mismo con los bares. Quizás por eso, tabernas había varias. Don Alberto no las conocía todas; no era de esos curas a los que les gustaba andar de casino en casino porque, además, era el único método mediante el que podían conseguir tener un mínimo de relaciones sociales con los paisanos, dado que no lograban encontrarse con ellos en la iglesia más que en las bodas, bautizos, comuniones y entierros; o sea: de higos a brevas, y no con la frecuencia necesaria para llegar a conocerlos de verdad, poder vigilar su fe y contribuir a hacer de ellos unos buenos cristianos

desde la cuna hasta la tumba.

No. Don Alberto no bebía, excepto el vino de misa y alguna cerveza comiendo. Prefería un largo paseo por el monte, con un libro bajo el brazo, antes que el mero trasiego público de licores sin más objetivo que obligar al hígado a funcionar al ritmo de una manivela enloquecida y alimentada —para más INRI—, por descomunales resacas, trastornos hepáticos y billetes de veinte duros.

Por otro lado, tenía la secreta impresión de que los bares olían mal y eran sucios, cuando a él le alarmaba recordar que, según el Evangelio, lo que mancha sale del corazón.

Quizás temiera atrapar algo malo en un bar. Tal vez sospechaba que los bares eran frecuentados por corazones que desaguaban sin cesar sus despojos en el ambiente.

Esos establecimientos le recordaban a París, a un viaje que hizo siendo apenas un pipiolo adolescente, un simple pelele de las emociones adultas. Por entonces leía a escondidas a José Luis Martín Vigil —*La vida sale al encuentro* fue un libro decisivo en su vocación sacerdotal—, iba bien en los estudios del seminario, se enamoriscó de una prima suya, Margarita, en unas vacaciones en Pollensa, y al poco viajó a la capital gala para perfeccionar su francés y olvidar para siempre a la jovencita con la que no sólo lo unían unos lazos aterradores de incipiente sensualidad, sino también familiares, de sangre.

Estuvo un mes entero viviendo en París con una familia católica. En aquella época tenía problemas de castidad, y solía «caer» a menudo. Una tarde, al oscurecer, se acercó a Pigalle. Caía una lluvia fina y enmarañada de niebla. Sentía curiosidad y miedo por conocer un escenario que, según se decía, ni era cristiano ni decente. Cuando bajó del metro en la estación de Barbés-Rochechouart, apenas podía respirar de la conmoción. No sabía qué era peor, si lo que pudiese encontrar en las calles o su imaginación desatada haciendo actos de fe en forma de tortuosos presagios impúdicos.

Al principio, lo aturdieron los anuncios de neón. Luminosos y excitantes pero con un poso de sucia melancolía latiendo cada vez que los colores rojos se encendían y se apagaban. Las aspas del Moulin Rouge parecían los brazos infatigables de un gigantesco

diablo eléctrico que se retorcía de lujuria. Narcisse, Cupidon, Naturistes, Folies Pigalle… lugares falsamente atrayentes y juveniles. En el Narcisse había una cascada de agua que ni siquiera simulaba estar limpia del todo.

En la parte baja, largas filas de mujeres hacían guardia en las aceras, gruñendo sus precios y exhalando el humo de sus cigarrillos, a través de sus labios pintados, como viejos utilitarios que soltaran su apestosa combustión por los tubos de escape.

Olía a pescado y a vino rancio, a sudor y a promesas de pecados carnales sin límite.

Sintió miedo y asco, y subió a la plaza de los pintores, junto a la Basílica. Estaba llena de petimetres que se ponían sus sueños de gloria cada vez que salían a la calle con la misma naturalidad con que él vestía pantalones y jersey por la mañana.

Visitó el Sagrado Corazón y tradujo la inscripción latina que reproducía una frase del Evangelio de san Juan: «La lanza le abrió el costado, y la sangre y el agua brotaron…».

Al volver a bajar, el mercado de la carne estaba aún más animado que hacía un rato. Las fulanas discutían entre sí, los chulos se acercaban de vez en cuando y les susurraban sus repugnantes órdenes. Los puestos de salchichas despedían un humo ceniciento que perfumaba de grasa la atmósfera.

Un negro le tocó el trasero a una muchacha, y se rió estruendosamente mientras movía con violencia la cabeza a un lado y a otro, igual que si bailara. La prostituta era lozana y guapa, no estaba estropeada todavía, y sonrió con desgana. Luego le dedicó un corte de mangas y escupió al lado del hombre. Siguió andando, contoneándose con caderas de arcilla, muy erguida sobre sus tacones baratos.

La gente hablaba a gritos en un rápido francés plagado de expresiones en argot, y el jovencito Alberto no se enteraba de casi nada.

Salió corriendo de allí cuando un hombre con unos bigotes del aspecto de hierbajos, medio calvo y con ojos del mismo color azul del Sena en los días de tormenta, tiró de él tratando de introducirlo en uno de los cubiles de la calle, mientras lo tentaba con una revista pornográfica que agitaba en la mano con la pasión de una bandera.

Acabó la visita en el Barrio Latino, tratando de controlar los

latidos convulsos de su corazón, bajo un sauce llorón que casi rozaba las aguas del río con sus ramas.

Esa noche tuvo pesadillas en las que extrañas mujeres medio locas tomaban su mano y lo impelían a lanzarse hacia el Sena, cuyas aguas brillaban con la furia de un rojo anuncio de neón, se abrían con la facilidad del Mar Rojo, y hablaban con voz de trueno, con la misma voz que la zarza ardiente dirigiéndose a Moisés: «Ven aquí, Alberto. Y préndete fuego», decían.

52

—Me han dicho que, a estas horas, el padre de Martín suele estar en este bar de la plaza —dijo don Alberto.

—Sí, le gustan los bares —respondió Ricardo.

El profeta Isaías —recordó el sacerdote—, acusó a los *ebrios de Efraín* de errar con el vino y entontecerse con la sidra, de equivocarse con la visión y tropezar en el juicio. Y el profeta Oseas, contemporáneo de Isaías, también advirtió de los peligros del alcohol.

No es que don Alberto fuese muy estricto en cuanto al consumo de bebidas alcohólicas, pero era evidente que la Biblia lo condenaba desde el Libro de Números al Levítico.

Sus amigos se hubieran reído de haber podido leer sus pensamientos al respecto. Pero sus amigos curas eran unos rojeras que…

—¿Entramos? —preguntó Ricardo.

—¿Eh? Ah, sí. Sí.

Echó un vistazo a la taberna. Carecía de encanto y de gracia. Era una casa nueva de ladrillo visto en la parte sur de la plaza, cerca de la iglesia, con rejas en las ventanas; vanos de luz demasiado pequeños y con las persianas casi siempre bajadas. Probablemente, para edificarla habían tirado alguna construcción de siglos de antigüedad. Un cartel ordinario y mugriento, muy distinto de los anuncios parisinos que él recordaba, informaba de que se encontraban ante la entrada del Bar El Jabato.

—No beberé vino porque Jonadab hijo de Recad nuestro padre nos lo ordenó —recitó en voz baja.

—¿Qué? —Ricardo le tiró de la sotana, llamando su atención.

—Nada, me estaba acordando de algo. No me gustan los bares.

—Éste, desde luego, no es de los más bonitos que existen, pero

es el que más clientela tiene en el pueblo. Ponen buenas tapas con los quintos de cerveza y con los chatos de vino. Mi abuelo dice que a la gente de aquí le gusta comer cuando cree que le está saliendo gratis.

—Venga, vamos a entrar. —El sacerdote puso una mano en la espalda del niño y lo empujó hacia la puerta suavemente como si fuera el pequeño, y no él mismo, quien estuviese reticente a entrar—. Tampoco practicamos la abstinencia total de los recabitas, que no comían ni uvas secas por si acaso se emborrachaban. Yo creo que una

Coca-Cola

sí que nos podremos tomar. Adelante, doctor Watson. Vamos a por la chispa de la vida.

Pasaron al interior del recinto. Al principio no vieron bien lo que había porque entraron deslumbrados desde la calle. No es que la tarde fuese demasiado clara: la luz del sol se consumía detrás del entusiasmo de unas nubes estériles, sin rastro de lluvia, pero sempiternas y desafiantes, colocadas igual que una cortina que interrumpiera la visión del cielo. Pero, en comparación con la luz del interior del bar, la de la calle tenía un brillo cegador. Allí dentro no podía verse apenas. Entre que las ventanas eran estrechas y estaban cerradas y que, para ahorrar luz eléctrica, no había más que unos candiles encendidos sobre la barra —al lado de una hilera de botellas de ginebra Larios, probablemente rellenas con licor de garrafa—, nadie se habría atrevido a decir que el local fuera un sitio rutilante y alegre. Sin embargo, debía cumplir su función con gran eficacia, porque siempre tenía clientes. Quizás lo que ahorraban en luz lo gastaban en regalar tapas.

Cuando estuvieron dentro, don Alberto agarró el cogote de Ricardo, como un ciego al borde de un acantilado que busca asidero en una piedra.

—¡Aug! —se quejó el niño—. Que me haces daño.

—Perdona, es que he estado a punto de tropezar.

—Buenas tardes, don Alberto. —El dueño del bar, acodado detrás de la barra, era un bulto sin mayor dignidad que la de un espectro. Don Alberto no distinguía bien su cara, ni siquiera su cuerpo, y aquella sensación le inquietaba.

El dueño-camarero apretó un botón y de pronto el lugar se

iluminó tanto que podría haber parecido que estaban sobre un escenario.

—¡Perdone usted, señor cura! —El hombre sonrió con una mueca visionaria. De algún modo, un gesto hipócrita hecho sin ningún disimulo, ostentoso—. Es que el que me instaló las luces me puso un chorro largo, como usted verá. No se pueden encender sólo unos cuantos focos para tener un buen ambiente. O los enciendes todos a la vez, o no enciendes ninguno. Y tener todas las luces marchando los días enteros con sus noches, pues… sale por un pico. Así que me arreglo con unos candiles, que esto da más intimidad y la parroquia… O sea, usted perdone. Y la… la clientela agradece no tener que estar con los ojos como gavilanes, igual que si estuvieran tomando el sol en Benidorm… ¿Qué quiere usté tomar?

Don Alberto y Ricardo se acercaron a la barra.

—Una Coca-Cola, gracias —dijo el sacerdote.

—Nada de Coca-Cola, aquí tenemos Pepsi.

—Vale, pues eso. —Don Alberto señaló al niño levantando el mentón—. ¿Tú qué quieres, Ricardo?

—Nada, gracias.

El tabernero miró a Ricardo con retintín.

—Coño, ¡estos señoritos!… —Se rió. Su desdeñoso silabeo tenía la consistencia de un esputo—. ¿Cómo no van a ser ricos si gastan menos que un jabalí en desodorantes? Anda, tómate algo, señoritingo…

Ricardo se sintió incómodo.

—¿No quieres nada? —volvió a preguntar don Alberto.

—No, de verdad. —Se tocó el estómago como si le doliera, aunque lo tenía perfectamente.

—Lo que tiene usted que hacer, es llevarse a este pájaro para un seminario. Que lo hagan cura —sugirió el dueño del bar. Su mirada había sido rociada con unas gotas de limón—. A ver si así sale un hombre de provecho. Que como lo dejen aquí, silvestre igual que está ahora… Mire usté la paliza que le pegó hace poco al chico de la Julia, que casi le parte en dos la cabeza.

—Bueno, al final no fue para tanto —intercedió don Alberto—. Y ya le ha pedido perdón, y todo.

—¿Perdón? —El tabernero tenía una expresión de socarrona malicia—. ¿Y eso de qué sirve? —Giró el cuello hacia el niño—.

¿Pues no eres tú monaguillo? Bien poco que se notan las misas que sabes cuando te pones a hacer borriquerías, ¿eh, cabri…?

El muchacho sonreía con miedo y sin convicción.

—Hágalo usted cura, don Alberto —sugirió el hombre venenosamente. Se le notaba el resentimiento en el rostro con la misma claridad que si se hubiese colocado una nariz de madera de olivo. Una animosidad que no tenía tanto que ver con el niño como con lo que representaba: los privilegios de una clase social que, en el caso de su abuelo, incluso le habían permitido el lujo de vivir sin trabajar; muy al contrario de lo que le había sucedido a él mismo que, a su edad, aún seguía fregando vasos y aguantando borrachos hasta las tantas, y dando gracias porque tenía un negocio y no se veía obligado a salir al campo, o a hacer de peón de albañil, y partirse el espinazo a diario al aire libre—. Métalo en el seminario, y así su papá se ahorra los gastos de los estudios. Que los ricos tienen que economizar para poder seguir siendo ricos, señor cura.

Ricardo no quería ser sacerdote. Quizás alguna vez se le había pasado por la cabeza, y por eso era monaguillo, pero la verdad es que no se veía con fuerzas para vivir de ese modo. Con faldas, o sea: con sotana; y sin posibilidad de tener novia. No, él quería ser ingeniero. Su hermano Gonzalo le dijo una vez que, para ser astronauta, lo mejor era saber ingeniería. Y Ricardo estaba decidido a pilotar naves espaciales cuando fuese mayor, de modo que no le quedaba más remedio que estudiar ingeniería, por difícil que fuese. Seguro que era mucho más complicado que ser cura, a pesar de la sotana y el celibato.

El niño se daba cuenta de que aquel hombre que le había servido a don Alberto una Pepsi —acercándole un vaso no muy limpio que llenó enseguida de cubitos de hielo—, disfrutaría de alguna manera retorcida e innoble si él acababa siendo sacerdote un día, pero que no le haría ninguna gracia saber que de mayor había logrado convertirse en ingeniero. Eso reforzó aún más su determinación de estudiar ingeniería, y sólo en ese momento esbozó una auténtica sonrisa satisfecha que le dedicó al hombre.

El cantinero lo observó, desconcertado, y pareció perder de golpe gran parte de su seguridad en sí mismo y de sus poderes de intimidación. Así que soltó un jadeo hastiado y se fue al otro lado de la barra, dejando solos al niño y al sacerdote. Cambió la cinta

que sonaba en el radio caset y se oyó la alegre voz de Manolo Escobar, brotando en cascada de los altavoces.

El niño y el cura observaron a los parroquianos.

—Martín está allí —dijo Ricardo, señalando con la mirada—. Y, oye, Alberto, ¿sabes ese señor mayor que hay en la mesa del fondo jugando al tute con otros dos abuelos?

El sacerdote escudriñó el rincón que indicaba el muchacho.

—Sí, hombre, el que tiene la gorra de cuadros torcida sobre la cara.

—Ah, sí. Ya sé a quién te refieres.

Era un grupo de jubilados que jugaban a las cartas mientras fumaban sin parar, bebían lentamente de sus vasos de vino y rezongaban entre ellos, maldiciendo si el azar no les era propicio.

Estaban situados debajo de varias cornamentas de venado —tratadas por el taxidermista y colocadas sobre trozos de aglomerado barnizados imitando las vetas de la madera noble—, que constituían la pobre decoración del local.

—Ése es Sarbelio —dijo Ricardo—. El padre de Clara. El padre *de verdad*, aunque pase por su tío.

—Sí, lo que nos explicó tu abuelo.

—Lo veo mucho sentado en los bancos de la plaza, con el resto de los viejos que cotillean. Y también en los bares. Antes no me fijaba en él.

Don Alberto asió el vaso con su bebida y se la llevó a los labios. Dio un buen trago y contuvo un eructo a duras penas.

—Vamos a hablar con el tal Martín, venga —ordenó.

—Venga —coreó Ricardo.

Cuando se acercaron a él, el hombre giró hacia la pareja y los curioseó de frente.

53

—¿Yo? ¿Qué iba a ganar yo matándola? Mi mujer, mi esposa, sabe —Martín dio un trago a su güisqui con limón—, no es lo que se dice una mujer. Por lo menos no es una mujer donde debería serlo. Por la noche, sabe. Cuando nos vamos a la cama… —Le guiñó un ojo a Ricardo, que apartó la mirada, avergonzado—. Entonces no es una mujer. Pero Clara sí que lo era. Ya lo creo que lo era, la muy guarra. ¿Por qué iba yo a querer que se muriera?

—Yo no he dicho nada de eso, le he preguntado si tenía alguna idea de quién podía haber sido —aclaró don Alberto.

—Por si le queda alguna duda, don Comosellame —Martín estaba un poco trompa. Todo el mundo sabía que tenía un punto macarra, de desagradable chulería natural, que se acrecentaba de forma insoportable cuando bebía—, yo no la pude matar porque esa noche, cuando la apuñalaron, yo estaba… Ya se lo conté a los *civiles* el otro día, cuando me llamaron a declarar. Estuve encerrado en un calabozo de Getafe porque me trincaron los de Tráfico por conducir borracho. Yo nunca conduzco borracho porque conduzco por el día y bebo por la noche, pero aquella tarde me invitaron a un aperitivo en Madrid, después de cerrar unos negocios y… Se me fue la mano. A la vuelta estuve a punto de enderezar todas las curvas de la puta carretera esta que tenemos.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en el cuartelillo de Getafe? —quiso saber don Alberto.

—Pues, ellos lo saben mejor que yo. Ya se lo han comunicado a los de aquí, según me ha dicho Vera. Pero más o menos desde las nueve de la noche hasta las nueve de la mañana siguiente. —Las patillas de Martín, en forma de chuleta de cordero, le recordaron a Ricardo las del doctor Isaac Asimov.

—Según la autopsia, a Clara la asesinaron entre las diez de la

noche y la una de la madrugada del día uno —asintió el sacerdote.

Martín le hizo una seña al camarero para que le pusiera otra copa.

—¿Quieren tomar algo más, el cura y la compañía?

—No, gracias —contestaron los dos a la vez.

—Sí, así es. —Martín se secó los ojos, le estaban lagrimeando, quizás debido al alcohol—. Yo no la maté, pero ya les dije a los *civiles* que fue culpa mía. Culpa mía, me cago en mi estampa.

—¿Culpa suya por qué? —don Alberto prefirió no prestar atención a las maldiciones del hombre.

—Porque la Clara estaba en la carretera esperándome a mí. ¡A mí! —Dio un trago y apuró la copa—. Nos veíamos una vez por semana. Quedábamos en la carretera. Ella le decía siempre a su hermana que esa noche llegaría tarde del trabajo porque tenía reunión con los del partido. No llegaba a entrar al pueblo, se quedaba en el desvío de la ermita hasta que llegaba yo. Así ahorrábamos tiempo, y gasolina, que está a veinticuatro pesetas el litro y no es cuestión de andarla malgastando. La Clara —explicó torpemente— era comunista. De esos que están afiliados al partido y toda la vaina. Un partido que ni siquiera existe, hay que joderse. ¡Si en España no hay partidos! Tenemos que nos sobra con el Fuero de los Españoles. Y no siempre se cumple. Ojalá se practicara a rajatabla… La Clara no hacía más que darme la vara, poniéndome de capitalista y de explotador para arriba. Tonterías suyas. Nos reíamos de eso. Decía que me quería «convertir» al comunismo. Yo no le daba mucha importancia. No entiendo de política, la política me parece una mierda. Yo sólo sé de ir a trabajar y de hacer dinero y salir adelante, que la vida no es fácil bajo el Sol. La política es una… En fin, que lo único bueno que ha tenido Franco es que ha acabado con la política. Además, yo a la Clara no la quería para hablar de política.

—¿Estaba en la carretera, esperando a que usted llegara esa noche, la noche en que la mataron?

—Se lo acabo de decir. Cogía su cochecito que, por cierto, aunque nadie lo sabe se lo regalé yo hace un par de años para que no tuviera que ir a trabajar en autobús; se subía a su coche y me esperaba cerca de la ermita todos los viernes por la noche —confirmó Martín—. No me mire con esa cara, hombre de Dios. No

es tan raro. Tenemos una hija juntos. Una hija que es una flor, y no ese pollino amanerao que tengo en mi casa con mi mujer.

—Pero, usted no se ocupaba de la niña. De sus gastos, y todo eso.

—Le daba dinero a la Clara de vez en cuando. No podía darle más de lo que le daba. Tengo mis obligaciones, y otra familia. Las pesetas no me dan para tanto.

—¿Entonces eran ustedes amantes?

Martín sonrió. Sus largas patillas encogieron a la par que se extendían sus labios.

—Llámelo usted como quiera.

—Su hermana Claudia, la hermana de Clara, no sabía nada de su relación —apuntó el cura.

—Se olería algo, pero no querría ni pensar que la hermana se veía conmigo. Tenga en cuenta que yo dejé preñada a la Clara cuando no era más que una cría. La Claudia no me quiere ni ver desde entonces. Si por ella fuera, yo estaría colgando de los huevos en un ciprés del camposanto —decretó Martín con un dejo de pesar que logró humanizarlo por un instante.

—Ya veo.

El dueño del bar llevó la nueva copa y retiró el vaso vacío con los restos de hielo y la rodaja de limón descolorida en el fondo. Luego se fue por donde había venido, sin decir palabra.

—Pero, señor cura —Martín se pasó la lengua por los labios, que tenían la textura de un esqueje de rosal mustio—, todo esto ya se lo conté yo a los *civiles* en cuanto me llamaron a declarar. Se lo dije al inspector y a los del cuartel, a todos. ¿Y a usté esto qué le importa?

—Como bien sabes, yo me encontré el cadáver de la mujer enfrente de la ermita. Me mortifica este asunto. Una inocente ha muerto, y eso ofende a los ojos de Dios.

—Los ojos de Dios… Esa noche debía tenerlos cerrados. —Martín cabeceó, se le empezaba a notar la borrachera—. Pero fue culpa mía. —Se golpeó el pecho con los nudillos, como si estuviera llamando—. Si no hubiera bebido en Madrid y no me hubieran pillado los de Tráfico con aquella curda, habría llegado a tiempo de estar con ella. La Clara se habría salvado. No estaría ahora criando malvas bajo tierra.

Parecía que estaba a punto de echarse a llorar, pero se contuvo.

—No es culpa suya, no se atormente —aconsejó don Alberto.

El otro sonrió con los ojos bajos.

—Es demasiado tarde para eso.

Don Alberto y Ricardo se dispusieron a marcharse. El cura sacó unas monedas del bolsillo de la sotana y fue a ponerlas sobre la barra para pagar la consumición.

Martín hizo un gesto para detenerlo.

—Estése usted quieto, ande, que lo invito yo —dijo.

El sacerdote volvió a guardar el dinero y murmuró la palabra «gracias».

Martín lo atrapó por la sotana antes de que se fuera.

—Yo la quería, ¿sabe usted? En todos estos años, desde que tuvo a la cría, siempre hemos estado juntos. Menos un par de veces o tres que nos peleamos y ella estuvo tonteando por ahí… siempre ha sido mía, de nadie más por mucho que en el pueblo la pongan de zorra y de ligera de cascos. La gente tiene la lengua más larga que un día sin pan. —Alzó la cara y miró a los ojos de don Alberto fijamente—. Yo estaba esperando a que se muriera Franco. Dicen por ahí que, bueno… sobre todo era la Clara quien me lo decía. Dicen que cuando Franco se muera van a poner el divorcio en España. Yo tenía pensado divorciarme de mi mujer y casarme con la Clara. Llevármelas, a ella y a la hija, a Madrid. Comprar un pisito y vivir otra clase de vida. No me van mal los negocios, y me pueden ir mejor de aquí en adelante. Podríamos haber salido a flote fácilmente.

Don Alberto cabeceó, comprensivo.

—Me temo que eso ya no va a ser posible, Martín.

Ricardo se fue andando en dirección a la salida, y esperó fuera con las manos en los bolsillos.

—Fue culpa mía, ¿sabe usted? —Martín soltó la sotana poco a poco. Le temblaba el pulso con la violencia de un pequeño corazón encabritado bajo la piel de la muñeca; echó mano al vaso y se lo llevó a la boca. Bajó el tono de voz—. Soy el responsable de que la Clara no esté ahora mismo en su casa respirando. Pero yo no le clavé el cuchillo. Aunque sé quién lo hizo.

El sacerdote lo miró con curiosidad. La confusión y el alcohol creaban nuevas formas de vida en los iris de Martín.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Qué…? ¿Lo ha hablado con los

guardias civiles?

—Sí, pero dicen que no puede ser, los muy gilipollas. Dicen que el que yo digo que es el asesino tiene un testigo que estuvo con él toda la noche. ¡Menudo testigo, no te jode!

—¿Y quién… si puede saberse? ¿Quién pudo…?

—¿Quién va a ser? Su propio padre. Bueno, su tío. —Señaló con la cabeza y un gesto de odio a Sarbelio, que jugaba a las cartas al fondo del recinto, con la mirada concentrada en los naipes que tenía sobre el tapete de la mesa—. Estuvo acostumbrado a matar, y a lo mejor el asesinato es un deporte que echa de menos. En la guerra hizo lo que pudo por entrenarse, eso lo sabemos todos. Pregúntele usted por Albacete, por lo que hizo en Albacete el diecisiete de agosto del treinta y seis. O pregúntele por lo que estaba haciendo un mes antes de eso, el dieciocho de julio en Cartagena, en el barco *Río Sil*. Ande, pregúntele usté. Sabe mucha geografía, el Sarbelio de los cojones. Es un galápago de mucho cuidado. Viajó bastante en su época por toda España, incluso por África, y con compañías bien diferentes. Ese cabrón tiene experiencia con las navajas, ya lo creo. —Suspiró de rabia, se volvió a pasar la lengua por los labios y dejó en ellos algo así como la marca de una abrasión—. Nos espió varias noches mientras la Clara y yo estábamos juntos… haciendo… haciendo el amor dentro de mi coche, en la cuneta de la carretera y con las luces apagadas. No lo he visto con mis propios ojos, pero estoy seguro de que ha sido él quien la ha matado. Se la tenía jurada. Por puta, dijo. Una noche salí del coche y me lo encaré mientras nos acechaba. Estaba todo oscuro, pero de cuando en cuando apuntaba la luna y esclarecía, daba un respiro. Salí corriendo detrás de él y lo pillé. Llevaba los calzones bajados, no pudo correr bastante deprisa, aparte de que comparado conmigo es un vejestorio, así que tropezó con una mata, se cayó al suelo y lo trinqué por el cuello. Me llevé un susto de muerte cuando me di cuenta de quién era. Hacía varias semanas que nos habíamos fijado en que nos estaban rondando. La Clara y yo creíamos que era algún mozo del pueblo, un salido que se divertía mirándonos y pensando que no nos enterábamos de nada. Pero era él. *Él*. El muy hijo de puta. Su propia hija…

—Tranquilícese, hombre.

—Él la ha matado. Sólo estaba esperando la ocasión, y esa noche

la encontró. Y supongo que lo que quería, además, era cargarme a mí con su crimen. Seguro que estaba esperando a que yo llegara poco después de que él degollara a la Clara. Pero se llevó un chasco porque no volví hasta el día siguiente. Si no llega a ser porque me metieron en el calabozo… Si hubiera llegado yo por la curva de la ermita poco después de que él la matara, me hubieran cargado a mí con el muerto. Mi suerte fue la ruina de la Clara. —Soltó una risita que se convirtió en un gemido—. Es así, señor cura, hágame caso. Lo puedo leer en los ojos de esa bestia. En cuanto tenga la prueba, seré yo quien lo pase a él a cuchillo. Y me quedará la conciencia tranquila porque no es más que un animal. Un animal dañino. Una alimaña.

—No diga esas cosas. Tiene que ser fuerte —suplicó el sacerdote—. Venga a verme cuando quiera, cuando precise algo y yo pueda ayudarle. Martín, rezaré por usted.

—Oraciones, sí. No es eso lo que yo necesito, pero muchas gracias —dijo el hombre, y se encaminó a los lavabos con paso indeciso.

Cuando don Alberto salió del bar, el tabernero volvió a apagar todas las luces.

54

—¿Sabes qué, abuelito? —preguntó Macarena—. Me gustaría ser un ángel.

—Ya lo eres —respondió don Vicente, distraído.

—No, no. Quiero decir un ángel de verdad. —La niña entendía el concepto de metáfora, aunque no supiera que se denominaba así, y contaba con que la utilidad de dicha figura del lenguaje estaba puesta al servicio del embellecimiento o la crítica de la realidad, pero nunca al de su transformación—. Don Dionisio dice que Dios hizo a los ángeles santos, buenos y sabios, y que los ángeles no necesitan estudiar para aprender y saberlo todo, y que no necesitan comer, ni dormir. Y que no necesitan morirse.

—El diablo también fue un ángel, según dicen los curas, y mira… —objetó el abuelo.

—Eso fue porque no quiso obedecer a Dios, y Dios lo castigó, y en vez de ser un ángel guapo se convirtió en un demonio feo. Malo y feo.

—En fin, pero las niñas pequeñas tan listas y tan guapas como tú no tienen nada que ver con los demonios.

—¿Quién hizo el infierno, abuelo? —preguntó la cría—. ¿Lo hizo Dios, o fue el diablo que tuvo que construir un sitio para vivir?

—Creo que fue Dios, pero no suelo pensar en eso. —Don Vicente trató de cambiar de tema, no estaba de humor para conversaciones metafísicas—. ¿Te apetece jugar a las cartas? ¿Jugamos a las Parejas del Mundo?

Macarena tenía varios juegos de cartas con las que era preciso hacer parejas, o familias. Quienes jugaban con ella no siempre la dejaban ganar, pero la niña se las arreglaba para ganar casi siempre cuando jugaba.

—No quiero jugar a las cartas. Eso son cosas de niños.

Don Vicente la miró con incredulidad.

—Ah, bueno. Entonces…

El hombre torció el gesto.

—Puedes jugar con tu Fuerte de Comansi —señaló las puertas bajas de un gran aparador de roble—. La tía Rafaela lo ha guardado ahí. Está metido en una bolsa.

La niña no le hizo caso.

—En la clase de Catequesis, el cura nos ha contado que hay un ángel para cada persona, y un demonio también. El ángel le dice a su niño: «Sé bueno, obedece a tus papás, ve a misa y confiésate». Y el demonio le dice por la otra oreja: «Haz lo que yo te diga; sé malo y no te confieses».

La niña arrugó el ceño, se la veía preocupada.

—Pero, abuelito, yo nunca he oído a mi ángel. Ni siquiera he oído a mi demonio. Es como si estuvieran mudos. —Su rictus era de auténtica desazón—. ¿Tú crees que va a ser que no les gusto? ¿Crees que mi ángel y mi demonio se han ido a vivir con otro niño porque yo no les gusto? A lo mejor piensan que no soy bastante buena —recapacitó un poco y añadió—: O bastante mala.

—Ay, mi ratita presumida… ¡Qué tontería! —El abuelo se señaló las piernas y le indicó que se subiera en sus rodillas—. Pero ¿cómo te da por pensar esas cosas? Tú eres la niña más extraordinaria que conozco. —Se acercó a su oreja. Le costaba trabajo respirar; su resfriado no mejoraba en absoluto. Le dijo en voz baja—: No hagas mucho caso de los curas. La tía Rafaela hizo caso de todo lo que decían los curas, y mírala.

—¿Qué? ¿Qué le pasa?

—¡Pues que no ha hecho otra cosa en su vida nada más que ir a misa! —Se tapó la boca con las manos y tosió—. Y ni siquiera es que sea monja. Por lo menos tendría una profesión, si friera monja. Pero no.

—Pues la tita Rafaela es buena.

—Sí, Macarena, pero no ha vivido.

—¿Quieres decir que es una muerta? —La niña abrió desmesuradamente los ojos.

—No, mujer, no… Lo que digo es que no ha aprovechado la vida.

—Ah, ya. —Hizo un gesto grave de asentimiento—. Entonces… ¿tú crees que mi ángel y mi demonio no me quieren?

—No. No se trata de eso. A ti todo el mundo te quiere. Si no oyes a tu ángel ni a tu demonio es porque quizás ninguno de los dos existen. Tú a quien tienes que oír es a tu conciencia.

—¿Y por qué me tiene que pasar esto a mí? —Parecía dolida por tamaña discriminación—. ¿Por qué no le pasa a mi amiga Tere? Ella dice que oye a su ángel y a su demonio tan bien como a los Payasos de la Tele. Dice que gritan más que Fofó. Dice que su ángel y su demonio no paran de hablar, hablar…

—¿Y desde cuándo le hablan el ángel y el demonio a tu amiga Tere, desde que el cura os dijo que existían?

Macarena se concentró, haciendo memoria.

—Sí. Desde ese día por la tarde.

—¿Lo ves? Tu amiga se imagina lo que el cura le dice que se tiene que imaginar. —Se acomodó a la niña en sus viejas piernas doloridas—. Como tu amiga se descuide le va a terminar pasando lo mismo que a la tía Rafaela. Que se va a encontrar un día con que es toda una madre superiora, pero que no tiene más convento que su casa.

—¿Qué? ¿Qué?

—¡Que no hagas caso de todo lo que te dice el cura, leche! —Volvió a toser, y señaló hacia la alfombra para que su nieta bajara al suelo; no podía soportar el peso. Menudo carcamal estaba hecho—. El cura lleva razón en una cosa: tienes que ser buena. Pero todo lo demás… Todo lo demás… Los ángeles, los arcángeles y los demonios y toda esa gente… Eso son maneras de hablar. No te lo tomes a la tremenda.

—¿Cómo que a la tremenda?

—Nada… Que no pienses en eso. ¿Dónde está tu padre?

La niña se encogió de hombros.

—Trabajando.

—Hace días que no viene a verme. —Observó con gesto desafiante la ventana que filtraba la luz de la calle. Estaba encapotado, pero no caía ni una gota de agua—. Hace días… —repitió con un hilo de voz.

—¿Leemos unos cuentos? —La niña escogió de la biblioteca un libro al azar. *La sombra del sacristán*, de
E. C. R.
Lorac; estaba bastante nuevo. La portada era de tonos grises. A

Macarena no le gustaba mucho el color gris. Era vulgar. Aparecía por todas partes. Lo miró con recelo. Además, tenía la letra muy pequeña, seguro que no les daba tiempo a terminarlo.

—Macarena, que me duele la cabeza…

—¿Quieres que te cante algo a ver si se te pasa? —Dejó el libro donde estaba y se acercó de nuevo al sillón de su abuelo.

El abuelo entrecerró los ojos.

—*Pange lingua, gloriósi* —entonó Macarena, esperanzada—, *córporis misté*… —titubeó un segundo, pero respiró profundamente y continuó— *mistérium, sanguinisque pretiósi quem in mundi prétiuuuuummm, fructus ventris generósi rex effúdit géntiuuuuummm*.

—Va, vaaa… —Don Vicente juntó las manos poniéndolas en disposición de orar—. Muy bien, muy bien, Macarena. Ya sabes latín.

—¿Latín? ¿Qué es latín? —En realidad, ella se aprendía las canciones que les enseñaba don Dionisio siguiendo el mismo método que utilizaba con los trabalenguas.

—¿No podrías cantar algo más moderno? —pidió el abuelo, el cansancio le había agarrotado el pecho—. No sé, *El Bimbó*, o esa que dice *Saca el güisky, cheli*, y no sé qué más. Esas cosas que se oyen en la radio.

—*El Bimbó* sólo sé bailarlo si alguien me lo canta. —La niña se acercó hasta su abuelo y le acarició las manos—. ¿Estás mejor?

—Claro que sí, guapa —dijo don Vicente. Y luego perdió el sentido.

55

Macarena, al cabo, se acordó del teléfono. No solía sonar mucho, pero ella sabía dónde estaba.

La tía Rafaela había salido a oír misa. Su abuelo y ella estaban solos. Seguramente, el abuelo se había muerto. Ahora tendría toda la eternidad para estar muerto, y ella no conseguía soportar la idea. No entendía bien aquello de la eternidad que mencionaba el cura en la Catequesis, pero en cualquier caso no dejaba de darse cuenta de que se trataba de mucho, muchísimo tiempo, especialmente para dedicarlo a algo tan desagradable y poco entretenido como permanecer difunto.

Ella necesitaba a su abuelo vivo. Los muertos no servían para nada. No daban ni un ruido, pero tampoco hacían mucho por mejorar las cosas.

Sintió que el pánico empezaba a paralizarla, pero trató de vencerlo no mirando a su alrededor. Su abuelo tenía la cabeza torcida, descoyuntada sobre el sillón. La boca un poco abierta. Su pecho no se movía. Se acercó más a él.

—¡Abuelo, jolín! —gritó con todas sus fuerzas, pero don Vicente no se movió—. ¡Mírame, abuelo!

Pero el abuelo no la miró.

La niña recordó las instrucciones de don Dionisio sobre cómo asistir a un moribundo, que era uno de los deberes que no debe olvidar un buen cristiano. Enjugar el sudor de la frente, humedecerle los labios, arreglar el lecho y procurar que a su alrededor reine la calma.

Se apropió del pañuelo que sobresalía del batín de don Vicente, lo mojó en el vaso de gaseosa La Casera que su abuelo estaba bebiendo antes de que le diera el arrechucho (era el único líquido que tenía a mano), le limpió con él la boca y después lo colocó sobre la cara del hombre, a modo de emplasto. Le arregló el cabello

como pudo, dado que no tenía mucho y lo llevaba muy corto. Dio un paso atrás, contempló su obra y las piernas le bailaron de miedo.

Soltó un repullo de pena. Se secó las lágrimas con las dos manos y procuró no seguir aullando. Total, no servía de nada. Nadie iba a oírla. Otra cualidad que tienen los muertos es que están sordos como una tapia.

Se dio la vuelta y se dirigió corriendo a la entrada de la casa. Allí estaba el teléfono, colgado de la pared. Al lado había una benditera de plata de ley cordobesa y punzonada, probablemente del siglo XVI o XVII. La placa central era de porcelana pintada a mano, y representaba el Descendimiento en miniatura. Un pulso muy firme había delineado los trazos de la escena con colores enérgicos. El marco era de estilo barroco, con veneras, putis, columnas, querubines y guirnaldas vegetales por doquier adornándolo. Un pequeño recipiente alojaba el agua bendita que la tía Rafaela tomaba de la pila de la iglesia, metiéndola en un frasquito de cristal de los yogures; luego la volcaba allí con fervor una vez por semana.

Nunca salía de casa sin santiguarse antes con su agua bendita.

Macarena miró el teléfono descorazonada. Estaba muy alto, aunque la benditera estaba colocada un poco más a su altura. Se apoyó en ella, metió el puño en el agua bendita, aprovechó el soporte y dio un salto hasta que logró agarrar el auricular.

—Soy Macarena —le dijo a la telefonista, muy seria, y se secó la mano mojada en el pantalón de pana fina—. La nieta del *señorito*. Mi abuelo se ha muerto.

La mujer, al otro lado de la línea, dejó escapar un gritito sofocado.

—¡¿Pero qué dices, niña?!

Entonces, Macarena no pudo más, y se puso a llorar a lágrima viva.

—¿Y a quién quieres llamar?

—A mi madre. Y al cura para que nos dé la extremapunción.

—¿Estás sola?

—Sí, con mi abuelo. Estoy con mi abuelo.

—Cuelga —le ordenó la señora—, ahora mismo le digo a don Lorenzo que se acerque por ahí. Cuelga el teléfono.

La niña continuó llorando.

—No puedo colgar. No llego.

—Bueno, pues deja el teléfono como sea. ¿Dónde está tu tía?

—Creo que está en misa. —Nuevos sollozos brotaron de sus labios, que a esas alturas se le habían puesto amoratados.

—Dios mío. Ya localizo yo a don Lorenzo. En un santiamén va para allá.

Luego se cortó la comunicación.

Cuando don Lorenzo llegó resoplando, armado con su maletín de instrumentos médicos, Macarena estaba sentada en el tranco de la puerta, con aire decaído y los ojos hinchados de lágrimas silenciosas. Se sentía la centinela del alma de su abuelo que, por cierto, no había visto salir volando. Fuera como fuese, el alma de su abuelo debía seguir dentro de la casa. Por muy invisible que fuera el alma, ella la habría notado en cuanto se hubiese movido a su alrededor, en caso de que lo hubiera hecho. Pero allí no se había movido nada. Debía ser verdad que las almas se quedaban dentro de los cuerpos, como aseguraba don Dionisio, por los siglos de los siglos. Debía ser cierto que no iban a ninguna parte. Que sin el cuerpo no eran nada.

¿Qué sería exactamente la eternidad?

Dios debía de ser muy viejo para aguantar algo así, y era el único que sabía hacerlo.

Quizás fuese porque hacía fresco y la gente se recogía pronto, pero no había pasado nadie por delante desde que ella saliera a la calle. Los vecinos eran ancianos, y no salían con frecuencia. Tampoco ella se atrevía a pedirles ayuda, no podrían prestársela, los conocía y sabía que no les quedaban fuerzas ni para ir a abrir la puerta. Por otro lado, no se atrevía a salir corriendo en busca de ayuda y dejar a su abuelo solito. ¿Quién se iba a ocupar entonces de vigilar para que no se perdiera su alma?

No pasó nadie por allí cerca que pudiese socorrerla.

Ni que viviera en un pueblo de fantasmas.

—¿Dónde está tu abuelo? —preguntó don Lorenzo a gritos, antes de llegar a la puerta.

—Ahí dentro, en el sitio de los libros. —Macarena señaló la casa con un dedo temblón.

Don Lorenzo casi saltó sobre la niña.

Macarena siguió sus pasos hacia el interior del caserón, pero

más lentamente que el médico.

—Entonces… —la cría observó fijamente a su madre—, ¿entonces el abuelito ha resucitado?

Don Dionisio les había contado que un tal Lázaro, que estaba muerto y amortajado, resucitó tranquilamente. Tal vez ése fuera también el caso de su abuelo.

—No, no. El abuelo no ha resucitado porque no se había muerto —respondió Jovita con el semblante serio—. Gracias a Dios tu abuelo no se ha muerto. Cuando uno se muere ya no resucita, excepto para ir al cielo. Cuando una persona se muere es para siempre. Es definitivo.

—Pero yo he visto morirse al abuelo, mamá —insistió la cría.

—No, no se ha muerto. Te digo que sólo está malito.

—¿Y qué le pasa? ¿Se va a morir pronto, entonces?

—Vamos a rezar porque no sea así.

—¿Adónde se lo han llevado?

—A Toledo, al hospital. Le ha dado un infarto, pero los médicos dicen que su corazón es fuerte.

—El abuelito tiene un gran corazón, ¿a que sí?

—Sí. Ponte la chaqueta, que hace frío. Nos vamos a casa. La tía Rafaela se va a quedar en Toledo con el abuelo.

—Puede que el abuelito haya bebido vino y por eso se ha puesto malito. Yo lo vi bebiendo un vaso de vino en la comida. Se lo puso la tita en una copa grande. El vino es malo y lo puede matar a uno, porque don Dionisio lo ha dicho. —Macarena metió dócilmente los brazos por las mangas de la chaqueta que su madre le ofrecía—. San Pablo dijo que el vino es malísimo. Lo escribió en una Carta a los Adefesios. Los santos antes escribían muchas cartas, ¿a que sí, mamá?

—Carta a los Efesios, Macarena. E-fe-sios.

—¿Puedo escribirle yo una carta al abuelito?

—Puedes escribirle todas las que quieras.

—¿Ha vuelto ya papá de trabajar?

—No, todavía no, pero volverá muy pronto.

—Tengo ganas de verlo.

—Yo también. —Jovita sonrió con amargura—. Vamos, hija. Vamos.

Macarena se lanzó sobre la mujer una vez que tuvo abrochados

los botones de la chaqueta; se abrazó a sus caderas.

—Te quiero, madre —le dijo. Y añadió—: Menos mal que no se me ha muerto el abuelito. El abuelito de Pipi Calzaslargas tampoco se ha muerto, porque yo creo que no tiene abuelito, ni padre, ni nada. Pero yo he pasado hoy mucho susto.

56

La madrugada del día quince de noviembre, Franco volvió a sangrar. Su cuerpo, que ya tenía experiencia al respecto —al igual que España en varias ocasiones a lo largo de su historia—, soportó una dura hemorragia masiva.

Hicieron guardia a su lado los doctores Roldán, Llauradó, Martínez-Bordiu, Gómez Mantilla, Hidalgo, Fernández, Artero, Pozuelo y el director de La Paz, José Luis Vallejo.

El anciano tenía el abdomen espantosamente hinchado, como si lo hubiesen inflado de sangre por dentro, y presentaba un gravísimo cuadro de peritonitis, además de hipotensión arterial e hipertensión venosa.

Los médicos se plantearon volver a operar, y el doctor Pozuelo Escudero sugirió hacerle una punción para determinar la naturaleza exacta del líquido que estaba llenando su interior hasta el rebosamiento. El encargado de realizarla fue el doctor Cabrero.

El equipo médico no las tenía todas consigo, pero lo que no esperaban era que, al practicar la punción, el catéter mismo se llenara de líquido intestinal, por lo que temieron que, si eso significaba que dicho líquido se encontraba alojado en la cavidad peritoneal, las suturas hubieran estallado, con lo que no les quedaría más remedio que volver a cerrarlas, aunque la operación finalmente se convirtiera en un nuevo fiasco.

Llevaron al paciente otra vez al quirófano. Tenían que volver a intentarlo. La tensión de Franco era en esos momentos de 8 y 4. La intervención duró unas dos horas y, cuando terminó, el paciente normalizó sus constantes de forma casi milagrosa, aunque su pronóstico seguía siendo «gravísimo».

Le practicaban dos sesiones diarias de diálisis, y continuaba con respiración asistida. Había perdido la consciencia, y pocos apostaban porque lograra recuperarla nunca. Aunque, poco

después, lo hizo débilmente.

Doña Carmen y su hermana, la señora Isabel Polo, fueron al hospital, lo mismo que el ministro Fernández de la Mora, el general Campano y los príncipes, que acudieron en un coche conducido por el propio don Juan Carlos.

Nadie era optimista respecto a la salud del Caudillo. Su resistencia parecía haber llegado al límite.

Franco entraba en una fase terminal.

Sin embargo, logró recuperarse lo suficiente como para señalar su abdomen y su garganta cuando le preguntaron si le dolía algo. El tubo de la respiración asistida seguía atormentándolo, pero ya no era posible retirarlo.

La mujer del doctor Pozuelo recibió una llamada ofreciéndole una fortuna a cambio de que su esposo tomase una foto del Generalísimo agonizante. El doctor meneó la cabeza con profunda tristeza cuando su esposa le contó la indigna proposición.

Mientras tanto los españoles, generosos hasta el final con su Timonel, seguían brindándose por docenas para donar cualquiera de sus órganos al anciano moribundo.

El día anterior, viernes 14, se firmaron en Madrid los Acuerdos Tripartitos: España entregó el Sahara Occidental a Marruecos y Mauritania a cambio de algunas compensaciones económicas y políticas, lo que suponía el fin de la Marcha Verde y de un ejército español todavía teñido de colonialismo pero, sobre todo, significaba el abandono a su suerte del pueblo saharaui.

No se ofreció demasiada cobertura periodística a la noticia. Bastante tenía el pueblo español con especular sobre lo que le depararía el futuro como para andar preocupándose por el del Sahara.

—Veamos… —Don Alberto se llevó un dedo a la boca y se golpeó con él suavemente los labios. Estaba sentado junto a una mesa camilla, vestida con unas faldillas de gruesa felpa marrón plagada de pelotillas y rozaduras, cubierta con un viejo mantel de hule de Palauzie que tenía estampado un mapamundi en bonitos colores entre los que resaltaban el azul de los mares y océanos, el amarillo de las estepas y desiertos, y el verde de los valles y las montañas.

—Sí —respondió Ricardo. Sostenía un bolígrafo Bic de punta fina en la mano, y se apoyaba sobre uno de sus cuadernos de anillas

de clase. Escribía en la última página de la libreta, dispuesto a tomar nota de todo como un buen secretario o lugarteniente. Estaba tapando Etiopía y Somalia con su codo derecho, probablemente el lugar donde vivían los niños del Domund.

Se encontraban en la Casa de los Curas, y hacía poco más de media hora que habían vuelto ambos, el sacerdote y el niño, de oficiar la misa de tarde.

Don Dionisio estaba en su habitación, descansando. A don Alberto le preocupaba cada vez más la salud del viejo sacerdote. No sólo la mental, sino también la física. Sin embargo, cuando don Dionisio le anunciaba que iba a reposar a su dormitorio, procuraba no molestarlo: tenía comprobado que el anciano se echaba unas largas siestas que no podían hacerle mucho mal, sino todo lo contrario. Don Alberto se sentía bastante más tranquilo cuando el párroco estaba durmiendo, a la manera en que una joven madre se relaja del todo mientras su bebé sueña con los angelitos.

—Veamos —repitió don Alberto—. ¿Qué es lo que tenemos? Hummm.

—Pues, tenemos… —Ricardo miró su libreta, y leyó lo que el cura le había dicho que escribiera—. Tenemos una mujer joven que ha muerto asesinada. Tenemos una Guardia Civil que aún no ha detenido al culpable, ni siquiera a un sospechoso, a pesar de haber encontrado los diarios de la víctima.

—Muy bien —aprobó el cura—. Sigue leyendo.

—Tenemos a mi padre como sospechoso. Pero nuestras sospechas sólo se basan en que yo oí a los guardias hablar del asunto y mencionaban a mi padre.

—Ajá.

—Hemos quedado en que yo trataré de averiguar qué pasa con mi padre, pero que estoy esperando a que vuelva porque se ha ido de viaje —indagó con la mirada, buscando la aprobación de don Alberto.

—Muy bien —dijo éste—. No lo olvides: método deductivo.

—Tenemos a otro sospechoso, pero por lo visto tiene una de… de esas…

—Coartada —lo ayudó don Alberto.

—¿Eso se escribe con hache intercalada?

—No, sin hache. Tal como suena.

Ricardo, cuando una palabra no era muy frecuente en el lenguaje coloquial y tenía dos vocales juntas, siempre pensaba que llevaría una hache intercalada. Las haches intercaladas le resultaban de lo más elegantes, una manera de distinguir —y de complicar, dicho sea de paso—, la lengua, porque el muchacho estaba convencido de que las cosas eran intrincadas y paradójicas por naturaleza. Que la normalidad era de lo más anormal.

—Sin hache —farfulló, y corrigió la palabra en su cuaderno—. Bueno, pues eso. Que teníamos un sospechoso estupendo, Martín Almoguera, que es bastante borde, porque estamos casi seguros de que le pega a su propio hijo, aunque sepamos que muchos padres les pegan a sus hijos, claro.

—Al grano, Watson, al grano… —El joven cura hizo un gesto de impaciencia—. A ver si nos damos prisa, que luego quiero ver el Telediario. Y comer algo antes.

El viento silbaba afuera su melodía vibrante, dispuesto a limpiar las calles de San Esteban con la facilidad de caras infantiles sucias, llevándose luego consigo la inmundicia hacia otra parte.

—Voy, voy.

—Pensando en eso que hablamos, ya sabes, en que Martín le zurra la badana a su hijo, ¿sabes, Ricardo? —El cura acarició distraídamente el mantel de hule, protegiendo con las yemas de sus dedos las islas Salomón y el Mar del Coral—. El otro día estuve hablando con el sargento de la Guardia Civil. Es un hombre que lleva casi treinta años de servicio en el cuerpo. Me dijo que muchos padres de familia les «arrean», eso fue lo que él me dijo, les «arrean» a su mujer y a sus hijos. Pero que rara vez los matan. Que, cuando los matan, el crimen obedece a otros motivos porque, los que asesinan, no suelen ser de los que le pegan habitualmente «a la parienta y a los críos».

—De todos modos, Martín no pudo matarla, estaba encerrado por conducir borracho. Y según dices tú, parece que hasta la quería.

—Sí. Pero por amor también se puede matar. Acuérdate de lo que dijimos cuando pensamos en los motivos por los que generalmente se suele matar. —Don Alberto se llevó una mano a la cabeza y se rascó un matojo de grueso pelo, como tratando de sacar fuera de su mente alguna idea que se hubiese quedado escondida—. Lo cierto es que he preguntado en el cuartel y es verdad. Martín

está limpio. No pudo ser él.

—¿Y si pagó a otra persona para que le hiciera el trabajito, igual que en las películas? —sugirió Ricardo.

—Naranjas de la China, hijo. Eso suele funcionar en las películas sobre el Chicago de los años treinta. Pero no estoy muy seguro de que pueda hacerlo en el Toledo del año setenta y cinco. En tu tierra, Ricardo… —se acodó sobre la mesa, con una mano sosteniendo su mejilla—, y también en la mía, la gente suele hacer economías. No va pagando a nadie por ahí para hacer faenas de las que ellos mismos pueden encargarse. No sólo sale caro, sino que es poco práctico. ¿Cómo ibas a fiarte de que la persona a la que le encargas una cosa así no fuese a delatarte tarde o temprano? Pero, aunque no fuese por todas estas razones… No sé. Tengo la sensación de que ese bruto de Martín no mentía cuando me dijo que la quería. Tenía aspecto de estar destrozado por la muerte de Clara. Aunque a lo mejor es un maestro del disimulo.

—A mí me parece que es un piojo vestido de limpio. Eso es lo que es. —Hizo un gesto arrogante y don Alberto le respondió con un ademán de desagrado—. Bueno, sigo. También está la posibilidad de que el asesino sea un tío que pasó por la carretera casualmente.

—Pero hemos de tener en cuenta que la carretera de este pueblo, la que conduce a la ermita y en la que estaba parada Clara esperando a Martín, es un camino que nadie suele utilizar a no ser que entre o salga del pueblo. Nadie conduce por ahí si no va a San Esteban o si no sale de San Esteban, porque ésa es una carretera que no merece la pena tomar si uno pretende salir luego en dirección a las Covachuelas, por ejemplo, o a alguna otra parte, porque se da mucha más vuelta. De modo que, lo que yo creo, es que el asesino no era un forastero que pasaba por ahí en dirección a otro lugar y que se encontró con la mujer de pura chiripa. No creo que la matara alguien extraño al que se le ocurrió de repente destriparla porque vio a Clara puesta a tiro. No me trago que el que la mató viniese de fuera, como dice la gente.

—En los pueblos, cuando pasa algo malo, se le suele echar la culpa a los forasteros.

—Sí, ya me voy dando cuenta. Yo también soy de pueblo, claro que mi pueblo tiene aproximadamente cincuenta mil habitantes. No

se parece en nada a éste.

—Eso son muchos habitantes. Tu pueblo no es un pueblo, es una capital, entonces.

—No, la capital es Barcelona. Pero, por su puesto, comparado con San Esteban, mi pueblo es París.

—Bueno, bueno, ¡no te metas con San Esteban!, ¿eh? —Ricardo bromeaba pero, de alguna manera, también hablaba en serio. Igual que a los demás habitantes de San Esteban, a él tampoco le gustaba que se dijese nada malo de su patria chica en presencia suya.

—No, no creo que haya sido alguien que pasaba por aquí —sentenció el cura.

—Después tenemos al tal Sarbelio —leyó Ricardo, pronunciando las palabras con cuidado—. «Un personaje de dudosa condición moral, que legalmente es el tío de la difunta, pero que según todos los indicios, es su padre». Eso es lo que me dijiste que copiara, Alberto. Son tus palabras.

—Exacto. Son mis palabras. Y me ratifico en ellas.

—«Dudosa condición moral» —repitió Ricardo—. ¿Eso quiere decir que no es bueno, que no es un hombre bueno? Pero Martín tampoco me parece a mí que sea un hombre maravilloso. Le pega a su hijo. Engaña a su mujer. Es un borrachín. A mí, ese tío no me gusta ni un pelo.

—Ricardo, una persona no es culpable sólo porque a nosotros nos lo parezca, o porque no nos caiga bien, o no nos guste la cara que tiene. No lo olvides. —Se levantó a por un vaso de agua que sirvió de una jarra, y volvió a colocarse en su asiento—. ¿Quieres merendar algo? —Ricardo negó sucintamente—. Según hemos podido averiguar, a través de tu abuelo y de Martín, el señor Sarbelio éste no ha dejado un gran rastro de bondad y de obras de caridad detrás de él, precisamente. Tu abuelo fue más escueto al respecto —dijo don Alberto—. Nos contó que en la guerra luchó en los dos bandos. Primero en uno, y luego en otro.

—¡Pero eso no está nada bien! —arguyó Ricardo, apasionadamente—. Eso es de chaqueteros. Uno no puede andar cambiando de equipo así como así. Te lo enseñan por todos lados, hasta en las películas del oeste. Los hombres tenemos que ser fieles a algo. O estás con los indios, o estás con los vaqueros. O eres del Atlétic, o del Madrid. Y así con todo.

Don Alberto asintió en silencio.

—Y, según me dejó entrever Martín, en la guerra Sarbelio tuvo una conducta sanguinaria.

—¿Eso quiere decir que mató a muchos?

—Eso quiere decir, supongo, que mató y que no lo hizo de la manera más honorable ni más limpia posible.

—Pero la guerra fue hace bastante tiempo, ¿no?

—¿No la habéis estudiado en el colegio, en clase de Historia?

—No, está al final del libro, y nunca llegamos. Ni siquiera mi hermano Gonzalo, que es mayor que yo, ha tocado nunca esa parte del temario. Se acaba el curso mucho antes de que podamos estudiar eso.

—Hay que fastidiarse.

Ricardo se concentró en un punto del mapamundi del hule. Ulan Bator, Mongolia. Se dijo que lo más probable sería que allí no tuvieran tantos problemas como en San Esteban, y se prometió a sí mismo que cuando fuese mayor iría a visitarlo. En cuanto consiguiera reunir el dinero suficiente para el viaje, lo haría.

—Pero también se puede matar sin tener motivos —sugirió con una vocecita. Pensó en el ratón, y en cómo crujieron sus huesecillos cuando él lo reventó con la bota sólo porque estaba enfurecido y el animal se le antojaba un ser repugnante, débil y tarado. Aunque tal vez eso ya era un móvil, claro.

Don Alberto negó con amabilidad pero con firmeza.

—Siempre hay un motivo, Ricardo. Siempre. Y si no es un motivo, es una predisposición. Lo que, a fin de cuentas, viene a ser lo mismo.

57

Cuando Francisco volvió de arreglar sus asuntos —fueran cuales fuesen— con el letrado de la familia, en casa lo recibieron con el ánimo apagado. Todos —y Jovita la primera— hicieron ver que habían olvidado el problema, si es que existía, pero no lograron remontar la turbación inconsciente que les había creado la ausencia del padre.

Francisco encerró el coche en el garaje, y cenaron todos juntos en el salón, algo que muy raramente hacían porque a Jovita no le gustaba manchar aquel aposento dispuesto sobre todo para ser admirado, no usado.

Macarena preguntó si ya estaban en Navidad. Hasta ella se dio cuenta de que no utilizaban la gran mesa preparada para doce comensales más que un par de veces al año.

—No te subas al tresillo. No me lo potrees, ¿eh? —le advirtió Jovita a la niña, que miró con melancolía hacia los sofás de dos y tres plazas, de terciopelo en tonos marrones. Tenía la sensación de que nadie había logrado sentarse allí jamás, desde que Dios creó a Adán y Eva hasta esa misma noche.

—Sí, mamá —contestó dócilmente. No quería que se enfadaran con ella y volvieran a echarla de casa.

La cena no fue todo lo distendida que les hubiera gustado. Algo había ocurrido. Una interrupción del suministro de confianza doméstica. Jovita agarraba el tenedor como si fuera una presa. Francisco concentró la mirada en el fondo de su plato. Gonzalo mantenía una actitud apática y cortés. Ricardo pensó que estaban progresando, aunque fuese a duras penas. Macarena intuyó vagamente que su casa era un refugio, por mucho que hubiese que contener la respiración a veces. Le gustaba sentirse de vuelta al ámbito hogareño. En casa, todos parecían lo bastante jóvenes para no ir a morirse en el momento menos pensado, tomándola a ella por

sorpresa.

—Entonces, ¿tu padre está mejor? —preguntó Jovita.

Los tres niños levantaron la cabeza y miraron a su padre, con los ojos cargados de buenas intenciones y de ansiedad.

—Sí. Bastante mejor. He pasado casi todo el día con él en el hospital. Le van a dar pronto el alta, pero los médicos quieren asegurarse de que no sufra una recaída, y lo tienen en observación —respondió Francisco—. Pero él está bien.

—¿Y Rafaela, necesita algo? ¿Quiere que me acerque yo a Toledo para relevarla y que pueda descansar un poco?

—No, Jovita, no tengas cuidado. —Francisco negó, y en la cara de su mujer se notó una especie de alivio.

—¿De verdad?

—Que sí, mujer. De verdad. Todo está bien. —Oteó uno por uno a sus hijos—. Todo está bien —repitió con voz suave, pero resuelta.

Terminaron de cenar en silencio, y luego recogieron la mesa entre todos.

—Mueve el culo, enano —le dijo Gonzalo a Ricardo cuando éste se dispuso a encender un rato la tele en la salita. Y los tres hermanos se fueron yendo a la cama en orden escalonado, de menor a mayor edad.

Gonzalo roncaba pacíficamente mientras Ricardo aún daba vueltas en la cama, nervioso y alterado. No era capaz de pegar ojo. Se preguntaba qué estarían haciendo sus padres, de qué habrían hablado. ¿Estarían peleados? ¿Hablarían de la declaración de Francisco en el cuartel de la Guardia Civil? ¿Le contaría su padre a su madre detalladamente lo que había hecho durante los días que estuvo fuera?

Le parecía que se dibujaban filigranas en la oscuridad de la habitación que le enviaban amenazas, mensajes desquiciados escritos en las sombras.

No podía soportar la incertidumbre.

Decidió levantarse, tratando de no hacer ruido para no despertar a Gonzalo. Su hermano tenía el sueño de *Joe Marmota*, el vago de Minessota, pero nunca podía uno fiarse.

Sacó con cuidado los pies desnudos y los apoyó sobre las frías losetas del suelo. Se subió el pantalón del pijama hasta bien por encima de la cintura. Tenía frío. Y pesadez en el estómago. También

un poco de miedo.

Se dirigió dando pasos pequeños e inseguros a la puerta del cuarto de sus padres.

Por la ventana del pasillo entraba la luz de la luna que bañaba el patio, y al pasar por delante de ella se le iluminó el pecho como si acabara de ponerse una hermosa prenda de vestir.

Cuando estuvo frente a la habitación, contuvo el aliento. Temía perder el dominio sobre sí mismo y lanzarse dentro, lloriqueando igual que un bebé y buscando los brazos de sus padres.

No pegó la oreja a la puerta porque sospechó que crujiría nada más acercarse. Todas las puertas y ventanas de la casa hacían ruidos si alguien las tocaba, incluso al rozarlas despacio. Las maderas eran antiguas, pero seguían estando vivas, a su manera vegetal y deteriorada, y se quejaban al más mínimo frote de una corriente de aire.

Pensó en una excusa por si lo descubrían allí, parado igual que un poste, frente al dormitorio principal, con toda la pinta de un intruso siniestro. Podría decir que se había despertado con ganas de hacer pis. O que iba a tomarse un vaso de leche. A su madre le parecía bien que sus hijos bebiesen leche a cualquier hora. Estaba obsesionada con que de mayores fuesen altos. Decía que la gente de corta estatura vivía en las bajas comarcas de la sociedad. «Excepto Franco, por supuesto», le replicó su abuelo un día, socarronamente.

Se acercó todo lo que pudo, y escuchó unos cuchicheos. No podía distinguir bien las palabras, pero era evidente que sus padres estaban conversando. Sus voces le llegaban como tapiadas, igual que si reverberasen desde detrás de un extravagante y gigantesco muro de silencio.

Aguzó el oído. Creyó entender que hablaban de cosas triviales. ¿Había tenido su padre bastante ropa interior limpia? ¿Se acordó de tomarse las pastillas para la acidez de estómago?

Luego Francisco tosió y se oyeron movimientos de cuerpos acomodándose entre las sábanas. El colchón traqueteaba, también era viejo. Su madre siempre aseguraba que lo iba a cambiar por un Flex nuevo, pero nunca encontraba el momento de hacer el cambio.

—No tuve nada que ver con ella, Jovita —oyó de pronto Ricardo.

Se sobresaltó y dio un paso rápido hacia un lado de la puerta. Su

padre se había levantado, su voz le llegaba ahora perfectamente. Estaba andando por la habitación con pasos vibrantes, nerviosos. Se encendió una luz dentro, y Ricardo se acobardó pensando que lo iban a atrapar con las manos en la masa. Si su padre salía afuera…

No podía moverse. Apenas sentía el suelo bajo sus pies congelados.

Oyó nuevos rechinamientos procedentes del lecho. Tal vez su madre se había incorporado. O su padre se sentaba en el borde del colchón.

—Es cierto que la llevé a Toledo un par de veces, y la recogí a la vuelta, cuando acabé las clases y ella terminó su trabajo. —Su padre hablaba con voz monótona, cansada—. Fue aquella vez que se puso malo Gonzalo, ¿te acuerdas? Hará un par de meses, casi al principio del curso.

Su madre no decía nada.

—Me la encontré cerca de la parada del autobús. Yo iba a salir con el coche hacia la carretera, y ella me hizo señas para que me parase.

Durante unos segundos, no se oyó nada.

—Bajé la ventanilla del coche. Me contó que tenía estropeado el suyo, que iban a tardar un par de días en arreglárselo, y que si no me importaba llevarla a Toledo. Dijo que le fastidiaba tener que ir en autobús porque la dejaba bastante lejos de su trabajo.

Su madre preguntó algo en voz muy baja, y Ricardo no entendió lo que decía.

—Sí —respondió su padre. Y otra vez—: Sí.

Nuevos ruidos procedentes de la cama. Ruiditos insulsos, casi irreales. Ricardo entornó los ojos. Se caía de sueño, aunque hacía días que no lograba descansar bien.

Su padre continuó hablando.

—Esos dos días la llevé y la traje de vuelta. No te dije nada porque te conozco. Sé que no te habría hecho gracia. Pero era todo… inocente. Por mi parte no había malicia.

Ahora, Ricardo sí pudo entender a su madre.

—¿Y por la de ella? —preguntó Jovita.

—Se me insinuó un poco, y…

Más silencio. Esta vez duro y condensado, casi invencible.

Por fin, Francisco lo rompió igual que se abre una carta largo

tiempo esperada. Con prisas, con franqueza, rasgando el sobre y estropeando un poco el contenido.

—Al volver de Toledo, a la altura de la ermita, me dijo que aparcara el coche en la cuneta porque se estaba orinando y quería desahogarse detrás de unos matojos —continuó Francisco—. Aproveché para salir y respirar un poco. Pero ella no se fue a ningún lado a hacer nada. Se me acercó y me besó sin que yo me lo esperara.

—¿Qué pasó luego? —volvió a indagar Jovita.

—Nada. Te juro que no pasó nada. Pero me dejó confundido. Soy un hombre, ¿no? Me… me trastornó aquello. Me dijo que se había disgustado con su novio. Yo no sabía que tuviera novio ni que lo dejara de tener. Antes de llevarla a Toledo por primera vez, no me había fijado demasiado en su persona. Para mí era como tanta gente del pueblo. No sé, están ahí, pero yo no me ocupo de sus vidas. Tengo bastante con la mía. Tú ya lo sabes.

—Sí, ya lo creo que tenemos bastante con nuestras vidas. —Ricardo oyó que su madre suspiraba. Desde donde estaba, apreció la irritación que la mujer sentía.

Empezaba a creer que la vergüenza no lo autorizaría a seguir escuchando. La intimidad de los padres era un escollo insalvable para un hijo, y él lo estaba franqueando con resignación y una indigna violencia, enardecida por agrias sospechas que no le dejaban serenarse ni de noche ni de día.

A pesar del pudor insoportable, continuó indagando obscenamente en la conversación de sus progenitores.

—¿Qué quieres, Jovita? Soy un hombre. Aquel beso me puso nervioso, y estuve una semana sin poder, sin poder…

—Me acuerdo, no hace falta que lo menciones.

—Le dije que, como ella sabía, estoy casado. Bien casado. Le aconsejé que se calmara y que volviese al coche. La traje al pueblo, la dejé cerca de la parada de las viajeras, como había hecho el día anterior. Y no volví a saber de ella hasta la mañana en que supe que la habían asesinado.

—¿Y si fue así, por qué te llamaron los guardias a declarar?

—Porque ella escribió en su diario lo que había pasado, pero adornándolo con ilusiones tontas. Ilusiones que, por cierto, se le debieron pasar enseguida, en cuanto hizo las paces con su novio,

porque me dijo el sargento que mi nombre no volvía a aparecer más en el diario. Fui un amor efímero para Clara.

Se escuchó una risa sofocada de Jovita.

—De verdad. Si no te lo crees, el abogado le puede pedir al sargento que te enseñe el diario. Yo mismo se lo puedo pedir cuando acabe todo esto y levanten el secreto de sumario.

—Si tan seguro estás de ti mismo, ¿a qué has ido a hablar con el abogado?

—Porque no me fío, Jovita, ya te lo dije antes de irme. Los tiempos que corren… La situación está rara con Franco a punto de morirse y no me gustaría levantarme una mañana y descubrir que acabo de convertirme en cabeza de turco de un asunto que ni me va ni me viene —hizo un paréntesis y se aclaró la garganta—. Tú sabes que, esa noche, la noche que la asesinaron, no me moví de tu lado en la cama. Todas las noches, me pones la mano encima de la cintura cada media hora, toqueteando a ver si me he movido. Me tienes echada la correa igual que a un perrito faldero.

—Lo sé. —Jovita sollozó—. Lo sé, pero…

—Pues entonces.

—Pero…

—No seas niña, vamos.

—Estoy asustada.

—He pensado que quizás tendríamos que plantearnos la posibilidad de irnos de San Esteban. Puedo pedir un traslado. Tengo puntos suficientes como para salir de la provincia. Podríamos irnos cerca de Madrid. O a Guadalajara capital. Un compañero está allí, dando clases en un instituto del centro. Está muy contento. Guadalajara es tranquila, y está cerca de Madrid, para cuando los niños tengan que ir a la universidad. También cabe la posibilidad de que deje el instituto.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Nada, mujer, no te asustes. Es que he ido a ver a un amigo de mi padre, un catedrático de la Complutense, y me ha dicho que podría arreglarlo para que me dieran una plaza de asociado en la universidad. Podría compaginarla con las clases en el instituto hasta que leyera la tesis y me sacaran una más fija en su departamento. ¿Qué? ¿Qué me dices?

—No sé, Francisco. Ya hablaremos de eso más adelante, si tú

quieres. Éste no es un mal sitio. Es nuestro pueblo. ¿Qué van a pensar si nos vamos? La gente va a decir que hemos salido corriendo.

—Por mí la gente puede hacer gárgaras.

Se apagó la luz dentro del cuarto y Jovita y Francisco se quedaron callados de repente.

Ricardo pudo por fin mover las piernas. Enfiló con prudencia hacia su dormitorio.

Cuando consiguió volver a meterse en la cama, oyó a Gonzalo que respiraba con regularidad en la suya. Ricardo tenía los pies escarchados, pero esa noche durmió igual que un lirón por primera vez desde hacía mucho tiempo.

58

El día diecinueve de noviembre, el parte médico sobre la salud de Franco era todo menos halagüeño. Decía así: «Evoluciona desfavorablemente en las últimas horas como consecuencia de los fenómenos tóxicos derivados del proceso peritoneal que motivaron la última intervención practicada el viernes 14. La situación cardiocirculatoria se ha deteriorado paralelamente. Continúan los trastornos del ritmo cardiaco. El estudio electroencefalográfico acredita una actividad bioeléctrica cerebral conservada». El equipo de doctores que atendía al Generalísimo hacía verdaderos ejercicios literarios para evitar hacer pública la cruda situación: Francisco Franco estaba viviendo sus últimas horas sobre la tierra.

Doña Carmen Polo y su hija Carmencita, que prescindían dolorosamente de entrar en la habitación del doliente por prescripción facultativa, aquel día hicieron una excepción y se acercaron al lecho de Su Excelencia para depositar un beso afligido en su frente.

Avelino y Sarbelio habían declarado, ante la Guardia Civil y luego ante el juez de instrucción del caso, que la noche de autos estuvieron juntos y despiertos desde que el primero de ellos cerró el local contra su costumbre (la solían tener abierta el día entero, hasta que decidían irse a la cama), a eso de las ocho y media de la noche, y luego se quedaron haciéndose compañía hasta bien entrada la madrugada, pues habían aprovechado que comenzaba un nuevo mes para hacer cuentas, poner al día el inventario y preparar los pedidos de las mercancías de noviembre que los viajantes de Toledo y de Madrid les solían servir: fundamentalmente productos no perecederos, encurtidos, cervezas, vino y refrescos, conservas, embutidos y una variada serie de chucherías que constituían el principal reclamo de la tienda. El suyo no era un negocio arriesgado, sino bastante práctico; sencillamente no vendían nada

que se pudriera o se echase a perder antes de, como mínimo, un par de años de reposar en un estante de la tienda.

Precisamente las chucherías eran el principal atractivo que la tienda tenía para Macarena. En realidad, el establecimiento de Avelino y de Sarbelio ni tan siquiera contaba con un rótulo que indicase que allí había un comercio. Pero la gente del pueblo sabía que existía, y se acercaba a comprar cuando necesitaba algo. Jovita no era lo que se dice una clienta habitual, pero iba allí de cuando en cuando a comprar gaseosas porque decía que los hermanos «le daban lástima», que una tenía que procurar darle de comer a todo el mundo y aunque ella, acompañada por su esposo, frecuentaba las tiendas toledanas al menos dos veces al mes —estaban mejor surtidas, y eran más baratas—, también realizaba pequeñas adquisiciones diarias en las de San Esteban. De cualquier modo, el puesto de Avelino y Sarbelio no le inspiraba demasiada confianza. Una vez le confió a Macarena sus sospechas de que, en la vivienda de los dos hombres —cuya puerta de entrada era contigua a la de la tienda—, ni siquiera había agua corriente.

—¿Qué es el agua corriente? —le preguntó Macarena.

—La que sale del grifo. Y esos dos, no tienen grifos en su casa.

—¿Y de dónde sacan el agua? —quiso saber la niña—. ¿De los lavaderos del ayuntamiento, cerca del cementerio?

Los lavaderos poseían un chorro ininterrumpido de agua de manantial que, en sus tiempos, servían a las mujeres para hacer la colada y a los hombres para abrevar a las bestias.

—No, no. La sacan de un pozo. Tienen un pozo en el patio.

—Pero tú dices que el agua de los pozos no es buena. Las niñas no pueden beber agua de los pozos porque se ponen malitas.

—Esos dos tienen el estómago bien duro. Esos dos se pueden beber cualquier cosa —respondió Jovita.

Gonzalo había salido a pasear, con Macarena de la mano. Fueron a la plaza. Hacía frío, aunque la temperatura era refrescante, y empezaba a oscurecer. Gonzalo pronto vio a unos amigos y se puso a charlar con ellos. Se sentaron en un banco y tontearon un rato, dando gritos y diciendo banalidades sin más objetivo que liberar energía y dar rienda suelta a las ensoñaciones urgentes, rudas y extravagantes de la adolescencia.

—Cómprame unas chuches. —Macarena le tiró de la manga a su

hermano, que no le hizo mucho caso.

—Deja, no seas pesada…

—Tengo dinero. Tengo cinco duros —insistió la cría.

—Siéntate y espera un poco —ordenó Gonzalo—. Enseguida nos vamos a casa.

El chico continuó a lo suyo, y Macarena lo miró con reprobación. Estaba contenta, su padre había vuelto al hogar después de mucho trabajar, y ella tenía abiertas las puertas de su casa de nuevo. A su edad, ya se estaba preparando para hacer la Primera Comunión, batiendo todos los récords de juventud conocidos en los aspirantes a la ceremonia por los siglos de los siglos. También poseía una preciosa moneda, y era libre de gastarla como quisiera.

Echó a andar con paso decidido y atravesó la plaza.

Necesitaba un poco de azúcar para cargar con fuerzas la vida a sus espaldas y, más que nada, para celebrarla.

Cuando llegó a la entrada de la tienda de Avelino, se dio cuenta, con justificada desilusión, de que estaba cerrada.

Era raro, porque aquella tienda siempre estaba en marcha, aunque no hubiese demasiado trasiego de clientes.

—¡Avelino! —Se asomó al cristal que empezaba en la mitad de la portilla y tenía colgadas algunas pegatinas descoloridas de propaganda, y miró al interior—. ¡Avelino!

No había luces encendidas, y no se veía a nadie dentro.

Estaba a punto de dar media vuelta para marcharse de nuevo a la plaza, junto a su hermano, cuando se fijó en que la puerta de al lado, por la que se accedía a la vivienda de los tenderos, permanecía entornada.

Tampoco salía ninguna luz de allí, pero la niña golpeó con suavidad y volvió a llamar al hombre por si andaba cerca y podía salir un momento a atenderla.

No hubo ninguna respuesta.

Macarena quería comprar chucherías. Le gustaban los chicles, y sobre todo los cromos, y tenía la gorda moneda apretada en una de sus manitas con tanta fuerza que la palma de la mano había comenzado a sudar, y el dinero se estaba poniendo resbaladizo y aceitoso, como un caramelo derretido.

La niña no entendía muy bien el valor del dinero, pero sí el de

las cosas. Para ella, una moneda no poseía demasiada utilidad. Quería quitársela de en medio cuanto antes y cambiarla por algo real, algo cuya importancia ella comprendiera. Unos cromos de Pipi, por ejemplo.

Entró en la casa. No había ninguna luz encendida dentro, y el aire del pasillo parecía a punto de romperse en mil colores cenicientos.

Avanzó un poco a tientas.

—¿Avelino? —preguntó, esta vez en voz muy baja.

59

—¡Tú mataste al Hipólito!, ¡tú, cabrón! —Avelino era recio de constitución. La barba, sin afeitar desde un par de días atrás, pespunteaba de plata su barbilla arrugada. La nariz descollaba en su rostro, puntiaguda, y tenía los labios húmedos de saliva. En sus ojos brillaban la frustración, la rabia y la pena a partes iguales. Para sus ojos, hacía tiempo que había llegado la hora del cierre, al contrario que para su tienda.

Sarbelio y él estaban en el patio de tierra sin embaldosar, rodeando el pozo, el uno frente al otro. La luz del ocaso, con su gélida oscuridad creciente, se extinguía lentamente por el contorno de sus cuerpos.

—¿Qué dices, qué dices? —Sarbelio se llevó las manos a la cabeza—. ¡Se ahorcó él, él solo!

Al verlos, y al oírlos gritar, Macarena se echó para atrás, asustada, y se refugió detrás de la puerta del patio. Aunque aquello, pensó la niña, más que un patio era un corral. Asomó la carita con ademanes de ratón, poco a poco, y contempló horrorizada la escena.

—Mataste al hermano. Matas a la hija, cafre —escupió Avelino.

—¿Yo? ¿Qué? ¡Dilo otra vez, anda! ¡Dilo si tienes cojones! —amenazó Sarbelio.

—Le decías a Hipólito que te acostabas con su mujer cuando querías —tartajeó Avelino—. ¡Yo te oía, te oía! Le pusistes la cabeza como un bombo hasta que se ahorcó por tu culpa, por tu culpa. ¡Tuya, tuya!

—Cállate, anda, cállate, o…

—Y a la Clara. Con ella has hecho lo mismo. También la has matao. Pero a ésta, a cuchillás limpias. Cuchillás. ¡Perro! —Avelino estaba llorando, Macarena podía oír sus estremecimientos que le agitaban el pecho con violencia—. Te gusta. A ti eso te gusta. Matas

y matas, y luego te gusta.

—¡Me cago en Dios, cállate ya!

—Animal. Tu propia sangre…

—¿Qué? Yo no he sío. ¡Has sío tú! ¡El tonto! ¡Mira por dónde nos ha salío el tonto! —Sarbelio sonrió con ferocidad. Sus dientes, en la semioscuridad del anochecer, parecían espinas de rosal—. Fuistes tú. Que te vi yo. Te vi enterrar la ropa manchá de sangre, y la navaja. Te vi con estos ojitos que se han de comer los gusanos. Tenías puestos los pantalones de pana y la chambra que te pones en la tienda. Yo vi dónde lo enterrabas
to'.

—¡No es verdá! —chilló Avelino con la vehemencia de un niño enloquecido—. Mentiras, mentiras… Yo ya no hago ná de eso. En la guerra no podía, no podía. Me daban arcás. No podía. Yo no podía. Tú sí. Tú podías mucho —suspiró y tragó aire—. ¡Cabrón, tu propia sangre!

—Tírate al pozo… —sugirió Sarbelio, silabeando con la cadencia de una serpiente—. Tírate, anda. Así acabas. Que si no la conciencia no te va a dejar vivir, mochuelo… —Quitó la tapa de hierro oxidado del pozo, que soltó un chirrido hostil y opresivo, y resonó por todo el recinto con la contundencia de un portón de mazmorra.

—No, no, no… —Avelino miraba dentro del pozo como hipnotizado por la negrura que atesoraba—. No, yo no… No.

—Venga, si es fácil…

Macarena salió de detrás de la puerta y dio unos pasos silenciosos en dirección al patio. Tenía frío. Le temblaban las piernas igual que algas deshechas y estranguladas por las descomposiciones del agua de un pozo.

Se estaba haciendo pis, pero sabía que tenía que hacer un esfuerzo por controlarse.

La moneda se le escurrió de la mano y cayó sobre el escalón que comunicaba la casa con el corral.

El tintineo metálico de las veinticinco pesetas rebotando sobre la piedra, sacó rápidamente a los dos hombres de su embelesamiento.

Macarena tragó saliva y apuntó sus palabras hacia los grandes bultos que se movían a cámara lenta alrededor del pozo.

—Pero… —dijo la niña—, pero… No puedes tirarte al pozo, Avelino. ¿No ves que, si te ahogas, te mueres y eso ya es…, eso ya

es definitivo? —Hizo una pausa y se refregó una con otra las manos sudorosas—. ¿Me puedes dar unos cromos de Pipi, Avelino? Tengo, tengo cinco duros, pero se me han caído aquí y ya no los veo.

Sarbelio se acercó hasta la niña dando grandes zancadas de ogro.

Cuando estuvo frente a ella, sonrió.

—Macarena, mira qué guapa que vas vestida esta noche… —susurró el hombre con voz grave, un tanto burlona, sobrecogedora.

60

Mientras tanto, don Alberto —sentado frente a don Dionisio, y sosteniendo una taza de café con leche entre las manos—, pensó que había hablado con bastante suavidad y toda la delicadeza de la que fue capaz de hacer acopio.

—¿Retirarme? ¿A descansar a un convento atendido por monjitas voluntariosas y… pelmazas? Y que Dios me perdone por lo que he dicho. ¿Dejar mi rebaño? —respondió don Dionisio—. ¿Ahora que el Caudillo se muere sin remedio, a no ser que la santa Virgen haga un milagro y lo devuelva con salud y con fuerzas al gobierno de nuestras vidas? ¿Ahora que España me necesita más que nunca? ¿Qué será de la Santa Cruzada cuando el Caudillo ya no pueda guiarnos entre las tinieblas del porvenir?

—Don Dionisio, usted no tiene que intranquilizarse por nada. En el Arzobispado sólo piensan en su bienestar. —Don Alberto trató de reconfortar al viejo párroco—. La vida sigue, y las cosas acaban encontrando poco a poco su cauce.

El anciano miró encrespado a su joven correligionario. Sacudió la cabeza insidiosamente.

—Tú solo no podrías llevar este pueblo de impenitentes. La feligresía, en general, aquí es dócil, pero hay muchas ovejas que pueden descarriarse si el pastor no las vigila con atención —masculló con un singular movimiento de los labios que, de pronto, le recordó a don Alberto un antiguo retrato de El Greco—. Mira esa pecadora, Clara… Nunca podrá ver la luz eterna del Creador. Se alejó de la iglesia en cuanto cayó en el vicio y la perversidad. Los rojos se la llevaron con ella a su infierno de inmoralidad. Pecó de concupiscencia y de lujuria. Tuvo una hija sin haber contraído matrimonio ante la Iglesia. Mantuvo relaciones impuras con el padre de su hija, y con otros hombres de alma perdida, adoradores de Satanás. Como ella, hay otras que pueden

seguir sus pasos si no los velamos con esmero. Su propia hija, por ejemplo…

—Su hija Mercedes ya no está en el pueblo. Me ha dicho su tía que el jefe de Clara, ese médico de Toledo, se va a encargar de pagar su educación. Le han buscado un colegio en Soria, un internado de monjas agustinas. Allí puede hacer el bachillerato, y Dios quiera que después una carrera. Mercedes se convertirá en una mujer de provecho. Tengo fe en ello, y en ella.

—La fe es importante. ¿Has visto por ahí mi misal de Dom Lefevre, por un casual? Quiero llevármelo a la cama.

El hombre hizo ademán de ir a levantarse, pero Don Alberto continuó hablando:

—Yo pondré todo de mi parte para que ningún cristiano de este pueblo se sienta desasistido.

—¡Poner de tu parte! —El viejo hizo un signo de irritación con las manos—. Sólo el Altísimo puede poner de su parte. El hombre no tiene parte que valga. Gloria y poder es ser resucitado y coronado por los ángeles, como nuestro Señor Jesucristo. El hombre que piensa que puede hacer algo por su cuenta, se equivoca de medio a medio. Los sacerdotes estamos donde estamos para salvar vidas, no para poner de nuestra parte. Somos médicos de almas.

Posó la mirada sobre el lomo de un libro que reposaba en el suelo, al lado de su sillón, una edición facsímil del original del año 1553 de *Manual de confesores y penitentes*, de Martín de Azpilicueta Navarro. Su mirada cayó como polvo sobre la obra, y allí se deshizo.

—Pero, con todos los respetos, don Dionisio, usted debe preocuparse por su salud en primer lugar. San Agustín decía: «Yo os hablo sentado, vosotros estáis de pie». Ha llegado el momento de que se siente usted de verdad, no únicamente en un ambón imaginario, o en el púlpito, sino en un buen sofá de escai, con un Breviario entre las manos. Es hora de que concentre usted todas sus energías en rezar por nuestro Santo Padre, y por todos nosotros. *Nobis quoque peccatoribus*.

—Palabras, palabras, hijo mío… —una penumbra gris, provocada por la situación de la lámpara en el techo, otorgaba al rostro del sacerdote una apariencia desasosegada y solemne—. Nuestros enemigos nos acechan, y llegará el día en que nos impidan

administrar los sacramentos si no nos preparamos. Yo estoy situado en la vanguardia de la lucha. Hay que guardar la Santa Custodia de las manos de los teófobos, de los impíos, de los rojos. Como San Antonio María Zacarías, fundador de los Barnabitas, hay que extender la devoción de las Cuarenta Horas, la Adoración Perpetua. Nuestra fe está expuesta en el Ostensorio de nuestra Santa Madre Iglesia a toda clase de atropellos y violencias que ya están acechando…

—Don Dionisio, pero… —El joven sacerdote dio un trago corto a su café y se restregó los ojos, estaba cansado—. En la archidiócesis está todo dispuesto para que se traslade usted al convento de Pamplona. Es una residencia para sacerdotes muy agradable, que le gustará porque está cerca de…

—¿Residencia? ¿De qué me estás hablando?

—Vendrán mañana a recogerlo a usted, si Dios quiere.

—¿Y las comuniones de los niños? —En los ojos de don Dionisio se adivinaban trayectos velados, desazones de viejo—. Ya están muy adelantados. No les queda mucho para saberse de memoria todo el Catecismo. Sin embargo, no podemos dejar que se nos junten las Primeras Comuniones con la Navidad, eso es evidente. Hay que darse prisa, joven.

—Yo me haré cargo de los niños, con su permiso. Y con su bendición, por supuesto.

—He pensado que, como son criaturas que aún no tienen uso de razón, habrá que mantenerles las clases de Catequesis unos cuantos años más, para que no se olviden de las oraciones y de sus deberes de católicos y apostólicos romanos.

—Yo me haré cargo de los niños, don Dionisio. Les doy clases a los mayores, también puedo dárselas a los pequeños. Usted tiene que descansar. Ya verá como en Pamplona…

—¿Has visto un libro de Bourdaloue que había dejado yo por aquí hace un rato? Es de una gran piedad y erudición. —Miró a su alrededor con gesto escamado—. Me pregunto por qué desaparecen las cosas así porque sí. Me pregunto si también es debido a que Franco se está muriendo… Alberto, ¿tú te has enterado de eso que dicen de que Franco se está muriendo? —Sonrió esperanzado hacia el joven—. ¿Verdad que no suena creíble? ¡Bah! Yo supongo… —movió las manos de manera intrigante—, supongo que son sus

enemigos, los múltiples enemigos del Caudillo, que siguen lanzando cizaña sobre el pueblo español al que quieren arrastrar a los desórdenes de un carnaval inacabable. ¡Pues están listos!

61

Sarbelio se acercó aún más a la niña. La sombra de su cuerpo proyectaba una gran mácula negra que se sumaba como una amenaza a la lobreguez creciente del crepúsculo.

Macarena dio un paso atrás y tanteó la jamba de hierro oxidado de la puerta. Daba la impresión de que la noche había encarcelado al mundo y que el cielo estaba deshabitado, ni siquiera revoloteaban los habituales murciélagos sobre la figura imponente de Sarbelio. En el patio de tierra con pozo de los dos hermanos el silencio era tan puro que Macarena tuvo ganas de gritar para romperlo en mil pedazos.

—Apártate de la chiquilla. —La voz de Avelino era suave, pero lograba parecer estruendosa en el sigilo que habían creado entre los tres sin darse cuenta.

—Macarena, ¿llevas mucho rato aquí, esperando a que Avelino te atienda? —preguntó Sarbelio, sin hacer caso de su hermano.

Macarena asintió. No podía mentir si quería hacer la Primera Comunión dentro de poco, y por todo lo alto.

Sarbelio no percibió su respuesta.

—Te digo que dejes a la chiquilla… —Avelino dio unos pasos y agarró a la cría de la manita. Tiró de ella hacia dentro de la casa—. Vamos a por cromos. Cromos, bonitos cromos, Macarena —canturreó.

—Tú, deja a la muchacha, que estoy hablando con ella.

Avelino continuó arrastrando a Macarena de la mano.

De pronto se oyeron unos golpes en la puerta de la entrada. Alguien estaba llamando, y tenía prisa. La puerta estaba abierta.

—¡Ya voy, ya voy! —Avelino atendió la llamada. Encendió la luz del pasillo.

Una luminosidad amarillenta y enfermiza se abatió sobre Avelino y Macarena. La bombilla era de pocos vatios.

Sarbelio continuaba en la puerta del corral, observándolos con la boca apretada.

Una cabeza asomó al fondo con curiosidad.

—Perdón, ¿ha venido por aquí mi hermana? —Gonzalo estaba inquieto y arrugó la nariz al hacer la pregunta. Era un chico bastante alto, y parecía fuerte igual que un mulo—. ¡Ah! ¿Dónde estabas? Macarena… —se acercó a Avelino y aferró la mano libre de la niña entre las suyas—. Jo, Macarena. Te había dicho que te esperaras un momento.

—Ya lo sé —contestó la niña.

—No pasa ná —Avelino sonrió y se dibujó una especie de alambre retorcido en su boca de finos labios—. Es muy chiquitilla. Los críos, ya se sabe.

—¿Has comprado ya lo que querías? —le preguntó Gonzalo.

Macarena le suplicó con los ojos.

—No quiero nada —dijo, y se mordió una uña.

—¿Y para eso tenías tanta prisa? —Gonzalo chasqueó la lengua—. Anda que tú, también…

El muchacho ni siquiera llegó a ver la silueta de Sarbelio, inmóvil al fondo del pasillo, desprendiendo el mismo resplandor fuliginoso que las piedras del pozo de su patio.

—Perdone la molestia, Avelino. Buenas noches —se despidió Gonzalo.

—A las buenas noches —respondió Avelino, con la cabeza gacha.

Gonzalo y Macarena dieron unos pasos en dirección a la plaza. Callados y concentrados en las irregularidades del empedrado de la calle.

—¡Buenas noches, Macarena…! —estalló de pronto la voz de Sarbelio a sus espaldas.

La niña giró la cabeza, sin desasirse de su hermano, y vio al hombre recortado contra la pared de la tienda, que a aquellas horas tenía el color de la cera. Sarbelio había salido de la casa con sorprendente rapidez, y ensombrecía la calzada igual que una aparición desgarradora.

Pero la niña no le respondió.

Miró otra vez al frente y siguió andando.

62

A las once de la noche del día 19 de noviembre, Marcelino Martín Arrosagaray, de treinta años, redactor jefe de la agencia Europa Press, estaba convencido de que Franco ya había expirado. Él tenía sus contactos bien documentados, y las señales no dejaban lugar a muchas dudas. Sin embargo, la noticia oficial no llegaba. Alrededor de las dos y media de la madrugada del día 20, uno de sus informadores le aseguró que el Caudillo estaba muerto. Él lo creyó. Llamó a su jefe y le contó lo que sabía. «¿Qué hago?», le preguntó. El director, Antonio Herrero Losada, le respondió: «Adelante». Entonces, Martín Arrosagaray con el atrevimiento de la juventud decidió difundir la noticia, a pesar de que el gobierno aún no la había hecho pública y en contra de la opinión del censor, y director general de prensa, Manuel Jiménez Quílez, que advirtió seriamente al joven plumífero: «Martín, te vas a tragar el teletipo». De modo que Martín Arrosagaray escribió: «Franco ha muerto. Franco ha muerto. Franco ha muerto. Franco ha muerto», y lanzó al mundo la exclusiva.

Pero, según el médico personal de Franco, el doctor Vicente Pozuelo, el Caudillo aún vivía cuando la agencia Europa Press anunció su muerte: «Comienza en la madrugada la diálisis peritoneal con antibióticos, y ya necesita mucha Dopamina para mantener la tensión. De pronto, empiezan a aparecer estrasístoles… Desaparece el complejo ventricular, permanece la onda P y después el encefalograma es plano. Aparece la cianosis y cesan la respiración y el latido. Se realiza masaje cardiaco por el equipo asistente: Vidal Aza, Artero y María Fernanda Población. No se recupera. Todo ha terminado. Se procede a la desintubación de los catéteres, se lavan las partes en las que había sangre de las punciones y las zonas de los esparadrapos, se prepara el cadáver para la mascarilla y el embalsamamiento. A las 5:25 de la

madrugada del día 20 de noviembre, se establece la seguridad de la muerte de Franco después de objetivar la ausencia de respiración, de pulso, de latido, y de haber visto el aplanamiento total de las ondas del electrocardiograma y el encefalograma. Una vez limpio, se dispuso el cadáver cerrándole los ojos, arreglándole la cara y la boca como se hace habitualmente, pero con muchísimo cariño, por parte de las enfermeras de servicio, Juanito, Zamorano y yo».

A las seis de la madrugada, el doctor Pozuelo entregó el certificado de defunción al ministro de Justicia, Notario Mayor del Reino. El parte final lo redactó en la Paz el equipo médico habitual, y decía así:

«Desde el último parte médico, la evolución de Su Excelencia el Generalísimo continuó empeorando progresivamente, y a las cinco horas y veinticinco minutos sobrevino una parada cardiaca irreversible. Diagnósticos finales: Enfermedad de Parkinson. Cardiopatía isquémica con infarto de miocardio anteroseptal y de cara diafragmática. Úlceras digestivas agudas recidivantes, con hemorragias masivas reiteradas. Peritonitis bacteriana. Fracaso renal agudo. Tromboflebitis íleo-femoral izquierda. Bronconeumonía bilateral aspirativa. Choque endotóxico. Paro cardiaco».

A las seis y doce minutos de la mañana, el ministro de Información y Turismo, don León Herrera Esteban, leyó a través de Radio Nacional, en conexión con todas las emisoras, un comunicado «con profundo sentimiento»:

«Las Casas Civil y Militar informan, a las 5:25 horas, según comunican los médicos de turno, Su Excelencia el Generalísimo acaba de fallecer. Desde la inmensa tristeza de esta España a la que Franco entregó, sin reservas, toda su vida, yo pido una oración por su alma, un sentimiento de gratitud para su obra ingente y un recuerdo muy respetuoso y entrañable para su familia, que está hoy en la vanguardia del inmenso dolor nacional. Debo anunciar que en virtud del artículo séptimo de la Ley de Sucesión, los poderes de la Jefatura del Estado han sido asumidos, en nombre de
S. A. R.
el Príncipe de España, por el Consejo de Regencia que preside don Alejandro Rodríguez de Valcárcel».

Antes de que se estableciera el *rigor mortis* del cuerpo, el

escultor Santiago de Santiago —a quien hubieron de localizar rápidamente en Madrid— se presentó en La Paz con sus herramientas e hizo un vaciado de la mascarilla y las manos de Franco sobre la misma camilla de intervención en que reposaba el cadáver. Posteriormente, se procedió a embalsamarlo, operación que concluyó a las diez de la mañana, tras lo cual se vistió al Generalísimo con el uniforme de Capitán General.

A las ocho de la mañana del día 20 de noviembre, la puerta de la casa de Sarbelio y Avelino tembló cuando una pareja de la Guardia Civil la golpeó varias veces con brío. Sonó a hueco. La entrada de la tienda, al lado de la de la vivienda, se veía aún cerrada.

—Vaya día. *Mare de Déu*… —Joaquín Palau padre meneó la cabeza en dirección a su compañero.

—Ni que lo digas… —respondió Vera, y se atusó el cuello, incómodo.

Hacía fresco. El cielo estaba gris, tenía el mismo color que los uniformes de la policía. Pero el campo, allá al fondo, en los montes, lucía idéntica tonalidad verde oscura que los atuendos de la Benemérita, y las copas de los árboles eran plateadas a la manera de los botones de sus gruesas chamarras de invierno.

—Vaya día —repitió Palau—. Vaya día.

A las nueve de la mañana, Ricardo se levantó como siempre cuando sonó su despertador; a Gonzalo lo despertaba cada día su madre zarandeándolo. Sacó los pies de debajo de las mantas y los metió torpemente dentro de las chanclas de felpa, temblando de frío igual que un aguilucho en su nido sobre la copa de un quejigo.

Se asustó al ver a su hermano todavía metido en la cama.

—¡Te has dormido! —Se acercó a él y lo sacudió como a una estera—. ¡Verás cuando se dé cuenta mamá!

Gonzalo gruñó y le dio un manotazo indolente.

—Déjame en paz, enano. Hoy no hay clase.

—¿Qué dices? ¿Y papá, también se ha quedado frito?

Gonzalo se tapó la cabeza con el embozo.

—¡Que me dejes! ¡Que se ha muerto Franco y lo han cerrado todo! ¡Que no tengo clase hoy! ¡Y tú tampoco!

—¿Entonces… no tengo que ir a la escuela?

—Mira que eres pelmazo… —refunfuñó Gonzalo por toda respuesta. Luego, continuó durmiendo apaciblemente.

Rafaela se levantó a las siete en punto, igual que cada día. Se quitó el camisón y se vistió con un *babi* grueso que siempre usaba antes de arreglarse para ir a la iglesia a oír misa.

Salió de su habitación y se encaminó por los anchos pasillos de la planta superior de la casa hasta la gran escalera de mármol, que descendió con cuidado porque, aunque se sabía cada nervadura del suelo al dedillo, al bostezar entrecerraba los ojos y temía tropezar.

Su padre y ella habían vuelto de Toledo el día anterior. Se sentía un poco cansada. Tuvo que alquilar una habitación en una pensión cerca del hospital mientras estuvo cuidando a su padre, y echó de menos su cama. No consiguió dormir bien ninguna de las noches que estuvieron fuera. Entre la tribulación de pensar en la salud de don Vicente, y los cambios naturales que se suceden cuando una sale de su casa… la experiencia había resultado ser para ella agotadora. Menos mal que no había durado mucho.

Cuando se encontró frente a la cocina, oyó el rumor de una radio. Meneó la cabeza con desaprobación. Probablemente su padre, en vez de quedarse en la cama hasta las diez, ya estaba levantado, maquinando. Los viejos eran igualitos que los niños pequeños. Una tenía que vigilarlos a todas horas para que no hiciesen travesuras o se dañaran a sí mismos.

—¡Pero, padre! —Entró y cerró la puerta tras de sí para que no se enfriase la estancia.

—Rafi, ¡que se ha muerto Franco!

La mujer se acercó a la cafetera y la desatornilló con la mirada distraída. La llenó con unos cacitos de café molido.

—¿Ah, sí? ¿Pero eso es seguro?

—¡Y tan seguro! Lo ha dicho un ministro por la radio hace una hora.

—Bueno, pues a ti eso ni te va ni te viene, y además hoy es mi cumpleaños —avisó la mujer.

—¡Es verdad! ¡Que los tengas muy felices! —respondió don Vicente. Fue a levantarse de su asiento con la idea de darle un beso a su hija, pero Rafaela lo detuvo con un gesto adusto, y se acercó a él ofreciéndole la mejilla—. ¡Qué bien! ¡Tu cumpleaños! ¡Así podemos estar hoy de celebración sin que nadie sospeche que somos rojos!

—Mira que eres… —sonrió Rafaela—. Menudo rojo estás tú

hecho. Rojo no, morado.

—¿No te vas a misa, como cada mañana?

La mujer se acercó a la puerta de la cocina y se quedó observando el patio, en el que podía verse de nuevo una alegre y tornasolada abundancia de macetas.

—Creo que no. —Dejó escapar un brusco suspiro, que retumbó en la habitación con la contundencia de un pequeño cañonazo dentro de sus pulmones—. Hoy habrá mucho lío. Y cumplo cuarenta años. Me parece que me voy a quedar en casa, cuidándote.

Don Vicente dio un trago a su vaso, lleno con la infusión de una manzanilla.

—¿No te apetece hacerme unos churros? —preguntó, por si colaba.

—Sí, claro. Y unos torreznos también, no te digo. Padre, ¿es que ya no te acuerdas de lo que te ha dicho el médico?

—Está bien, está bien. Era sólo una idea, mujer. Una idea… Hay ideas, como ésta, que no le hacen daño a nadie. Menos mal que quedan ideas de éstas y que no todas son de las otras.

A mediodía, Macarena fue a visitar a su abuelo, de la mano de su hermano Gonzalo.

—Me ha dicho mi madre que os traiga a la niña un rato. —Gonzalo tenía una cara de sueño y malhumor típicamente adolescente, aunque se esforzó por aparentar amabilidad.

—¿Y el abuelito? —Macarena se deshizo de la chaqueta y entró corriendo en la casa.

—¡Hola! ¡Mira quién ha venido! —Rafaela atrapó a su sobrina al vuelo—. Hoy es mi cumpleaños, ¿no me has traído un regalo?

Macarena negó con cara seria.

—Tenía cinco duros, pero se me cayeron y ya no los he vuelto a encontrar. No te puedo comprar nada si no me das tú el dinero.

—Bueno, pues con un beso me conformo.

La niña besó a su tía sonoramente. Rafaela rió a mandíbula batiente por una vez, y le hizo a la niña cosquillas en la cintura.

—¿Sabes que esta mañana se ha ido don Dionisio del pueblo, tita? —preguntó Macarena a Rafaela—. Me lo ha dicho Ricardo que se lo ha dicho el cura nuevo, porque Ricardo tiene enchufe con el cura nuevo, y él se lo cuenta todo, como es monaguillo… Ahora, el cura nuevo no nos deja hacer la comunión. Dice que los parvulitos

somos pequeños. No se entera de nada. ¡Yo ya me sabía el Catecismo!

—Esta mañana ha tenido una rabieta cuando se ha enterado de que no va a hacer la Primera Comunión. —Gonzalo señaló a su hermana con un guiño enervado. Tenía sueño, y normalmente se aburría en compañía de su familia—. Este mico se ha enfadado un montón. Ella, que ya tenía pensado en el vestido que se iba a poner, y todo… ¿A que sí?

—Sí —respondió la cría.

—Si es por el vestido, yo puedo coserte uno bien bonito para que te lo pongas en carnaval.

La niña declinó el ofrecimiento.

—Si no puedo ir a comulgar con él puesto, no lo quiero. —Se removió inquieta—. ¿Y dónde está el abuelito, entonces?

—No, no me he muerto, Macarena —dijo don Vicente, guasón—. Casi me había llegado la hora, pero he rechazado amablemente la invitación y le he cedido el turno a Franco.

—¿Qué? —Macarena abrazó a su abuelo. Tenía las manitas frías y olía a colonia para bebés y a viento callejero.

—Que en vez de morirme yo, he dejado que se muera otro en mi lugar. Para no perderme el espectáculo de su entierro. Del entierro del otro.

—¿De verdad? ¿Y el otro se ha muerto por ti?

—Puede ser. Pero era ya muy viejecito, y tenía muchos dolores. Ahora está descansando, lo mismo que yo y la mitad de España. No te pongas triste por eso.

Macarena hizo un puchero y estalló en lágrimas. Lloraba porque lo había pasado muy mal en las últimas semanas, porque casi la habían echado de su propia casa, como quien dice; por el muerto tan generoso que se había cambiado por su abuelo y al que ella ya nunca podría darle las gracias; porque se aburría sin colegio; porque no podría hacer la Primera Comunión dado que don Dionisio se había ido del pueblo. Berreaba porque ahora estaba segura de que era verdad que había hombres malos sueltos por el mundo —porque ella conocía a uno—; y gimoteaba porque en la tele no ponían más que una música espantosa y ni siquiera dejaban que saliera Gloria Fuertes, que era una señora que parecía un señor, porque además llevaba corbata, pero que siempre sonreía y recitaba poemas

divertidos y terminaba rugiendo: «¡Para los niñoooos!».

—Ese Franco que te ha cambiado el sitio… Qué señor más bueno, ¿no? —hipó con abatimiento la chiquilla. Sus ojos brillaban como dos colmenas de vidrio repletas de luciérnagas en mitad de la noche.

—Bueno, sí, depende de cómo se mire —respondió el abuelo—. Vamos, Macarena, no llores más, que se me van a saltar a mí también las lágrimas. Sabes que no me gustan las niñas lloricas. Venga, sécate las lágrimas…

Aproximadamente a la misma hora en que Macarena sollozaba sobre las piernas de su abuelo, la Guardia Civil registraba por orden del juez la casa de Avelino y Sarbelio y encontraba, enterrado en el patio, un hatillo de trapo conteniendo las prendas de vestir que llevaba puestas la difunta Clara la noche en que fue asesinada: pantalón vaquero de pata de elefante y género de algodón fino, más propio de temporada veraniega que de otoño; jersey de lana hecho a mano, con cuello vuelto y manga larga, a rayas desiguales rosas y lilas; bragas de color carne; sostén de *lycra* de color negro, de la talla 85; camiseta interior blanca, de algodón egipcio; chaqueta de cuero marrón, con grandes solapas, rozada en la parte de los codos. (El bolso, con su documentación y algunos efectos personales, había sido hallado en el coche, que estaba aparcado en la cuneta).

El fardo descubierto en casa de los tíos de la difunta, también contenía un cuchillo de monte, fabricado en Albacete, dotado de una hoja de acero de 170 mm, mango de cuerna de ciervo y virola de latón, manchado con lo que parecían ser restos de sangre desde la punta a la empuñadura.

Asimismo, se localizó ropa de hombre, con toda seguridad el asesino de la mujer: pantalón, camisa, prendas interiores y calcetines, que fueron posteriormente reconocidos por varios testigos —entre ellos, Sarbelio— como pertenecientes a Avelino.

Poco después de la hora del almuerzo, los guardias civiles Palau y Vera, acompañados por el sargento del puesto, el juez de paz y el secretario del Ayuntamiento, detuvieron a Avelino como sospechoso del homicidio de su sobrina Clara.

La gente del pueblo se enteró enseguida, y todos se echaron las manos a la cabeza horrorizados, sorprendidos y —por qué no decirlo—, francamente aliviados al ver que aquel asunto tan

sangriento y lamentable concluía de una vez por todas. No querían ser la comidilla de los habitantes de los pueblos vecinos.

Cuando lo esposaron para llevárselo al cuartelillo, Avelino volvió a quedarse mudo, igual que cuando regresó de la guerra, y a partir de entonces nadie pudo sacarle ni una palabra.

En el cuartel alguien sugirió que «con un par de hostias» lo mismo el hombre recuperaba el habla. No fue así. Avelino se negó a prestar declaración, a admitir, o siquiera negar, el delito del que lo acusaban.

Tenía la expresión perdida, igual que si el desierto anegase las inmediaciones de su mirada y tanto sol abrasador y tanta arena no mereciesen su atención de sediento. Como si contemplase al mundo encaminarse, en una interminable Marcha Verde, hacia unas dunas de nostalgia y aflicción que pronto se encargarían de convertirlo en polvo, en olvido, en nada.

63

No se produjeron los disturbios que algunos tanto temían, que incluso deseaban. España estaba tranquila. Los ciudadanos veían la tele, oían la radio, leían la prensa y permanecían recogidos en sus casas. Los dirigentes del principal partido de la clandestinidad, el Partido Comunista de España, junto a los del Partido Socialista Obrero Español, habían dado orden estricta a sus simpatizantes y afiliados de que no se echaran a las calles y aguardaran con paciencia en sus hogares, dejando seguir el curso de los acontecimientos históricos. Deseaban naturalidad y sosiego, no revueltas, ni salvajismos, ni rencor.

Todo el país permanecía alerta, pero en calma.

En el Palacio de Oriente, y más concretamente en su Salón de Columnas, se dispuso la capilla ardiente, y una impresionante cola de personas soportaba esperas de hasta ocho horas con tal de ver unos segundos el cadáver del Caudillo. Unos, para darle el último adiós emocionado a su Timonel, mientras lloraban desgarradoramente y levantaban el brazo saludando al interfecto. Otros, para asegurarse de que el Generalísimo no podría levantarse de su ataúd en el momento menos pensado.

Un soldado del escuadrón, en uniforme de gala, hacía guardia, impasible al pie del féretro. El soldado tenía que ser relevado cada media hora. La muchedumbre era interminable. España tenía su propia Marcha Verde, esta vez enlutada.

El 21 de noviembre, España estaba oficialmente de luto. No así Ricardo y sus amigos. Aunque también ellos se sentían molestos: tener que ir a la escuela un viernes, cuando bien podían haber hecho puente y vuelto el lunes siguiente, no tenía ni pizca de gracia.

Lo sobrellevaron con toda la resignación que pudieron, que tampoco era mucha.

Don Antonio, el maestro, estaba muy serio y se le veía conmovido, quizás asustado. Entregó un par de pasquines de tonos rojizos y negros a cada niño. En uno podía verse un dibujo de la cara de Franco; en el otro, la figura del rey. El discurso del rey era bastante largo, en letra cursiva y apretada. Ningún niño terminó de leerlo. Franco daba toda la impresión de ser un aparecido caricaturizado en brillos cetrinos, producía un poco de repelús, pero su arenga era bastante más breve, y de letra más grande, de modo que los muchachos la leyeron en unos minutos:

> Españoles: Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio, pido a Dios que me acoja benigno en su presencia, pues quise vivir y morir como católico. En el nombre de Cristo me honro, y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia, en cuyo seno voy a morir. Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como tales. Creo y deseo no haber tenido otros que aquellos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida, que ya sé próximo.
>
> Quiero agradecer a cuantos han colaborado con entusiasmo, entrega y abnegación en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre. Por el amor que siento por nuestra Patria os pido que perseveréis en la unidad y en la paz y que rodeéis al futuro Rey de España, don Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado, y le prestéis, en todo momento, el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido. No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alertas. Velad también vosotros, y para ello deponed, frente a los supremos intereses de la Patria y del pueblo español, toda vida personal. No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura para todos los hombres de España, y haced de ello vuestro primordial objetivo. Mantened la unidad de las tierras de España, exaltando la rica multiplicidad de sus regiones como fuente de la fortaleza de la unidad de la Patria.
>
> Quisiera, en mi último momento, unir los nombres de Dios y de España y abrazaros a todos para gritar juntos, por última vez, en los umbrales de mi muerte: ¡Arriba España! ¡Viva España!

Carlitos y Joaquín se dieron la vuelta en el pupitre para mirar a Ricardo. A su lado, Martín Almoguera hijo continuaba leyendo con atención y cara de alarma aquellos dos pequeños pósters que, seguramente, ninguno de los niños colgaría jamás en las paredes de su habitación.

—¿Qué? —preguntó Joaquín.

—¿Te has enterado ya de quién es Franco, catalán culo de azafrán? —le pinchó Ricardo.

—Querrás decir de «quién era»… —anotó con prudencia Martín, aunque nadie le había dado vela en aquel entierro. Habitualmente solía ignorar las conversaciones de sus tres compañeros—. Este hombre ha muerto. Murió ayer.

—Por su culpa no hacen más que poner porquerías en la tele —asintió Carlitos.

—En cuanto lo entierren, mejorará la programación. —Joaquín tenía un cómico aire doctoral que no lograba impresionar a sus amigos.

—¿Creéis que habrá escuela esta tarde? —Martín estaba más animado y charlatán que de costumbre.

—Lo que yo creo es que, para lo que queda de aquí a Navidad, nos podían dar vacaciones. Así descansan los maestros —sugirió Carlitos mordisqueando la torturada punta de su lápiz.

—Sí, claro, ¡mira el inspector éste! ¡Ya has puesto tú el calendario! ¡No eres tú nadie!

—Pues a lo mejor lo hacen, no creas.

—Jo. ¿Te imaginas? No volver a pisar la escuela hasta enero… ¡Guau!

—Menos mal que han pillado al asesino de la madre de la Mercedes —suspiró Martín con los ojos muy abiertos, como si acabara de arrojarse al vacío—. ¿Os acordáis de Mercedes?

—¿Cómo no nos vamos a acordar?, ni que estuviera muerta ella, en vez de su madre —razonó Carlitos.

—No, si lo que quiero decir es que… A lo mejor no la volvemos a ver. Era amiga mía —dijo con orgullo Martín, estirando tanto el cuello que hubiera podido jurarse que le había dado un calambre.

«Lo que es de verdad Mercedes es tu media hermana, tonto del haba, que parece mentira que no te hayas enterado todavía. ¿O sí que lo sabes pero te da vergüenza reconocerlo?», pensó Ricardo.

Simuló un repentino interés por su goma de borrar. Él sí que se acordaba de Mercedes. Punzantemente, del modo en que uno comprueba que un dolor antiguo sigue en su sitio. Pensaba en ella todos los días. A todas horas. Aunque no sabía qué podía significar algo así, ni qué debía hacer con un sentimiento semejante, tan perturbador como inútil.

—Estoy de este tema… —se quejó Carlitos—. Del crimen y de los criminales… ¡puf! Prefiero los asesinatos de las películas. Cuando pienso que yo iba a comprar gaseosas y chicles a la tienda del Avelino… No sé, no sé.

—Es que el tío ése de la tienda era muy raro.

—¡Pues anda que el hermano! Seguro que tiene que cerrar el negocio, ¿quién va a querer ir ahora por allí? —Joaquín negó con el dedo índice manchado de tinta—. Conmigo, desde luego, que no cuenten. Mira que guardar la ropa llena de sangre en su propia casa… Hay que ser burros, ¿sí o no?

—¿Quién iba a pensar que el tío…?

Don Antonio les llamó la atención para que dejaran de hablar, y los cuatro chicos simularon que estaban concentrados de nuevo sobre las disertaciones del difunto Generalísimo y del futuro rey de España.

—Oye, ¿estos papeles hay que guardarlos para algo? —preguntó Joaquín con una vocecita sofocada y los ojos fijos en la mandíbula vacilante del retrato de Franco.

—Sí, para limpiarte el culo con ellos —respondió Carlitos expeditivamente, en un susurro.

Los cuatro niños se rieron, inclinados sobre sus pupitres como conejos que masticaran glotonamente su pienso, hasta que don Antonio los amenazó con echarlos de la clase para ir a hacer guardia en el pasillo. Se callaron de golpe, enderezaron las espaldas y tosieron disimulando.

Salieron al recreo antes de que llegara la hora porque el maestro les dio permiso. No hicieron casi nada en la clase de Matemáticas, ni en la de Ciencias. Don Antonio les dijo que repasaran las lecciones. Estaba claro que aquél iba a ser un día desperdiciado. Ni estudiar, ni jugar, ni nada de nada.

En el patio de las escuelas, cerca de la canasta de baloncesto —que tenía debajo, para aprovechar bien el espacio, una modesta y

destartalada portería de fútbol hecha de cuatro palos—, se contoneaban Julio, Ignacio y Jesús, con entusiasmo pero sin verdadera espontaneidad. De vez en cuando señalaban al otro lado de la platea, hacia donde estaban sentados en el suelo Joaquín, Carlitos y Ricardo. Los tres mayores asentían y alcahueteaban entre ellos, riendo y apretando el dedo índice como si oprimieran un gatillo imaginario.

—¡Esos tres nos miran mal!, ¿sí o no? —La voz de Joaquín salía en cascada de su boca. Se tocó la ceja lastimada. Aún le dolía.

—¡Bah! Eso son tonturas. Aquí nadie mira mal a nadie —terció Ricardo—, menos tú que eres miope perdido. Y que encima te has quedado sin gafas hasta Navidad por lo menos.

—¡No señor!, ¡liiisto! —protestó Joaquín—. Mi padre le ha encargado unas a mi abuelo, que vive en Andorra. Me las van a mandar por correo certificado.

—Pues llegarán hechas polvo, con los meneos que les dan los carteros a las sacas de Correos… —apuntó Carlitos, pesimista—. Tus gafas nuevas van a tener la misma pinta que las viejas después de que el otro día te sentaras encima de ellas con todo tu culo.

—¡Jo, venga! ¡Así me gusta! ¡Que me deis ánimos!

—Oye, ¿Andorra es España?

Joaquín meneó la cabeza, dubitativo y expectante.

—Yo creo que sí, porque mi abuelo es de allí, y yo soy español, ¿sí o no?

—Tú eres catalán, patas de alacrán.

—¡Y una mierda! —gruñó Joaquín mosqueado, y se tocó la brecha de la ceja. De vez en cuanto notaba un picor que lo abrasaba. Ya se había levantado la costra con la uña por lo menos tres veces.

64

A las seis y media de la tarde, celebraron en la ermita de San Roque una misa de difuntos por el alma del Generalísimo, cumpliendo los deseos de la Archidiócesis de Toledo. No habían vuelto a abrir la ermita desde que don Alberto encontrara el cuerpo de Clara desnudo y acribillado a cuchilladas a pocos pasos del portón de entrada. Aquella funesta mañana, la misa tuvo que suspenderse en San Roque, y el sacerdote la ofició por la tarde en la iglesia del pueblo, todavía con el corazón encogido por el macabro descubrimiento.

San Roque desprendía la esmerada paz de un invernadero. Débiles resplandores, como hilachos de luz de luna, resbalaban de sus muros por los que trepaba la hiedra silvestre. Algunas mujeres del pueblo se acercaban a veces a escardar las malas hierbas y los cardos que amenazaban sus contornos.

Ricardo, en su función de monaguillo, tenía que ayudar a don Alberto en el altar. Aquel día era su turno.

Ambos se fueron para allá una hora antes, cada uno pedaleando en su propia bicicleta. El hombre, con su viejo trasto medio oxidado; y Ricardo con una

BH

de niñas, sin barra en el centro —«así no te fastidiarás los cataplines si chocas contra un árbol, que por muy pocos que tengas todavía…», lo consoló su abuelo—, de color azul cielo, que había sido en su momento el hazmerreír de todos sus compañeros, incluidos los matones de la escuela y los niños de séptimo y octavo de

EGB

, que se creían muy listos. La bicicleta se la había regalado su madre el año anterior por su cumpleaños y, según decía Jovita, no se había

dado cuenta de que era una bici para chicas. Se fijó sobre todo en el precio, y la compró porque estaba de oferta. El sillín y el manillar podían subirse y bajarse apretando unas tuercas, con lo que el artefacto servía lo mismo a una niña de cinco años —como Macarena— que a un patilargo como Gonzalo. Ricardo sospechaba que por eso la había comprado su madre, para que todos sus hijos pudiesen montarla, y ahorrarse así otras dos bicicletas.
Asistieron numerosos feligreses a la misa.

«Recuerda a tu hijo Francisco Franco Bahamonde, a quien llamaste de este mundo a tu presencia…», oró don Alberto, con Ricardo a su lado observando las teselas del suelo, abstraído.

Los colores litúrgicos teñían las vestiduras del cura y el monaguillo. El blanco de los días de gozo, de la alegría del triunfo. El rojo del amor del sacrificio por Cristo. El morado de la penitencia. El verde de la esperanza en la lucha por el Reino futuro. El negro del dolor.

Al acabar, don Alberto y Ricardo no se entretuvieron mucho. Cerraron con llave la puerta, después de cambiarse de ropa, en cuanto todos los fieles hubieron salido.

El cielo estaba encapotado, y el paseo de vuelta al pueblo resultó vivificante, pedaleando cada uno en su bicicleta, silenciosos como dos viejos compinches a los que no les quedan muchos secretos que contarse y se dan cuenta de que ha llegado la hora de ir racionándolos.

Enfilaron la primera calle del pueblo, y continuaron hasta detenerse frente a la casa de los curas. Don Alberto escudriñó las ventanas nerviosamente.

Echaba de menos al viejo párroco. Tomó nota mental de que tenía que llamarlo por teléfono al día siguiente para que le contara qué tal había ido su viaje a Pamplona, y si se encontraba a gusto en la residencia para curas jubilados. Pensaba visitarlo en cuanto le fuera posible. La casa sin él se le antojaba terriblemente grande y huera. Se había acostumbrado pronto a cuidar de don Dionisio, a sus manías, a sus recelos y su discurso iluminado.

Ricardo observó a don Alberto vacilar.

—¿Quieres que vayamos a ver a mi abuelo? —le preguntó. Se daba cuenta de que el joven sacerdote actuaba de forma poco habitual. Lo notaba taciturno y desorientado. Quizás, por primera

vez, se sentía solo y perdido en un pueblo extraño—. Le alegrará verte ahora que se está poniendo bueno.

Don Alberto disimuló como pudo la ansiedad que sentía. Se apartó el pelo de la frente, y se secó el sudor con el dorso de la mano.

—Tampoco hace tanto frío hoy, ¿verdad? Si te esperas un momento aquí mismo —le pidió al niño—, voy a entrar en casa a dejar la bici y a quitarme de una vez la sotana. Sudo debajo de ella igual que un cochino.

—¡¿Quitarte la sotana?! ¿Pero eso no está prohibido?

—No exactamente. ¿Qué? ¿Me esperas?

—Claro que te espero.

Siguiendo su costumbre, el día anterior la tía Rafaela no había hecho fiesta de cumpleaños. Pero había comprado dulces suficientes para abastecer a un par de familias numerosas durante una temporada. Bollos de San Blas, huesos de santo, peladillas, mojicones y mazapán eran los más abundantes. Con un poco de suerte, le durarían hasta Navidad.

La leyenda decía que el mazapán se había inventado por necesidad más que por ingenio en el Convento de San Clemente, en Toledo, donde había grandes reservas de almendras y azúcar, y ninguna otra cosa más, en la época de las invasiones almohades en el sur de Castilla. Los cristianos se refugiaban en Toledo de las feroces incursiones moras. Si bien no tenían nada que comer hasta que a las monjas se les ocurrió mezclar los únicos ingredientes que poseían en sus despensas y hornearlos, dando como resultado el Maza Pan: con la «maza» se trituraba la almendra, y al mezclarla con el azúcar obtenían una especie de pan, a falta del pan verdadero de harina. Con ese dulce paliaron las buenas monjitas el hambre de una población depauperada durante algún tiempo. O eso se decía.

Igual que la tía Rafaela que, como si también se dispusiera a soportar un asedio, había adquirido una estimable cantidad de provisiones que ofrecía a todo el que entraba en su casa.

Le sirvió a don Alberto una fuente rebosante de confites. Para merendar, dijo.

—Rafaela, me quiere usted engordar —protestó el joven, que en el fondo era bastante goloso.

—No, si es usted muy alto, seguro que con esto no tiene ni para empezar. Coma, coma… —lo incitó la mujer—. Que tiene usted que reponer fuerzas.

Macarena andaba por la casa, jugando y entrando y saliendo de las habitaciones a su antojo.

El abuelo Vicente, tapado con una fina manta de cuadros escoceses deslustrados, se masajeaba los nudillos de una mano con la otra y admiraba de reojo los dulces.

—Sí, come tú, Alberto. Tú que puedes —asintió mientras su hija salía de la habitación—. Que un día se despierta uno y se encuentra con un matasanos que lo amenaza con que, si sigue comiendo y bebiendo, se va al hoyo antes de lo que se tarda en decir amén Jesús. Y uno piensa enseguida: «¡Pues… como me voy a ir al otro barrio es si dejo de comer y beber!». ¿O no?

—Yo te veo estupendamente, Vicente.

—Gracias, hijo. Te creo porque tengo entendido que a los curas os obligan a no mentir.

Don Alberto rió con la boca llena de mazapán.

—¿Y cómo es que te has quitado la sotana? ¿Eso es porque se ha muerto Franco?

—No —dio un sorbo del vaso de leche que le había servido Rafaela y se tragó el bocado—. Perdón. No, no. Me he quitado la sotana porque… En fin, en realidad la llevaba por don Dionisio, que era de la vieja escuela.

—¿De la vieja escuela? —el abuelo sonrió candorosamente—. ¡De la vieja escuela, dice! Con todos mis respetos, pero don Dionisio era por lo menos de la escuela del Cuarto Concilio Lateranense, que si no me falla la memoria tuvo lugar en 1215, año arriba o año abajo.

—Es un hombre piadoso, pero la cabeza le estaba jugando malas pasadas últimamente —coligió don Alberto—. La edad…

—Sí, la edad. Menuda… Bueno, tómate otro dulce, Alberto.

—No puedo más, gracias.

Ricardo también había dado buena cuenta del refrigerio que les había brindado su tía.

—Abuelo, ¿qué te parece lo de Avelino? —preguntó con la boca llena.

—Increíble, hijo mío. Cualquier crimen me parece increíble,

aunque empiezo a pensar que lo increíble es que no haya muchos más de los que hay, que no son pocos. Tú me perdonarás, Alberto, pero no soy muy optimista respecto a la bondad del alma humana. Nadie lo es, en el fondo, nadie en su sano juicio que haya vivido lo suficiente. Excepto los niños, y los jóvenes. Ni siquiera los curas lo sois, porque si lo fuerais no estaríais siempre ojo avizor, vigilando a la tropa para que no se descarríe. ¿Me equivoco, Alberto?

—Confío en que sí. Me gustaría pensar que te equivocas. —Don Alberto se acomodó en su asiento. Se sentía extravagante sin la sotana. No se la había quitado desde que la recibió. Echaba de menos el alzacuellos y las sayas enredándose contra todo lo vivo.

—Todavía eres joven, Alberto. Muy joven —el abuelo se arrebujó entre la manta—. No te conozco mucho, pero tengo para mí que eres un hombre cabal. Con la edad se te pasarán esas ilusiones, por desgracia.

—Avelino, por lo visto, tampoco está en su sano juicio —añadió Ricardo—. ¿No, Alberto?

El cura asintió débilmente.

—No sé. La Guardia Civil dice que las ropas manchadas de sangre eran de Avelino. Pero a mí no me cuadra algo. Y eso que ya sé que las enfermedades mentales producen comportamientos impredecibles. —Por la cara de Alberto cruzó una sombra que le dibujó una especie de máscara Noh japonesa durante un instante—. Martín Almoguera me dijo que está convencido de que el culpable es Sarbelio.

—¿Martín? Ése tampoco es muy de fiar —advirtió don Vicente—. Pero… Sí, cualquiera sabe.

—Espero que a los guardias no se les escape nada. Hemos tenido tragedia suficiente como para que el círculo se cierre ahora con una injusticia.

—Gide y Pirandello decían que las personas nunca son lo que parecen —adujo don Vicente—. Y llevaban más razón que un santo.

—Hay que confiar en la Guardia Civil. Es un momento delicado. Cuando todo esto pase…

—Lo importante es que han apresado a alguien, ¿no? —Ricardo pensaba, más que nada, en su propio alivio al darse cuenta de que su padre estaría definitivamente a salvo a partir de entonces.

—Querido Watson, lo importante es que atrapen al culpable. Y

cualquiera no puede ser jamás el culpable. —Don Alberto se rascó el cogote, pensativo—. Eso sólo funciona con el pecado original.

—El asesino Avelino. Incluso rima —Ricardo se estiró. Estaba cansado. Tenía ganas de dormir durante días y de olvidarse del mundo como quien abandona sus orines en medio del campo.

En ese momento, Macarena entró en la sala.

Se cruzó de brazos y se dirigió a su hermano con actitud amonestadora.

—Avelino no es un asesino, Ricardo —anunció, muy formal.

—¿Tú qué sabrás?

—Sí lo sé. —Enfocó al cura y a su abuelo con los ojos, buscando personas que estuvieran a su altura, y no como Ricardo—. Avelino es bueno, lo dijo él. La sangre le da ganas de vomitar.

—¿Cómo lo sabes? —Don Vicente inspeccionó a su nieta con un brote de impaciencia y de duda que le recorrió todo el cuerpo—. ¿Qué sabes tú de Avelino, Macarena? Ven aquí.

La niña se acercó a él, y subió a sus rodillas.

—¿Ahora podemos jugar al caballito del marqués? —preguntó con voz seductora.

—No, luego. Cuando me cuentes lo de Avelino.

Se encogió de hombros.

—No sé —dijo metiéndose un dedo en la boca—. Avelino no es un hombre malo. Nunca ha matado a nadie. Matar está muy mal porque la gente después se muere para siempre.

Don Alberto y Ricardo observaban a la cría con genuina curiosidad.

—¿Y cómo te has enterado tú de eso? —insistió el abuelo.

—Porque lo dijo Avelino.

—¿Cuándo?

—Anoche, cuando fui a la tienda a comprar porque tenía cinco duros y Gonzalo no me llevaba.

—¿Y qué fue lo que dijo Avelino? ¿Dijo que a él no le gusta matar?

—Sí.

—¿Te lo dijo a ti?

—No, a Sarbelio. Sarbelio sí es malo. Yo creía que no, pero sí. Yo creía que los que dan caramelos regalados no son malos, pero sí. Es un hombre malo porque se ríe mientras es malo. Antes, Sarbelio

me decía que yo iba muy guapa, pero ahora no quiero que se acerque a mí porque me puede hacer lo mismo que a la madre de la Mercedes.

—Cristo bendito —don Alberto entrecruzó los dedos de las manos.

—¿Qué le hizo a la madre de Mercedes?

—La mató para siempre.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Podemos jugar ya al caballito?

—Lo siento, Macarena, me duelen un poco las piernas —se excusó el abuelo.

—¿Y te vas a morir tú solo?

Don Vicente rió.

—No, mujer, no. Que no. Y dale con eso.

—Ah.

La niña volvió al suelo.

—Me voy con la tita a la cocina —anunció cortésmente, y salió al trote de la habitación.

Ricardo, el abuelo y el cura se contemplaron en silencio.

—¿Se lo habrá inventado? —preguntó don Alberto.

—Tiene mucha imaginación, pero que yo sepa no suele mentir —dijo don Vicente. Se quedó en silencio, sin saber qué decir. Por fin, señaló a su nieto—. Ricardo, hijo, enciende la tele a ver si vemos las noticias.

Ricardo obedeció. Se levantó y encendió el aparato.

En señal de respeto por la muerte de Franco, la televisión no emitía anuncios, y como tampoco transmitía ningún tipo de programas que no fuesen informativos, y no contaban con los suficientes informativos como para rellenar toda la programación, se difundía sin cesar música clásica a través de las ondas. También en las emisoras de radio.

—Ah, Bach… —el abuelo Vicente asintió aprobadoramente—. No está nada mal.

—Todavía no ha empezado el Telediario. —El sacerdote señaló a la pantalla.

—No. Así no sabemos nada. No sabemos qué está pasando, ni qué puede pasar —meditó el abuelo en voz alta—. Bien pensado, es inquietante.

Ricardo se sentía soliviantado de nuevo.

—Tendremos que ir a ver a los *civiles* y contarles lo que nos ha dicho Macarena. —Tenía ganas de salir a la calle y gritar—. ¡Hay que hacer algo!

—En cuanto salga de aquí iré al cuartel y hablaré con el sargento —prometió don Alberto.

—Pero… —El niño sacudió la cabeza, desconcertado—. ¿Por qué la mató, por qué mató a Clara ese hombre? Él es su padre verdadero. Tú lo dijiste, abuelo. ¿Por qué iba a matarla su propio padre?

Don Vicente desvió la mirada hacia la tele.

—No sé, Ricardo. Por roja, o por la forma de vida que llevaba. Yo qué sé. En España tenemos afición por matarnos los unos a los otros. La Guerra Civil no fue otra cosa más que un crimen familiar, y a Sarbelio lo entrenaron bien para eso —suspiró abatido y se masajeó la nuca—. Cualquiera sabe los motivos que alguien tiene para matar. No creo que existan razones para hacer algo así, de modo que no podría explicártelo aunque quisiera.

—Pero… si mi hermana lleva razón y ese hombre mató a Clara, a su propia hija, y ahora está libre… puede aprovechar para escaparse, irse del pueblo y no volver nunca más.

—Tranquilo. No irá muy lejos, en todo caso —el abuelo lo miró fijamente. Sus ojos estaban llenos de aguas tibias, colmadas de sueños vencidos—. La cizaña nunca sale corriendo. El problema es que la cizaña vive entre nosotros. No podría encontrar ninguna tierra mejor para crecer y prosperar libre y salvaje.

—Han empezado las noticias —dijo don Alberto.

—Ya era hora de que contaran algo —refunfuñó el abuelo—. Me estaba poniendo nervioso. Y me parece que esta noche va a helar.

—Tengo que irme —anunció el cura poniéndose en pie.

El abuelo se levantó con dificultad.

—Te acompaño hasta la puerta.

—No hace falta, no te molestes, Vicente.

—No es ninguna molestia. Estoy haciendo méritos para cuando me muera y llegue a las puertas de tu cielo y no quieran dejarme entrar. Entonces les diré que voy recomendado de tu parte.

El sacerdote no discutió. Ambos se estrecharon la mano. Ricardo hizo un mohín a modo de despedida.

—Doctor Watson, mañana hablamos después de misa.

El niño respondió que de acuerdo.

Cuando don Alberto salió a la calle, sintió frío.

Ahora sí que echaba de menos la sotana. Quizás tendría que volver a ponérsela al día siguiente.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las más sinceras gracias a algunas personas que me han ayudado mientras escribía este libro:

Jesús Badenes, por su generosa confianza, su gentileza y su sensibilidad editorial.

Mi editor, Joaquim Palau, cuyo entusiasmo es para mí imprescindible.

Ignacio Martínez de Pisón, admirado escritor y querido amigo.

Fernando García de Cortázar, un historiador del que muchos —cada día más— somos lectores devotos.

Malcolm Otero Barral, Lydia Díaz y Pilar Lucas, mi encantadora familia editorial.

Ángel
R.
Cañeque (Librería: c/Manzana, 5, Madrid), mi librero de viejo de cabecera.

Miguel Artola, gran historiador y bondadoso lector. Un sabio y un verdadero maestro.

Entre la numerosa bibliografía que he consultado debo destacar algunos ensayos de Pilar Cernuda, y otros muchos de la vieja y ya mítica colección Espejo de España (Editorial Planeta).

Y, por último, a Ricardo Artola que ha vivido la redacción de cada una de las páginas de esta historia con increíble elegancia, inteligencia y buen humor.